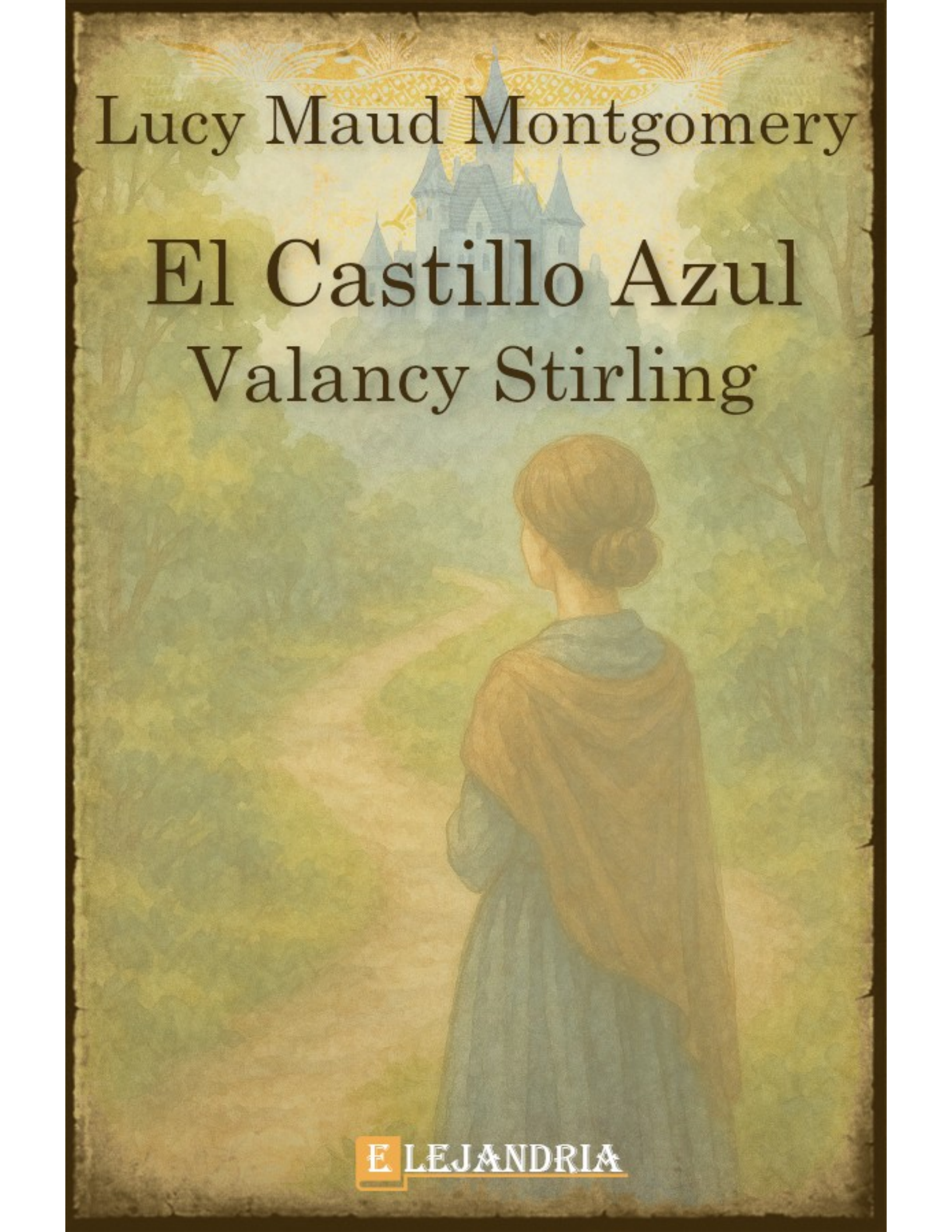
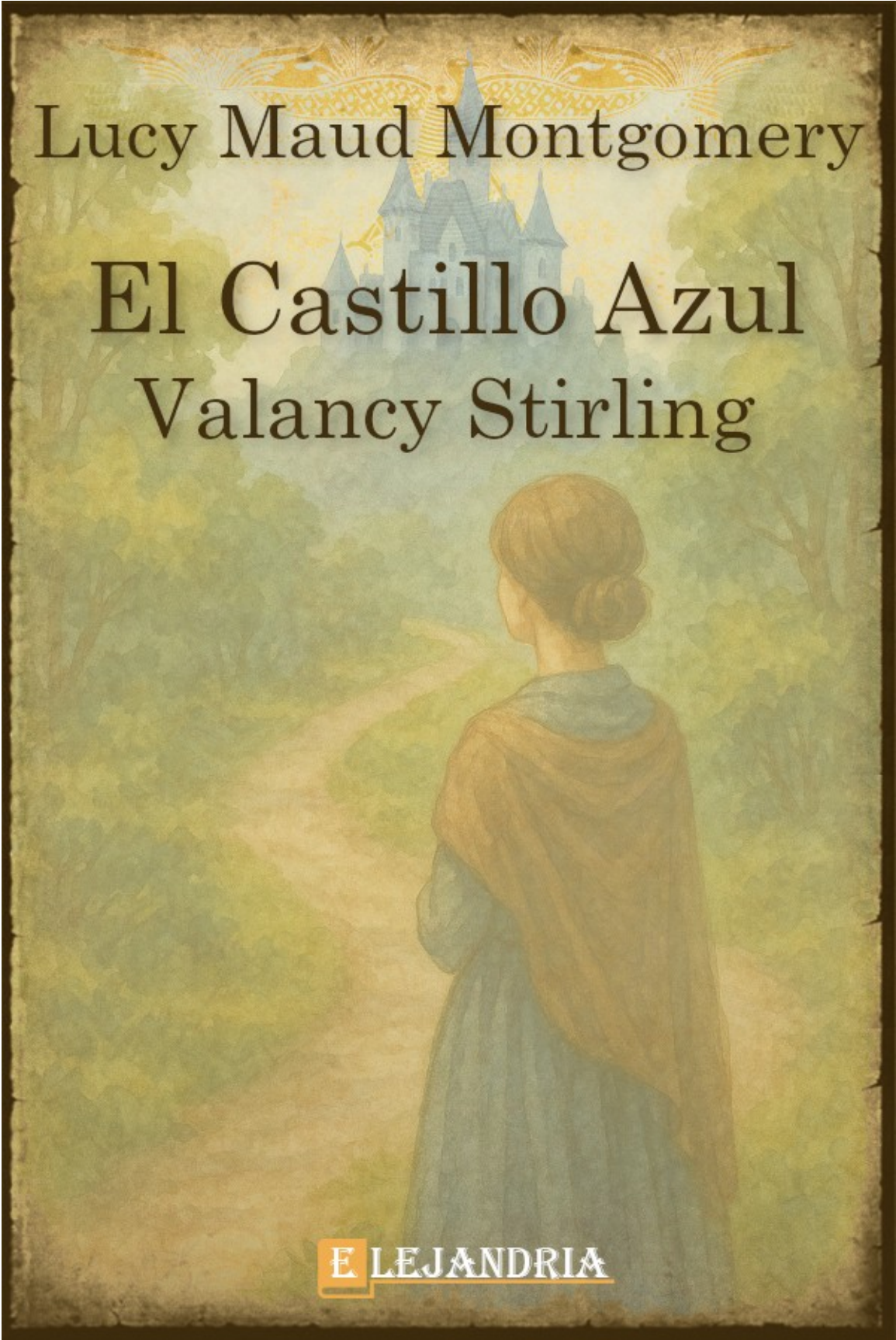


The background of the cover is a watercolor illustration. At the top, there are golden, sunburst-like decorative elements. Below them, a blue castle with multiple spires is visible through a misty, green landscape. In the foreground, a woman with brown hair in a bun, wearing a blue dress and a brown cloak, is seen from behind, looking towards the castle. The overall style is soft and painterly.

Lucy Maud Montgomery

El Castillo Azul
Valancy Stirling

E LEJANDRIA



Lucy Maud Montgomery

El Castillo Azul
Valancy Stirling

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL CASTILLO AZUL

LUCY MAUD MONTGOMERY

**PUBLICADO: 1926
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCIDO POR ELEJANDRÍA**

CAPÍTULO I

Si no hubiera llovido en una cierta mañana de mayo, la vida entera de Valancy Stirling habría sido completamente diferente. Habría ido, con el resto de su clan, al pícnic de compromiso de la tía Wellington y el doctor Trent se habría marchado a Montreal. Pero llovió, y ahora escucharás lo que le sucedió a causa de ello.

Valancy se despertó temprano, en esa hora sin vida y sin esperanza que precede al amanecer. No había dormido muy bien. A veces, una no duerme bien cuando va a cumplir veintinueve años al día siguiente, y está soltera, en una comunidad y un círculo donde las solteras son, sencillamente, aquellas que no han conseguido un hombre.

Deerwood y los Stirling hacía tiempo que habían relegado a Valancy a la desesperanzada condición de solterona. Pero la propia Valancy nunca había abandonado del todo una cierta y lastimosa esperancita vergonzante de que el Romance aún se cruzara en su camino; nunca, hasta esa húmeda y horrible mañana, cuando despertó a la realidad de que tenía veintinueve años y ningún hombre la pretendía.

Ay, ahí radicaba el aguijón. A Valancy no le importaba tanto ser una solterona. Después de todo, pensaba, ser una solterona no podía ser tan espantoso como estar casada con un tío Wellington o un tío Benjamin, o incluso un tío Herbert. Lo que le dolía era que nunca había tenido la oportunidad de ser otra cosa que una solterona. Ningún hombre la había deseado jamás.

Las lágrimas asomaron a sus ojos mientras yacía allí, sola en la penumbra que apenas clareaba. No se atrevía a permitirse llorar con la intensidad que deseaba, por dos razones. Temía que el llanto pudiera provocarle otro ataque de aquel dolor en torno al corazón. Había sufrido un episodio después de meterse en la cama, bastante peor que cualquiera de los anteriores. Y temía que su madre notara sus ojos enrojecidos en el desayuno y la acosara con preguntas menudas, persistentes y parecidas a mosquitos sobre la causa de su estado.

—Supón —pensó Valancy con una sonrisa macabra— que respondiera con la pura verdad: «Estoy llorando porque no consigo casarme». Qué horrorizada se quedaría mamá, aunque se avergüence cada día de su vida de su hija solterona.

Pero, por supuesto, había que guardar las apariencias. —No es —Valancy podía oír la voz remilgada y autoritaria de su madre afirmando—, no es decoroso que una señorita piense en los hombres.

La idea de la expresión de su madre hizo reír a Valancy, pues tenía un sentido del humor que nadie en su clan sospechaba. A decir verdad, había muchas cosas sobre Valancy que nadie sospechaba. Pero su risa fue muy superficial y al poco rato yacía allí, una figurilla encogida e inútil, escuchando la lluvia caer a cántaros fuera y observando, con un desagrado nauseabundo, la luz fría e implacable que se colaba en su habitación fea y sórdida.

Conocía la fealdad de esa habitación de memoria; la conocía y la odiaba. El suelo pintado de amarillo, con una única y horrenda alfombra de retales junto a la cama, con un perro grotesco, también de retales, que siempre le sonreía al despertar; el desteñido papel de pared rojo oscuro; el techo descolorido por antiguas goteras y surcado de grietas; el lavamanos estrecho y raquítico; el lambrequín de papel marrón con rosas púrpuras; el viejo espejo manchado con una grieta que lo cruzaba, apoyado en el inadecuado tocador; el tarro de un antiguo popurrí hecho por su madre en su mítica luna de miel; la caja cubierta de conchas, con una esquina reventada, que la prima Stickles había hecho en su igualmente mítica juventud; el alfiletero de cuentas al que le faltaba la mitad de su fleco; la única silla, rígida y amarilla; el lema desvaído, «Se fue, pero no se olvida», bordado en lanas de colores alrededor del rostro ceñudo de la bisabuela Stirling; las viejas fotografías de pari-

entes antiguos, desterradas hacía tiempo de las habitaciones de abajo. Solo había dos cuadros que no eran de parientes. Uno, un viejo cromo de un cachorro sentado en un umbral lluvioso. Aquel cuadro siempre entristecía a Valancy. ¡Ese perrito desamparado, acurrucado en el umbral bajo la lluvia torrencial! ¿Por qué nadie abría la puerta y lo dejaba entrar? El otro cuadro era un grabado desvaído y enmarcado con paspartú de la reina Luisa bajando una escalera, que la tía Wellington le había regalado generosamente en su décimo cumpleaños. Durante diecinueve años lo había mirado y lo había odiado, a la hermosa, petulante y satisfecha de sí misma reina Luisa. Pero nunca se atrevió a destruirlo ni a quitarlo. Mamá y la prima Stickles se habrían quedado pasmadas o, como Valancy lo expresaba irreverentemente en sus pensamientos, les habría dado un patatús.

Todas las habitaciones de la casa eran feas, por supuesto. Pero abajo se guardaban un poco las apariencias. No había dinero para habitaciones que nadie veía nunca. Valancy a veces sentía que ella misma podría haber hecho algo por su habitación, incluso sin dinero, si se lo permitieran. Pero su madre había rechazado cada una de sus tímidas sugerencias y Valancy no insistía. Valancy nunca insistía. Tenía miedo. Su madre no toleraba la oposición. La señora Stirling se enfurruñaba durante días si se sentía ofendida, con aires de duquesa insultada.

Lo único que a Valancy le gustaba de su habitación era que podía estar sola allí por la noche para llorar si quería.

Pero, después de todo, ¿qué importaba que una habitación, que solo usabas para dormir y vestirte, fuera fea? A Valancy nunca se le permitía quedarse sola en su habitación para ningún otro propósito. La gente que quería estar sola, según creían la señora de Frederick Stirling y la prima Stickles, solo podía querer estar sola para algún propósito siniestro. Pero su habitación en el Castillo Azul era todo lo que una habitación debía ser.

Valancy, tan intimidada y sometida, tan dominada y menospreciada en la vida real, solía dejarse llevar espléndidamente en sus ensoñaciones. Nadie en el clan Stirling, ni en sus ramificaciones, sospechaba esto, y menos que nadie su madre y la prima Stickles. Nunca supieron que Valancy tenía dos hogares: la fea casa de ladrillo rojo con forma de caja, en la calle Elm, y el Castillo Azul en España. Valancy había vivido espiritualmente en el Castillo Azul desde que tenía memoria. Era una niña muy pequeña cuando se des-

cubrió poseedora de él. Siempre, al cerrar los ojos, podía verlo claramente, con sus torretas y estandartes en la cima de la montaña cubierta de pinos, envuelto en su tenue y azulada hermosura, contra los cielos del atardecer de una tierra bella y desconocida. Todo lo maravilloso y hermoso estaba en ese castillo. Joyas que las reinas podrían haber lucido; túnicas de luz de luna y fuego; divanes de rosas y oro; largos tramos de escalones de mármol poco profundos, con grandes urnas blancas, y con esbeltas doncellas vestidas de niebla subiendo y bajando por ellos; patios de columnas de mármol, donde caían fuentes resplandecientes y los ruiseñores cantaban entre los mirtos; salones de espejos que solo reflejaban a apuestos caballeros y a mujeres encantadoras —siendo ella misma la más encantadora de todas, por cuya mirada morían los hombres—. Todo lo que la sostenía a través del aburrimiento de sus días era la esperanza de una juerga onírica por la noche. La mayoría, si no todos, los Stirling habrían muerto de horror si hubieran sabido la mitad de las cosas que Valancy hacía en su Castillo Azul.

Para empezar, tenía unos cuantos amantes en él. Oh, solo uno a la vez. Uno que la cortejaba con todo el ardor romántico de la era de la caballería y la conquistaba tras una larga devoción y muchas hazañas audaces, y se casaba con ella con pompa y circunstancia en la gran capilla engalanada con estandartes del Castillo Azul.

A los doce años, este amante era un apuesto muchacho de rizos dorados y ojos celestiales. A los quince, era alto, moreno y pálido, pero todavía necesariamente apuesto. A los veinte, era ascético, soñador, espiritual. A los veinticinco, tenía una mandíbula bien definida, ligeramente adusta, y un rostro fuerte y rudo más que apuesto. Valancy nunca superaba los veinticinco años en su Castillo Azul, pero recientemente —muy recientemente— su héroe había tenido el pelo rojizo, leonado, una sonrisa torcida y un pasado misterioso.

No digo que Valancy asesinara deliberadamente a estos amantes a medida que los superaba. Uno simplemente se desvanecía a medida que llegaba otro. Las cosas son muy convenientes a este respecto en los Castillos Azules.

Pero, en esta mañana de su día fatídico, Valancy no podía encontrar la llave de su Castillo Azul. La realidad la acosaba con demasiada dureza, ladrándole a los talones como un perrito enloquecedor. Tenía veintinueve

años, estaba sola, no era deseada, era poco agraciada —la única chica sencilla en un clan de gente guapa—, sin pasado y sin futuro. Hasta donde podía recordar, la vida era monótona e incolora, sin una sola mancha carmesí o púrpura en ninguna parte. Hasta donde podía mirar hacia adelante, parecía seguro que sería exactamente igual hasta que no fuera más que una pequeña hoja solitaria y marchita aferrada a una rama invernal. El momento en que una mujer se da cuenta de que no tiene nada por lo que vivir —ni amor, ni deber, ni propósito, ni esperanza— encierra para ella la amargura de la muerte.

—Y tengo que seguir viviendo porque no puedo parar. Puede que tenga que vivir ochenta años —pensó Valancy, presa de una especie de pánico—. Todos somos terriblemente longevos. Me enferma pensar en ello.

Se alegraba de que lloviera, o más bien, se sentía lúgubrementemente satisfecha de que lloviera. No habría pícnic ese día. Este pícnic anual, con el que los tíos Wellington —siempre se pensaba en ellos en esa sucesión— celebraban inevitablemente su compromiso en un pícnic treinta años atrás, había sido, en los últimos años, una verdadera pesadilla para Valancy. Por una coincidencia maliciosa, era el mismo día de su cumpleaños y, después de haber pasado los veinticinco, nadie se lo dejaba olvidar.

Por mucho que odiara ir al pícnic, nunca se le habría ocurrido rebelarse. No parecía haber nada de revolucionario en su naturaleza. Y sabía exactamente lo que todos le dirían en el pícnic. El tío Wellington, a quien detestaba y despreciaba a pesar de que había cumplido la más alta aspiración de los Stirling, «casarse con dinero», le diría en un susurro porcino: —¿Aún no piensas en casarte, querida? —y luego soltaría la carcajada con la que invariablemente concluía sus aburridos comentarios. La tía Wellington, a quien Valancy temía con abyecto pavor, le hablaría del nuevo vestido de chifón de Olive y de la última carta devota de Cecil. Valancy tendría que parecer tan complacida e interesada como si el vestido y la carta hubieran sido suyos, o de lo contrario la tía Wellington se ofendería. Y Valancy había decidido hacía mucho tiempo que preferiría ofender a Dios que a la tía Wellington, porque Dios podría perdonarla, pero la tía Wellington nunca lo haría.

La tía Alberta, enormemente gorda, con la amable costumbre de referirse siempre a su marido como «él», como si fuera la única criatura masculina

en el mundo, que nunca podía olvidar que había sido una gran belleza en su juventud, se compadecería de Valancy por su piel cetrina:

—No sé por qué todas las chicas de hoy en día están tan quemadas por el sol. Cuando yo era joven, mi piel era de rosas y crema. Me consideraban la chica más guapa de Canadá, querida.

Quizás el tío Herbert no diría nada, o quizás comentaría jocosamente:

—¡Qué gorda te estás poniendo, Doss!

Y entonces todos se reirían de la idea excesivamente humorística de que la pobre y escuálida Doss se estuviera poniendo gorda.

El apuesto y solemne tío James, a quien Valancy detestaba pero respetaba porque tenía fama de ser muy inteligente y era, por tanto, el oráculo del clan —el cerebro no abundaba demasiado en el círculo Stirling—, probablemente comentaría con el sarcasmo de lechuza que le había ganado su reputación:

—Supongo que estarás ocupada con tu ajuar estos días.

Y el tío Benjamin plantearía algunas de sus abominables adivinanzas, entre risitas asmáticas, y las respondería él mismo:

—¿En qué se diferencian Doss y una polilla?

—En que la polilla daña la tela, y Doss anhela que la quieran a ella.

Valancy le había oído plantear esa adivinanza cincuenta veces y cada vez le daban ganas de tirarle algo. Pero nunca lo hacía. En primer lugar, los Stirling simplemente no tiraban cosas; en segundo lugar, el tío Benjamin era un viudo rico y sin hijos, y Valancy había sido educada en el temor y la admonición de su dinero. Si lo ofendía, la desheredaría, suponiendo que estuviera en su testamento. Valancy no quería ser desheredada del testamento del tío Benjamin. Había sido pobre toda su vida y conocía su amargura hiriente. Así que soportaba sus adivinanzas e incluso esbozaba pequeñas sonrisas torturadas.

La tía Isabel, directa y desagradable como un viento del este, la criticaría de alguna manera; Valancy no podía predecir cómo, pues la tía Isabel nunca repetía una crítica, siempre encontraba algo nuevo con lo que pincharte. La tía Isabel se enorgullecía de decir lo que pensaba, pero no le gustaba tanto

cuando los demás le decían lo que pensaban a ella. Valancy nunca decía lo que pensaba.

La prima Georgiana —nombrada así en honor a su tatarabuela, que a su vez llevaba el nombre de Jorge IV— relataría dolorosamente los nombres de todos los parientes y amigos que habían muerto desde el último pícnic y se preguntaría «quién de nosotros será el próximo en irse».

La opresivamente competente tía Mildred hablaría sin parar de su marido y de sus odiosos prodigios de bebés a Valancy, porque Valancy sería la única que podría encontrar para soportarlo. Por la misma razón, la prima Gladys —en realidad, prima segunda Gladys, según la estricta forma en que los Stirling tabulaban el parentesco—, una señora alta y delgada que admitía tener una disposición sensible, describiría minuciosamente las torturas de su neuritis. Y Olive, la chica maravilla de todo el clan Stirling, que tenía todo lo que Valancy no tenía —belleza, popularidad, amor—, exhibiría su belleza, presumiría de su popularidad y ostentaría su insignia de amor de diamantes ante los ojos deslumbrados y envidiosos de Valancy.

Hoy no habría nada de todo esto. Y no habría que empaquetar cucharillas de té. El empaquetado siempre se dejaba para Valancy y la prima Stickles. Y una vez, hacía seis años, se perdió una cucharilla de plata del juego de bodas de la tía Wellington. Valancy nunca dejó de oír hablar de esa cucharilla de plata. Su fantasma aparecía como el de Banquo en cada fiesta familiar posterior.

Oh, sí, Valancy sabía exactamente cómo sería el pícnic y bendijo la lluvia que la había salvado de él. No habría pícnic este año. Si la tía Wellington no podía celebrar en el día sagrado, no celebraría en absoluto. Gracias a los dioses que existieran por eso.

Como no habría pícnic, Valancy decidió que, si la lluvia amainaba por la tarde, iría a la biblioteca a buscar otro libro de John Foster. A Valancy nunca se le permitía leer novelas, pero los libros de John Foster no eran novelas. Eran «libros de naturaleza» —así le dijo la bibliotecaria a la señora de Frederick Stirling—, «todo sobre los bosques, los pájaros, los bichos y cosas así, ya sabe». Así que a Valancy se le permitía leerlos, bajo protesta, pues era demasiado evidente que los disfrutaba demasiado. Era permisible, incluso loable, leer para mejorar la mente y la religión, pero un libro que se disfrutaba era peligroso. Valancy no sabía si su mente estaba mejorando o

no; pero sentía vagamente que si se hubiera topado con los libros de John Foster años atrás, la vida podría haber sido diferente para ella. Le parecían ofrecer atisbos de un mundo en el que podría haber entrado alguna vez, aunque la puerta ahora estuviera cerrada para siempre para ella. Solo en el último año los libros de John Foster habían estado en la biblioteca de Deewood, aunque la bibliotecaria le dijo a Valancy que había sido un escritor conocido durante varios años.

—¿Dónde vive? —había preguntado Valancy.

—Nadie lo sabe. Por sus libros, debe de ser canadiense, pero no se puede obtener más información. Sus editores no sueltan prenda. Es muy probable que John Foster sea un seudónimo. Sus libros son tan populares que no nos duran nada, aunque realmente no entiendo qué encuentra la gente en ellos para entusiasmarse tanto.

—Creo que son maravillosos —dijo Valancy, tímidamente.

—Oh, bueno... —La señorita Clarkson sonrió de una manera condescendiente que relegó las opiniones de Valancy al limbo—. No puedo decir que me gusten mucho los bichos. Pero ciertamente, Foster parece saber todo lo que hay que saber sobre ellos.

Valancy tampoco sabía si le gustaban mucho los bichos. No era el conocimiento asombroso de John Foster sobre las criaturas salvajes y la vida de los insectos lo que la cautivaba. Apenas podía decir qué era: algún señuelo tentador de un misterio nunca revelado, algún indicio de un gran secreto un poco más allá, algún eco débil y esquivo de cosas hermosas y olvidadas. La magia de John Foster era indefinible.

Sí, conseguiría un nuevo libro de Foster. Hacía un mes que tenía Cosecha de cardos, así que seguro que mamá no podría oponerse. Valancy lo había leído cuatro veces; se sabía pasajes enteros de memoria.

Y... casi pensó que iría a ver al doctor Trent por ese extraño dolor alrededor del corazón. Últimamente le había venido con bastante frecuencia, y las palpitaciones se estaban volviendo molestas, por no hablar de un ocasional momento de mareo y una extraña falta de aliento. Pero, ¿podría ir a verlo sin decírselo a nadie? Era un pensamiento de lo más audaz. Ninguno de los Stirling consultaba a un médico sin celebrar un consejo de familia y obtener

la aprobación del tío James. Luego, iban al doctor Ambrose Marsh de Port Lawrence, que se había casado con la prima segunda Adelaide Stirling.

Pero a Valancy no le gustaba el doctor Ambrose Marsh. Y, además, no podía llegar a Port Lawrence, a quince millas de distancia, sin que la llevaran. No quería que nadie supiera lo de su corazón. Se armaría tal alboroto y cada miembro de la familia vendría a discutirlo, a aconsejarla, a advertirla, a prevenirla y a contarle historias horribles de tías abuelas y primas lejanísimas que habían estado «exactamente así» y «cayeron muertas sin un momento de aviso, querida».

La tía Isabel recordaría que siempre había dicho que Doss parecía una chica que tendría problemas de corazón —«siempre tan delgaducha y demacrada»—; y el tío Wellington se lo tomaría como un insulto personal, cuando «ningún Stirling ha tenido nunca una enfermedad del corazón»; y Georgiana presagiaría en apartes perfectamente audibles que «la pobre y querida Doss no es de este mundo por mucho tiempo, me temo»; y la prima Gladys diría: —¿Pero si mi corazón ha estado así durante años? —en un tono que implicaba que nadie más tenía derecho siquiera a tener un corazón; y Olive... Olive simplemente parecería hermosa y superior y asquerosamente sana, como diciendo: «¿Por qué tanto alboroto por una superfluidad marchita como Doss cuando me tenéis a mí?».

Valancy sintió que no podía decírselo a nadie a menos que tuviera que hacerlo. Estaba bastante segura de que no había nada grave en su corazón y no había necesidad de todo el jaleo que se produciría si lo mencionaba. Simplemente iría a ver al doctor Trent ese mismo día, sin hacer ruido. En cuanto a su factura, tenía los doscientos dólares que su padre había puesto en el banco para ella el día que nació. Nunca se le permitía usar ni siquiera los intereses de esto, pero sacaría en secreto lo suficiente para pagar al doctor Trent.

El doctor Trent era un tipo brusco, franco y despistado, pero era una autoridad reconocida en enfermedades del corazón, aunque solo fuera un médico de cabecera en el apartado Deerwood. El doctor Trent tenía más de setenta años y corrían rumores de que pensaba jubilarse pronto. Ninguno del clan Stirling había acudido a él desde que le dijo a la prima Gladys, diez años antes, que su neuritis era todo imaginación y que la disfrutaba. No se podía patrocinar a un médico que insultaba así a tu prima segunda —sin

mencionar que era presbiteriano cuando todos los Stirling iban a la iglesia anglicana—. Pero Valancy, entre el diablo de la deslealtad al clan y el profundo mar de alboroto, cháchara y consejos, pensó que se arriesgaría con el diablo.

CAPÍTULO II

Cuando la prima Stickles llamó a su puerta, Valancy supo que eran las siete y media y que debía levantarse. Desde que tenía memoria, la prima Stickles había llamado a su puerta a las siete y media. La prima Stickles y la señora de Frederick Stirling llevaban levantadas desde las siete, pero a Valancy se le permitía quedarse en la cama media hora más debido a una tradición familiar de que era delicada. Valancy se levantó, aunque odiaba levantarse más esa mañana que nunca antes. ¿Para qué levantarse? Otro día lúgubre como todos los que lo habían precedido, lleno de pequeñas tareas sin sentido, sin alegría e insignificantes, que no beneficiaban a nadie. Pero si no se levantaba de inmediato, no estaría lista para el desayuno a las ocho en punto. Los horarios fijos para las comidas eran la regla en casa de la señora Stirling. Desayuno a las ocho, almuerzo a la una, cena a las seis, año tras año. Nunca se toleraban excusas para llegar tarde. Así que Valancy se levantó, temblando.

La habitación estaba glacialmente fría con el frío crudo y penetrante de una mañana húmeda de mayo. La casa estaría fría todo el día. Era una de las reglas de la señora Frederick que no se necesitaban fuegos después del veinticuatro de mayo. Las comidas se cocinaban en la pequeña estufa de aceite del porche trasero. Y aunque mayo pudiera ser gélido y octubre helado, no se encendían fuegos hasta el veintiuno de octubre según el calen-

dario. El veintiuno de octubre, la señora Frederick empezaba a cocinar en la cocina de leña y encendía un fuego en la estufa de la sala de estar por las noches. Se susurraba en el círculo familiar que el difunto Frederick Stirling había cogido el resfriado que resultó en su muerte durante el primer año de vida de Valancy porque la señora Frederick no quiso encender un fuego el veinte de octubre. Lo encendió al día siguiente, pero fue un día demasiado tarde para Frederick Stirling.

Valancy se quitó y colgó en el armario su camisón de algodón crudo y basto, de cuello alto y mangas largas y ajustadas. Se puso ropa interior de naturaleza similar, un vestido de guinga marrón, medias negras gruesas y botas con tacón de goma. En los últimos años había adquirido la costumbre de peinarse con la persiana de la ventana junto al espejo bajada. Las arrugas de su cara no se notaban tanto entonces. Pero esa mañana subió la persiana hasta arriba del todo y se miró en el espejo leproso con una apasionada determinación de verse como el mundo la veía.

El resultado fue bastante terrible. Incluso una belleza habría encontrado esa luz lateral, dura y sin suavizar, difícil de soportar. Valancy vio un pelo negro liso, corto y fino, siempre sin brillo a pesar de que se daba cien cepilladas, ni más ni menos, cada noche de su vida y se frotaba fielmente el Tónico Capilar Redfern en las raíces, más sin brillo que nunca en su aspereza matutina; cejas finas, rectas y negras; una nariz que siempre había sentido que era demasiado pequeña incluso para su cara pequeña, triangular y blanca; una boca pequeña y pálida que siempre se entreabría un poco sobre unos dientes pequeños, puntiagudos y blancos; una figura delgada y de pecho plano, más bien por debajo de la estatura media. De alguna manera se había librado de los pómulos altos de la familia, y sus ojos marrón oscuro, demasiado suaves y sombríos para ser negros, tenían una inclinación casi oriental. Aparte de sus ojos, no era ni guapa ni fea, simplemente de aspecto insignificante, concluyó amargamente. ¡Qué marcadas estaban las arrugas alrededor de sus ojos y su boca bajo esa luz despiadada! Y nunca su cara estrecha y blanca había parecido tan estrecha y tan blanca.

Se peinó con un tupé. Los tupés habían pasado de moda hacía mucho tiempo, pero estaban de moda cuando Valancy se recogió el pelo por primera vez y la tía Wellington había decidido que siempre debía llevar el pelo así.

—Es la única forma que te favorece. Tienes la cara tan pequeña que debes añadirle altura con un efecto de tupé —dijo la tía Wellington, que siempre enunciaba lugares comunes como si pronunciara verdades profundas e importantes.

Valancy había anhelado llevar el pelo bajo sobre la frente, con bucles sobre las orejas, como lo llevaba Olive. Pero el dictamen de la tía Wellington tuvo tal efecto en ella que nunca más se atrevió a cambiar su estilo de peinado. Pero claro, había tantas cosas que Valancy nunca se atrevía a hacer.

Toda su vida había tenido miedo de algo, pensó con amargura. Desde el mismo amanecer del recuerdo, cuando tenía un miedo horrible del gran oso negro que vivía, según le dijo la prima Stickles, en el armario debajo de las escaleras.

—Y siempre lo tendré, lo sé, no puedo evitarlo. No sé cómo sería no tener miedo de algo.

Miedo de los enfurruñamientos de su madre, miedo de ofender al tío Benjamin, miedo de convertirse en el blanco del desprecio de la tía Wellington, miedo de los comentarios mordaces de la tía Isabel, miedo de la desaprobación del tío James, miedo de ofender las opiniones y prejuicios de todo el clan, miedo de no guardar las apariencias, miedo de decir lo que realmente pensaba de cualquier cosa, miedo a la pobreza en su vejez. Miedo, miedo, miedo; nunca podía escapar de él. La ataba y la enredaba como una telaraña de acero. Solo en su Castillo Azul podía encontrar una liberación temporal. Y esa mañana Valancy no podía creer que tuviera un Castillo Azul. Nunca más podría encontrarlo. Veintinueve años, soltera, no deseada, ¿qué tenía que ver ella con la castellana de cuento de hadas del Castillo Azul? Eliminaría esas tonterías infantiles de su vida para siempre y se enfrentaría a la realidad sin vacilar.

Se apartó de su espejo hostil y miró hacia fuera. La fealdad de la vista siempre la golpeaba como un puñetazo; la valla andrajosa, el viejo taller de carruajes en ruinas del solar contiguo, empapelado con anuncios burdos y de colores violentos; la mugrienta estación de tren más allá, con los espantosos despojos que siempre merodeaban por allí incluso a esa hora temprana. Bajo la lluvia torrencial, todo parecía peor de lo habitual, especialmente el anuncio repugnante: «Conserve esa tez de colegiala». Valancy

había conservado su tez de colegiala. Ese era precisamente el problema. No había ni un destello de belleza en ninguna parte, «exactamente como mi vida», pensó Valancy con tristeza. Su breve amargura había pasado. Aceptó los hechos con la misma resignación con la que siempre los había aceptado. Era una de esas personas a las que la vida siempre pasa de largo. No había forma de alterar ese hecho.

Con este ánimo, Valancy bajó a desayunar.

CAPÍTULO III

El desayuno era siempre el mismo. Gachas de avena, que Valancy detestaba, tostadas y té, y una cucharadita de mermelada. La señora Frederick pensaba que dos cucharaditas era un derroche, pero eso no le importaba a Valancy, que también odiaba la mermelada. El pequeño y lúgubre comedor estaba más frío y lúgubre que de costumbre; la lluvia caía a chorros al otro lado de la ventana; los difuntos Stirling, en marcos dorados atroces, más anchos que los cuadros, la fulminaban con la mirada desde las paredes. ¡Y aun así, la prima Stickles le deseó a Valancy un feliz cumpleaños!

— Siéntate derecha, Doss — fue todo lo que dijo su madre.

Valancy se sentó derecha. Habló con su madre y la prima Stickles de las cosas de las que siempre hablaban. Nunca se preguntó qué pasaría si intentara hablar de otra cosa. Lo sabía. Por lo tanto, nunca lo hacía.

La señora Frederick estaba ofendida con la Providencia por enviar un día lluvioso cuando quería ir a un pícnic, así que desayunó en un silencio hosco por el que Valancy estaba bastante agradecida. Pero Christine Stickles se quejaba sin cesar como de costumbre, lamentándose de todo: el tiempo, la

gotera en la despensa, el precio de la avena y la mantequilla — Valancy sintió de inmediato que había untado su tostada con demasiada generosidad —, la epidemia de paperas en Deerwood.

— Seguro que Doss las pillará — presagió.

— Doss no debe ir a donde sea probable que pille las paperas — dijo la señora Frederick secamente.

Valancy nunca había tenido paperas, ni tos ferina, ni varicela, ni sarampión, ni nada de lo que debería haber tenido; nada más que resfriados horribles cada invierno. Los resfriados de invierno de Doss eran una especie de tradición en la familia. Nada, al parecer, podía evitar que los cogiera. La señora Frederick y la prima Stickles hacían su mejor esfuerzo heroico. Un invierno mantuvieron a Valancy encerrada en casa de noviembre a mayo, en la cálida sala de estar. Ni siquiera se le permitía ir a la iglesia. Y Valancy cogió un resfriado tras otro y terminó con bronquitis en junio.

— Nadie de mi familia fue nunca así — dijo la señora Frederick, insinuando que debía ser una tendencia Stirling.

— Los Stirling rara vez cogen resfriados — dijo la prima Stickles con resentimiento. Ella había sido una Stirling.

— Creo — dijo la señora Frederick — que si una persona se mentaliza para no tener resfriados, no tendrá resfriados.

Así que ese era el problema. Todo era culpa de Valancy.

Pero en esa mañana en particular, el agravio insoportable de Valancy era que la llamaran Doss. Lo había soportado durante veintinueve años, y de repente sintió que no podía soportarlo más. Su nombre completo era Valancy Jane. Valancy Jane era bastante terrible, pero le gustaba Valancy, con su extraño toque exótico. Siempre fue un misterio para Valancy que los Stirling hubieran permitido que la bautizaran así. Le habían dicho que su abuelo materno, el viejo Amos Wansbarra, había elegido el nombre para ella. Su padre había añadido el Jane para civilizarlo, y toda la parentela salió del paso apodándola Doss. Nunca nadie que no fuera de fuera la llamaba Valancy.

— Madre — dijo tímidamente —, ¿te importaría llamarme Valancy a partir de ahora? Doss me parece tan... tan... no me gusta.

La señora Frederick miró a su hija con asombro. Llevaba gafas con lentes enormemente potentes que daban a sus ojos un aspecto peculiarmente desagradable.

—¿Qué tiene de malo Doss?

—Parece tan infantil —balbuceó Valancy.

—¡Oh! —La señora Frederick había sido una Wansbarra y la sonrisa de los Wansbarra no era una ventaja—. Ya veo. Bueno, entonces debería quedarte bien. Eres bastante infantil para todo, mi querida niña.

—Tengo veintinueve años —dijo la querida niña desesperadamente.

—Yo no lo proclamaría a los cuatro vientos si fuera tú, querida —dijo la señora Frederick—. ¡Veintinueve! Yo llevaba nueve años casada cuando tenía veintinueve.

—Yo me casé a los diecisiete —dijo la prima Stickles con orgullo.

Valancy las miró furtivamente. La señora Frederick, a excepción de esas gafas terribles y la nariz ganchuda que la hacían parecer más un loro que lo que un loro mismo podría parecer, no era de mal ver. A los veinte podría haber sido bastante guapa. ¡Pero la prima Stickles! Y sin embargo, Christine Stickles había sido una vez deseable a los ojos de algún hombre. Valancy sentía que la prima Stickles, con su cara ancha, plana y arrugada, un lunar justo en la punta de su nariz chata, pelos erizados en la barbilla, cuello amarillo y arrugado, ojos pálidos y saltones, y boca fina y fruncida, tenía sin embargo esta ventaja sobre ella, este derecho a mirarla por encima del hombro. E incluso ahora, la prima Stickles era necesaria para la señora Frederick. Valancy se preguntó lastimosamente cómo sería ser deseada por alguien, necesitada por alguien. Nadie en todo el mundo la necesitaba, ni echaría en falta nada de la vida si ella desapareciera de repente. Era una decepción para su madre. Nadie la quería. Ni siquiera había tenido una amiga.

—Ni siquiera tengo don para la amistad —se había admitido a sí misma una vez, con lástima.

—Doss, no te has comido los bordes del pan —dijo la señora Frederick en tono de reproche.

Llovió toda la mañana sin cesar. Valancy cosía una colcha de retazos. Valancy odiaba coser colchas de retazos. Y no había necesidad de ello. La

casa estaba llena de colchas. Había tres grandes baúles, repletos de colchas, en el desván. La señora Frederick había empezado a guardar colchas cuando Valancy tenía diecisiete años y seguía guardándolas, aunque no parecía probable que Valancy las necesitara nunca. Pero Valancy debía estar ocupada y los materiales para labores de fantasía eran demasiado caros. La ociosidad era un pecado capital en el hogar de los Stirling. Cuando Valancy era una niña, le hacían anotar cada noche, en un pequeño y odiado cuaderno negro, todos los minutos que había pasado ociosa ese día. Los domingos, su madre se los hacía sumar y rezar por ellos.

En esta mañana particular de este día de destino, Valancy solo pasó diez minutos ociosa. Al menos, la señora Frederick y la prima Stickles lo habrían llamado ociosidad. Subió a su habitación a buscar un dedal mejor y abrió Cosecha de cardos culpablemente al azar.

«Los bosques son tan humanos —escribió John Foster— que para conocerlos hay que vivir con ellos. Un paseo ocasional por ellos, manteniéndose en los senderos trillados, nunca nos admitirá en su intimidad. Si deseamos ser amigos, debemos buscarlos y ganárnoslos con visitas frecuentes y reverentes a todas horas; por la mañana, al mediodía y por la noche; y en todas las estaciones, en primavera, en verano, en otoño, en invierno. De lo contrario, nunca podremos conocerlos realmente y cualquier pretensión que hagamos en contrario nunca los engañará. Tienen su propia y eficaz manera de mantener a los extraños a distancia y cerrar sus corazones a los meros visitantes casuales. De nada sirve buscar los bosques por ningún motivo que no sea el puro amor por ellos; nos descubrirán de inmediato y nos ocultarán todos sus dulces secretos de antaño. Pero si saben que acudimos a ellos porque los amamos, serán muy amables con nosotros y nos darán tesoros de belleza y deleite que no se compran ni se venden en ningún mercado. Porque los bosques, cuando dan, dan sin medida y no ocultan nada a sus verdaderos adoradores. Debemos acercarnos a ellos con amor, humildad, paciencia, atención, y aprenderemos qué conmovedora belleza se esconde en los lugares salvajes y los valles silenciosos, yaciendo bajo la luz de las estrellas y el atardecer, qué cadencias de música sobrenatural se tañen en las ramas de los pinos añosos o se susurran en los bosquecillos de abetos, qué delicados aromas exhalan los musgos y los helechos en los rincones soleados o en las riberas húmedas, qué sueños y mitos y leyendas de un tiempo más antiguo los habitan. Entonces el corazón inmortal de los bosques latirá

contra el nuestro y su vida sutil se deslizará en nuestras venas y nos hará suyos para siempre, de modo que no importa a dónde vayamos o cuán lejos deambulemos, seremos atraídos de nuevo al bosque para encontrar nuestro parentesco más duradero.»

—Doss —la llamó su madre desde el pasillo de abajo—, ¿qué haces sola en esa habitación?

Valancy soltó Cosecha de cardos como si quemara y bajó corriendo a sus retazos; pero sintió la extraña euforia de espíritu que siempre le sobrevenía momentáneamente cuando se sumergía en uno de los libros de John Foster. Valancy no sabía mucho sobre bosques, excepto las arboledas encantadas de robles y pinos alrededor de su Castillo Azul. Pero siempre los había anhelado en secreto y un libro de Foster sobre bosques era lo más parecido a los bosques mismos.

Al mediodía dejó de llover, pero el sol no salió hasta las tres. Entonces Valancy dijo tímidamente que creía que iría al centro.

—¿Para qué quieres ir al centro? —le exigió su madre.

—Quiero coger un libro de la biblioteca.

—Cogiste un libro de la biblioteca la semana pasada.

—No, fue hace cuatro semanas.

—Cuatro semanas. ¡Tonterías!

—De verdad que sí, madre.

—Te equivocas. No pueden haber pasado más de dos semanas. No me gustan las contradicciones. Y de todos modos, no veo para qué quieres coger un libro. Pierdes demasiado tiempo leyendo.

—¿Qué valor tiene mi tiempo? —preguntó Valancy con amargura.

—¡Doss! No me hables en ese tono.

—Necesitamos té —dijo la prima Stickles—. Podría ir a buscarlo si quiere dar un paseo, aunque este tiempo húmedo es malo para los resfriados.

Discutieron el asunto durante diez minutos más y finalmente la señora Frederick accedió, de bastante mala gana, a que Valancy fuera.

CAPÍTULO IV

—¿Te has puesto los chanclos? —gritó la prima Stickles, mientras Valancy salía de la casa.

Christine Stickles nunca había olvidado hacer esa pregunta cuando Valancy salía en un día húmedo.

—Sí.

—¿Llevas puesta la enagua de franela? —preguntó la señora Frederick.

—No.

—Doss, de verdad que no te entiendo. ¿Quieres volver a pillar un resfriado mortal? —Su voz implicaba que Valancy ya había muerto de un resfriado varias veces—. ¡Sube ahora mismo y pónela!

—Madre, no necesito una enagua de franela. La de satén es suficientemente abrigada.

—Doss, recuerda que tuviste bronquitis hace dos años. ¡Ve y haz lo que te digo!

Valancy fue, aunque nadie sabrá jamás lo cerca que estuvo de arrojar la planta de caucho a la calle antes de ir. Odiaba esa enagua de franela gris más que ninguna otra prenda que poseía. Olive nunca tenía que llevar enaguas de franela. Olive llevaba volantes de seda y batista fina y encajes vaporosos. Pero el padre de Olive se había «casado con dinero» y Olive nunca tenía bronquitis. Así que ahí lo tenías.

—¿Estás segura de que no dejaste el jabón en el agua? —exigió la señora Frederick.

Pero Valancy ya se había ido. Dobló la esquina y miró hacia atrás, a la calle fea, remilgada y respetable donde vivía. La casa de los Stirling era la más fea de todas, más parecida a una caja de ladrillo rojo que a otra cosa.

Demasiado alta para su anchura, y aún más alta por una cúpula de cristal bulbosa en la parte superior. A su alrededor reinaba la paz desolada y estéril de una casa vieja cuya vida ya está vivida.

Había una casita muy bonita, con ventanas emplomadas y gabletes recordados, justo a la vuelta de la esquina; una casa nueva, una de esas casas que amas en el momento en que las ves. Clayton Markley la había construido para su novia. Se iba a casar con Jennie Lloyd en junio. La casita, se decía, estaba amueblada desde el desván hasta el sótano, completamente lista para su dueña.

—No envidio a Jennie por el hombre —pensó Valancy sinceramente; Clayton Markley no era uno de sus muchos ideales—, pero sí la envidio por la casa. Es una casa tan joven y agradable. ¡Oh, si tan solo pudiera tener una casa propia! ¡Aunque fuera muy pobre, muy pequeña, pero mía! Pero entonces —añadió con amargura—, no sirve de nada pedir la luna cuando ni siquiera puedes conseguir una vela de sebo.

En el mundo de los sueños, a Valancy no le bastaba nada menos que un castillo de zafiro pálido. En la vida real, se habría sentido plenamente satisfecha con una casita propia. Envidió a Jennie Lloyd más ferozmente que nunca ese día. Jennie no era mucho más guapa que ella, y no mucho más joven. Sin embargo, iba a tener esta casa encantadora. Y las más bonitas tacitas de té de Wedgwood —Valancy las había visto—; una chimenea, y ropa de cama con monogramas; manteles con vainica y vitrinas para la porcelana. ¿Por qué a algunas chicas les llegaba todo y a otras nada? No era justo.

Valancy bullía de nuevo de rebelión mientras caminaba, una figurilla modosa y desaliñada con su raído impermeable y su sombrero de hace tres años, salpicada ocasionalmente por el barro de un coche que pasaba con sus chirridos insultantes. Los coches todavía eran una novedad en Deerwood, aunque eran comunes en Port Lawrence, y la mayoría de los veraneantes de Muskoka los tenían. En Deerwood solo los tenían algunos del círculo elegante; pues incluso Deerwood estaba dividido en círculos. Estaba el círculo elegante, el círculo intelectual, el círculo de las familias de toda la vida —del que los Stirling eran miembros—, la gente común y unos pocos parias. Ninguno del clan Stirling se había dignado aún a tener un coche, aunque Olive estaba insistiendo a su padre para que comprara uno. Valancy nunca

había estado ni siquiera en un coche. Pero no lo anhelaba. En verdad, sentía bastante miedo de los coches, especialmente de noche. Le parecían demasiado como grandes bestias ronroneantes que podrían volverse y aplastarte, o dar algún terrible salto salvaje a alguna parte. En los empinados senderos de montaña alrededor de su Castillo Azul solo podían pasear orgullosamente corceles vistosamente enjaezados; en la vida real, Valancy se habría contentado con conducir en un calesín detrás de un buen caballo. Solo conseguía un paseo en calesín cuando algún tío o primo se acordaba de lanzarle «una oportunidad», como un hueso a un perro.

CAPÍTULO V

Por supuesto, debía comprar el té en la tienda de ultramarinos del tío Benjamin. Comprar en cualquier otro lugar era impensable. Sin embargo, Valancy odiaba ir a la tienda del tío Benjamin en su vigesimonoveno cumpleaños. No había esperanza de que él no lo recordara.

—Y bien —demandó el tío Benjamin, con una sonrisa lasciva, mientras envolvía su té—, ¿por qué las señoritas son como los malos gramáticos?

Valancy, con el testamento del tío Benjamin en el fondo de su mente, dijo mansamente:

—No lo sé. ¿Por qué?

—Porque —rió entre dientes el tío Benjamin— no saben declinar el matrimonio.

Los dos dependientes, Joe Hammond y Claude Bertram, también rieron entre dientes, y Valancy sintió por ellos un poco más de aversión que de

costumbre. El primer día que Claude Bertram la había visto en la tienda, le oyó susurrar a Joe: «¿Quién es esa?». Y Joe había dicho: «Valancy Stirling, una de las solteronas de Deerwood». «¿Curable o incurable?», había preguntado Claude con una risita, evidentemente considerando la pregunta muy ingeniosa. Valancy se resintió de nuevo con el aguijón de aquel viejo recuerdo.

— Veintinueve años —decía el tío Benjamin—. Cielos, Doss, estás peligrosamente cerca de la segunda esquina y ni siquiera piensas en casarte todavía. Veintinueve. Parece imposible.

Entonces el tío Benjamin dijo algo original. El tío Benjamin dijo:

— ¡Cómo vuela el tiempo!

— Yo creo que se arrastra —dijo Valancy apasionadamente.

La pasión era tan ajena a la concepción que el tío Benjamin tenía de Valancy que no supo qué pensar de ella. Para cubrir su confusión, planteó otra adivinanza mientras envolvía sus judías; la prima Stickles había recordado en el último momento que necesitaban judías. Las judías eran baratas y llenaban.

— ¿Qué dos cosas son propensas a resultar ilusorias? —preguntó el tío Benjamin; y, sin esperar a que Valancy se «rindiera», añadió—: El amour y el humor.

— Amour se pronuncia amur —dijo Valancy secamente, recogiendo su té y sus judías.

Por un momento no le importó si el tío Benjamin la desheredaba o no. Salió de la tienda mientras el tío Benjamin la miraba con la boca abierta. Luego, sacudió la cabeza.

— La pobre Doss se lo está tomando mal —dijo.

Para cuando llegó al siguiente cruce, Valancy ya lo sentía. ¿Por qué había perdido la paciencia de esa manera? El tío Benjamin se molestaría y probablemente le diría a su madre que Doss había sido impertinente —«¡conmigo!»— y su madre la sermonearía durante una semana.

«He mantenido la boca cerrada durante veinte años», pensó Valancy. «¿Por qué no he podido mantenerla cerrada una vez más?».

Sí, habían pasado justo veinte años, reflexionó Valancy, desde que se burlaron por primera vez de su condición de no tener pretendientes. Recordaba el amargo momento perfectamente. Tenía solo nueve años y estaba sola en el patio de la escuela mientras las otras niñas de su clase jugaban a un juego en el que un niño debía elegirte como pareja para poder jugar. Nadie había elegido a Valancy; la pequeña, pálida y de pelo negro Valancy, con su delantal remilgado de mangas largas y sus extraños ojos rasgados.

—Oh —le dijo una niña bonita—, lo siento mucho por ti. No tienes novio.

Valancy había dicho desafiante, como continuó diciendo durante veinte años:

—No quiero un novio.

Pero esa tarde, Valancy, de una vez por todas, dejó de decirlo.

«Voy a ser honesta conmigo misma de todos modos», pensó con saña. «Las adivinanzas del tío Benjamin me duelen porque son verdad. Sí quiero casarme. Quiero una casa propia, quiero un marido propio, quiero bebés dulces y gorditos propios...». Valancy se detuvo de repente, horrorizada por su propia osadía. Estaba segura de que el Reverendo Doctor Stalling, que pasó a su lado en ese momento, le leyó los pensamientos y los desaprobó por completo. Valancy le tenía miedo al Dr. Stalling; le había tenido miedo desde el domingo, veintitrés años antes, cuando él llegó por primera vez a St. Albans. Valancy había llegado tarde a la escuela dominical ese día y había entrado tímidamente a la iglesia y se había sentado en su banco. No había nadie más en la iglesia, nadie excepto el nuevo rector, el Dr. Stalling. El Dr. Stalling se puso de pie frente a la puerta del coro, le hizo una seña y dijo con severidad:

—Niño, ven aquí.

Valancy había mirado a su alrededor. No había ningún niño, no había nadie en toda la enorme iglesia salvo ella. Aquel hombre extraño con las gafas azules no podía referirse a ella. No era un niño.

—Niño —repitió el Dr. Stalling, aún más severamente, sacudiendo su dedo índice ferozmente hacia ella—, ¡ven aquí de inmediato!

Valancy se levantó como hipnotizada y caminó por el pasillo. Estaba demasiado aterrorizada para hacer otra cosa. ¿Qué cosa terrible le iba a pasar? ¿Qué le había pasado? ¿Se había convertido realmente en un niño? Se detuvo frente al Dr. Stalling. El Dr. Stalling sacudió su dedo índice —un dedo índice tan largo y nudoso— hacia ella y dijo:

—Niño, quítate el sombrero.

Valancy se quitó el sombrero. Tenía una coletita escuálida colgando por la espalda, pero el Dr. Stalling era miope y no la percibió.

—Niño, vuelve a tu asiento y quítate siempre el sombrero en la iglesia. ¡Recuérdalo!

Valancy volvió a su asiento llevando su sombrero como un autómatas. Al poco rato entró su madre.

—Doss —dijo la señora Stirling—, ¿qué significa que te quites el sombrero? ¡Póntelo al instante!

Valancy se lo puso al instante. Estaba helada de miedo por si el Dr. Stalling la llamaba de nuevo al frente de inmediato. Tendría que ir, por supuesto —nunca se le ocurrió que se pudiera desobedecer al rector—, y la iglesia estaba llena de gente ahora. Oh, ¿qué haría si ese horrible dedo índice punzante se agitara de nuevo ante ella delante de toda esa gente? Valancy pasó todo el servicio en una agonía de pavor y estuvo enferma durante una semana después. Nadie supo por qué; la señora Frederick volvió a lamentarse de su delicada hija.

El Dr. Stalling descubrió su error y se rio de ello con Valancy, quien no se rio. Nunca superó su pavor por el Dr. Stalling. ¡Y ahora ser sorprendida por él en la esquina de la calle, pensando tales cosas!

Valancy consiguió su libro de John Foster: La magia de las alas.

—El último suyo, todo sobre pájaros —dijo la señorita Clarkson.

Casi había decidido que se iría a casa, en lugar de ir a ver al Dr. Trent. Su valor le había fallado. Tenía miedo de ofender al tío James, miedo de enfadar a su madre, miedo de enfrentarse al viejo Dr. Trent, brusco y de cejas pobladas, que probablemente le diría, como le había dicho a la prima Gladys, que su dolencia era totalmente imaginaria y que solo la tenía porque le gustaba tenerla. No, no iría; en su lugar, compraría un frasco de

Píldoras Púrpuras de Redfern. Las Píldoras Púrpuras de Redfern eran el medicamento estándar del clan Stirling. ¿No habían curado a la prima segunda Geraldine cuando cinco médicos la habían dado por desahuciada? Valancy siempre se sentía muy escéptica con respecto a las virtudes de las Píldoras Púrpuras; pero podría haber algo en ellas; y era más fácil tomarlas que enfrentarse sola al Dr. Trent. Echaría un vistazo a las revistas en la sala de lectura durante unos minutos y luego se iría a casa.

Valancy intentó leer un cuento, pero la enfureció. En cada página había una imagen de la heroína rodeada de hombres que la adoraban. ¡Y aquí estaba ella, Valancy Stirling, que no podía conseguir ni un solo pretendiente! Valancy cerró la revista de golpe; abrió *La magia de las alas*. Sus ojos se posaron en el párrafo que cambió su vida.

«El miedo es el pecado original —escribió John Foster—. Casi todo el mal en el mundo tiene su origen en el hecho de que alguien tiene miedo de algo. Es una serpiente fría y viscosa que se enrosca a tu alrededor. Es horrible vivir con miedo; y es, de todas las cosas, la más degradante.»

Valancy cerró *La magia de las alas* y se puso de pie. Iría a ver al Dr. Trent.

CAPÍTULO VI

La prueba no fue tan terrible, después de todo. El Dr. Trent fue tan brusco y abrupto como de costumbre, pero no le dijo que su dolencia era imaginaria. Después de escuchar sus síntomas, hacer algunas preguntas y realizar un rápido examen, se sentó por un momento mirándola con bastante atención. Valancy pensó que parecía como si sintiera pena por ella. Contuvo el aliento

por un momento. ¿Era grave el problema? Oh, no podía serlo, seguro; realmente no le había molestado mucho, solo que últimamente había empeorado un poco.

El Dr. Trent abrió la boca, pero antes de que pudiera hablar, el teléfono a su codo sonó bruscamente. Cogió el auricular. Valancy, observándolo, vio su rostro cambiar de repente mientras escuchaba.

—¿Diga?... sí... sí... ¿qué?... sí... sí —un breve intervalo—. ¡Dios mío!

El Dr. Trent dejó caer el auricular, salió corriendo de la habitación y subió las escaleras sin siquiera mirar a Valancy. Le oyó correr como un loco por el piso de arriba, ladrando unas cuantas observaciones a alguien, presumiblemente su ama de llaves. Luego bajó las escaleras a toda prisa con una bolsa de viaje en la mano, cogió su sombrero y su abrigo del perchero, abrió de un tirón la puerta de la calle y corrió por la calle en dirección a la estación.

Valancy se quedó sola en el pequeño consultorio, sintiéndose más absolutamente tonta de lo que se había sentido en su vida. Tonta y humillada. Así que esto era todo lo que había resultado de su heroica determinación de estar a la altura de John Foster y desechar el miedo. No solo era un fracaso como pariente e inexistente como novia o amiga, sino que ni siquiera tenía importancia como paciente. El Dr. Trent había olvidado su propia presencia en su agitación por cualquier mensaje que hubiera llegado por teléfono. No había ganado nada ignorando al tío James y desafiando la tradición familiar.

Por un momento temió que iba a llorar. Todo era tan... ridículo. Entonces oyó al ama de llaves del Dr. Trent bajar las escaleras. Valancy se levantó y fue a la puerta del consultorio.

—El doctor se olvidó por completo de mí —dijo con una sonrisa torcida.

—Bueno, es una lástima —dijo la señora Patterson con simpatía—. Pero no es de extrañar, pobre hombre. Fue un telegrama que le telefonearon desde el Puerto. Su hijo ha resultado terriblemente herido en un accidente de coche en Montreal. El doctor tenía apenas diez minutos para coger el tren. No sé qué hará si le pasa algo a Ned; está completamente volcado en el chico. Tendrá que volver otro día, señorita Stirling. Espero que no sea nada grave.

—Oh, no, nada grave —convino Valancy.

Se sintió un poco menos humillada. No era de extrañar que el pobre Dr. Trent se hubiera olvidado de ella en un momento así. Sin embargo, se sentía muy desanimada y abatida mientras bajaba por la calle.

Valancy volvió a casa por el atajo del Paseo de los Amantes. No solía pasar por el Paseo de los Amantes, pero se acercaba la hora de la cena y no convenía llegar tarde. El Paseo de los Amantes serpenteaba detrás del pueblo, bajo grandes olmos y arces, y merecía su nombre. Era difícil pasar por allí a cualquier hora y no encontrar alguna pareja acaramelada, o a chicas jóvenes de dos en dos, con los brazos entrelazados, hablando seriamente de sus pequeños secretos. Valancy no sabía qué la hacía sentir más cohibida e incómoda.

Esa tarde se encontró con ambos. Se topó con Connie Hale y Kate Bayley, con vestidos nuevos de organdí rosa y flores coquetamente prendidas en su brillante pelo descubierto. Valancy nunca había tenido un vestido rosa ni se había puesto flores en el pelo. Luego pasó junto a una pareja joven que no conocía, que paseaba sin prisa, ajena a todo excepto a sí misma. El brazo del joven rodeaba la cintura de la chica con total descaro. Valancy nunca había caminado con el brazo de un hombre a su alrededor. Sintió que debería escandalizarse —podrían dejar ese tipo de cosas para el crepúsculo protector, al menos—, pero no se escandalizó. En otro destello de honestidad desesperada y cruda, se confesó a sí misma que simplemente sentía envidia. Cuando los pasó, estuvo segura de que se reían de ella, compadeciéndose: «ahí va esa extraña solterona, Valancy Stirling. Dicen que nunca ha tenido un novio en toda su vida». Valancy casi corrió para salir del Paseo de los Amantes. Nunca se había sentido tan absolutamente incolora, flacucha e insignificante.

Justo donde el Paseo de los Amantes desembocaba en la calle, estaba aparcado un coche viejo. Valancy conocía bien ese coche —al menos por el sonido— y todo el mundo en Deerwood lo conocía. Esto fue antes de que la frase «lata de sardinas» entrara en circulación —en Deerwood, al menos—; pero de haberse conocido, este coche era la más latosa de las latas, aunque no era un Ford sino un viejo Grey Slosson. No se podía imaginar nada más maltrecho y destartalado.

Era el coche de Barney Snaith y el propio Barney estaba saliendo de debajo de él, con un mono de trabajo cubierto de barro. Valancy le lanzó una

mirada rápida y furtiva al pasar. Era solo la segunda vez que veía al notorio Barney Snaith, aunque había oído bastante sobre él en los cinco años que llevaba viviendo «allá atrás» en Muskoka. La primera vez había sido casi un año antes, en la carretera de Muskoka. También había estado saliendo de debajo de su coche entonces, y le había dedicado una sonrisa alegre al pasar, una pequeña sonrisa caprichosa que le daba el aspecto de un gnomo divertido. No tenía mal aspecto; no creía que fuera malo, a pesar de las historias descabelladas que siempre se contaban de él. Por supuesto, recorría Deerwood a toda velocidad en ese terrible y viejo Grey Slosson a horas en que toda la gente decente estaba en la cama, a menudo con el viejo «Abel el Rugidor», que hacía la noche espantosa con sus aullidos, «ambos completamente borrachos, querida». Y todo el mundo sabía que era un convicto fugado y un empleado de banco desfalcador y un asesino escondido y un infiel y un hijo ilegítimo del viejo Abel Gay el Rugidor y el padre del nieto ilegítimo de Abel el Rugidor y un falsificador de moneda y un falsificador de documentos y algunas otras cosas horribles. Pero aun así, Valancy no creía que fuera malo. Nadie con una sonrisa así podía ser malo, sin importar lo que hubiera hecho.

Fue esa noche cuando el Príncipe del Castillo Azul pasó de ser un ser de mandíbula adusta y pelo con un toque de canas prematuras a un individuo desenfadado con el pelo leonado, demasiado largo y con reflejos rojizos, ojos marrón oscuro y orejas que sobresalían lo justo para darle un aspecto alerta pero no lo suficiente como para llamarlas orejas de soplillo. Pero aún conservaba algo un poco adusto en la mandíbula.

Barney Snaith parecía aún más destartado de lo habitual en ese momento. Era muy evidente que no se había afeitado en días, y sus manos y brazos, desnudos hasta los hombros, estaban negros de grasa. Pero silbaba alegremente para sí y parecía tan feliz que Valancy lo envidió. Envidió su despreocupación y su irresponsabilidad y su misteriosa cabañita en una isla del lago Mistawis, incluso su destartado y viejo Grey Slosson. Ni él ni su coche tenían que ser respetables y vivir según las tradiciones. Cuando pasó traqueteando a su lado unos minutos más tarde, con la cabeza descubierta, reclinado en su cacharro en un ángulo desenfadado, su pelo algo largo ondeando al viento, una vieja pipa negra de aspecto villano en la boca, lo envidió de nuevo. Los hombres llevaban la mejor parte, no había duda de eso. Este proscrito era feliz, fuera lo que fuera o no. Ella, Valancy Stirling, re-

spetable, de comportamiento intachable hasta el último grado, era infeliz y siempre lo había sido. Así que ahí lo tenías.

Valancy llegó justo a tiempo para la cena. El sol se había nublado y una lluvia lúgubre y pertinaz caía de nuevo. La prima Stickles tenía neuralgia. Valancy tuvo que hacer el zurcido de la familia y no hubo tiempo para La magia de las alas.

—¿No puede esperar el zurcido hasta mañana? —suplicó.

—Mañana traerá sus propias obligaciones —dijo la señora Frederick inexorablemente.

Valancy zurció toda la noche y escuchó a la señora Frederick y a la prima Stickles cotillear el eterno y mezquino chismorreó del clan, mientras tejían lúgubremente interminables medias negras. Discutieron la próxima boda de la prima segunda Lilian en todos sus aspectos. En general, la aprobaban. A la prima segunda Lilian le iba bien.

—Aunque no se ha apresurado —dijo la prima Stickles—. Debe de tener veinticinco años.

—No ha habido —afortunadamente— muchas solteronas en nuestra familia —dijo la señora Frederick con amargura.

Valancy se estremeció. Se había clavado la aguja de zurcir en el dedo.

Al primo tercero Aaron Gray lo había arañado un gato y tenía una infección en el dedo.

—Los gatos son animales muy peligrosos —dijo la señora Frederick—. Nunca tendría un gato en casa.

Miró significativamente a Valancy a través de sus terribles gafas. Una vez, cinco años atrás, Valancy había preguntado si podía tener un gato. Nunca más se había referido a ello, pero la señora Frederick todavía sospechaba que albergaba el deseo ilícito en lo más profundo de su corazón.

Una vez, Valancy estornudó. Ahora bien, en el código de los Stirling, era de muy mala educación estornudar en público.

—Siempre se puede reprimir un estornudo presionando el dedo sobre el labio superior —dijo la señora Frederick en tono de reproche.

Las nueve y media y, como diría el señor Pepys, a la cama. Pero antes había que frotar la espalda neurálgica de la prima Stickles con Linimento de Redfern. Valancy lo hizo. Valancy siempre tenía que hacerlo. Odiaba el olor del Linimento de Redfern; odiaba la imagen relamida, radiante, corpulenta, con patillas y gafas del Dr. Redfern en el frasco. Sus dedos olían a esa sustancia horrible después de meterse en la cama, a pesar de todo el frote que les dio.

El día del destino de Valancy había llegado y se había ido. Lo terminó como lo había empezado, entre lágrimas.

CAPÍTULO VII

Había un rosal en el pequeño césped de los Stirling, creciendo junto a la verja. Se llamaba «el rosal de Doss». La prima Georgiana se lo había regalado a Valancy hacía cinco años y Valancy lo había plantado con alegría. Le encantaban las rosas. Pero —por supuesto— el rosal nunca floreció. Esa era su suerte. Valancy hizo todo lo que se le ocurrió y siguió los consejos de todos en el clan, pero aun así el rosal no florecía. Prosperaba y crecía lujuriantemente, con grandes ramas frondosas intactas de roya o araña; pero ni siquiera un capullo había aparecido nunca en él. Valancy, al mirarlo dos días después de su cumpleaños, se sintió invadida por un odio repentino y abrumador hacia él. La cosa no florecería: muy bien, entonces, lo cortaría. Se dirigió a la caseta de herramientas en el granero a por su cuchillo de jardín y se lanzó sobre el rosal con saña. Unos minutos más tarde, una horrorizada señora Frederick salió al porche y contempló a su hija acuchillando locamente entre las ramas del rosal. La mitad de ellas ya estaban esparcidas por el sendero. El arbusto parecía tristemente dismantelado.

—Doss, ¿qué demonios estás haciendo? ¿Te has vuelto loca?

—No —dijo Valancy.

Quería decirlo con desafío, pero la costumbre era demasiado fuerte para ella. Lo dijo con aire de disculpa.

—Yo... acabo de decidir cortar este arbusto. No sirve para nada. Nunca florece, nunca florecerá.

—Esa no es razón para destruirlo —dijo la señora Frederick con severidad—. Era un arbusto hermoso y bastante ornamental. Lo has dejado hecho un adefesio.

—Los rosales deben florecer —dijo Valancy un poco obstinadamente.

—No discutas conmigo, Doss. Limpia ese desastre y deja el arbusto en paz. No sé qué dirá Georgiana cuando vea cómo lo has hecho pedazos. De verdad, estoy sorprendida contigo. ¡Y hacerlo sin consultarme!

—El arbusto es mío —masculló Valancy.

—¿Qué es eso? ¿Qué has dicho, Doss?

—Solo he dicho que el arbusto era mío —repitió Valancy humildemente.

La señora Frederick se dio la vuelta sin decir palabra y volvió a entrar en la casa. El daño ya estaba hecho. Valancy sabía que había ofendido profundamente a su madre y que no le dirigiría la palabra ni le prestaría atención de ninguna manera durante dos o tres días. La prima Stickles se encargaría de la crianza de Valancy, pero la señora Frederick mantendría el silencio pétreo de la majestad ultrajada.

Valancy suspiró y guardó su cuchillo de jardín, colgándolo precisamente en su clavo preciso en la caseta de herramientas. Retiró las ramas cortadas y barrió las hojas. Sus labios se crisparon al mirar el arbusto desgarbado. Tenía un extraño parecido con su temblorosa y escuálida donante, la pequeña prima Georgiana.

«Ciertamente lo he dejado hecho un adefesio», pensó Valancy.

Pero no se sentía arrepentida, solo lamentaba haber ofendido a su madre. Las cosas serían muy incómodas hasta que la perdonara. La señora Freder-

ick era una de esas mujeres que pueden hacer sentir su ira por toda la casa. Los muros y las puertas no son protección contra ella.

—Será mejor que vayas al centro a por el correo —dijo la prima Stickles, cuando Valancy entró—. Yo no puedo ir, me siento toda mustia y decaída esta primavera. Quiero que te detengas en la farmacia y me traigas un frasco de Amargo Sanguíneo de Redfern. No hay nada como el Amargo de Redfern para fortalecer el cuerpo. El primo James dice que las Píldoras Púrpuras son las mejores, pero yo sé más. Mi pobre y querido marido tomó el Amargo de Redfern hasta el día de su muerte. No dejes que te cobren más de noventa centavos. Puedo conseguirlo por eso en el Puerto. ¿Y qué le has estado diciendo a tu pobre madre? ¿Te detienes a pensar alguna vez, Doss, que solo se puede tener una madre?

«Una es suficiente para mí», pensó Valancy, poco obediente, mientras se dirigía al centro.

Consiguió el frasco de amargo para la prima Stickles y luego fue a la oficina de correos y pidió su correspondencia en la lista de correos. Su madre no tenía apartado postal. Recibían muy poco correo como para molestarse con ello. Valancy no esperaba ningún correo, excepto el Christian Times, que era el único periódico al que estaban suscritas. Casi nunca recibían cartas. Pero a Valancy le gustaba bastante quedarse en la oficina y ver al señor Carewe, el viejo dependiente de barba gris y aspecto de Papá Noel, entregando cartas a la gente afortunada que sí las recibía. Lo hacía con un aire tan distante, impersonal y jovial, como si no le importara en lo más mínimo qué alegrías celestiales o qué horrores demoledores pudieran contener esas cartas para las personas a las que iban dirigidas. Las cartas ejercían una fascinación sobre Valancy, quizás porque rara vez recibía alguna. En su Castillo Azul, siempre le traían epístolas emocionantes, atadas con seda y selladas con carmesí, pajes con librea de oro y azul, pero en la vida real sus únicas cartas eran notas ocasionales y superficiales de parientes o algún folleto publicitario.

En consecuencia, se sorprendió inmensamente cuando el señor Carewe, con un aspecto aún más jovial de lo habitual, le tendió una carta. Sí, estaba dirigida a ella claramente, con una letra negra y enérgica: «Señorita Valancy Stirling, Calle Elm, Deerwood», y el matasellos era de Montreal. Valancy la

cogió con un ligero acelerón en la respiración. ¡Montreal! Debía de ser del doctor Trent. Se había acordado de ella, después de todo.

Valancy se encontró con el tío Benjamin que entraba mientras ella salía y se alegró de que la carta estuviera a salvo en su bolso.

—¿En qué se diferencia —dijo el tío Benjamin— un burro de un sello?

—No lo sé. ¿En qué? —respondió Valancy obedientemente.

—En que a uno le pegas con un palo, y al otro lo pegas con un lametón. ¡Ja, ja!

El tío Benjamin entró, tremendamente complacido consigo mismo.

La prima Stickles se abalanzó sobre el Times cuando Valancy llegó a casa, pero no se le ocurrió preguntar si había alguna carta. La señora Frederick lo habría preguntado, pero los labios de la señora Frederick estaban actualmente sellados. Valancy se alegró de esto. Si su madre hubiera preguntado si había cartas, Valancy habría tenido que admitir que sí. Entonces habría tenido que dejar que su madre y la prima Stickles leyera la carta y todo se descubriría.

Su corazón se comportó de forma extraña mientras subía las escaleras, y se sentó junto a su ventana unos minutos antes de abrir la carta. Se sentía muy culpable y engañosa. Nunca antes le había ocultado una carta a su madre. Cada carta que había escrito o recibido había sido leída por la señora Frederick. Eso nunca había importado. Valancy nunca había tenido nada que ocultar. Pero esto sí importaba. No podía permitir que nadie viera esta carta. Pero sus dedos temblaban con la conciencia de la maldad y la conducta desleal mientras la abría; temblaban un poco, también, quizás, con aprensión. Estaba segura de que no había nada grave en su corazón, pero... nunca se sabe.

La carta del Dr. Trent era como él: brusca, abrupta, concisa, sin malgastar palabras. El Dr. Trent nunca se andaba con rodeos. «Estimada señorita Sterling», y luego una página de escritura negra y categórica. Valancy pareció leerla de un vistazo; la dejó caer en su regazo, con el rostro blanco como un fantasma.

El Dr. Trent le decía que tenía una forma muy peligrosa y fatal de enfermedad cardíaca —angina de pecho— evidentemente complicada con un

aneurisma —fuera lo que fuese— y en las últimas etapas. Dijo, sin pelos en la lengua, que no se podía hacer nada por ella. Si se cuidaba mucho, podría vivir un año, pero también podría morir en cualquier momento; el Dr. Trent nunca se molestaba con eufemismos. Debía tener cuidado de evitar toda excitación y todo esfuerzo muscular severo. Debía comer y beber con moderación, nunca debía correr, debía subir las escaleras y las cuestas con mucho cuidado. Cualquier sacudida o golpe repentino podría ser fatal. Debía surtir la receta que adjuntaba y llevarla siempre consigo, tomando una dosis cada vez que le sobrevinieran los ataques. Y quedaba suyo atentamente, H. B. Trent.

Valancy permaneció sentada durante un buen rato junto a su ventana. Afuera había un mundo ahogado en la luz de una tarde de primavera: cielos de un azul fascinante, vientos perfumados y libres, brumas azules, suaves y encantadoras al final de cada calle. Al otro lado, en la estación de tren, un grupo de chicas jóvenes esperaba un tren; oyó sus risas alegres mientras charlaban y bromeaban. El tren entró y salió rugiendo de nuevo. Pero ninguna de estas cosas tenía realidad alguna. Nada tenía realidad excepto el hecho de que solo le quedaba otro año de vida.

Cuando se cansó de estar sentada en la ventana, fue y se tumbó en la cama, mirando fijamente el techo agrietado y descolorido. La curiosa insensibilidad que sigue a un golpe abrumador se apoderó de ella. No sentía nada excepto una sorpresa e incredulidad sin límites, detrás de las cuales estaba la convicción de que el Dr. Trent sabía lo que hacía y que ella, Valancy Stirling, que nunca había vivido, estaba a punto de morir.

Cuando sonó la campana para la cena, Valancy se levantó y bajó las escaleras mecánicamente, por la fuerza de la costumbre. Se extrañó de que la hubieran dejado sola tanto tiempo. Pero, por supuesto, su madre no le prestaría atención en ese momento. Valancy agradeció esto. Pensó que la pelea por el rosal había sido, en realidad, como la propia señora Frederick podría haber dicho, providencial. No pudo comer nada, pero tanto la señora Frederick como la prima Stickles pensaron que era porque estaba merecidamente infeliz por la actitud de su madre, y no se comentó su falta de apetito. Valancy se obligó a tragar una taza de té y luego se sentó a ver comer a las demás, con la extraña sensación de que habían pasado años desde que se había sentado con ellas a la mesa. Se encontró sonriendo para sus adentros al pensar en el revuelo que podría armar si quisiera. Bastaría con que les

contara lo que había en la carta del Dr. Trent y se armaría tanto alboroto como si —pensó Valancy con amargura— realmente les importara un comino.

—El ama de llaves del Dr. Trent recibió noticias tuyas hoy —dijo la prima Stickles, tan de repente que Valancy dio un salto culpable. ¿Habría algo en las ondas de pensamiento?—. La señora Judd estuvo hablando con ella en el centro. Creen que su hijo se recuperará, pero el Dr. Trent escribió que si lo hacía, se lo llevaría al extranjero tan pronto como pudiera viajar y no volvería por aquí durante al menos un año.

—Eso no nos importará mucho a nosotros —dijo la señora Frederick majestuosamente—. No es nuestro médico. No lo querría —aquí miró o pareció mirar acusadoramente a través de Valancy— para curar a un gato enfermo.

—¿Puedo subir a acostarme? —dijo Valancy débilmente—. Tengo... tengo dolor de cabeza.

—¿Qué te ha dado dolor de cabeza? —preguntó la prima Stickles, ya que la señora Frederick no lo haría. La pregunta tenía que hacerse. No se podía permitir que Valancy tuviera dolores de cabeza sin interferencias—. No sueles tener dolores de cabeza. Espero que no estés cogiendo las paperas. Toma, prueba una cucharada de vinagre.

—¡Paparruchas! —dijo Valancy groseramente, levantándose de la mesa. En ese momento no le importaba ser grosera. Había tenido que ser tan educada toda su vida.

Si hubiera sido posible que la prima Stickles palideciera, lo habría hecho. Como no lo era, se puso más amarilla.

—¿Estás segura de que no tienes fiebre, Doss? Suenas como si la tuvieras. Ve y métete directamente en la cama —dijo la prima Stickles, completamente alarmada—, y subiré a frotarte la frente y la nuca con Linimento de Redfern.

Valancy había llegado a la puerta, pero se dio la vuelta.

—¡No me voy a dejar frotar con Linimento de Redfern! —dijo.

La prima Stickles la miró boquiabierta.

—¿Qué... qué quieres decir?

—He dicho que no me frotarán con Linimento de Redfern —repitió Valancy—. ¡Esa cosa horrible y pegajosa! Y tiene el olor más vil de cualquier linimento que haya visto. No sirve para nada. Quiero que me dejen en paz, eso es todo.

Valancy salió, dejando a la prima Stickles pasmada.

—Tiene fiebre, debe tener fiebre —exclamó la prima Stickles.

La señora Frederick siguió cenando. No importaba si Valancy tenía o no tenía fiebre. Valancy había sido culpable de impertinencia hacia ella.

CAPÍTULO VIII

Valancy no durmió esa noche. Permaneció despierta durante las largas horas oscuras, pensando, pensando. Hizo un descubrimiento que la sorprendió: ella, que había tenido miedo de casi todo en la vida, no tenía miedo de la muerte. No le parecía en absoluto terrible. Y ahora ya no necesitaba tener miedo de nada más. ¿Por qué había tenido miedo de las cosas? Por la vida. Miedo del tío Benjamin por la amenaza de la pobreza en la vejez. Pero ahora nunca sería vieja, abandonada, tolerada. Miedo de ser una solterona toda su vida. Pero ahora no sería una solterona por mucho tiempo. Miedo de ofender a su madre y a su clan porque tenía que vivir con ellos y entre ellos y no podía vivir en paz si no cedía. Pero ahora no tenía por qué. Valancy sintió una curiosa libertad.

Pero todavía tenía un miedo horrible a una cosa: el alboroto que toda la caterva armaría cuando se lo contara. Valancy se estremeció al pensarlo. No

podría soportarlo. Oh, sabía tan bien cómo sería. Primero habría indignación; sí, indignación por parte del tío James porque había ido a un médico —a cualquier médico— sin consultarle a ÉL. Indignación por parte de su madre por ser tan taimada y engañosa —«con tu propia madre, Doss»—. Indignación por parte de todo el clan porque no había ido al Dr. Marsh.

Luego vendría la solicitud. La llevarían al Dr. Marsh, y cuando el Dr. Marsh confirmara el diagnóstico del Dr. Trent, la llevarían a especialistas en Toronto y Montreal. El tío Benjamin pagaría la cuenta con un espléndido gesto de munificencia al ayudar así a la viuda y a la huérfana, y hablaría para siempre de los honorarios escandalosos que los especialistas cobraban por parecer sabios y decir que no podían hacer nada. Y cuando los especialistas no pudieran hacer nada por ella, el tío James insistiría en que tomara Píldoras Púrpuras —«He sabido que han curado cuando todos los médicos se habían dado por vencidos»—; y su madre insistiría en el Amargo Sanguíneo de Redfern, y la prima Stickles insistiría en frotarle el corazón todas las noches con Linimento de Redfern con el argumento de que podría hacer bien y no podría hacer daño; y todos los demás tendrían algún remedio favorito para que tomara. El Dr. Stalling vendría a verla y le diría solemnemente: «Estás muy enferma. ¿Estás preparada para lo que pueda venir?» — casi como si fuera a agitar su dedo índice hacia ella, el dedo índice que no se había acortado ni se había vuelto menos nudoso con la edad—. Y la vigilarían y controlarían como a un bebé y nunca la dejarían hacer nada ni ir a ningún sitio sola. Quizás ni siquiera le permitirían dormir sola por si moría mientras dormía. La prima Stickles o su madre insistirían en compartir su habitación y su cama. Sí, sin duda lo harían.

Fue este último pensamiento el que realmente decidió a Valancy. No podía soportarlo y no lo haría. Cuando el reloj del vestíbulo dio las doce, Valancy tomó la repentina y definitiva decisión de no contárselo a nadie. Siempre le habían dicho, desde que tenía memoria, que debía ocultar sus sentimientos. «No es de señoritas tener sentimientos», le había dicho una vez la prima Stickles con desaprobación. Bueno, los ocultaría con creces.

Pero aunque no tenía miedo de la muerte, no le era indiferente. Descubrió que la resentía; no era justo que tuviera que morir cuando nunca había vivido. La rebelión se encendió en su alma a medida que pasaban las horas oscuras, no porque no tuviera futuro, sino porque no tenía pasado.

«Soy pobre, soy fea, soy un fracaso, y estoy cerca de la muerte», pensó. Podía ver su propia esquelera en el Deerwood Weekly Times, copiada en el Port Lawrence Journal. «Una profunda tristeza se apoderó de Deerwood, etc., etc.», «deja un gran círculo de amigos para llorar, etc., etc., etc.»; mentiras, todo mentiras. ¡Tristeza, por supuesto! Nadie la echaría de menos. Su muerte no le importaría a nadie ni un comino. Ni siquiera su madre la quería; su madre, que se había sentido tan decepcionada de que no fuera un niño, o al menos, una niña bonita.

Valancy repasó toda su vida entre la medianoche y el temprano amanecer de la primavera. Era una existencia muy monótona, pero aquí y allá un incidente destacaba con una importancia desproporcionada a su relevancia real. Estos incidentes eran todos desagradables de una forma u otra. Nunca le había pasado nada realmente agradable a Valancy.

«Nunca he tenido una hora completamente feliz en mi vida, ni una», pensó. «Solo he sido una nulidad incolora. Recuerdo haber leído en alguna parte que hay una hora en la que una mujer podría ser feliz toda su vida si pudiera encontrarla. Nunca he encontrado mi hora, nunca, nunca. Y ahora nunca la encontraré. Si tan solo hubiera podido tener esa hora, estaría dispuesta a morir.»

Esos incidentes significativos seguían apareciendo en su mente como fantasmas no invitados, sin ninguna secuencia de tiempo o lugar. Por ejemplo, aquella vez en que, a los dieciséis años, había azulado demasiado una colada de ropa. Y la vez en que, a los ocho, había «robado» mermelada de frambuesa de la despensa de la tía Wellington. Valancy nunca dejó de oír hablar de esas dos fechorías. En casi todas las reuniones del clan se las sacaban a relucir como bromas. El tío Benjamin casi nunca dejaba de volver a contar el incidente de la mermelada de frambuesa; él había sido quien la había pillado, con la cara toda manchada y pringada.

«Realmente he hecho tan pocas cosas malas que tienen que seguir insistiendo en las viejas», pensó Valancy. «¡Vaya, si ni siquiera he tenido una pelea con nadie! No tengo ni un enemigo. ¡Qué criatura más pusilánime debo ser para no tener ni un solo enemigo!»

Estaba el incidente del montón de polvo en la escuela cuando tenía siete años. Valancy siempre lo recordaba cuando el Dr. Stalling se refería al texto: «Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo

que tiene le será quitado». Otros podían romperse la cabeza con ese texto, pero a Valancy nunca le desconcertó. Toda la relación entre ella y Olive, que databa del día del montón de polvo, era un comentario sobre él.

Llevaba un año yendo a la escuela, pero Olive, que era un año menor, acababa de empezar y tenía todo el glamour de «una niña nueva» y, además, una niña sumamente bonita. Era el recreo y todas las niñas, grandes y pequeñas, estaban en el camino frente a la escuela haciendo montones de polvo. El objetivo de cada niña era tener el montón más grande. A Valancy se le daba bien hacer montones de polvo —había un arte en ello— y tenía esperanzas secretas de ser la primera. Pero Olive, que trabajaba sola, fue descubierta de repente con un montón de polvo más grande que el de nadie. Valancy no sintió celos. Su montón de polvo era lo suficientemente grande como para complacerla. Entonces una de las niñas mayores tuvo una inspiración.

—¡Pongamos todo nuestro polvo en el montón de Olive y hagamos uno tremendo! —exclamó.

Un frenesí pareció apoderarse de las niñas. Se abalanzaron sobre los montones de polvo con cubos y palas y en pocos segundos el montón de Olive era una verdadera pirámide. En vano Valancy, con sus bracitos escuálidos y extendidos, intentó proteger el suyo. Fue barrida sin piedad, su montón de polvo recogido y vertido sobre el de Olive. Valancy se dio la vuelta resueltamente y empezó a construir otro montón de polvo. De nuevo una niña mayor se abalanzó sobre él. Valancy se plantó delante, sonrojada, indignada, con los brazos extendidos.

—No te lo lleves —suplicó—. Por favor, no te lo lleves.

—Pero, ¿por qué? —exigió la niña mayor—. ¿Por qué no quieres ayudar a hacer más grande el de Olive?

—Quiero mi propio montoncito de polvo —dijo Valancy lastimosamente.

Su súplica no fue escuchada. Mientras discutía con una niña, otra recogió su montón de polvo. Valancy se dio la vuelta, con el corazón encogido, los ojos llenos de lágrimas.

—¡Celosa, estás celosa! —dijeron las niñas burlonamente.

—Fuiste muy egoísta —dijo su madre con frialdad, cuando Valancy se lo contó por la noche. Esa fue la primera y última vez que Valancy llevó alguno de sus problemas a su madre.

Valancy no era ni celosa ni egoísta. Solo quería un montón de polvo propio; pequeño o grande, no importaba. Un tiro de caballos bajó por la calle; el montón de polvo de Olive se esparció por la calzada; sonó la campana; las niñas entraron en tropel a la escuela y habían olvidado todo el asunto antes de llegar a sus asientos. Valancy nunca lo olvidó. Hasta el día de hoy lo resentía en su alma secreta. ¿Pero no era simbólico de su vida?

«Nunca he podido tener mi propio montón de polvo», pensó Valancy.

La enorme luna roja que había visto salir justo al final de la calle una tarde de otoño de su sexto año. Se había sentido enferma y helada por el horror terrible y misterioso de aquello. Tan cerca de ella. Tan grande. Había corrido temblando hacia su madre y su madre se había reído de ella. Se había ido a la cama y había escondido la cara bajo las sábanas, aterrorizada de poder mirar a la ventana y ver esa luna horrible mirándola a través de ella.

El chico que había intentado besarla en una fiesta cuando tenía quince años. No le había dejado; le había esquivado y había huido. Fue el único chico que había intentado besarla. Ahora, catorce años después, Valancy se encontraba deseando haberle dejado.

La vez que la obligaron a disculparse con Olive por algo que no había hecho. Olive había dicho que Valancy la había empujado al barro y le había estropeado los zapatos nuevos a propósito. Valancy sabía que no lo había hecho. Había sido un accidente, y ni siquiera por su culpa, pero nadie le creyó. Tuvo que disculparse, y besar a Olive para «hacer las paces». La injusticia de aquello le ardía en el alma esa noche.

Aquel verano en que Olive tenía el sombrero más hermoso, adornado con tul de color crema, con una corona de rosas rojas y lacitos de cinta bajo la barbilla. Valancy había deseado un sombrero así más de lo que nunca había deseado nada. Suplicó por uno y se rieron de ella; todo el verano tuvo que llevar un horrible sombrerito marinero marrón con un elástico que le cortaba detrás de las orejas. Ninguna de las chicas quería salir con ella porque

iba muy mal vestida, nadie excepto Olive. La gente pensaba que Olive era muy dulce y desinteresada.

«Era un excelente contraste para ella», pensó Valancy. «Incluso entonces lo sabía».

Valancy había intentado ganar un premio por asistencia a la escuela dominical una vez. Pero Olive lo ganó. Había tantos domingos que Valancy tenía que quedarse en casa porque tenía resfriados. Una vez había intentado «recitar un poema» en la escuela un viernes por la tarde y se había quedado a medias. Olive era una buena recitadora y nunca se atascaba.

La noche que pasó en Port Lawrence con la tía Isabel cuando tenía diez años. Byron Stirling estaba allí; de Montreal, doce años, engreído, listo. En las oraciones familiares de la mañana, Byron se había estirado y le había dado a Valancy un pellizco tan salvaje en el brazo delgado que ella gritó de dolor. Después de las oraciones, fue convocada ante el tribunal de la tía Isabel. Pero cuando dijo que Byron la había pellizcado, Byron lo negó. Dijo que ella gritó porque el gatito la arañó. Dijo que ella había subido al gatito a su silla y estaba jugando con él cuando debería haber estado escuchando la oración del tío David. Le creyeron. En el clan Stirling, siempre se creía a los chicos antes que a las chicas. Valancy fue enviada a casa en desgracia por su comportamiento sumamente malo durante las oraciones familiares y no fue invitada a casa de la tía Isabel de nuevo durante muchas lunas.

La vez que se casó la prima Betty Stirling. De alguna manera, Valancy se enteró de que Betty iba a pedirle que fuera una de sus damas de honor. Valancy se sintió secretamente exaltada. Sería algo encantador ser dama de honor. Y por supuesto, tendría que tener un vestido nuevo para ello, un vestido nuevo y bonito, un vestido rosa. Betty quería que sus damas de honor vistieran de rosa.

Pero Betty nunca se lo pidió, después de todo. Valancy no podía adivinar por qué, pero mucho después de que sus lágrimas secretas de decepción se hubieran secado, Olive se lo dijo. Betty, tras mucha consulta y reflexión, había decidido que Valancy era demasiado insignificante, que «estropearía el efecto». Eso fue hace nueve años. Pero esa noche, Valancy contuvo el aliento con el viejo dolor y el aguijón de aquello.

Aquel día, en su undécimo año, cuando su madre la había acosado hasta hacerle confesar algo que nunca había hecho. Valancy lo había negado durante mucho tiempo, pero finalmente, por tener paz, había cedido y se había declarado culpable. La señora Frederick siempre hacía que la gente mintiera empujándola a situaciones en las que tenían que mentir. Luego su madre la había hecho arrodillarse en el suelo del salón, entre ella y la prima Stickles, y decir: «Oh, Dios, por favor, perdóname por no decir la verdad». Valancy lo había dicho, pero al levantarse de sus rodillas, masculló: «Pero, oh Dios, tú sabes que sí dije la verdad». Valancy no había oído hablar entonces de Galileo, pero su destino fue similar al suyo. Fue castigada con la misma severidad que si no hubiera confesado y rezado.

El invierno que fue a la escuela de baile. El tío James había decretado que debía ir y había pagado sus clases. ¡Cuánto lo había esperado! ¡Y cuánto lo había odiado! Nunca tuvo una pareja voluntaria. La profesora siempre tenía que decirle a algún chico que bailara con ella, y generalmente él se mostraba malhumorado al respecto. Sin embargo, Valancy era una buena bailarina, tan ligera de pies como el vilano. Olive, a quien nunca le faltaron parejas entusiastas, era pesada.

El asunto del hilo de botones, cuando tenía diez años. Todas las niñas de la escuela tenían hilos de botones. Olive tenía uno muy largo con muchísimos botones hermosos. Valancy tenía uno. La mayoría de los botones eran muy corrientes, pero tenía seis bellezas que habían pertenecido al vestido de novia de la abuela Stirling: botones brillantes de oro y cristal, mucho más hermosos que cualquiera de los que tenía Olive. Su posesión confería una cierta distinción a Valancy. Sabía que todas las niñas de la escuela envidiaban su posesión exclusiva de esos hermosos botones. Cuando Olive los vio en el hilo de botones, los miró fijamente pero no dijo nada, entonces. Al día siguiente, la tía Wellington había venido a la calle Elm y le había dicho a la señora Frederick que pensaba que Olive debería tener algunos de esos botones; la abuela Stirling era tanto la madre de Wellington como la de Frederick. La señora Frederick había aceptado amablemente. No podía permitirse enemistarse con la tía Wellington. Además, el asunto no tenía ninguna importancia. La tía Wellington se llevó cuatro de los botones, dejando generosamente dos para Valancy. Valancy los había arrancado de su hilo y los había arrojado al suelo —aún no había aprendido que no era de señoritas

tener sentimientos— y había sido enviada a la cama sin cenar por la exhibición.

La noche de la fiesta de Margaret Blunt. Había hecho esfuerzos tan patéticos por estar guapa esa noche. Rob Walker iba a estar allí; y dos noches antes, en el porche iluminado por la luna de la casa de campo del tío Herbert en Mistawis, Rob realmente parecía haberse sentido atraído por ella. En la fiesta de Margaret, Rob ni siquiera la sacó a bailar, no se fijó en ella en absoluto. Fue una de las que se quedaron para vestir santos, como de costumbre. Eso, por supuesto, fue hace años. La gente en Deerwood había dejado de invitar a Valancy a los bailes hacía mucho tiempo. Pero para Valancy, su humillación y decepción eran del día anterior. Su cara ardía en la oscuridad al recordarse a sí misma, sentada allí con su pelo fino y lastimosamente rizado y las mejillas que se había pellizcado durante una hora antes de venir, en un esfuerzo por enrojecerlas. Todo lo que resultó de ello fue un rumor descabellado de que Valancy Stirling se había puesto colorete en la fiesta de Margaret Blunt. En aquellos días, en Deerwood, eso era suficiente para arruinar tu reputación para siempre. No arruinó la de Valancy, ni siquiera la dañó. La gente sabía que ella no podría ser casquivana ni aunque lo intentara. Solo se rieron de ella.

«No he tenido más que una existencia de segunda mano», decidió Valancy. «Todas las grandes emociones de la vida me han pasado de largo. Ni siquiera he tenido una pena. ¿Y he amado realmente a alguien alguna vez? ¿Amo realmente a mamá? No, no la amo. Esa es la verdad, sea vergonzoso o no. No la amo, nunca la he amado. Lo que es peor, ni siquiera me gusta. Así que no sé nada sobre ningún tipo de amor. Mi vida ha estado vacía, vacía. ¡Nada es peor que el vacío. Nada!» Valancy exclamó el último «nada» en voz alta, apasionadamente. Luego gimió y dejó de pensar en nada por un rato. Le había sobrevenido uno de sus ataques de dolor.

Cuando pasó, algo le había sucedido a Valancy, quizás la culminación del proceso que había estado ocurriendo en su mente desde que leyó la carta del Dr. Trent. Eran las tres de la mañana, la hora más sabia y más maldita del reloj. Pero a veces nos libera.

«He intentado complacer a los demás toda mi vida y he fracasado», dijo. «A partir de ahora, me complaceré a mí misma. Nunca volveré a fingir nada. He respirado una atmósfera de mentirijillas, fingimientos y evasivas

toda mi vida. ¡Qué lujo será decir la verdad! Puede que no pueda hacer mucho de lo que quiero, pero no haré ni una sola cosa más que no quiera hacer. Mamá puede hacer pucheros durante semanas, no me preocuparé por ello. “La desesperación es un hombre libre; la esperanza es una esclava”.»

Valancy se levantó y se vistió, con una profundización de esa curiosa sensación de libertad. Cuando terminó con su pelo, abrió la ventana y arrojó el tarro de popurrí al solar contiguo. Se hizo añicos gloriosamente contra la tez de colegiala del viejo taller de carruajes.

—Estoy harta de la fragancia de las cosas muertas —dijo Valancy.

CAPÍTULO IX

Las bodas de plata del tío Herbert y la tía Alberta fueron delicadamente referidas entre los Stirling durante las semanas siguientes como «la vez que notamos por primera vez que la pobre Valancy estaba... un poco... ¿entiendes?».

Por nada del mundo ninguno de los Stirling habría dicho abiertamente al principio que Valancy se había vuelto ligeramente loca o incluso que su mente estaba un poco trastornada. Se consideró que el tío Benjamin había ido demasiado lejos cuando exclamó: «Está chiflada, os lo digo, está chiflada», y solo se le excusó por la indignante conducta de Valancy en la mencionada cena de bodas.

Pero la señora Frederick y la prima Stickles habían notado algunas cosas que las inquietaban antes de la cena. Había empezado con el rosal, por supuesto; y Valancy nunca volvió a estar realmente «del todo bien». No parecía preocuparle en lo más mínimo el hecho de que su madre no le

hablara. Nunca se supondría que lo notaba en absoluto. Se había negado rotundamente a tomar ni las Píldoras Púrpuras ni el Amargo de Redfern. Había anunciado fríamente que ya no pensaba responder al nombre de «Doss». Le había dicho a la prima Stickles que desearía que dejara de usar ese broche con el pelo del primo Artemas Stickles. Había movido su cama en su habitación a la esquina opuesta. Había leído *La magia de las alas* el domingo por la tarde. Cuando la prima Stickles la había reprendido, Valancy había dicho con indiferencia: «Oh, se me olvidó que era domingo», y había seguido leyendo.

La prima Stickles había visto algo terrible: había pillado a Valancy deslizándose por la barandilla. La prima Stickles no le contó esto a la señora Frederick; la pobre Amelia ya estaba bastante preocupada. Pero fue el anuncio de Valancy el sábado por la noche de que ya no iba a ir más a la iglesia anglicana lo que rompió el silencio pétreo de la señora Frederick.

— ¡No ir más a la iglesia! Doss, ¿has perdido absolutamente la cabeza...?

— Oh, voy a ir a la iglesia —dijo Valancy airosamente—. Voy a ir a la iglesia presbiteriana. Pero a la iglesia anglicana no iré.

Esto era aún peor. La señora Frederick recurrió a las lágrimas, al ver que la majestad ultrajada había dejado de ser efectiva.

— ¿Qué tienes en contra de la iglesia anglicana? —sollozó.

— Nada, solo que siempre me has obligado a ir allí. Si me hubieras obligado a ir a la iglesia presbiteriana, querría ir a la anglicana.

— ¿Es eso algo bonito que decirle a tu madre? Oh, qué cierto es que es más agudo que el diente de una serpiente tener un hijo ingrato.

— ¿Es eso algo bonito que decirle a tu hija? —dijo la impenitente Valancy.

Así que el comportamiento de Valancy en las bodas de plata no fue una sorpresa tan grande para la señora Frederick y Christine Stickles como lo fue para el resto. Dudaban de la sensatez de llevarla, pero concluyeron que «daría que hablar» si no lo hacían. Quizás se comportaría, y hasta ahora ningún extraño sospechaba que hubiera algo raro en ella. Por una misericordia especial de la Providencia, había llovido a cántaros el domingo por la

mañana, así que Valancy no había llevado a cabo su horrible amenaza de ir a la iglesia presbiteriana.

A Valancy no le habría importado en lo más mínimo que la hubieran dejado en casa. Estas celebraciones familiares eran todas irremediablemente aburridas. Pero los Stirling siempre celebraban todo. Era una costumbre arraigada. Incluso la señora Frederick daba una cena en su aniversario de bodas y la prima Stickles invitaba a amigos a cenar en su cumpleaños. Valancy odiaba estos eventos porque tenían que apretarse el cinturón y ahorrar y arreglárselas durante semanas después para pagarlos. Pero quería ir a las bodas de plata. Heriría los sentimientos del tío Herbert si se quedaba en casa, y el tío Herbert le caía bastante bien. Además, quería observar a todos sus parientes desde su nuevo ángulo. Sería un lugar excelente para hacer pública su declaración de independencia si se presentaba la ocasión.

—Ponte tu vestido de seda marrón —dijo la señora Stirling.

¡Como si hubiera otra cosa que ponerse! Valancy solo tenía un vestido de fiesta: esa seda marrón tabaco que la tía Isabel le había regalado. La tía Isabel había decretado que Valancy nunca debía usar colores. No le favorecían. Cuando era joven le permitían usar blanco, pero eso se había abandonado tácitamente desde hacía algunos años. Valancy se puso la seda marrón. Tenía el cuello alto y las mangas largas. Nunca había tenido un vestido con escote bajo y mangas al codo, aunque se habían llevado, incluso en Deerwood, durante más de un año. Pero no se peinó con tupé. Se hizo un moño en la nuca y se sacó el pelo sobre las orejas. Pensó que le favorecía, solo que el moñito era absurdamente pequeño. La señora Frederick resintió el peinado, pero decidió que lo más sabio era no decir nada en la víspera de la fiesta. Era muy importante mantener a Valancy de buen humor, si era posible, hasta que terminara. La señora Frederick no reflexionó que era la primera vez en su vida que había pensado que era necesario considerar los humores de Valancy. Pero claro, Valancy nunca había sido «rara» antes.

De camino a casa del tío Herbert —la señora Frederick y la prima Stickles caminando delante, Valancy trotando mansamente detrás—, Abel el Rugidor pasó junto a ellas en su carro. Borracho como de costumbre, pero no en la etapa de rugir. Solo lo suficientemente borracho como para ser excesivamente educado. Levantó su vieja y destartalada gorra de tartán con el aire de un monarca saludando a sus súbditos y les hizo una gran reverencia.

La señora Frederick y la prima Stickles no se atrevieron a ignorar por completo a Abel el Rugidor. Era la única persona en Deerwood a la que se podía conseguir para hacer trabajos ocasionales de carpintería y reparaciones cuando era necesario, así que no convenía ofenderlo. Pero respondieron solo con la más rígida y leve de las inclinaciones de cabeza. A Abel el Rugidor había que mantenerlo en su sitio.

Valancy, detrás de ellas, hizo algo que afortunadamente no vieron. Sonrió alegremente y saludó con la mano a Abel el Rugidor. ¿Por qué no? Siempre le había caído bien el viejo pecador. Era un proscrito tan alegre, pintoresco y desvergonzado que destacaba contra la monótona respetabilidad de Deerwood y sus costumbres como una bandera rojo fuego de revuelta y protesta. Hacía solo unas noches, Abel había recorrido Deerwood en las altas horas de la madrugada, gritando juramentos a pleno pulmón con su voz estentórea que se oía a kilómetros, y azotando a su caballo en un galope furioso mientras recorría la remilgada y correcta calle Elm.

—Gritando y blasfemando como un demonio —se estremeció la prima Stickles en la mesa del desayuno.

—No puedo entender por qué el juicio del Señor no ha caído sobre ese hombre mucho antes —dijo la señora Frederick con petulancia, como si pensara que la Providencia era muy lenta y debería recibir un suave recordatorio.

—Lo encontrarán muerto una mañana, caerá bajo los cascos de su caballo y morirá pisoteado —dijo la prima Stickles tranquilizadamente.

Valancy no había dicho nada, por supuesto; pero se preguntó si las borracheras periódicas de Abel el Rugidor no eran su fútil protesta contra la pobreza, la monotonía y el trabajo pesado de su existencia. Ella se iba de juerga onírica a su Castillo Azul. Abel el Rugidor, al no tener imaginación, no podía hacer eso. Sus escapadas de la realidad tenían que ser concretas. Así que lo saludó hoy con un repentino sentimiento de camaradería, y Abel el Rugidor, no demasiado borracho como para no sorprenderse, casi se cae de su asiento de asombro.

Para entonces habían llegado a la Avenida Maple y a la casa del tío Herbert, una estructura grande y pretenciosa salpicada de ventanales sin sentido

y porches protuberantes. Una casa que siempre parecía un hombre estúpido, próspero y satisfecho de sí mismo con verrugas en la cara.

—Una casa así —dijo Valancy solemnemente— es una blasfemia.

La señora Frederick se sintió sacudida hasta el alma. ¿Qué había dicho Valancy? ¿Era profano? ¿O solo raro? La señora Frederick se quitó el sombrero en la habitación de invitados de la tía Alberta con manos temblorosas. Hizo un último y débil intento de evitar el desastre. Retuvo a Valancy en el rellano mientras la prima Stickles bajaba las escaleras.

—¿No podrías intentar recordar que eres una dama? —suplicó.

—¡Oh, si al menos hubiera alguna esperanza de poder olvidarlo! —dijo Valancy con cansancio.

La señora Frederick sintió que no se merecía esto de la Providencia.

CAPÍTULO X

—Bendice estos alimentos para nuestro uso y consagra nuestras vidas a Tu servicio —dijo el tío Herbert enérgicamente.

La tía Wellington frunció el ceño. Siempre consideraba que las bendiciones de Herbert eran demasiado cortas y «frívolas». Una bendición, para ser una bendición a los ojos de la tía Wellington, tenía que durar al menos tres minutos y ser pronunciada en un tono sobrenatural, entre un gemido y un canto. Como protesta, mantuvo la cabeza inclinada un tiempo perceptible después de que todos los demás la hubieran levantado. Cuando se permitió enderezarse, se encontró con que Valancy la miraba. Desde entonces, la tía Wellington afirmó que supo desde ese momento que algo andaba mal

con Valancy. En esos ojos extraños y rasgados suyos — «siempre deberíamos haber sabido que no estaba del todo bien con ojos así» — había un extraño destello de burla y diversión, como si Valancy se estuviera riendo de ella. Tal cosa era impensable, por supuesto. La tía Wellington dejó de pensarlo de inmediato.

Valancy se estaba divirtiendo. Nunca antes se había divertido en una «reunión familiar». En los actos sociales, como en los juegos infantiles, solo había «rellenado». Su clan siempre la había considerado muy aburrida. No tenía gracias de salón. Y había tenido la costumbre de refugiarse del aburrimiento de las fiestas familiares en su Castillo Azul, lo que resultaba en una distracción que aumentaba su reputación de sosería y vacuidad.

—No tiene ninguna presencia social en absoluto —había decretado la tía Wellington de una vez por todas.

Nadie soñaba que Valancy se quedaba muda en su presencia simplemente porque les tenía miedo. Ahora ya no les tenía miedo. Los grilletes habían sido arrancados de su alma. Estaba bastante preparada para hablar si se presentaba la ocasión. Mientras tanto, se estaba dando una libertad de pensamiento que nunca antes se había atrevido a tomar. Se dejó llevar con una salvaje exaltación interior, mientras el tío Herbert trinchaba el pavo. El tío Herbert le dio una segunda mirada a Valancy ese día. Siendo hombre, no sabía qué se había hecho en el pelo, pero pensó sorprendido que Doss no era una chica tan mal parecida, después de todo; y le puso un trozo extra de carne blanca en el plato.

—¿Qué planta es más perjudicial para la belleza de una joven? —propuso el tío Benjamin para empezar la conversación, «para soltar un poco las cosas», como habría dicho.

Valancy, cuyo deber era decir «¿Cuál?», no lo dijo. Nadie más lo dijo, así que el tío Benjamin, tras una pausa expectante, tuvo que responder: «El tomillo», y sintió que su adivinanza había caído en saco roto. Miró con resentimiento a Valancy, que nunca antes le había fallado, pero Valancy ni siquiera parecía darse cuenta de su presencia. Miraba alrededor de la mesa, examinando implacablemente a cada uno en esta deprimente asamblea de gente sensata y observando sus pequeños respingos con una sonrisa distante y divertida.

Así que esta era la gente a la que siempre había tenido en reverencia y temor. Parecía verlos con nuevos ojos.

La tía Mildred, grande, capaz, condescendiente, voluble, que se creía la mujer más inteligente del clan, a su marido un poco por debajo de los ángeles y a sus hijos maravillas. ¿No había terminado su hijo, Howard, la dentición a los once meses? ¿Y no podía decirte la mejor manera de hacer todo, desde cocinar champiñones hasta recoger una serpiente? ¡Qué pelmaza era! ¡Qué lunares tan feos tenía en la cara!

La prima Gladys, que siempre alababa a su hijo, que había muerto joven, y siempre se peleaba con el que vivía. Tenía neuritis, o lo que ella llamaba neuritis. Saltaba de una parte de su cuerpo a otra. Era algo conveniente. Si alguien quería que fuera a algún sitio al que no quería ir, tenía neuritis en las piernas. Y siempre, si se requería algún esfuerzo mental, podía tener neuritis en la cabeza. No se puede pensar con neuritis en la cabeza, querida.

«¡Qué farsante eres!», pensó Valancy impíamente.

La tía Isabel. Valancy contó sus papadas. La tía Isabel era la crítica del clan. Siempre había ido por ahí aplastando a la gente. Más miembros de la familia que Valancy le tenían miedo. Se reconocía que tenía una lengua mordaz.

«Me pregunto qué le pasaría a tu cara si alguna vez sonrieras», especuló Valancy, descaradamente.

La prima segunda Sarah Taylor, con sus grandes ojos pálidos e inexpressivos, famosa por la variedad de sus recetas de encurtidos y por nada más. Tan temerosa de decir algo indiscreto que nunca decía nada que valiera la pena escuchar. Tan correcta que se sonrojaba al ver el anuncio de un corsé y le había puesto un vestido a su estatuilla de la Venus de Milo que la hacía parecer «muy resultona».

La pequeña prima Georgiana. No era tan mala. Pero lúgubre, muy lúgubre. Siempre parecía como si acabara de ser almidonada y planchada. Siempre con miedo de dejarse llevar. Lo único que realmente disfrutaba era un funeral. Con un cadáver sabías a qué atenerte. No podía pasarle nada más. Pero mientras había vida, había miedo.

El tío James. Apuesto, moreno, con su boca sarcástica y de cepo y sus patillas de color gris acero, cuyo pasatiempo favorito era escribir cartas

polémicas al Christian Times , atacando el Modernismo. Valancy siempre se preguntaba si parecería tan solemne cuando dormía como cuando estaba despierto. No es de extrañar que su esposa hubiera muerto joven. Valancy la recordaba. Una cosita bonita y sensible. El tío James le había negado todo lo que quería y la había colmado de todo lo que no quería. La había matado, de forma totalmente legal. Había sido asfixiada y muerta de hambre.

El tío Benjamin, asmático, de boca de gato. Con grandes bolsas bajo unos ojos que no tenían nada en reverencia.

El tío Wellington. Cara larga y pálida, pelo fino de color amarillo pálido —«uno de los Stirling rubios»—, cuerpo delgado y encorvado, frente abominablemente alta con arrugas muy feas y «ojos tan inteligentes como los de un pez», pensó Valancy. «Parece una caricatura de sí mismo».

La tía Wellington. Se llamaba Mary, pero la llamaban por el nombre de su marido para distinguirla de la tía abuela Mary. Una dama maciza, digna, permanente. Pelo gris acero espléndidamente arreglado. Vestido rico y a la moda con cuentas. Se había quitado sus lunares por electrólisis, lo que la tía Mildred consideraba una evasión perversa de los propósitos de Dios.

El tío Herbert, con su pelo gris de punta. La tía Alberta, que torcía la boca de forma tan desagradable al hablar y tenía una gran reputación de desinteresada porque siempre renunciaba a un montón de cosas que no quería. Valancy los juzgó con indulgencia porque le caían bien, aunque fueran, en la expresiva frase de Milton, «estúpidamente buenos». Pero se preguntó por qué inescrutable razón la tía Alberta había decidido atarse una cinta de terciopelo negro alrededor de cada uno de sus rollizos brazos por encima del codo.

Luego miró al otro lado de la mesa a Olive. Olive, que le había sido presentada como un parangón de belleza, comportamiento y éxito desde que tenía memoria. «¿Por qué no puedes erguirte como Olive, Doss? ¿Por qué no puedes mantenerte recta como Olive, Doss? ¿Por qué no puedes hablar bonito como Olive, Doss? ¿Por qué no puedes hacer un esfuerzo, Doss?».

Los ojos élficos de Valancy perdieron su brillo burlón y se volvieron pensativos y tristes. No se podía ignorar ni desdeñar a Olive. Era imposible negar que era hermosa y efectiva y a veces era un poco inteligente. Su boca podía ser un poco gruesa, podía mostrar sus dientes finos, blancos y regu-

lares con demasiada generosidad cuando sonreía. Pero a fin de cuentas, Olive justificaba el resumen del tío Benjamin: «una chica despampanante». Sí, Valancy estaba de acuerdo en su corazón, Olive era despampanante.

Pelo castaño dorado, ricamente peinado, con una diadema brillante sujetando sus lustrosos bucles; ojos grandes y brillantes de color azul y pestañas espesas y sedosas; rostro de rosa y cuello desnudo de nieve, que se alzaba sobre su vestido; grandes perlas en forma de burbuja en sus orejas; la llama de diamante blanco azulado en su dedo largo, liso y ceroso con su uña rosada y puntiaguda. Brazos de mármol, que brillaban a través de gasa verde y encaje de sombra. Valancy se sintió de repente agradecida de que sus propios brazos escuálidos estuvieran decentemente envueltos en seda marrón. Luego reanudó su tabulación de los encantos de Olive.

Alta. Majestuosa. Segura de sí misma. Todo lo que Valancy no era. Hoyuelos, también, en las mejillas y la barbilla. «Una mujer con hoyuelos siempre se sale con la suya», pensó Valancy, en un espasmo recurrente de amargura por el destino que le había negado incluso un hoyuelo.

Olive era solo un año menor que Valancy, aunque un extraño habría pensado que había al menos diez años entre ellas. Pero nadie temió nunca la soltería para ella. Olive había estado rodeada de una multitud de pretendientes entusiastas desde su temprana adolescencia, al igual que su espejo siempre estaba rodeado de una franja de tarjetas, fotografías, programas e invitaciones. A los dieciocho años, cuando se graduó en el Havergal College, Olive se comprometió con Will Desmond, abogado en ciernes. Will Desmond había muerto y Olive lo había llorado apropiadamente durante dos años. Cuando tenía veintitrés años, tuvo un romance agitado con Donald Jackson. Pero los tíos Wellington lo desaprobaron y al final Olive, obedientemente, lo dejó. Nadie en el clan Stirling —dijeran lo que dijeran los de fuera— insinuó que lo hizo porque el propio Donald se estaba enfriando. Fuera como fuese, la tercera aventura de Olive contó con la aprobación de todos. Cecil Price era listo y guapo y «uno de los Price de Port Lawrence». Olive llevaba tres años comprometida con él. Acababa de graduarse en ingeniería civil y se casarían tan pronto como consiguiera un contrato. El ajuar de Olive estaba lleno a rebosar de cosas exquisitas y Olive ya le había confiado a Valancy cómo sería su vestido de novia. Seda marfil drapeada con encaje, cola de corte de satén blanco, forrada con georgette verde pálido, velo de encaje de Bruselas heredado de la familia. Valancy también

sabía —aunque Olive no se lo había dicho— que las damas de honor estaban seleccionadas y que ella no estaba entre ellas.

Valancy había sido, en cierto modo, siempre la confidente de Olive, quizás porque era la única chica del círculo que no podía aburrir a Olive con confidencias de vuelta. Olive siempre le contaba a Valancy todos los detalles de sus amoríos, desde los días en que los niños pequeños de la escuela la «perseguían» con cartas de amor. Valancy no podía consolarse pensando que estos amoríos eran míticos. Olive realmente los tenía. Muchos hombres se habían vuelto locos por ella además de los tres afortunados.

—No sé qué ven en mí los pobres idiotas, que los lleva a hacer el doble de idiotas de sí mismos —solía decir Olive.

A Valancy le habría gustado decir: «Yo tampoco», pero tanto la verdad como la diplomacia la contenían. Sí lo sabía, perfectamente. Olive Stirling era una de esas chicas por las que los hombres se vuelven locos, tan indudablemente como ella, Valancy, era una de esas chicas a las que ningún hombre miraba dos veces.

«Y sin embargo —pensó Valancy, resumiéndola con una nueva e implacable conclusión—, es como una mañana sin rocío. Le falta algo».

CAPÍTULO XI

Mientras tanto, la cena en sus primeras etapas se arrastraba lentamente, fiel al estilo de los Stirling. La habitación estaba fría, a pesar del calendario, y la tía Alberta había encendido los leños de gas. Todos en el clan envidiaban esos leños de gas, excepto Valancy. Gloriosas chimeneas de fuego abierto ardían en cada habitación de su Castillo Azul cuando las noches de

otoño eran frescas, pero se habría congelado hasta la muerte en él antes de cometer el sacrilegio de un leño de gas. El tío Herbert hizo su chiste de siempre cuando sirvió la carne fría a la tía Wellington: «Mary, ¿quieres un poco de cordero?». La tía Mildred contó la misma vieja historia de haber encontrado una vez un anillo perdido en el buche de un pavo. El tío Benjamin contó su cuento favorito y pesado de cómo una vez persiguió y castigó a un hombre ahora famoso por robar manzanas. La prima segunda Jane describió todos sus sufrimientos con una muela ulcerada. La tía Wellington admiró el diseño de las cucharillas de plata de la tía Alberta y lamentó el hecho de que una de las suyas se hubiera perdido.

—Arruinó el juego. Nunca pude encontrar una igual. Y fue mi regalo de bodas de la querida tía Matilda.

La tía Isabel pensaba que las estaciones estaban cambiando y no podía imaginar qué había sido de nuestras buenas y anticuadas primaveras. La prima Georgiana, como de costumbre, discutió el último funeral y se preguntó, audiblemente, «cuál de nosotros será el próximo en dejarnos». La prima Georgiana nunca podría decir algo tan brusco como «morir». Valancy pensó que podría decírselo, pero no lo hizo. La prima Gladys, también como de costumbre, tenía un agravio. Sus sobrinos de visita habían arrancado todos los brotes de sus plantas de interior y habían acosado a su nidada de pollos de raza —«apretaron a algunos hasta matarlos, querida»—.

—Los chicos son chicos —recordó el tío Herbert con tolerancia.

—Pero no tienen por qué ser animales salvajes y alborotadores —replicó la prima Gladys, mirando alrededor de la mesa en busca de aprecio por su ingenio.

Todos sonrieron excepto Valancy. La prima Gladys lo recordó. Unos minutos más tarde, cuando se discutía sobre Ellen Hamilton, la prima Gladys se refirió a ella como «una de esas chicas tímidas y sencillas que no consiguen marido», y lanzó una mirada significativa a Valancy.

El tío James pensó que la conversación estaba cayendo a un plano bastante bajo de chismes personales. Intentó elevarla iniciando una discusión abstracta sobre «la mayor felicidad». Se pidió a todos que expusieran su idea de «la mayor felicidad».

La tía Mildred pensó que la mayor felicidad —para una mujer— era ser «una esposa y madre amada y amante». La tía Wellington pensó que sería viajar por Europa. Olive pensó que sería ser una gran cantante como Tetrzzini. La prima Gladys comentó lúgubrementemente que su mayor felicidad sería estar libre —absolutamente libre— de la neuritis. La mayor felicidad de la prima Georgiana sería «tener de vuelta a su querido y difunto hermano Richard». La tía Alberta comentó vagamente que la mayor felicidad se encontraba en «la poesía de la vida» y rápidamente dio algunas instrucciones a su doncella para evitar que alguien le preguntara qué quería decir. La señora Frederick dijo que la mayor felicidad era pasar la vida en un servicio amoroso a los demás, y la prima Stickles y la tía Isabel estuvieron de acuerdo con ella; la tía Isabel con un aire resentido, como si pensara que la señora Frederick le había quitado el protagonismo al decirlo primero.

—Todos somos demasiado propensos —continuó la señora Frederick, decidida a no perder una oportunidad tan buena— a vivir en el egoísmo, la mundanidad y el pecado.

Las otras mujeres se sintieron reprendidas por sus bajos ideales, y el tío James tuvo la convicción de que la conversación se había elevado con creces.

—La mayor felicidad —dijo Valancy de repente y con claridad— es estornudar cuando una quiere.

Todos se quedaron mirando. Nadie se sintió seguro para decir nada. ¿Intentaba Valancy hacerse la graciosa? Era increíble. La señora Frederick, que había estado respirando más tranquila desde que la cena había avanzado tanto sin ningún arrebato por parte de Valancy, empezó a temblar de nuevo. Pero consideró prudente no decir nada. El tío Benjamin no fue tan prudente. Se precipitó temerariamente donde la señora Frederick temía pisar.

—Doss —rió entre dientes—, ¿cuál es la diferencia entre una jovencita y una solterona?

—Una es feliz y risueña, y la otra es senil y sin greña —dijo Valancy—. Has hecho esa adivinanza al menos cincuenta veces que yo recuerde, tío Ben. ¿Por qué no buscas algunas adivinanzas nuevas si es que tienes que hacerlas? Es un error fatal intentar ser gracioso si no lo consigues.

El tío Benjamin se quedó mirando tontamente. Nunca en su vida le habían hablado así a él, Benjamin Stirling, de Stirling y Frost. ¡Y de todas las personas, Valancy! Miró débilmente alrededor de la mesa para ver qué pensaban los demás. Todos parecían bastante desconcertados. La pobre señora Frederick había cerrado los ojos. Y sus labios se movían temblorosamente, como si estuviera rezando. Quizás lo estaba. La situación era tan sin precedentes que nadie sabía cómo afrontarla. Valancy continuó comiendo su ensalada tranquilamente como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo común.

La tía Alberta, para salvar su cena, se lanzó a contar cómo un perro la había mordido recientemente. El tío James, para apoyarla, preguntó dónde la había mordido el perro.

—Justo un poco más abajo de la iglesia católica —dijo la tía Alberta.

En ese momento Valancy se rio. Nadie más se rio. ¿De qué había que reírse?

—¿Es esa una parte vital? —preguntó Valancy.

—¿Qué quieres decir? —dijo la desconcertada tía Alberta, y la señora Frederick casi se vio obligada a creer que había servido a Dios todos sus años para nada.

La tía Isabel concluyó que le correspondía a ella reprimir a Valancy.

—Doss, estás horriblemente delgada —dijo—. Eres todo esquinas. ¿Alguna vez intentas engordar un poco?

—No. —Valancy no pedía cuartel ni lo daba—. Pero puedo decirte dónde encontrarás un salón de belleza en Port Lawrence donde pueden reducirte el número de papadas.

—¡Va-lan-cy! —La protesta fue arrancada de la señora Frederick.

Pretendía que su tono fuera señorial y majestuoso, como de costumbre, pero sonó más como un gemido suplicante. Y no dijo «Doss».

—Tiene fiebre —le dijo la prima Stickles al tío Benjamin en un susurro angustiado—. Hemos pensado que parecía tener fiebre desde hace varios días.

—Se ha vuelto chiflada, en mi opinión —gruñó el tío Benjamin—. Si no, debería recibir una paliza. Sí, una paliza.

—No puedes pegarle. —La prima Stickles estaba muy agitada—. Tiene veintinueve años.

—Así que al menos hay esa ventaja en tener veintinueve años —dijo Valancy, cuyos oídos habían captado este aparte.

—Doss —dijo el tío Benjamin—, cuando yo muera podrás decir lo que quieras. Mientras esté vivo exijo que se me trate con respeto.

—Oh, pero sabes que todos estamos muertos —dijo Valancy—, todo el clan Stirling. Algunos estamos enterrados y otros no, todavía. Esa es la única diferencia.

—Doss —dijo el tío Benjamin, pensando que podría intimidar a Valancy—, ¿recuerdas la vez que robaste la mermelada de frambuesa?

Valancy se sonrojó escarlata, de risa contenida, no de vergüenza. Estaba segura de que el tío Benjamin sacaría a relucir esa mermelada de alguna manera.

—Por supuesto que sí —dijo—. Era una buena mermelada. Siempre he lamentado no haber tenido tiempo de comer más antes de que me encontraras. Oh, mirad el perfil de la tía Isabel en la pared. ¿Habéis visto alguna vez algo tan gracioso?

Todos miraron, incluida la propia tía Isabel, lo que por supuesto, lo destruyó. Pero el tío Herbert dijo amablemente:

—Yo... yo no comería más si fuera tú, Doss. No es que te lo niegue, pero ¿no crees que sería mejor para ti? Tu... tu estómago parece un poco descompuesto.

—No te preocupes por mi estómago, viejo querido —dijo Valancy—. Está perfectamente. Voy a seguir comiendo. Es tan raro que tenga la oportunidad de una comida satisfactoria.

Era la primera vez que se llamaba a alguien «viejo querido» en Deerwood. Los Stirling pensaron que Valancy había inventado la frase y le tuvieron miedo desde ese momento. Había algo tan misterioso en tal expresión. Pero en la opinión de la pobre señora Frederick, la referencia a una

comida satisfactoria fue lo peor que Valancy había dicho hasta ahora. Valancy siempre había sido una decepción para ella. Ahora era una deshonra. Pensó que tendría que levantarse e irse de la mesa. Sin embargo, no se atrevía a dejar a Valancy allí.

La doncella de la tía Alberta entró para retirar los platos de ensalada y traer el postre. Fue una distracción bienvenida. Todos se animaron con la determinación de ignorar a Valancy y hablar como si no estuviera allí. El tío Wellington mencionó a Barney Snaith. Al final, alguien mencionaba a Barney Snaith en cada función de los Stirling, reflexionó Valancy. Fuera lo que fuese, era un individuo que no podía ser ignorado. Se resignó a escuchar. Había una sutil fascinación en el tema para ella, aunque aún no se había enfrentado a este hecho. Podía sentir sus pulsos latiendo hasta la punta de sus dedos.

Por supuesto, lo injuriaron. Nadie tenía nunca una buena palabra que decir de Barney Snaith. Se repasaron todos los viejos y descabellados cuentos; las leyendas del cajero desfalcador, falsificador, infiel, asesino escondido fueron desmenuzadas. El tío Wellington estaba muy indignado de que se permitiera que una criatura así existiera en las cercanías de Deerwood. No sabía en qué estaba pensando la policía de Port Lawrence. Todos serían asesinados en sus camas alguna noche. Era una vergüenza que se le permitiera estar en libertad después de todo lo que había hecho.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Valancy de repente.

El tío Wellington la miró fijamente, olvidando que debía ser ignorada.

—¡Hecho! ¡Hecho! Ha hecho de todo.

—¿Qué ha hecho? —repitió Valancy inexorablemente—. ¿Qué sabes que haya hecho? Siempre estás criticándolo. ¿Y qué se ha probado alguna vez contra él?

—No discuto con mujeres —dijo el tío Wellington—. Y no necesito pruebas. Cuando un hombre se esconde allá arriba en una isla en Muskoka, año tras año, y nadie puede averiguar de dónde vino ni cómo vive, ni qué hace allí, esa es prueba suficiente. Encuentra un misterio y encontrarás un crimen.

—¡La sola idea de un hombre llamado Snaith! —dijo la prima segunda Sarah—. ¡Vaya, el nombre en sí es suficiente para condenarlo!

—No me gustaría encontrarlo en un callejón oscuro —se estremeció la prima Georgiana.

—¿Qué supones que te haría? —preguntó Valancy.

—Asesinarme —dijo la prima Georgiana solemnemente.

—¿Solo por diversión? —sugirió Valancy.

—Exactamente —dijo la prima Georgiana sin sospechar nada—. Donde hay tanto humo, debe haber algo de fuego. Temí que fuera un criminal cuando vino aquí por primera vez. Sentí que tenía algo que ocultar. No suelo equivocarme en mis intuiciones.

—¡Criminal! Por supuesto que es un criminal —dijo el tío Wellington—. Nadie lo duda —fulminando con la mirada a Valancy—. Vaya, dicen que cumplió una condena en el penal por malversación. No lo dudo. Y dicen que está metido con esa banda que está perpetrando todos esos robos de bancos por el país.

—¿Quién lo dice? —preguntó Valancy.

El tío Wellington frunció su fea frente hacia ella. ¿Qué le había pasado a esta condenada chica, de todos modos? Ignoró la pregunta.

—Tiene el aspecto idéntico de un pájaro de cuenta —espetó el tío Benjamin—. Lo noté la primera vez que lo vi.

—«Un tipo por la mano de la naturaleza marcado, citado y firmado para cometer un acto de vergüenza» —declamó el tío James. Parecía enormemente complacido de haber logrado colar esa cita por fin. Había estado esperando toda su vida la oportunidad.

—Una de sus cejas es un arco y la otra es un triángulo —dijo Valancy—. ¿Es por eso que lo consideras tan villano?

El tío James levantó sus cejas. Generalmente, cuando el tío James levantaba sus cejas, el mundo se acababa. Esta vez continuó funcionando.

—¿Cómo conoces tan bien sus cejas, Doss? —preguntó Olive, con un poco de malicia. Tal comentario habría cubierto de confusión a Valancy hace dos semanas, y Olive lo sabía.

—Sí, ¿cómo? —exigió la tía Wellington.

—Lo he visto dos veces y lo miré de cerca —dijo Valancy tranquilamente—. Pensé que su cara era la más interesante que había visto nunca.

—No hay duda de que hay algo turbio en la vida pasada de esa criatura —dijo Olive, que empezaba a pensar que estaba decididamente fuera de la conversación, que se había centrado tan asombrosamente en torno a Valancy—. Pero difícilmente puede ser culpable de todo de lo que se le acusa, ya sabes.

Valancy se sintió molesta con Olive. ¿Por qué tenía que hablar ella en defensa, aunque fuera tan matizada, de Barney Snaith? ¿Qué tenía ella que ver con él? A decir verdad, ¿qué tenía que ver Valancy? Pero Valancy no se hizo esta pregunta.

—Dicen que tiene docenas de gatos en esa cabaña allá arriba en Mistawis —dijo la prima segunda Sarah Taylor, para no parecer completamente ignorante de él.

Gatos. A Valancy le sonó bastante atractivo, en plural. Se imaginó una isla en Muskoka habitada por gatitos.

—Eso solo demuestra que algo anda mal con él —decretó la tía Isabel.

—La gente a la que no le gustan los gatos —dijo Valancy, atacando su postre con ganas—, siempre parece pensar que hay alguna virtud peculiar en que no les gusten.

—El hombre no tiene más amigo que Abel el Rugidor —dijo el tío Wellington—. Y si Abel el Rugidor se hubiera mantenido alejado de él, como todos los demás, habría sido mejor para... para algunos miembros de su familia.

La conclusión bastante coja del tío Wellington se debió a una mirada marital de la tía Wellington recordándole lo que casi había olvidado: que había chicas en la mesa.

—Si te refieres —dijo Valancy apasionadamente— a que Barney Snaith es el padre del hijo de Cecily Gay, no lo es. Es una mentira perversa.

A pesar de su indignación, a Valancy le divirtió enormemente la expresión de los rostros alrededor de aquella mesa festiva. No había visto nada parecido desde el día, diecisiete años atrás, en la reunión de costura de la prima Gladys, cuando descubrieron que se le había metido... ALGO... en

la cabeza en la escuela. ¡Piojos en la cabeza! Valancy había terminado con los eufemismos.

La pobre señora Frederick estaba casi en un estado de colapso. Había creído —o fingido creer— que Valancy todavía suponía que los niños se encontraban en los huertos de perejil.

—¡Silencio... silencio! —imploró la prima Stickles.

—No pienso callarme —dijo Valancy con perversidad—. He estado callada toda mi vida. Gritaré si quiero. No me hagáis querer. Y dejad de decir tonterías sobre Barney Snaith.

Valancy no entendía exactamente su propia indignación. ¿Qué le importaban a ella los crímenes y delitos imputados a Barney Snaith? Y por qué, de todos ellos, le parecía más intolerable que hubiera sido el falso amante de la pobre y lastimera Cecily Gay. Porque sí le parecía intolerable. No le importaba cuando lo llamaban ladrón, falsificador y pájaro de cuenta; pero no podía soportar pensar que él había amado y arruinado a Cecily Gay. Recordó su rostro en las dos ocasiones de sus encuentros fortuitos: su sonrisa torcida, enigmática y atractiva, su chispa, sus labios finos, sensibles, casi ascéticos, su aire general de franqueza y audacia. Un hombre con tal sonrisa y tales labios podría haber asesinado o robado, pero no podría haber traicionado. De repente odió a todos los que lo decían o lo creían de él.

—Cuando yo era una jovencita, nunca pensaba ni hablaba de tales asuntos, Doss —dijo la tía Wellington, aplastantemente.

—Pero yo no soy una jovencita —replicó Valancy, sin dejarse aplastar—. ¿No estáis siempre restregándomelo? Y sois todos unos chismosos malpensados y sin sentido. ¿No podéis dejar en paz a la pobre Cissy Gay? Se está muriendo. Hiciese lo que hiciese, Dios o el Diablo ya la han castigado bastante por ello. No hace falta que vosotros también metáis mano. En cuanto a Barney Snaith, el único crimen del que ha sido culpable es vivir para sí mismo y ocuparse de sus propios asuntos. Parece que puede arreglárselas sin vosotros. Lo cual es un pecado imperdonable, por supuesto, en vuestra pequeña esnobcracia.

Valancy acuñó esa palabra final de repente y sintió que era una inspiración. Eso era exactamente lo que eran y ninguno de ellos servía para enmendar a otro.

— Valancy, tu pobre padre se revolvería en su tumba si pudiera oírte — dijo la señora Frederick.

— Me atrevería a decir que le gustaría para variar — dijo Valancy descaradamente.

— Doss — dijo el tío James pesadamente —, los Diez Mandamientos siguen bastante al día, especialmente el quinto. ¿Lo has olvidado?

— No — dijo Valancy —, pero pensé que tú sí, especialmente el noveno. ¿Has pensado alguna vez, tío James, lo aburrida que sería la vida sin los Diez Mandamientos? Solo cuando las cosas están prohibidas se vuelven fascinantes.

Pero su excitación había sido demasiada para ella. Sabía, por ciertas advertencias inconfundibles, que se acercaba uno de sus ataques de dolor. No debía encontrarla allí. Se levantó de su silla.

— Me voy a casa ahora. Solo vine para la cena. Estuvo muy buena, tía Alberta, aunque a tu aderezo de ensalada le falta sal y un toque de cayena lo mejoraría.

Ninguno de los invitados a las bodas de plata, atónitos, pudo pensar en nada que decir hasta que el portón del jardín resonó detrás de Valancy en el crepúsculo. Entonces...

— Tiene fiebre, he estado diciendo todo el tiempo que tenía fiebre — gimió la prima Stickles.

El tío Benjamin se golpeó la mano izquierda regordeta ferozmente con la derecha regordeta.

— Está chiflada, os digo que se ha vuelto chiflada — resopló enojado—. Eso es todo. Completamente chiflada.

— Oh, Benjamin — dijo la prima Georgiana tranquilizadamente —, no la condenes tan precipitadamente. Debemos recordar lo que dice el querido Shakespeare: que la caridad no piensa mal.

— ¡Caridad! ¡Paparruchas! — resopló el tío Benjamin—. Nunca en mi vida he oído a una joven hablar tantas tonterías como acaba de hacer. Hablando de cosas que debería avergonzarse de pensar, y mucho menos de mencionar. ¡Blasfemando! ¡Insultándonos! Lo que necesita es una generosa

dosis de zurra y me gustaría ser yo quien se la administrara. ¡H-uh-h-h-h!
—El tío Benjamin se tragó la mitad de una taza de café hirviendo.

—¿Crees que las paperas podrían afectar a una persona de esa manera?
—se lamentó la prima Stickles.

—Ayer abrí un paraguas en casa —sollozó la prima Georgiana—. Sabía que presagiaba alguna desgracia.

—¿Habéis intentado averiguar si tiene fiebre? —preguntó la prima Mildred.

—No dejó que Amelia le pusiera el termómetro debajo de la lengua —gimoteó la prima Stickles.

La señora Frederick lloraba abiertamente. Todas sus defensas estaban por los suelos.

—Debo deciros —sollozó— que Valancy ha estado actuando de manera muy extraña desde hace más de dos semanas. No ha sido ella misma en absoluto, Christine podría decíroslo. He esperado contra toda esperanza que solo fuera uno de sus resfriados. Pero es... debe ser algo peor.

—Esto me está provocando la neuritis de nuevo —dijo la prima Gladys, llevándose la mano a la cabeza.

—No llores, Amelia —dijo Herbert amablemente, tirando nerviosamente de su pelo gris de punta. Odiaba los «follones familiares». Muy desconsiderado por parte de Doss armar uno en sus bodas de plata. ¿Quién podría haber supuesto que lo tenía dentro? —Tendrás que llevarla a un médico. Esto puede ser solo un... er... un arrebató. Hoy en día existen los arrebatos, ¿no?

—Yo... yo le sugerí consultar a un médico ayer —gimió la señora Frederick—. Y dijo que no iría a un médico, que no. ¡Oh, seguramente ya he tenido suficientes problemas!

—Y no quiere tomar el Amargo de Redfern —dijo la prima Stickles.

—Ni nada —dijo la señora Frederick.

—Y está decidida a ir a la iglesia presbiteriana —dijo la prima Stickles, reprimiendo, sin embargo, para su crédito sea dicho, la historia de la barandilla.

— Eso demuestra que está chiflada — gruñó el tío Benjamin — . Noté algo extraño en ella en cuanto entró hoy. Lo noté antes de hoy. (El tío Benjamin pensaba en «a-mur»). — Todo lo que dijo hoy mostraba una mente desequilibrada. Esa pregunta: «¿Era una parte vital?». ¿Tenía algún sentido esa observación? ¡Ninguno en absoluto! Nunca hubo nada así en los Stirling. Debe ser de los Wansbarra.

La pobre señora Frederick estaba demasiado aplastada para indignarse.

— Nunca oí hablar de nada así en los Wansbarra — sollozó.

— Tu padre era bastante raro — dijo el tío Benjamin.

— El pobre papá era... peculiar — admitió la señora Frederick entre lágrimas — , pero su mente nunca se vio afectada.

— Habló toda su vida exactamente como Valancy hoy — replicó el tío Benjamin — . Y creía que era su propio tatarabuelo vuelto a nacer. Se lo he oído decir. No me digas que un hombre que creía algo así estaba en su sano juicio. Vamos, vamos, Amelia, deja de sollozar. Por supuesto que Doss ha hecho un terrible espectáculo de sí misma hoy, pero no es responsable. Las solteronas son propensas a salirse por la tangente así. Si se hubiera casado cuando debía, no se habría puesto así.

— Nadie quería casarse con ella — dijo la señora Frederick, que sintió que, de alguna manera, el tío Benjamin la estaba culpando.

— Bueno, afortunadamente no hay nadie de fuera aquí — espetó el tío Benjamin — . Todavía podemos mantenerlo en la familia. La llevaré a ver al Dr. Marsh mañana. Yo sé cómo tratar con gente testaruda. ¿No será eso lo mejor, James?

— Debemos tener consejo médico, ciertamente — convino el tío James.

— Bueno, eso está decidido. Mientras tanto, Amelia, actúa como si no hubiera pasado nada y no le quites el ojo de encima. No la dejes sola. Sobre todo, no la dejes dormir sola.

Nuevos gemidos de la señora Frederick.

— No puedo evitarlo. Anteanoche le sugerí que sería mejor que Christine durmiera con ella. Se negó rotundamente y cerró la puerta con llave. Oh, no sabéis cómo ha cambiado. No quiere trabajar. Al menos, no quiere coser.

Hace sus tareas domésticas habituales, por supuesto. Pero no quiso barrer el salón ayer por la mañana, aunque siempre lo barremos los jueves. Dijo que esperaba a que estuviera sucio. «¿Prefieres barrer una habitación sucia que una limpia?», le pregunté. Dijo: «Por supuesto. Así vería algo a cambio de mi trabajo». ¡Imaginaos!

El tío Benjamin lo imaginó.

—El tarro de popurrí —la prima Stickles lo pronunció como se escribe— ha desaparecido de su habitación. Encontré los trozos en el solar de al lado. No nos quiere decir qué le pasó.

—Nunca lo habría soñado de Doss —dijo el tío Herbert—. Siempre ha parecido una chica tan tranquila y sensata. Un poco tímida, pero sensata.

—Lo único de lo que puedes estar seguro en este mundo es la tabla de multiplicar —dijo el tío James, sintiéndose más listo que nunca.

—Bueno, animémonos —sugirió el tío Benjamin—. ¿Por qué las coristas son como los buenos ganaderos?

—¿Por qué? —preguntó la prima Stickles, ya que había que preguntarlo y Valancy no estaba allí para hacerlo.

—Porque les gusta exhibir los gemelos —rió entre dientes el tío Benjamin.

La prima Stickles pensó que el tío Benjamin era un poco indelicado. Delante de Olive, además. Pero, claro, era un hombre.

El tío Herbert pensaba que las cosas estaban bastante aburridas ahora que Doss se había ido.

CAPÍTULO XII

Valancy corrió a casa a través del tenue crepúsculo azul; corrió demasiado rápido, quizás. El ataque que sufrió cuando llegó agradecida al refugio de su propia habitación fue el peor hasta ahora. Fue realmente muy malo. Podría morir en uno de esos episodios. Sería terrible morir con tanto dolor. Quizás... quizás esto era la muerte. Valancy se sintió lastimosamente sola. Cuando podía pensar en algo, se preguntaba cómo sería tener a alguien con ella que pudiera compadecerse, alguien que realmente se preocupara, solo para sostenerle la mano con fuerza, si no otra cosa, alguien solo para decir: «Sí, lo sé. Es terrible, sé valiente, pronto estarás mejor»; no alguien simplemente quisquilloso y alarmado. No su madre ni la prima Stickles. ¿Por qué le vino a la mente la idea de Barney Snaith? ¿Por qué sintió de repente, en medio de esta horrible soledad del dolor, que él sería comprensivo, que sentiría pena por cualquiera que sufriera? ¿Por qué le parecía un viejo y conocido amigo? ¿Sería porque lo había estado defendiendo, enfrentándose a su familia por él?

Al principio estuvo tan mal que ni siquiera pudo tomarse una dosis de la receta del Dr. Trent. Pero finalmente lo logró, y poco después llegó el alivio. El dolor la abandonó y se quedó tumbada en la cama, agotada, exhausta, con un sudor frío. ¡Oh, aquello había sido horrible! No podría soportar muchos más ataques como ese. A uno no le importaba morir si la muerte podía ser instantánea e indolora. ¡Pero sufrir tanto al morir!

De repente se encontró riendo. Aquella cena había sido divertida. Y todo había sido tan simple. Simplemente había dicho las cosas que siempre había pensado. Sus caras... ¡oh, sus caras! ¡El tío Benjamin, el pobre y atónito tío Benjamin! Valancy estaba segura de que haría un nuevo testamento esa misma noche. Olive se llevaría la parte de Valancy de su gordo tesoro. Olive siempre se había llevado la parte de Valancy de todo. Recordaba el montón de polvo.

Reírse de su clan como siempre había querido reírse era toda la satisfacción que podía obtener de la vida ahora. Pero pensó que era bastante lastimoso que así fuera. ¿No podría compadecerse un poco de sí misma cuando nadie más lo hacía?

Valancy se levantó y fue a su ventana. El viento húmedo y hermoso que soplaba a través de arboledas de árboles jóvenes de hojas nuevas le tocó la cara con la caricia de un amigo sabio, tierno y viejo. Los álamos lombardos

en el césped de la señora Tredgold, a la izquierda — Valancy apenas podía verlos entre el establo y el viejo taller de carruajes —, se recortaban en una silueta de color púrpura oscuro contra un cielo claro y había una estrella palpitante, de color blanco lechoso, justo sobre uno de ellos, como una perla viva en un lago de color verde plateado. Mucho más allá de la estación estaban los bosques sombríos, con capuchas púrpuras, alrededor del lago Mistawis. Una niebla blanca y tenue colgaba sobre ellos y justo encima había una débil y joven luna creciente. Valancy la miró por encima de su delgado hombro izquierdo.

—Deseo —dijo caprichosamente— tener un montoncito de polvo antes de morir.

CAPÍTULO XIII

El tío Benjamin descubrió que había hecho las cuentas sin el huésped cuando prometió tan airoosamente llevar a Valancy a un médico. Valancy no quiso ir. Valancy se rio en su cara.

—¿Por qué demonios iba a ir al Dr. Marsh? No le pasa nada a mi mente. Aunque todos pensáis que de repente me he vuelto loca. Bueno, no es así. Simplemente me he cansado de vivir para complacer a los demás y he decidido complacerme a mí misma. Os dará algo de qué hablar además de que robé la mermelada de frambuesa. Así que eso es todo.

—Doss —dijo el tío Benjamin, solemne e impotente—, no eres... tú misma.

—¿A quién me parezco, entonces? —preguntó Valancy.

El tío Benjamin se quedó un poco perplejo.

—A tu abuelo Wansbarra —respondió desesperadamente.

—Gracias. —Valancy pareció complacida—. Es un verdadero cumplido. Recuerdo al abuelo Wansbarra. Fue uno de los pocos seres humanos que he conocido, casi el único. Ahora bien, de nada sirve regañar, suplicar u ordenar, tío Benjamin, ni intercambiar miradas angustiadas con mamá y la prima Stickles. No voy a ir a ningún médico. Y si traéis a algún médico aquí, no lo veré. ¿Así que qué vais a hacer al respecto?

¡Qué, en efecto! No era decoroso, ni siquiera posible, llevar a Valancy al médico por la fuerza física. Y de ninguna otra manera se podía hacer, al parecer. Las lágrimas y súplicas de su madre no sirvieron de nada.

—No te preocupes, madre —dijo Valancy, con ligereza pero con bastante respeto—. No es probable que haga nada muy terrible. Pero pienso divertirme un poco.

—¡Divertirse! —La señora Frederick pronunció la palabra como si Valancy hubiera dicho que iba a tener un poco de tuberculosis.

Olive, enviada por su madre para ver si ella tenía alguna influencia sobre Valancy, se fue con las mejillas sonrojadas y los ojos enfadados. Le dijo a su madre que no se podía hacer nada con Valancy. Después de que ella, Olive, le había hablado como una hermana, con ternura y sabiduría, todo lo que Valancy había dicho, entornando sus graciosos ojos hasta convertirlos en meras rendijas, fue:

—Yo no enseño las encías cuando me río.

—Más como si hablara consigo misma que conmigo. De hecho, madre, todo el tiempo que estuve hablando con ella me dio la impresión de no estar escuchando realmente. Y eso no fue todo. Cuando finalmente decidí que lo que estaba diciendo no tenía influencia sobre ella, le rogué que, cuando Cecil viniera la próxima semana, no dijera nada raro delante de él, al menos. Madre, ¿qué crees que dijo?

—Seguro que no puedo imaginarlo —gimió la tía Wellington, preparada para cualquier cosa.

—Dijo: «Me gustaría bastante escandalizar a Cecil. Su boca es demasiado roja para la de un hombre». Madre, nunca podré sentir lo mismo por

Valancy de nuevo.

—Su mente está afectada, Olive —dijo la tía Wellington solemnemente —. No debes considerarla responsable de lo que dice.

Cuando la tía Wellington le contó a la señora Frederick lo que Valancy le había dicho a Olive, la señora Frederick quiso que Valancy se disculpara.

—Me hiciste disculparme con Olive hace quince años por algo que no hice —dijo Valancy—. Esa vieja disculpa servirá por ahora.

Se celebró otro solemne cónclave familiar. Estaban todos allí excepto la prima Gladys, que había estado sufriendo tales torturas de neuritis en la cabeza «desde que la pobre Doss se volvió rara» que no podía asumir ninguna responsabilidad. Decidieron —es decir, aceptaron un hecho que se les impuso— que lo más sabio era dejar a Valancy en paz por un tiempo, «darle rienda suelta», como lo expresó el tío Benjamin, «vigilarla cuidadosamente pero dejarla bastante en paz». El término «espera vigilante» no se había inventado entonces, pero esa fue prácticamente la política que los desconcertados parientes de Valancy decidieron seguir.

—Debemos guiarnos por los acontecimientos —dijo el tío Benjamin—. Es —solemnemente— más fácil hacer un revuelto que deshacerlo. Por supuesto, si se vuelve violenta...

El tío James consultó al Dr. Ambrose Marsh. El Dr. Ambrose Marsh aprobó su decisión. Le señaló al iracundo tío James —a quien le hubiera gustado encerrar a Valancy en algún sitio, sin más— que Valancy no había, hasta el momento, hecho o dicho realmente nada que pudiera interpretarse como prueba de locura, y sin pruebas no se puede encerrar a la gente en esta era degenerada. Nada de lo que el tío James había informado pareció muy alarmante al Dr. Marsh, que se llevó la mano a la boca para ocultar una sonrisa varias veces. Pero claro, él mismo no era un Stirling. Y sabía muy poco sobre la antigua Valancy. El tío James salió y condujo de vuelta a Deerwood, pensando que Ambrose Marsh no era un gran médico, después de todo, y que Adelaide Stirling podría haberlo hecho mejor por sí misma.

CAPÍTULO XIV

La vida no puede detenerse porque la tragedia entre en ella. Hay que preparar las comidas aunque un hijo muera y hay que reparar los porches aunque tu única hija se esté volviendo loca. La señora Frederick, a su manera sistemática, había fijado hacía mucho tiempo la segunda semana de junio para la reparación del porche delantero, cuyo techo se estaba hundiendo peligrosamente. Se había contratado a Abel el Rugidor para hacerlo muchas lunas antes y Abel el Rugidor apareció puntualmente la mañana del primer día de la segunda semana y se puso a trabajar. Por supuesto, estaba borracho. Abel el Rugidor nunca estaba otra cosa que borracho. Pero solo estaba en la primera etapa, la que lo hacía hablador y genial. El olor a whisky de su aliento casi volvió locas a la señora Frederick y a la prima Stickles en el almuerzo. Incluso a Valancy, con toda su emancipación, no le gustó. Pero le gustaba Abel y le gustaba su conversación vívida y elocuente, y después de lavar los platos del almuerzo salió y se sentó en los escalones a hablar con él.

La señora Frederick y la prima Stickles pensaron que era un proceder terrible, pero ¿qué podían hacer? Valancy solo les sonrió burlonamente cuando la llamaron para que entrara, y no fue. Era tan fácil desafiar una vez que empezabas. El primer paso era el único que realmente contaba. Ambas tenían miedo de decirle algo más por si armaba una escena delante de Abel el Rugidor, que lo difundiría por todo el país con sus propios comentarios y exageraciones característicos. Hacía demasiado frío ese día, a pesar del sol de junio, para que la señora Frederick se sentara en la ventana del comedor a escuchar lo que se decía. Tuvo que cerrar la ventana y Valancy y Abel el Rugidor tuvieron su conversación para ellos solos. Pero si la señora Frederick hubiera sabido cuál iba a ser el resultado de esa conversación, la habría impedido, aunque el porche nunca se reparara.

Valancy se sentó en los escalones, desafiando la brisa fría de este junio gélido que había hecho afirmar a la tía Isabel que las estaciones estaban

cambiando. No le importaba si cogía un resfriado o no. Era delicioso sentarse allí en ese mundo frío, hermoso y fragante y sentirse libre. Llenó sus pulmones con el viento limpio y encantador, extendió los brazos hacia él y dejó que le destrozara el pelo mientras escuchaba a Abel el Rugidor, que le contaba sus problemas entre intervalos de martilleo alegre al ritmo de sus canciones escocesas. A Valancy le gustaba oírlo. Cada golpe de su martillo caía justo en la nota.

El viejo Abel Gay, a pesar de sus setenta años, todavía era apuesto, de una manera majestuosa y patriarcal. Su tremenda barba, que caía sobre su camisa de franela azul, era todavía de un rojo llameante e intacto, aunque su mata de pelo era blanca como la nieve, y sus ojos eran de un azul fogoso y juvenil. Sus enormes cejas, de un blanco rojizo, parecían más bigotes que cejas. Quizás por eso siempre mantenía su labio superior escrupulosamente afeitado. Sus mejillas eran rojas y su nariz debería haberlo sido, pero no lo era. Era una nariz fina, erguida y aquilina, como la que el más noble de los romanos podría haber disfrutado. Abel medía un metro ochenta y ocho descalzo, era ancho de hombros y de caderas delgadas. En su juventud había sido un famoso amante, encontrando a todas las mujeres demasiado encantadoras como para atarse a una. Sus años habían sido un panorama salvaje y colorido de locuras y aventuras, galanterías, fortunas y desgracias. Tenía cuarenta y cinco años cuando se casó, con una muchachita bonita a la que sus andanzas mataron en pocos años. Abel estuvo piadosamente borracho en su funeral e insistió en repetir el capítulo cincuenta y cinco de Isaías —Abel sabía la mayor parte de la Biblia y todos los Salmos de memoria— mientras el pastor, a quien detestaba, rezaba o intentaba rezar. A partir de entonces, su casa fue llevada por una prima vieja y desaliñada que le cocinaba y mantenía las cosas en marcha de alguna manera. En este ambiente poco prometedor creció la pequeña Cecilia Gay.

Valancy había conocido a «Cissy Gay» bastante bien en la democracia de la escuela pública, aunque Cissy era tres años menor que ella. Después de dejar la escuela, sus caminos se separaron y no la había visto más. El viejo Abel era presbiteriano. Es decir, consiguió que un predicador presbiteriano lo casara, bautizara a su hija y enterrara a su esposa; y sabía más de teología presbiteriana que la mayoría de los pastores, lo que lo convertía en un terror para ellos en las discusiones. Pero Abel el Rugidor nunca iba a la iglesia. Todo pastor presbiteriano que había estado en Deerwood había intentado —

una vez — reformar a Abel el Rugidor. Pero últimamente no lo habían molestado. El reverendo Bently llevaba ocho años en Deerwood, pero no había buscado a Abel el Rugidor desde los primeros tres meses de su pastorado. Lo había visitado entonces y lo encontró en la etapa teológica de la borrachera, que siempre seguía a la sentimental y sensiblera, y precedía a la rugiente y blasfema. La elocuentemente suplicante, en la que se reconocía temporal e intensamente como un pecador en manos de un Dios airado, era la última. Abel nunca iba más allá. Generalmente se quedaba dormido de rodillas y se despertaba sobrio, pero nunca había estado «borracho perdido» en su vida. Le dijo al señor Bently que era un presbiteriano sólido y seguro de su elección. No tenía pecados — que él supiera — de los que arrepentirse.

—¿Nunca ha hecho nada en su vida de lo que se arrepienta? —preguntó el señor Bently.

Abel el Rugidor se rascó su poblada cabeza blanca y fingió reflexionar.

—Bueno, sí —dijo finalmente—. Hubo algunas mujeres a las que pude haber besado y no lo hice. Siempre me he arrepentido de eso.

El señor Bently salió y se fue a casa.

Abel se había asegurado de que Cissy fuera bautizada correctamente, estando él mismo jovialmente borracho al mismo tiempo. La obligó a ir a la iglesia y a la escuela dominical regularmente. La gente de la iglesia la acogió y fue, a su vez, miembro de la Banda Misionera, el Gremio de Chicas y la Sociedad Misionera de Mujeres Jóvenes. Era una trabajadora fiel, discreta y sincera. A todos les caía bien Cissy Gay y sentían pena por ella. Era tan modesta, sensible y bonita, con esa belleza delicada y esquiva que se desvanece tan rápidamente si la vida no la mantiene con amor y ternura. Pero el afecto y la lástima no impidieron que la despedazaran como gatos hambrientos cuando llegó la catástrofe. Cuatro años antes, Cissy Gay había ido a un hotel de Muskoka como camarera de verano. Y cuando volvió en otoño, era una criatura cambiada. Se escondió y no fue a ninguna parte. La razón pronto se filtró y el escándalo estalló. Ese invierno nació el bebé de Cissy. Nadie supo nunca quién era el padre. Cecily mantuvo sus pobres labios pálidos firmemente cerrados sobre su triste secreto. Nadie se atrevió a hacerle preguntas a Abel el Rugidor al respecto. El rumor y la conjetura atribuyeron la culpa a Barney Snaith porque una diligente investigación entre las otras doncellas del hotel reveló que nadie allí había visto nunca a

Cissy Gay «con un chico». Se había «mantenido para sí misma», decían, con bastante resentimiento. «Demasiado buena para nuestros bailes. ¡Y ahora mira!».

El bebé había vivido un año. Después de su muerte, Cissy se fue apagando. Hacía dos años, el Dr. Marsh le había dado solo seis meses de vida; sus pulmones estaban irremediablemente enfermos. Pero todavía estaba viva. Nadie iba a verla. Las mujeres no iban a casa de Abel el Rugidor. El señor Bently había ido una vez, cuando sabía que Abel no estaba, pero la horrible y vieja criatura que estaba fregando el suelo de la cocina le dijo que Cissy no vería a nadie. La vieja prima había muerto y Abel el Rugidor había tenido dos o tres amas de llaves de mala reputación, el único tipo que se podía convencer para ir a una casa donde una chica se estaba muriendo de tisis. Pero la última se había ido y Abel el Rugidor ahora no tenía a nadie que cuidara de Cissy y se ocupara de él. Esta era la carga de su lamento a Valancy y condenó a los «hipócritas» de Deerwood y sus comunidades circundantes con algunos juramentos ricos y sustanciosos que llegaron a oídos de la prima Stickles mientras pasaba por el pasillo y casi acabaron con la pobre señora. ¿Estaba Valancy escuchando eso?

Valancy apenas notó las blasfemias. Su atención estaba centrada en el horrible pensamiento de la pobre, infeliz y deshonorada Cissy Gay, enferma e indefensa en esa casa vieja y desolada en el camino de Mistawis, sin un alma que la ayudara o consolara. ¡Y esto en una comunidad nominalmente cristiana en el año de gracia de mil novecientos y pico!

—¿Quieres decir que Cissy está sola allí ahora, sin nadie que haga nada por ella, nadie?

—Oh, puede moverse un poco y tomar un bocado cuando quiere. Pero no puede trabajar. Es j*****mente duro para un hombre trabajar duro todo el día y volver a casa por la noche cansado y hambriento y cocinar sus propias comidas. A veces lamento haber echado a la vieja Rachel Edwards. —Abel describió a Rachel pintorescamente—. Su cara parecía haber gastado cien cuerpos. Y se deprimía. ¡Hablar de mal genio! El mal genio no es nada comparado con la depresión. Era demasiado lenta para cazar gusanos, y sucia, j*****mente sucia. No soy irrazonable, sé que un hombre tiene que comer su porción antes de morir, pero ella se pasó del límite. ¿Qué crees que vi hacer a esa señora? Había hecho mermelada de calabaza, la tenía en

la mesa en frascos de vidrio sin tapa. El perro se subió a la mesa y metió la pata en uno de ellos. ¿Qué hizo ella? ¡Simplemente agarró al perro y le escurrió el sirope de la pata de vuelta al frasco! Luego le puso la tapa y lo colocó en la despensa. Abrí la puerta y le dije: «¡Vete!». La dama se fue, y yo le lancé los frascos de calabaza detrás, de dos en dos. Pensé que me moría de risa al ver a la vieja Rachel correr, con esos frascos de calabaza lloviéndole detrás. Ha dicho por todas partes que estoy loco, así que nadie vendrá ni por amor ni por dinero.

—Pero Cissy debe tener a alguien que la cuide —insistió Valancy, cuya mente estaba centrada en este aspecto del caso. No le importaba si Abel el Rugidor tenía a alguien que le cocinara o no. Pero su corazón estaba afligido por Cecilia Gay.

—Oh, se las arregla. Barney Snaith siempre pasa cuando está de paso y hace cualquier cosa que ella quiera. Le trae naranjas, flores y cosas. Ahí tienes un cristiano. Y sin embargo, esa panda santurrona y llorona de la gente de San Andrés no se dejaría ver en el mismo lado de la carretera que él. Sus perros irán al cielo antes que ellos. ¡Y su pastor, tan relamido como si el gato lo hubiera lamido!

—Hay mucha gente buena, tanto en San Andrés como en San Jorge, que sería amable con Cissy si tú te comportaras —dijo Valancy severamente—. Tienen miedo de acercarse a tu casa.

—¿Porque soy un perro viejo y malo? Pero no muerdo, nunca he mordido a nadie en mi vida. Unas pocas palabras sueltas no hacen daño a nadie. Y no estoy pidiendo que venga la gente. No quiero que anden husmeando y curioseando. Lo que quiero es un ama de llaves. Si me afeitara todos los domingos y fuera a la iglesia, conseguiría todas las amas de llaves que quisiera. Sería respetable entonces. Pero, ¿de qué sirve ir a la iglesia cuando todo está decidido por la predestinación? Dime eso, señorita.

—¿Lo está? —dijo Valancy.

—Sí. No se puede evitar de ninguna manera. Ojalá pudiera. No quiero ni el cielo ni el infierno de forma permanente. Ojalá un hombre pudiera tenerlos mezclados en proporciones iguales.

—¿No es así como es en este mundo? —dijo Valancy pensativamente, pero más bien como si su pensamiento estuviera ocupado en otra cosa que

no fuera la teología.

—No, no —bramó Abel, dando un tremendo golpe a un clavo obstinado—. Hay demasiado infierno aquí, demasiado infierno. Por eso me emborracho tan a menudo. Te libera por un rato, te libera de ti mismo, sí, por Dios, te libera de la predestinación. ¿Lo has probado alguna vez?

—No, tengo otra forma de liberarme —dijo Valancy distraídamente—. Pero ahora, sobre Cissy. Ella debe tener a alguien que la cuide...

—¿Por qué insistes tanto con Sis? Me parece que no te has preocupado mucho por ella hasta ahora. Nunca has venido a verla. Y le caías tan bien.

—Debería haberlo hecho —dijo Valancy—. Pero no importa. No podrías entenderlo. El punto es que debes tener un ama de llaves.

—¿Dónde voy a conseguir una? Puedo pagar un salario decente si pudiera conseguir una mujer decente. ¿Crees que me gustan las viejas brujas?

—¿Sirvo yo? —dijo Valancy.

CAPÍTULO XV

—Mantengamos la calma —dijo el tío Benjamin—. Mantengamos la calma absoluta.

—¡Calma! —La señora Frederick se retorció las manos—. ¿Cómo puedo mantener la calma? ¿Cómo podría alguien mantener la calma ante una deshonra como esta?

—¿Por qué diablos la dejaste ir? —preguntó el tío James.

— ¡Dejarla! ¿Cómo podría detenerla, James? Parece que preparó la maleta grande y la envió con Abel el Rugidor cuando se fue a casa después de la cena, mientras Christine y yo estábamos en la cocina. Luego bajó la propia Doss con su pequeño maletín, vestida con su traje de sarga verde. Tuve una premonición terrible. No puedo decirlos cómo fue, pero pareció que sabía que Doss iba a hacer algo espantoso.

— Es una pena que no pudieras haber tenido tu premonición un poco antes — dijo el tío Benjamin secamente.

— Le dije: «Doss, ¿dónde vas?», y ella dijo: «Voy a buscar mi Castillo Azul».

— ¿No crees que eso convencería a Marsh de que su mente está afectada? — interpuso el tío James.

— Y yo dije: «Valancy, ¿qué quieres decir?». Y ella dijo: «Voy a ser el ama de llaves de Abel el Rugidor y a cuidar de Cissy. Me pagará treinta dólares al mes». Me extraña no haber caído muerta en el acto.

— No deberías haberla dejado ir, no deberías haberla dejado salir de la casa — dijo el tío James — . Deberías haber cerrado la puerta con llave, cualquier cosa...

— Estaba entre la puerta principal y yo. Y no podéis imaginar lo decidida que estaba. Era como una roca. Eso es lo más extraño de todo en ella. Solía ser tan buena y obediente, y ahora no hay quien la ate ni la sujete. Pero dije todo lo que se me ocurrió para hacerla entrar en razón. Le pregunté si no tenía ningún respeto por su reputación. Le dije solemnemente: «Doss, cuando la reputación de una mujer se mancha una vez, nada puede volverla impecable. Tu reputación se habrá ido para siempre si vas a casa de Abel el Rugidor a cuidar de una chica mala como Sis Gay». Y ella dijo: «No creo que Cissy fuera una chica mala, pero no me importa si lo fue». Esas fueron sus palabras exactas: «No me importa si lo fue».

— Ha perdido todo sentido de la decencia — explotó el tío Benjamin.

— «Cissy Gay se está muriendo», dijo ella, «y es una vergüenza y una deshonra que se esté muriendo en una comunidad cristiana sin nadie que haga nada por ella. Haya sido lo que haya sido o hecho lo que haya hecho, es un ser humano».

—Bueno, ya sabes, si a esas vamos, supongo que lo es —dijo el tío James con aire de hacer una espléndida concesión.

—Le pregunté a Doss si no tenía ningún respeto por las apariencias. Dijo: «He estado guardando las apariencias toda mi vida. Ahora voy a por las realidades. ¡Las apariencias se pueden ir al diablo!». ¡Al diablo!

—¡Una cosa indignante! —dijo el tío Benjamin violentamente—. ¡Una cosa indignante!

Lo cual alivió sus sentimientos, pero no ayudó a nadie más.

La señora Frederick lloró. La prima Stickles retomó el estribillo entre sus gemidos de desesperación.

—Le dije, ambas le dijimos, que Abel el Rugidor ciertamente había matado a su esposa en uno de sus arrebatos de borrachera y que la mataría a ella. Se rio y dijo: «No le tengo miedo a Abel el Rugidor. No me matará a mí, y es demasiado viejo para que tenga miedo de sus galanterías». ¿Qué quería decir? ¿Qué son las galanterías?

La señora Frederick vio que debía dejar de llorar si quería recuperar el control de la conversación.

—Le dije: «Valancy, si no tienes ningún respeto por tu propia reputación y la posición de tu familia, ¿no tienes ninguno por mis sentimientos?». Dijo: «Ninguno». Así, sin más: «¡Ninguno!».

—Los locos nunca tienen ningún respeto por los sentimientos de los demás —dijo el tío Benjamin—. Es uno de los síntomas.

—Rompí a llorar entonces, y ella dijo: «Vamos, madre, sé buena deportista. Voy a hacer un acto de caridad cristiana, y en cuanto al daño que le hará a mi reputación, bueno, ya sabes que no tengo ninguna oportunidad matrimonial de todos modos, así que ¿qué importa?». Y con eso se dio la vuelta y salió.

—Las últimas palabras que le dije —dijo la prima Stickles patéticamente— fueron: «¿Quién me frotará la espalda por las noches ahora?». Y ella dijo... ella dijo... pero no, no puedo repetirlo.

—Tonterías —dijo el tío Benjamin—. Suéltalo. No es momento de ser remilgado.

—Dijo —la voz de la prima Stickles era poco más que un susurro— , dijo... «¡Oh, demonios!».

—¡Pensar que he vivido para oír a mi hija jurar! —sollozó la señora Frederick.

—Fue... fue solo un juramento de pega —balbuceó la prima Stickles, deseosa de suavizar las cosas ahora que lo peor había salido. Pero nunca había contado lo de la barandilla.

—De ahí a jurar de verdad solo hay un paso —dijo el tío James con severidad.

—Lo peor de esto —la señora Frederick buscó un punto seco en su pañuelo— es que ahora todo el mundo sabrá que está trastornada. Ya no podemos mantenerlo en secreto. ¡Oh, no puedo soportarlo!

—Deberías haber sido más estricta con ella cuando era joven —dijo el tío Benjamin.

—No veo cómo podría haberlo sido —dijo la señora Frederick, con bastante sinceridad.

—La peor característica del caso es que ese sinvergüenza de Snaith siempre está merodeando por la casa de Abel el Rugidor —dijo el tío James—. Agradeceré si de esta locura no sale nada peor que unas pocas semanas en casa de Abel el Rugidor. Cissy Gay no puede vivir mucho más.

—¡Y ni siquiera se llevó su enagua de franela! —se lamentó la prima Stickles.

—Volveré a ver a Ambrose Marsh sobre esto —dijo el tío Benjamin, refiriéndose a Valancy, no a la enagua de franela.

—Yo veré al abogado Ferguson —dijo el tío James.

—Mientras tanto —añadió el tío Benjamin— , mantengamos la calma.

CAPÍTULO XVI

Valancy había caminado hasta la casa de Abel el Rugidor en el camino de Mistawis bajo un cielo de púrpura y ámbar, con una extraña euforia y expectación en su corazón. Allá atrás, detrás de ella, su madre y la prima Stickles lloraban, por ellas mismas, no por ella. Pero aquí el viento le daba en la cara, suave, húmedo de rocío, fresco, soplando a lo largo de los caminos cubiertos de hierba. ¡Oh, amaba el viento! Los petirrojos silbaban somnolientos en los abetos a lo largo del camino y el aire húmedo estaba perfumado con el aroma del bálsamo. Grandes coches pasaban zumbando en el crepúsculo violeta —la corriente de turistas de verano a Muskoka ya había comenzado— pero Valancy no envidiaba a ninguno de sus ocupantes. Las cabañas de Muskoka podían ser encantadoras, pero más allá, en los cielos del atardecer, entre las agujas de los abetos, se alzaba su Castillo Azul. Se sacudió los viejos años, los hábitos y las inhibiciones como si fueran hojas muertas. No se dejaría cubrir por ellos.

La casa vieja, destartalada y laberíntica de Abel el Rugidor estaba situada a unas tres millas del pueblo, en el mismo borde de la «zona de atrás», como se llamaba vernáculamente a la comarca escasamente poblada, montañosa y boscosa alrededor de Mistawis. Hay que confesar que no se parecía mucho a un Castillo Azul.

Había sido un lugar bastante acogedor en los días en que Abel Gay era joven y próspero, y el letrero arqueado y con juego de palabras sobre la verja —«A. Gay, Carpintero»— estaba bien y recién pintado. Ahora era un lugar viejo, desvaído y lúgubre, con un tejado leproso y remendado y persianas colgando torcidas. Abel nunca parecía hacer trabajos de carpintería en su propia casa. Tenía un aire apático, como si estuviera cansada de la vida. Detrás había un bosquecillo menguante de abetos viejos, desgredados y parecidos a brujas. El jardín, que Cissy solía mantener aseado y bonito, se había vuelto salvaje. A ambos lados de la casa había campos llenos únicamente de gordolobos. Detrás de la casa había una larga extensión de

páramos inútiles, llenos de pinos y abetos raquíuticos, con aquí y allá un trozo florecido de cerezo silvestre, que se extendía hasta una franja de bosque a orillas del lago Mistawis, a dos millas de distancia. Un sendero áspero, rocoso y sembrado de peñascos lo atravesaba hasta el bosque, un sendero blanco de hermosas y pestíferas margaritas.

Abel el Rugidor recibió a Valancy en la puerta.

— Así que has venido —dijo con incredulidad—. Nunca supuse que esa patulea de Stirlings te dejaría.

Valancy mostró todos sus dientes puntiagudos en una sonrisa.

— No pudieron detenerme.

— No pensé que tuvieras tanto coraje —dijo Abel el Rugidor con admiración—. Y mira qué bonitos tobillos tiene —añadió, mientras se apartaba para dejarla entrar.

Si la prima Stickles hubiera oído esto, habría estado segura de que la perdición de Valancy, terrenal y ultraterrena, estaba sellada. Pero la galantería anticuada de Abel no preocupó a Valancy. Además, este era el primer cumplido que había recibido en su vida y descubrió que le gustaba. A veces sospechaba que tenía bonitos tobillos, pero nadie lo había mencionado antes. En el clan Stirling, los tobillos estaban entre lo innombrable.

Abel el Rugidor la llevó a la cocina, donde Cissy Gay yacía en el sofá, respirando rápidamente, con pequeñas manchas escarlatas en sus mejillas hundidas. Valancy no había visto a Cecilia Gay en años. Entonces había sido una criatura tan bonita, una chica esbelta, como una flor, con suave pelo dorado, rasgos bien definidos, casi de cera, y grandes y hermosos ojos azules. Se quedó horrorizada por el cambio en ella. ¿Podía ser esta la dulce Cissy, esta cosita lastimosa que parecía una flor cansada y rota? Había llorado toda la belleza de sus ojos; parecían demasiado grandes —enormes— en su rostro demacrado. La última vez que Valancy había visto a Cecilia Gay, esos ojos desvaídos y lastimeros habían sido estanques azules, limpios y sombríos, resplandecientes de alegría. El contraste era tan terrible que los propios ojos de Valancy se llenaron de lágrimas. Se arrodilló junto a Cissy y la abrazó.

— Cissy, querida, he venido a cuidarte. Me quedaré contigo hasta... hasta... mientras me necesites.

—¡Oh! —Cissy rodeó el cuello de Valancy con sus delgados brazos—. Oh, ¿de verdad? He estado tan... sola. Puedo atenderme a mí misma, pero he estado tan sola. Sería... sería como... el cielo... tener a alguien aquí... como tú. Siempre fuiste... tan dulce conmigo... hace mucho tiempo.

Valancy abrazó a Cissy con fuerza. De repente se sintió feliz. Aquí había alguien que la necesitaba, alguien a quien podía ayudar. Ya no era una superfluidad. Las cosas viejas habían pasado; todo se había vuelto nuevo.

—La mayoría de las cosas están predestinadas, pero algunas son simplemente pura y maldita suerte —dijo Abel el Rugidor, fumando complacientemente su pipa en un rincón.

CAPÍTULO XVII

Cuando Valancy llevaba una semana viviendo en casa de Abel el Rugidor, sentía como si años la hubieran separado de su antigua vida y de toda la gente que había conocido en ella. Empezaban a parecer remotos, oníricos, lejanos, y a medida que pasaban los días, parecían aún más, hasta que dejaron de importar por completo.

Era feliz. Nadie la molestaba con adivinanzas ni insistía en darle Píldoras Púrpuras. Nadie la llamaba Doss ni la preocupaba por coger un resfriado. No había colchas que coser, ninguna abominable planta de caucho que regar, ningún berrinche maternal helado que soportar. Podía estar sola cuando quisiera, acostarse cuando quisiera, estornudar cuando quisiera. En los largos y maravillosos crepúsculos del norte, cuando Cissy dormía y Abel el Rugidor no estaba, podía sentarse durante horas en los escalones desvencijados del porche trasero, mirando hacia los páramos y las colinas de más

allá, cubiertas de su fina floración púrpura, escuchando el viento amistoso cantar melodías salvajes y dulces en los pequeños abetos, y bebiendo el aroma de las hierbas soleadas, hasta que la oscuridad fluía sobre el paisaje como una ola fresca y bienvenida.

A veces, por la tarde, cuando Cissy estaba lo suficientemente fuerte, las dos chicas iban a los páramos a ver las flores silvestres. Pero no recogían ninguna. Valancy le había leído a Cissy el evangelio al respecto según John Foster: «Es una lástima recoger flores silvestres. Pierden la mitad de su encanto lejos del verdor y el parpadeo de la luz. La forma de disfrutar de las flores silvestres es rastrearlas hasta sus remotos refugios, deleitarse con ellas y luego dejarlas con miradas retrospectivas, llevándonos solo el recuerdo seductor de su gracia y fragancia».

Valancy estaba en medio de las realidades después de una vida de irrealidades. Y ocupada, muy ocupada. Había que limpiar la casa. No en vano Valancy había sido criada en los hábitos de pulcritud y limpieza de los Stirling. Si encontraba satisfacción en limpiar habitaciones sucias, allí se hartó. Abel el Rugidor pensaba que era una tontería que se molestara en hacer mucho más de lo que se le pedía, pero no se entrometía. Estaba muy satisfecho con su trato. Valancy era una buena cocinera. Abel decía que le daba sabor a las cosas. El único fallo que le encontraba era que no cantaba mientras trabajaba.

—La gente siempre debería cantar mientras trabaja —insistió—. Suena alegre.

—No siempre —replicó Valancy—. Imagina a un carnicero cantando en su trabajo. O a un funerario.

Abel soltó su gran y amplia carcajada.

—No hay quien te gane. Tienes una respuesta para todo. Pensaría que los Stirling se alegrarían de haberse librado de ti. A ellos no les gusta que les respondan.

Durante el día, Abel generalmente estaba fuera de casa; si no trabajando, cazando o pescando con Barney Snaith. Generalmente volvía a casa por las noches, siempre muy tarde y a menudo muy borracho. La primera noche que lo oyeron llegar aullando al patio, Cissy le había dicho a Valancy que no tuviera miedo.

—Padre nunca hace nada, solo hace ruido.

Valancy, tumbada en el sofá de la habitación de Cissy, donde había elegido dormir, por si Cissy necesitaba atención durante la noche —Cissy nunca la habría llamado—, no tenía ningún miedo, y así lo dijo. Para cuando Abel guardó sus caballos, la etapa de rugir había pasado y estaba en su habitación al final del pasillo, llorando y rezando. Valancy todavía podía oír sus lúgubres gemidos cuando se durmió tranquilamente. En su mayor parte, Abel era una criatura de buen carácter, pero ocasionalmente tenía mal genio. Una vez, Valancy le preguntó fríamente:

—¿De qué sirve enfurecerse?

—Es un alivio de mil demonios —dijo Abel.

Ambos estallaron en una carcajada juntos.

—Eres una pequeña campeona —dijo Abel con admiración—. No te preocupes por mi mal francés. No lo digo con mala intención. Solo es la costumbre. Oye, me gusta una mujer que no tiene miedo de plantarme cara. Sis siempre fue demasiado mansa, demasiado mansa. Por eso se descarrió. Me gustas.

—De todos modos —dijo Valancy con determinación—, no sirve de nada mandar las cosas al infierno como haces siempre. Y no voy a permitir que dejes barro por todo un suelo que acabo de fregar. Debes usar el limpiabarros, lo mandes a la perdición o no.

A Cissy le encantaba la limpieza y el orden. Ella también lo había mantenido así, hasta que le fallaron las fuerzas. Estaba muy lastimosamente feliz porque tenía a Valancy con ella. Había sido tan terrible: los largos y solitarios días y noches sin más compañía que esas horribles viejas que venían a trabajar. Cissy las había odiado y temido. Se aferraba a Valancy como una niña.

No había duda de que Cissy se estaba muriendo. Sin embargo, en ningún momento parecía alarmantemente enferma. Ni siquiera tosía mucho. La mayoría de los días podía levantarse y vestirse, a veces incluso trabajar en el jardín o en los páramos durante una o dos horas. Durante algunas semanas después de la llegada de Valancy, pareció mejorar tanto que Valancy empezó a tener la esperanza de que pudiera recuperarse. Pero Cissy negó con la cabeza.

—No, no puedo recuperarme. Mis pulmones están casi destrozados. Y... no quiero. Estoy tan cansada, Valancy. Solo la muerte puede darme descanso. Pero es maravilloso tenerte aquí, nunca sabrás cuánto significa para mí. Pero, Valancy, trabajas demasiado. No es necesario, padre solo quiere que le cocinen. No creo que tú misma estés fuerte. A veces te pones muy pálida. Y esas gotas que tomas. ¿Estás bien, querida?

—Estoy perfectamente —dijo Valancy con ligereza. No quería que Cissy se preocupara—. Y no estoy trabajando duro. Me alegro de tener algo de trabajo que hacer, algo que realmente necesite hacerse.

—Entonces —Cissy deslizó su mano con nostalgia en la de Valancy—, no hablemos más de que estoy enferma. Olvidémoslo. Finjamos que soy una niña otra vez, y que has venido aquí a jugar conmigo. Solía desear eso hace mucho tiempo, desear que pudieras venir. Sabía que no podías, por supuesto. ¡Pero cómo lo deseaba! Siempre me pareciste tan diferente de las otras chicas, tan amable y dulce, y como si tuvieras algo dentro de ti que nadie conocía, algún secreto querido y bonito. ¿Lo tenías, Valancy?

—Tenía mi Castillo Azul —dijo Valancy, riendo un poco.

Le agradó que Cissy hubiera pensado en ella de esa manera. Nunca había sospechado que alguien la quisiera, la admirara o se preguntara por ella. Le contó a Cissy todo sobre su Castillo Azul. Nunca se lo había contado a nadie antes.

—Creo que todo el mundo tiene un Castillo Azul —dijo Cissy en voz baja—. Solo que cada uno le da un nombre diferente. Yo tuve el mío, una vez.

Se cubrió la cara con sus dos delgadas manitas. No le dijo a Valancy —entonces— quién había destruido su Castillo Azul. Pero Valancy supo que, fuera quien fuese, no era Barney Snaith.

CAPÍTULO XVIII

Valancy ya conocía a Barney, bien conocido, parecía, aunque solo había hablado con él unas pocas veces. Pero se había sentido igual de familiarizada con él la primera vez que se encontraron. Había estado en el jardín al atardecer, buscando unos tallos de narciso blanco para la habitación de Cissy cuando oyó aquel terrible y viejo Grey Slosson bajar por el bosque desde Mistawis; se oía a millas de distancia. Valancy no levantó la vista mientras se acercaba, traqueteando sobre las rocas en aquel sendero de locura. Nunca había levantado la vista, aunque Barney había pasado a toda velocidad todas las tardes desde que estaba en casa de Abel el Rugidor. Esta vez no pasó a toda velocidad. El viejo Grey Slosson se detuvo con ruidos aún más terribles de los que hacía en marcha. Valancy fue consciente de que Barney había saltado de él y se apoyaba en la desvencijada verja. De repente se enderezó y lo miró a la cara. Sus ojos se encontraron; Valancy fue súbitamente consciente de una deliciosa debilidad. ¿Se acercaba uno de sus ataques al corazón? Pero este era un síntoma nuevo.

Sus ojos, que siempre había pensado que eran marrones, ahora vistos de cerca, eran de un violeta profundo, translúcidos e intensos. Ninguna de sus cejas se parecía a la otra. Era delgado, demasiado delgado; deseó poder alimentarlo un poco, deseó poder coserle los botones del abrigo, y hacer que se cortara el pelo, y que se afeitara todos los días. Había algo en su rostro, apenas se sabía qué era. ¿Cansancio? ¿Tristeza? ¿Desilusión? Tenía hoyuelos en sus delgadas mejillas cuando sonreía. Todos estos pensamientos cruzaron la mente de Valancy en ese único momento mientras sus ojos miraban los de ella.

— Buenas tardes, señorita Stirling.

Nada podía ser más común y convencional. Cualquiera podría haberlo dicho. Pero Barney Snaith tenía una forma de decir las cosas que les daba intensidad. Cuando decía buenas tardes, sentías que era una buena tarde y que en parte era gracias a él. Además, sentías que parte del mérito era tuyo. Valancy sintió todo esto vagamente, pero no podía imaginar por qué temblaba de pies a cabeza; debía de ser su corazón. ¡Si al menos él no lo notara!

— Voy al Puerto —decía Barney—. ¿Puedo ganar méritos consiguiendo o haciendo algo allí para usted o para Cissy?

—¿Podría traernos un poco de bacalao en salazón? —dijo Valancy. Era lo único que se le ocurrió. Abel el Rugidor había expresado ese día su deseo de una cena de bacalao salado hervido. Cuando sus caballeros llegaban al Castillo Azul, Valancy los había enviado a muchas misiones, pero nunca le había pedido a ninguno que le consiguiera bacalao en salazón.

—Por supuesto. ¿Está segura de que no hay nada más? Hay mucho sitio en Lady Jane Grey Slosson. Y siempre vuelve en algún momento, la Lady Jane.

—No creo que haya nada más —dijo Valancy. Sabía que de todos modos traería naranjas para Cissy; siempre lo hacía.

Barney no se dio la vuelta de inmediato. Permaneció en silencio un momento. Luego dijo, lenta y caprichosamente:

—Señorita Stirling, ¿es usted un sol! Es usted un carro entero de soles. Venir aquí y cuidar de Cissy, dadas las circunstancias.

—No hay nada de heroico en eso —dijo Valancy—. No tenía otra cosa que hacer. Y... me gusta estar aquí. No siento que haya hecho nada especialmente meritorio. El señor Gay me paga un salario justo. Nunca antes había ganado dinero, y me gusta.

Parecía tan fácil hablar con Barney Snaith, de alguna manera; este terrible Barney Snaith de los cuentos escabrosos y el pasado misterioso, tan fácil y natural como si hablara consigo misma.

—Todo el dinero del mundo no podría comprar lo que está haciendo por Cissy Gay —dijo Barney—. Es espléndido y admirable por su parte. Y si hay algo que pueda hacer para ayudarla de alguna manera, solo tiene que decírmelo. Si Abel el Rugidor alguna vez intenta molestarla...

—No lo hace. Es encantador conmigo. Me cae bien Abel el Rugidor —dijo Valancy con franqueza.

—A mí también. Pero hay una etapa de su borrachera —quizás aún no la ha encontrado— en la que canta canciones obscenas...

—Oh, sí. Anoche llegó a casa así. Cissy y yo nos encerramos en nuestra habitación donde no podíamos oírlo. Se disculpó esta mañana. No tengo miedo de ninguna de las etapas de Abel el Rugidor.

—Bueno, estoy seguro de que será decente con usted, aparte de sus aullidos de ebrio —dijo Barney—. Y le he dicho que tiene que dejar de mandar las cosas al infierno cuando usted está cerca.

—¿Por qué? —preguntó Valancy astutamente, con una de sus extrañas miradas rasgadas y una súbita mancha de rosa en cada mejilla, nacida del pensamiento de que Barney Snaith realmente había hecho tanto por ella—. A menudo yo misma siento ganas de mandar las cosas al infierno.

Por un momento, Barney se quedó mirando. ¿Era esta chica élfica la criatura pequeña y solterona que había estado allí hacía dos minutos? Seguramente había magia y diablura en aquel jardín viejo, descuidado y lleno de maleza.

Luego se rio.

—Será un alivio tener a alguien que lo haga por ti, entonces. ¿Así que no quiere nada más que bacalao en salazón?

—No esta noche. Pero me atrevería a decir que le encargaré recados muy a menudo cuando vaya a Port Lawrence. No puedo confiar en que el señor Gay se acuerde de traer todas las cosas que quiero.

Barney se había ido entonces, en su Lady Jane, y Valancy permaneció en el jardín durante mucho tiempo.

Desde entonces, había llamado varias veces, caminando por los páramos, silbando. ¡Cómo resonaba su silbido entre los abetos en aquellos crepúsculos de junio! Valancy se sorprendía a sí misma escuchándolo cada tarde, se reprendía, y luego se dejaba llevar. ¿Por qué no iba a escucharlo?

Siempre le traía a Cissy fruta y flores. Una vez le trajo a Valancy una caja de bombones, la primera caja de bombones que le habían regalado. Parecía un sacrilegio comérselos.

Se encontraba pensando en él a todas horas. Quería saber si él alguna vez pensaba en ella cuando no la tenía delante, y, si era así, qué pensaba. Quería ver esa casa misteriosa suya en la isla de Mistawis. Cissy nunca la había visto. Cissy, aunque hablaba libremente de Barney y lo conocía desde hacía cinco años, en realidad sabía poco más de él que la propia Valancy.

—Pero no es malo —dijo Cissy—. Nadie necesita decirme nunca que lo es. No puede haber hecho nada de lo que avergonzarse.

—Entonces, ¿por qué vive como vive? —preguntó Valancy, para oír a alguien defenderlo.

—No lo sé. Es un misterio. Y por supuesto que hay algo detrás, pero sé que no es deshonra. Barney Snaith simplemente no podría hacer nada deshonroso, Valancy.

Valancy no estaba tan segura. Barney debía de haber hecho algo, alguna vez. Era un hombre de educación e inteligencia. Pronto lo había descubierto, escuchando sus conversaciones y disputas con Abel el Rugidor, que era sorprendentemente culto y podía discutir cualquier tema bajo el sol cuando estaba sobrio. Un hombre así no se enterraría durante cinco años en Muskoka y viviría y parecería un vagabundo si no hubiera una razón demasiado buena —o mala— para ello. Pero no importaba. Lo único que importaba era que ahora estaba segura de que nunca había sido el amante de Cissy Gay. No había nada de eso entre ellos. Aunque él quería mucho a Cissy y ella a él, como cualquiera podía ver. Pero era un cariño que no preocupaba a Valancy.

—No sabes lo que Barney ha sido para mí, estos dos últimos años —había dicho Cissy simplemente—. Todo habría sido insoportable sin él.

—Cissy Gay es la chica más dulce que he conocido, y hay un hombre en alguna parte al que me gustaría disparar si pudiera encontrarlo —había dicho Barney con saña.

Barney era un conversador interesante, con la habilidad de contar mucho sobre sus aventuras y nada en absoluto sobre sí mismo. Hubo un día lluvioso glorioso en que Barney y Abel intercambiaron historias toda la tarde mientras Valancy remendaba manteles y escuchaba. Barney contó cuentos extraños de sus aventuras con los guardafrenos en los trenes mientras viajaba de polizón por el continente. Valancy pensó que debería considerar que robar viajes era algo terrible, pero no lo hizo. La historia de su viaje a Inglaterra trabajando en un barco de ganado sonaba más legítima. Y sus historias del Yukón la cautivaron, especialmente la de la noche en que se perdió en la divisoria entre Gold Run y Sulphur Valley. Había pasado dos años allí. ¿Dónde, en todo esto, había lugar para el penal y las otras cosas?

Si es que decía la verdad. Pero Valancy sabía que sí.

—No encontré oro —dijo—. Volví más pobre que cuando fui. ¡Pero qué lugar para vivir! Esos silencios al otro lado del viento del norte me atraparón. Nunca más me he pertenecido a mí mismo desde entonces.

Sin embargo, no era un gran hablador. Decía mucho en pocas palabras bien elegidas; cuán bien elegidas, Valancy no se daba cuenta. Y tenía la habilidad de decir cosas sin abrir la boca en absoluto.

«Me gusta un hombre cuyos ojos dicen más que sus labios», pensó Valancy.

Pero le gustaba todo de él: su pelo leonado, sus sonrisas caprichosas, los pequeños destellos de diversión en sus ojos, su leal afecto por esa indecible Lady Jane, su costumbre de sentarse con las manos en los bolsillos, la barbilla hundida en el pecho, mirando desde debajo de sus cejas desiguales. Le gustaba su voz agradable, que sonaba como si pudiera volverse acariciadora o seductora con muy poca provocación. A veces casi tenía miedo de permitirse estos pensamientos. Eran tan vívidos que sentía como si los demás debieran saber lo que estaba pensando.

—He estado observando a un pájaro carpintero todo el día —dijo una tarde en el viejo y desvencijado porche trasero.

Su relato de las andanzas del pájaro carpintero fue satisfactorio. A menudo tenía alguna anécdota alegre o astuta de la gente del bosque que contarles. Y a veces él y Abel el Rugidor fumaban ferozmente toda la noche y no decían ni una palabra, mientras Cissy yacía en la hamaca colgada entre los postes del porche y Valancy se sentaba ociosamente en los escalones, con las manos entrelazadas sobre las rodillas, y se preguntaba soñadoramente si realmente era Valancy Stirling y si solo habían pasado tres semanas desde que dejó la fea y vieja casa de la calle Elm.

Los páramos se extendían ante ella en un blanco esplendor lunar, donde docenas de conejitos correteaban. Barney, cuando quería, podía sentarse al borde de los páramos y atraer a esos conejos hasta él con alguna misteriosa hechicería que poseía. Valancy había visto una vez a una ardilla saltar de un pino raquítrico a su hombro y sentarse allí parloteando con él. Le recordaba a John Foster.

Era uno de los deleites de la nueva vida de Valancy poder leer los libros de John Foster tan a menudo y durante tanto tiempo como quisiera. Podía

leerlos en la cama si quería. Se los leyó todos a Cissy, a quien le encantaban. También intentó leérselos a Abel y a Barney, a quienes no les encantaban. Abel se aburría y Barney se negaba cortésmente a escuchar en absoluto.

—¡Bah! —dijo Barney.

CAPÍTULO XIX

Por supuesto, los Stirling no habían dejado sola a la pobre maníaca todo este tiempo ni se habían abstenido de hacer esfuerzos heroicos para rescatar su alma y reputación percederas. El tío James, cuyo abogado le había ayudado tan poco como su médico, vino un día y, encontrando a Valancy sola en la cocina, según supuso, le echó una terrible reprimenda, le dijo que estaba rompiendo el corazón de su madre y deshonorando a su familia.

—Pero, ¿por qué? —dijo Valancy, sin dejar de fregar decentemente su olla de las gachas—. Estoy haciendo un trabajo honrado por un salario honrado. ¿Qué hay de deshonroso en eso?

—No te andes con rodeos, Valancy —dijo el tío James solemnemente—. Este no es un lugar adecuado para que estés, y lo sabes. Vaya, me han dicho que ese pájaro de cuenta, Snaith, anda merodeando por aquí todas las tardes.

—No todas las tardes —dijo Valancy reflexivamente—. No, no exactamente todas las tardes.

—¡Es... es insufrible! —dijo el tío James violentamente—. Valancy, debes volver a casa. No te juzgaremos con dureza. Te aseguro que no lo

haremos. Pasaremos por alto todo esto.

—Gracias —dijo Valancy.

—¿No tienes sentido de la vergüenza? —exigió el tío James.

—Oh, sí. Pero las cosas de las que yo me avergüenzo no son las cosas de las que tú te avergüenzas. —Valancy procedió a enjuagar su paño de cocina meticulosamente.

Aun así, el tío James fue paciente. Agarró los costados de su silla y apretó los dientes.

—Sabemos que tu mente no está del todo bien. Haremos concesiones. Pero debes volver a casa. No te quedarás aquí con ese viejo sinvergüenza borracho y blasfemo...

—¿Se refería por casualidad a mí, señor Stirling? —exigió Abel el Rugidor, apareciendo de repente en la puerta del porche trasero donde había estado fumando una pipa pacíficamente y escuchando la diatriba del «viejo Jim Stirling» con gran disfrute. Su barba roja casi se erizó de indignación y sus enormes cejas temblaron.

Pero la cobardía no estaba entre las deficiencias de James Stirling.

—Sí. Y, además, quiero decirle que ha desempeñado un papel inicuo al atraer a esta chica débil y desafortunada lejos de su hogar y amigos, y aún haré que lo castiguen por ello...

James Stirling no llegó más lejos. Abel el Rugidor cruzó la cocina de un salto, lo agarró por el cuello y los pantalones, y lo arrojó por la puerta y por encima de la valla del jardín con tan poco esfuerzo aparente como el que podría haber empleado para quitar de en medio a un gatito molesto.

—¡La próxima vez que vuelvas aquí —bramó—, te arrojaré por la ventana, y mejor si la ventana está cerrada! ¡Viniendo aquí, creyéndote Dios para poner el mundo en orden!

Valancy, sincera y desvergonzadamente, se confesó a sí misma que había visto pocas cosas más satisfactorias que las faldas del abrigo del tío James volando hacia el bancal de espárragos. Una vez había temido el juicio de este hombre. Ahora veía claramente que no era más que un dios de hojalata de pueblo, bastante estúpido.

Abel el Rugidor se volvió con su gran y amplia carcajada.

—Pensará en eso durante años cuando se despierte por la noche. El Todopoderoso cometió un error al hacer tantos Stirlings. Pero ya que están hechos, tenemos que contar con ellos. Demasiados para matarlos a todos. Pero si vienen aquí a molestarte, los espantaré antes de que un gato pueda lamerse la oreja.

La siguiente vez enviaron al Dr. Stalling. Seguramente Abel el Rugidor no lo arrojaría a los bancales de espárragos. El Dr. Stalling no estaba tan seguro de esto y no le gustaba mucho la tarea. No creía que Valancy Stirling estuviera loca. Siempre había sido rara. Él, el Dr. Stalling, nunca había sido capaz de entenderla. Por lo tanto, sin duda, era rara. Solo que ahora era un poco más rara de lo habitual. Y el Dr. Stalling tenía sus propias razones para que no le gustara Abel el Rugidor. Cuando el Dr. Stalling llegó por primera vez a Deerwood, le gustaban las largas caminatas por Mistawis y Muskoka. En una de estas ocasiones se había perdido y después de mucho deambular se había topado con Abel el Rugidor con su escopeta al hombro.

El Dr. Stalling se las había ingeniado para hacer su pregunta de la manera más idiota posible. Dijo:

—¿Puede decirme adónde voy?

—¿Cómo diablos voy a saber yo adónde vas, papanatas? —replicó Abel con desprecio.

El Dr. Stalling se enfureció tanto que no pudo hablar durante un momento o dos y en ese momento Abel había desaparecido en el bosque. El Dr. Stalling finalmente había encontrado el camino a casa, pero nunca más había deseado encontrarse con Abel Gay.

Sin embargo, ahora venía a cumplir con su deber. Valancy lo saludó con el corazón encogido. Tuvo que admitir que todavía le tenía un miedo terrible al Dr. Stalling. Tenía la miserable convicción de que si él agitaba su largo y huesudo dedo hacia ella y le decía que se fuera a casa, no se atrevería a desobedecer.

—Señor Gay —dijo el Dr. Stalling cortés y condescientemente—, ¿puedo ver a la señorita Stirling a solas unos minutos?

Abel el Rugidor estaba un poco borracho, lo justo para ser excesivamente educado y muy astuto. Estaba a punto de irse cuando llegó el Dr. Stalling, pero ahora se sentó en un rincón del salón y se cruzó de brazos.

—No, no, señor —dijo solemnemente—. Eso no estaría bien, no estaría bien en absoluto. Tengo que mantener la reputación de mi casa. Tengo que hacer de chaperón de esta joven dama. No puedo permitir que haya ningún roneo aquí a mis espaldas.

El indignado Dr. Stalling tenía un aspecto tan terrible que Valancy se preguntó cómo Abel podía soportar su semblante. Pero a Abel no le preocupaba en absoluto.

—¿Sabe usted algo de eso, de todos modos? —preguntó genialmente.

—¿De qué?

—Del roneo —dijo Abel fríamente.

El pobre Dr. Stalling, que nunca se había casado porque creía en un clero célibe, no quiso prestar atención a esta observación obscena. Le dio la espalda a Abel y se dirigió a Valancy.

—Señorita Stirling, estoy aquí en respuesta a los deseos de su madre. Me rogó que viniera. Se me han encargado algunos mensajes de ella. ¿Quiere —agitó su dedo índice—, quiere escucharlos?

—Sí —dijo Valancy débilmente, mirando el dedo índice. Tenía un efecto hipnótico en ella.

—El primero es este. Si usted deja este... este...

—Casa —interpuso Abel el Rugidor—. C-a-s-a. ¿Le pasa algo en el habla, no, señor?

—...este lugar y regresa a su hogar, el señor James Stirling pagará él mismo a una buena enfermera para que venga aquí y atienda a la señorita Gay.

Detrás de su terror, Valancy sonrió en secreto. El tío James debía de considerar el asunto realmente desesperado para soltar los cordones de la bolsa de esa manera. En cualquier caso, su clan ya no la despreciaba ni la ignoraba. Se había vuelto importante para ellos.

—Ese es mi asunto, señor —dijo Abel—. La señorita Stirling puede irse si le place, o quedarse si le place. Hice un trato justo con ella, y es libre de concluirlo cuando quiera. Me da comidas que se me pegan a las costillas. No se olvida de poner sal en las gachas. Nunca da portazos, y cuando no tiene nada que decir, no habla. Eso es insólito en una mujer, sabe, señor. Estoy satisfecho. Si ella no lo está, es libre de irse. Pero ninguna mujer viene aquí a sueldo de Jim Stirling. Si alguna lo hace —la voz de Abel era extrañamente suave y educada—, esparciré sus sesos por el camino. Dígale eso con los cumplidos de A. Gay.

—Dr. Stalling, una enfermera no es lo que Cissy necesita —dijo Valancy con seriedad—. Aún no está tan enferma. Lo que quiere es compañía, alguien que conozca y le guste, simplemente para vivir con ella. Puede entender eso, estoy segura.

—Entiendo que su motivo es bastante... ejem... loable. —El Dr. Stalling sintió que era muy de mente abierta, especialmente porque en su alma secreta no creía que el motivo de Valancy fuera loable. No tenía la menor idea de lo que tramaba, pero estaba seguro de que su motivo no era loable. Cuando no podía entender algo, lo condenaba de inmediato. ¡La simplicidad misma! —Pero su primer deber es para con su madre. Ella la necesita. Le implora que vuelva a casa, le perdonará todo si tan solo vuelve a casa.

—Ese es un pensamiento bonito —comentó Abel meditabundo, mientras desmenuzaba un poco de tabaco en su mano.

El Dr. Stalling lo ignoró.

—Ella se lo suplica, pero yo, señorita Stirling —el Dr. Stalling recordó que era un embajador de Jehová—, yo se lo ordeno. Como su pastor y guía espiritual, le ordeno que venga a casa conmigo, este mismo día. Coja su sombrero y su abrigo y venga ahora.

El Dr. Stalling agitó su dedo hacia Valancy. Ante ese dedo implacable, ella se inclinó y se marchitó visiblemente.

«Está cediendo», pensó Abel el Rugidor. «Se irá con él. Es increíble el poder que estos predicadores tienen sobre las mujeres».

Valancy estaba a punto de obedecer al Dr. Stalling. Debía volver a casa con él, y rendirse. Volvería a ser Doss Stirling de nuevo y durante sus pocos días o semanas restantes sería la criatura acobardada e inútil que siempre

había sido. Era su destino, tipificado por ese implacable dedo índice levantado. No podía escapar de él, como Abel el Rugidor no podía escapar de su predestinación. Lo miraba como el pájaro fascinado mira a la serpiente. Un momento más...

«El miedo es el pecado original», dijo de repente una voz queda y pequeña muy al fondo —fondo— fondo de la conciencia de Valancy. «Casi todo el mal en el mundo tiene su origen en el hecho de que alguien tiene miedo de algo».

Valancy se puso de pie. Todavía estaba en las garras del miedo, pero su alma era suya de nuevo. No sería falsa a esa voz interior.

—Dr. Stalling —dijo lentamente—, actualmente no tengo ningún deber para con mi madre. Está perfectamente bien; tiene toda la ayuda y compañía que necesita; no me necesita en absoluto. Aquí sí me necesitan. Voy a quedarme aquí.

—Ahí tienes coraje —dijo Abel el Rugidor con admiración.

El Dr. Stalling bajó su dedo índice. No se podía seguir agitando un dedo para siempre.

—Señorita Stirling, ¿no hay nada que pueda influenciarla? ¿Recuerda los días de su infancia...?

—Perfectamente. Y los odio.

—¿Se da cuenta de lo que dirá la gente? ¿De lo que están diciendo?

—Puedo imaginarlo —dijo Valancy, encogiéndose de hombros. De repente se sintió libre de miedo de nuevo—. No he escuchado los chismes de las fiestas de té y los círculos de costura de Deerwood durante veinte años para nada. Pero, Dr. Stalling, no me importa en lo más mínimo lo que digan, en lo más mínimo.

El Dr. Stalling se fue entonces. ¡Una chica a la que no le importaba la opinión pública! ¡Sobre la que los lazos familiares sagrados no tenían influencia restrictiva! ¡Que odiaba los recuerdos de su infancia!

Luego vino la prima Georgiana, por iniciativa propia, pues a nadie se le habría ocurrido que valiera la pena enviarla. Encontró a Valancy sola, desherbando el pequeño huerto que había plantado, y le hizo todas las súpli-

cas llenas de lugares comunes que se le ocurrieron. Valancy la escuchó pacientemente. La prima Georgiana no era tan mala. Luego dijo:

— Y ahora que ya te has desahogado, prima Georgiana, ¿puedes decirme cómo hacer bacalao a la crema para que no quede tan espeso como las gachas y tan salado como el Mar Muerto?

— Tendremos que esperar —dijo el tío Benjamin—. Después de todo, Cissy Gay no puede vivir mucho tiempo. El Dr. Marsh me dice que puede morir cualquier día.

La señora Frederick lloró. Realmente habría sido mucho más fácil de soportar si Valancy hubiera muerto. Podría haber vestido de luto entonces.

CAPÍTULO XX

Cuando Abel Gay le pagó a Valancy su primer mes de salario —lo cual hizo puntualmente, en billetes que apestaban a tabaco y whisky—, Valancy fue a Deerwood y se gastó hasta el último céntimo. Compró un bonito vestido de crepé verde con un cinturón de cuentas carmesí, en una venta de rebajas, un par de medias de seda a juego, y un sombrerito verde arrugado con una rosa carmesí. Incluso compró un camisón tontorrón con cintas y encajes.

Pasó dos veces por la casa de la calle Elm —Valancy ni siquiera pensaba en ella como «hogar»— pero no vio a nadie. Sin duda, su madre estaría sentada en la habitación esa encantadora tarde de junio jugando al solitario, y haciendo trampas. Valancy sabía que la señora Frederick siempre hacía

trampas. Nunca perdía una partida. La mayoría de la gente con la que se encontró la miró seriamente y pasó de largo con un frío saludo con la cabeza. Nadie se detuvo a hablar con ella.

Valancy se puso su vestido verde cuando llegó a casa. Luego se lo quitó de nuevo. Se sentía miserablemente desnuda con su escote bajo y sus mangas cortas. Y ese cinturón carmesí bajo, alrededor de las caderas, le parecía positivamente indecente. Lo colgó en el armario, sintiendo rotundamente que había malgastado su dinero. Nunca tendría el valor de usar ese vestido. La acusación de John Foster contra el miedo no tenía poder para endurecerla contra esto. En esta única cosa, el hábito y la costumbre seguían siendo todopoderosos. Sin embargo, suspiró mientras bajaba a encontrarse con Barney Snaith con su viejo vestido de seda marrón tabaco. Aquella cosa verde le sentaba muy bien, lo había visto en su única mirada avergonzada. Por encima, sus ojos parecían extrañas joyas marrones y el cinturón le había dado a su figura plana una apariencia completamente diferente. Deseó haber podido dejarlo puesto. Pero había algunas cosas que John Foster no sabía.

Todos los domingos por la tarde, Valancy iba a la pequeña iglesia Metodista Libre en un valle al borde de la «zona de atrás», un pequeño edificio gris sin campanario entre los pinos, con unas pocas tumbas hundidas y lápidas cubiertas de musgo en el pequeño cuadrado cercado por una valla y cubierto de hierba a su lado. Le gustaba el pastor que predicaba allí. Era tan simple y sincero. Un anciano, que vivía en Port Lawrence y venía por el lago en una pequeña lancha de hélice retráctil para dar un servicio gratuito a la gente de las pequeñas granjas pedregosas detrás de las colinas, que de otro modo nunca habrían oído ningún mensaje evangélico. Le gustaba el servicio sencillo y el canto ferviente. Le gustaba sentarse junto a la ventana abierta y mirar hacia los pinares. La congregación siempre era pequeña. Los Metodistas Libres eran pocos en número, pobres y generalmente analfabetos. Pero a Valancy le encantaban esas tardes de domingo. Por primera vez en su vida, le gustaba ir a la iglesia. El rumor llegó a Deerwood de que se había «vuelto Metodista Libre» y mandó a la señora Frederick a la cama por un día. Pero Valancy no se había vuelto nada. Iba a la iglesia porque le gustaba y porque de alguna manera inexplicable le hacía bien. El viejo señor Towers creía exactamente lo que predicaba y de alguna manera eso marcaba una tremenda diferencia.

Curiosamente, Abel el Rugidor desaprobaba que fuera a la iglesia de la colina tan enérgicamente como la propia señora Frederick podría haberlo hecho. No tenía «ningún aprecio por los Metodistas Libres. Él era presbiteriano». Pero Valancy iba a pesar de él.

— Pronto oiremos algo peor que eso sobre ella — predijo el tío Benjamin sombríamente.

Y así fue.

Valancy no podía explicar del todo, ni siquiera a sí misma, por qué quería ir a esa fiesta. Era un baile «allá atrás» en Chidley Corners; y los bailes en Chidley Corners no eran, por regla general, el tipo de reuniones donde se encontraban señoritas bien educadas. Valancy sabía que iba a celebrarse, pues Abel el Rugidor había sido contratado como uno de los violinistas.

Pero la idea de ir nunca se le había ocurrido hasta que el propio Abel el Rugidor lo planteó en la cena.

— Ven conmigo al baile — ordenó —. Te hará bien, te pondrá algo de color en la cara. Pareces demacrada, necesitas algo que te anime.

Valancy de repente sintió ganas de ir. No sabía nada de cómo solían ser los bailes en Chidley Corners. Su idea de los bailes se había formado en los eventos correctos que llevaban ese nombre en Deerwood y Port Lawrence. Por supuesto, sabía que el baile de Corners no sería exactamente como ellos. Mucho más informal, por supuesto. Pero mucho más interesante. ¿Por qué no iba a ir? Cissy estaba en una semana de aparente salud y mejora. No le importaría quedarse sola en absoluto. Le suplicó a Valancy que fuera si quería. Y Valancy sí quería ir.

Fue a su habitación a vestirse. Una rabia contra la seda marrón tabaco se apoderó de ella. ¡Llevar eso a una fiesta! Nunca. Sacó su crepé verde de la percha y se lo puso febrilmente. Era una tontería sentirse tan... tan... desnuda, solo porque su cuello y sus brazos estaban descubiertos. Eso era solo su solteronería. No se dejaría dominar por ella. Se puso el vestido, los zapatos.

Era la primera vez que llevaba un vestido bonito desde los organdíes de su temprana adolescencia. Y aquellos nunca la habían hecho parecer así.

Si tan solo tuviera un collar o algo. No se sentiría tan desnuda entonces. Corrió al jardín. Había tréboles allí, grandes cosas carmesí creciendo en la hierba alta. Valancy recogió un puñado de ellos y los ensartó en un cordón. Atados sobre su cuello le dieron la cómoda sensación de un collar y le sentaban extrañamente bien. Otra guirnalda de ellos rodeó su pelo, peinado en los moños bajos que le favorecían. La emoción trajo esas tenues manchas rosadas a su rostro. Se echó el abrigo y se caló el sombrerito retorcido sobre el pelo.

—Estás tan guapa y... y... diferente, querida —dijo Cissy—. Como un rayo de luna verde con un destello de rojo, si tal cosa pudiera existir.

Valancy se inclinó para besarla.

—No me siento bien dejándote sola, Cissy.

—Oh, estaré perfectamente. Esta noche me siento mejor que en mucho tiempo. Me he sentido mal al verte encerrada aquí tan estrictamente por mi culpa. Espero que te diviertas. Nunca estuve en una fiesta en Corners, pero a veces iba, hace mucho tiempo, a bailes allá atrás. Siempre nos lo pasábamos bien. Y no tienes que tener miedo de que padre esté borracho esta noche. Nunca bebe cuando se compromete a tocar en una fiesta. Pero... puede que haya... licor. ¿Qué harás si se pone violento?

—Nadie me molestaría.

—No seriamente, supongo. Padre se encargaría de eso. Pero podría ser ruidoso y... y desagradable.

—No me importará. Solo voy como espectadora. No espero bailar. Solo quiero ver cómo es una fiesta allá atrás. Nunca he visto nada excepto el decoroso Deerwood.

Cissy sonrió un tanto dudosamente. Sabía mucho mejor que Valancy cómo podría ser una fiesta «allá atrás» si había licor. Pero de nuevo, podría no haberlo.

—Espero que lo disfrutes, querida —repitió.

Valancy disfrutó del viaje hasta allí. Salieron temprano, pues había doce millas hasta Chidley Corners, y tuvieron que ir en el viejo y destartado calesín de Abel. El camino era áspero y rocoso, como la mayoría de los caminos de Muskoka, pero lleno del encanto austero de los bosques del

norte. Serpenteaba a través de hermosos pinos susurrantes que eran hileras de encanto en el atardecer de junio, y sobre los curiosos ríos de color verde jade de Muskoka, bordeados por álamos que siempre temblaban con alguna alegría sobrenatural.

Abel el Rugidor también era una excelente compañía. Conocía todas las historias y leyendas de la salvaje y hermosa «zona de atrás», y se las contó a Valancy mientras conducían. Valancy tuvo varios ataques de risa interna al pensar en lo que el tío Benjamin y la tía Wellington, et al., sentirían, pensarían y dirían si la vieran conduciendo con Abel el Rugidor en ese terrible calesín a un baile en Chidley Corners.

Al principio, el baile fue bastante tranquilo, y Valancy se divirtió y entretuvo. Incluso bailó dos veces, con un par de chicos simpáticos de «allá atrás» que bailaban maravillosamente y le dijeron que ella también lo hacía.

Otro cumplido llegó a sus oídos, no muy sutil, quizás, pero Valancy había recibido muy pocos cumplidos en su vida como para ser demasiado exigente en ese punto. Oyó a dos de los jóvenes de «allá atrás» hablar de ella en el oscuro «cobertizo» detrás de ella.

—¿Sabes quién es esa chica de verde?

—No. Supongo que es de fuera. Del Puerto, quizás. Tiene un aire elegante.

—No es una belleza, pero es mona, te lo digo. ¿Has visto alguna vez unos ojos así?

La gran sala estaba decorada con ramas de pino y abeto, e iluminada por farolillos chinos. El suelo estaba encerado, y el violín de Abel el Rugidor, susurrando bajo su hábil toque, obraba magia. Las chicas de «allá atrás» eran guapas y estaban vestidas con gusto. Valancy pensó que era la fiesta más agradable a la que había asistido.

A las once, había cambiado de opinión. Había llegado un nuevo grupo, un grupo inequívocamente borracho. El whisky empezó a circular libremente. Muy pronto, casi todos los hombres estaban parcialmente borrachos. Los que estaban en el porche y fuera, alrededor de la puerta, empezaron a aullar viejas baladas y continuaron aullándolas. La sala se volvió ruidosa y apestosa. Surgieron peleas aquí y allá. Se oían palabrotas y canciones obscenas. Las chicas, zarandeadas bruscamente en los bailes, se despeinaron y

se volvieron chabacanas. Valancy, sola en su rincón, se sentía disgustada y arrepentida. ¿Por qué había venido a un lugar así? La libertad y la independencia estaban muy bien, pero una no debía ser una tontita. Podría haber sabido cómo sería, podría haber tomado como advertencia las frases veladas de Cissy. Le dolía la cabeza, estaba harta de todo aquello. Pero, ¿qué podía hacer? Debía quedarse hasta el final. Abel no podía irse hasta entonces. Y eso probablemente no sería hasta las tres o cuatro de la mañana.

La nueva afluencia de chicos había dejado a las chicas en una minoría abrumadora y las parejas escaseaban. Valancy fue acosada con invitaciones para bailar. Las rechazó todas secamente, y algunos de sus rechazos no fueron bien recibidos. Hubo juramentos murmurados y miradas hoscas. Al otro lado de la sala vio a un grupo de los extraños hablando entre ellos y lanzándole miradas significativas. ¿Qué estaban tramando?

Fue en ese momento cuando vio a Barney Snaith mirando por encima de las cabezas de la multitud en la entrada. Valancy tuvo dos convicciones distintas: una era que ahora estaba completamente a salvo; la otra era que por eso había querido venir al baile. Había sido una esperanza tan absurda que no la había reconocido antes, pero ahora sabía que había venido por la posibilidad de que Barney también estuviera allí. Pensó que quizás debería avergonzarse por esto, pero no lo estaba. Después de su sensación de alivio, su siguiente sensación fue de fastidio con Barney por venir allí sin afeitarse. Seguramente podría tener suficiente amor propio como para arreglarse decentemente cuando iba a una fiesta. Allí estaba, con la cabeza descubierta, la barbilla erizada, con sus viejos pantalones y su camisa de tela casera azul. Ni siquiera una chaqueta. Valancy podría haberlo sacudido de rabia. No es de extrañar que la gente creyera todo lo malo de él.

Pero ya no tenía miedo. Uno del grupo susurrante dejó a sus compañeros y cruzó la sala hacia ella, a través de las parejas que giraban y que ahora la llenaban incómodamente. Era un tipo alto, de hombros anchos, no mal vestido ni de mal aspecto, pero inequívocamente medio borracho. Le pidió a Valancy que bailara. Valancy declinó cortésmente. Su rostro se puso lívido. Le pasó el brazo por la cintura y la atrajo hacia él. Su aliento caliente y a whisky le quemó la cara.

—No queremos aires de señorita aquí, mi chica. Si no eres demasiado buena para venir aquí, no eres demasiado buena para bailar con nosotros.

Mis amigos y yo te hemos estado observando. Tienes que darnos a cada uno un baile y un beso de propina.

Valancy intentó desesperada y vanamente liberarse. Estaba siendo arrastrada hacia el laberinto de bailarines que gritaban, zapateaban y aullaban. Al momento siguiente, el hombre que la sujetaba salió tambaleándose por la sala por un golpe certero en la mandíbula, derribando a parejas que giraban a su paso. Valancy sintió que la agarraban del brazo.

—Por aquí, rápido —dijo Barney Snaith. La sacó por la ventana abierta detrás de ellos, saltó ágilmente por el alféizar y la cogió de la mano.

—Rápido, tenemos que correr, nos perseguirán.

Valancy corrió como nunca antes había corrido, agarrada fuertemente a la mano de Barney, preguntándose por qué no caía muerta en semejante carrera loca. ¡Supongamos que lo hacía! Qué escándalo sería para su pobre gente. Por primera vez, Valancy sintió un poco de pena por ellos. También se sintió contenta de haber escapado de aquella horrible pelea. También, contenta de estar agarrada fuertemente a la mano de Barney. Sus sentimientos estaban muy mezclados y nunca había tenido tantos en tan poco tiempo en su vida.

Finalmente llegaron a un rincón tranquilo en el pinar. La persecución había tomado una dirección diferente y los gritos y aullidos detrás de ellos se estaban debilitando. Valancy, sin aliento, con el corazón latiendo alocadamente, se desplomó en el tronco de un pino caído.

—Gracias —jadeó.

—¡Qué tonta fuiste al venir a un lugar así! —dijo Barney.

—No... sabía... que... sería... así —protestó Valancy.

—Deberías haberlo sabido. ¡Chidley Corners!

—Era... solo... un nombre... para mí.

Valancy sabía que Barney no podía darse cuenta de lo ignorante que era de las regiones «de atrás». Había vivido en Deerwood toda su vida y, por supuesto, él suponía que lo sabía. No sabía cómo la habían criado. No servía de nada intentar explicarlo.

—Cuando aparecí por casa de Abel esta tarde y Cissy me dijo que habías venido aquí, me quedé asombrado. Y francamente asustado. Cissy me dijo que estaba preocupada por ti, pero no se había atrevido a decir nada para disuadirte por miedo a que pensaras que estaba siendo egoísta. Así que vine aquí en lugar de ir a Deerwood.

Valancy sintió un repentino y delicioso resplandor irradiar su alma y su cuerpo bajo los oscuros pinos. Así que él realmente había venido a cuidarla.

—En cuanto dejen de buscarnos, nos escabulliremos hacia la carretera de Muskoka. Dejé a Lady Jane allí abajo. Te llevaré a casa. Supongo que ya has tenido suficiente de tu fiesta.

—Bastante —dijo Valancy dócilmente.

La primera mitad del camino a casa ninguno de los dos dijo nada. No habría servido de mucho. Lady Jane hacía tanto ruido que no se habrían oído el uno al otro. De todos modos, Valancy no se sentía con ganas de conversar. Estaba avergonzada de todo el asunto, avergonzada de su locura al ir, avergonzada de ser encontrada en un lugar así por Barney Snaith. Por Barney Snaith, reputado fugitivo, infiel, falsificador y desfalcador. Los labios de Valancy se crisparon en la oscuridad al pensarlo. Pero estaba avergonzada.

Y sin embargo, se estaba divirtiendo, estaba llena de una extraña euforia, dando tumbos por ese camino accidentado junto a Barney Snaith. Los grandes árboles pasaban veloces junto a ellos. Los altos gordolobos se erguían a lo largo del camino en hileras rígidas y ordenadas como compañías de soldados. Los cardos parecían hadas borrachas o elfos ebrios cuando las luces de su coche pasaban sobre ellos. Era la primera vez que subía a un coche. Después de todo, le gustaba. No tenía el menor miedo, con Barney al volante. Su ánimo se elevó rápidamente mientras corrían. Dejó de sentirse avergonzada. Dejó de sentir nada excepto que era parte de un cometa que se precipitaba gloriosamente a través de la noche del espacio.

De repente, justo donde los pinares se deshilachaban hacia los páramos de matorrales, Lady Jane se quedó en silencio, demasiado en silencio. Lady Jane redujo la velocidad silenciosamente y se detuvo.

Barney lanzó una exclamación de asombro. Salió. Investigó. Volvió disculpándose.

— Soy un idiota senil. Sin gasolina. Sabía que andaba corto cuando salí de casa, pero pensaba llenar el depósito en Deerwood. Luego lo olvidé por completo con la prisa por llegar a Corners.

— ¿Qué podemos hacer? — preguntó Valancy fríamente.

— No lo sé. No hay gasolina más cerca que en Deerwood, a nueve millas de distancia. Y no me atrevo a dejarte aquí sola. Siempre hay vagabundos en esta carretera, y algunos de esos locos de Corners pueden aparecer por aquí dentro de poco. Había chicos del Puerto allí. Por lo que veo, lo mejor que podemos hacer es sentarnos pacientemente aquí hasta que pase algún coche y nos preste suficiente gasolina para llegar a casa de Abel el Rugidor.

— Bueno, ¿y qué problema hay con eso? — dijo Valancy.

— Puede que tengamos que quedarnos aquí sentados toda la noche — dijo Barney.

— No me importa — dijo Valancy.

Barney soltó una breve risa.

— Si a ti no te importa, a mí tampoco. Yo no tengo ninguna reputación que perder.

— Ni yo — dijo Valancy cómodamente.

CAPÍTULO XXI

— Nos quedaremos aquí sentados — dijo Barney —, y si se nos ocurre algo que valga la pena decir, lo diremos. Si no, no. No imagines que estás obligada a hablarme.

—John Foster dice —citó Valancy—: «Si puedes sentarte en silencio con una persona durante media hora y aun así sentirte completamente cómodo, tú y esa persona podéis ser amigos. Si no puedes, nunca seréis amigos y no necesitas perder el tiempo intentándolo».

—Evidentemente, John Foster dice algo sensato de vez en cuando —concedió Barney.

Se sentaron en silencio durante un buen rato. Pequeños conejos saltaban al otro lado de la carretera. Una o dos veces, una lechuza se rio deliciosamente. La carretera más allá de ellos estaba bordeada por el tejido encaje de sombras de los árboles. Allá lejos, al suroeste, el cielo estaba lleno de pequeñas nubes cirros plateadas sobre el lugar donde debía de estar la isla de Barney.

Valancy era perfectamente feliz. Algunas cosas se te revelan lentamente. Algunas cosas llegan como relámpagos. Valancy había tenido un relámpago.

Ahora sabía muy bien que amaba a Barney. Ayer había sido dueña de sí misma. Ahora era de este hombre. Sin embargo, él no había hecho nada, no había dicho nada. Ni siquiera la había mirado como a una mujer. Pero eso no importaba. Tampoco importaba qué era él o qué había hecho. Lo amaba sin reservas. Todo en ella se entregaba por completo a él. No tenía ningún deseo de reprimir o renegar de su amor. Se sentía tan absolutamente suya que pensar al margen de él —un pensamiento en el que él no predominara— era imposible.

Se había dado cuenta, de manera simple y plena, de que lo amaba, en el momento en que él se apoyaba en la puerta del coche, explicando que Lady Jane no tenía gasolina. Le había mirado profundamente a los ojos a la luz de la luna y lo había sabido. En ese infinitesimal espacio de tiempo, todo cambió. Las cosas viejas pasaron y todas las cosas se hicieron nuevas.

Ya no era la insignificante y pequeña solterona Valancy Stirling. Era una mujer, llena de amor y por lo tanto rica y significativa, justificada ante sí misma. La vida ya no era vacía y fútil, y la muerte no podía arrebatarle nada. El amor había expulsado su último miedo.

¡Amor! ¡Qué cosa abrasadora, torturadora e intolerablemente dulce era esta posesión del cuerpo, el alma y la mente! Con algo en su núcleo tan

fino, remoto y puramente espiritual como la diminuta chispa azul en el corazón del diamante irrompible. Ningún sueño había sido como este. Ya no estaba sola. Era una de una vasta hermandad: todas las mujeres que alguna vez habían amado en el mundo.

Barney nunca necesitaría saberlo, aunque a ella no le habría importado en lo más mínimo que lo supiera. Pero ella lo sabía y eso marcaba una tremenda diferencia para ella. ¡Solo amar! No pedía ser amada. Era un éxtasis suficiente simplemente sentarse allí a su lado en silencio, sola en la noche de verano bajo el blanco esplendor de la luz de la luna, con el viento soplando sobre ellos desde los pinares. Siempre había envidiado al viento. Tan libre. Soplando donde quería. A través de las colinas. Sobre los lagos. ¡Qué brío, qué vitalidad tenía! ¡Qué magia de aventura! Valancy sentía como si hubiera cambiado su alma desgastada por una nueva, recién salida del taller de los dioses. Hasta donde podía recordar, la vida había sido aburrida, incolora, insípida. Ahora había llegado a un pequeño trozo de violetas, púrpuras y fragantes, suyas para recogerlas. No importaba quién o qué hubiera estado en el pasado de Barney, no importaba quién o qué pudiera estar en su futuro, nadie más podría tener jamás esta hora perfecta. Se entregó por completo al encanto del momento.

—¿Alguna vez has soñado con volar en globo? —dijo Barney de repente.

—No —dijo Valancy.

—Yo sí, a menudo. Sueño con navegar a través de las nubes, ver las glorias del atardecer, pasar horas en medio de una tormenta terrible con relámpagos jugando por encima y por debajo de ti, deslizarme sobre un suelo de nubes plateadas bajo una luna llena. ¡Maravilloso!

—Suenas así —dijo Valancy—. Yo me he quedado en la tierra en mis sueños.

Le habló de su Castillo Azul. Era tan fácil contarle cosas a Barney. Uno sentía que lo entendía todo, incluso las cosas que no le contabas. Y luego le contó un poco de su existencia antes de llegar a casa de Abel el Rugidor. Quería que entendiera por qué había ido al baile «de atrás».

—Verás, nunca he tenido una vida real —dijo—. Solo he... respirado. Todas las puertas siempre han estado cerradas para mí.

—Pero todavía eres joven —dijo Barney.

—Oh, lo sé. Sí, soy «todavía joven», pero eso es tan diferente de ser joven —dijo Valancy con amargura. Por un momento estuvo tentada de contarle a Barney por qué sus años no tenían nada que ver con su futuro; pero no lo hizo. No iba a pensar en la muerte esa noche.

—Aunque nunca fui realmente joven —continuó—, hasta esta noche —añadió en su corazón—. Nunca tuve una vida como las otras chicas. No podrías entenderlo. Vaya —sintió un deseo desesperado de que Barney supiera lo peor de ella—, ni siquiera quería a mi madre. ¿No es terrible que no quiera a mi madre?

—Bastante terrible... para ella —dijo Barney secamente.

—Oh, ella no lo sabía. Daba por sentado mi amor. Y no le servía de nada ni le daba consuelo a ella ni a nadie. Solo era una... una... verdura. Y me cansé de ello. Por eso vine a ser el ama de llaves del señor Gay y a cuidar de Cissy.

—Y supongo que tu gente pensó que te habías vuelto loca.

—Lo hicieron, y lo hacen, literalmente —dijo Valancy—. Pero es un consuelo para ellos. Prefieren creerme loca que mala. No hay otra alternativa. Pero he estado viviendo desde que llegué a casa del señor Gay. Ha sido una experiencia encantadora. Supongo que lo pagaré cuando tenga que volver, pero lo habré tenido.

—Eso es cierto —dijo Barney—. Si compras tu experiencia, es tuya. Así que no importa cuánto pagues por ella. La experiencia de otra persona nunca puede ser tuya. Bueno, es un mundo viejo y divertido.

—¿Crees que realmente es viejo? —preguntó Valancy soñadoramente—. Nunca lo creo en junio. Parece tan joven esta noche, de alguna manera. En esa luz de luna temblorosa, como una joven y blanca muchacha, esperando.

—La luz de la luna aquí, al borde de la zona de atrás, es diferente de la luz de la luna en cualquier otro lugar —convino Barney—. Siempre me hace sentir tan limpio, de alguna manera, cuerpo y alma. Y, por supuesto, la edad de oro siempre vuelve en primavera.

Eran las diez ahora. Un dragón de nubes negras se comió la luna. El aire de primavera se enfrió; Valancy se estremeció. Barney rebuscó en las entrañas de Lady Jane y sacó un viejo abrigo con olor a tabaco.

—Ponte esto —ordenó.

—¿No lo quieres tú? —protestó Valancy.

—No. No voy a permitir que te resfríes por mi culpa.

—Oh, no me resfriaré. No he tenido un resfriado desde que llegué a casa del señor Gay, aunque he hecho las cosas más tontas. Es curioso, además, solía tenerlos todo el tiempo. Me siento tan egoísta cogiendo tu abrigo.

—Has estornudado tres veces. No sirve de nada terminar tu «experiencia» allá atrás con una gripe o una neumonía.

Se lo subió hasta el cuello y se lo abotonó. Valancy se sometió con un deleite secreto. ¡Qué agradable era que alguien te cuidara así! Se acurrucó en los pliegues con olor a tabaco y deseó que la noche pudiera durar para siempre.

Diez minutos más tarde, un coche se abalanzó sobre ellos desde «allá atrás». Barney saltó de Lady Jane y agitó la mano. El coche se detuvo a su lado. Valancy vio al tío Wellington y a Olive mirándola con horror desde él.

¡Así que el tío Wellington se había comprado un coche! Y debía de haber pasado la tarde en Mistawis con el primo Herbert. Valancy casi se rio a carcajadas al ver la expresión de su rostro al reconocerla. ¡El viejo farsante, pomposo y con patillas!

—¿Puede dejarme suficiente gasolina para llegar a Deerwood? —preguntaba Barney cortésmente. Pero el tío Wellington no le prestaba atención.

—Valancy, ¡cómo has llegado aquí! —dijo con severidad.

—Por casualidad o por la gracia de Dios —dijo Valancy.

—¡Con este pájaro de cuenta, a las diez de la noche! —dijo el tío Wellington.

Valancy se volvió hacia Barney. La luna se había escapado de su dragón y a su luz sus ojos estaban llenos de diablura.

—¿Eres un pájaro de cuenta?

—¿Importa? —dijo Barney, con destellos de diversión en sus ojos.

—A mí no. Solo preguntaba por curiosidad —continuó Valancy.

—Entonces no te lo diré. Nunca satisfago la curiosidad. —Se volvió hacia el tío Wellington y su voz cambió sutilmente—. Señor Stirling, le pregunté si podía dejarme algo de gasolina. Si puede, bien. Si no, solo le estamos retrasando innecesariamente.

El tío Wellington se encontraba en un horrible dilema. ¡Darle gasolina a esta pareja desvergonzada! ¡Pero no dársela! Irse y dejarlos allí en los bosques de Mistawis, probablemente hasta el amanecer. Era mejor dársela y dejar que se perdieran de vista antes de que alguien más los viera.

—¿Tienes algo para echar la gasolina? —gruñó malhumorado.

Barney sacó una medida de dos galones de Lady Jane. Los dos hombres fueron a la parte trasera del coche de los Stirling y empezaron a manipular el grifo. Valancy lanzó miradas furtivas a Olive por encima del cuello del abrigo de Barney. Olive estaba sentada, mirando sombríamente al frente con una expresión de indignación. No pensaba prestarle atención a Valancy. Olive tenía sus propias razones secretas para sentirse indignada. Cecil había estado en Deerwood últimamente y, por supuesto, se había enterado de todo lo de Valancy. Estaba de acuerdo en que su mente estaba trastornada y estaba sumamente ansioso por averiguar de dónde se había heredado el trastorno. Era algo serio tenerlo en la familia, algo muy serio. Había que pensar en los... descendientes.

—Lo sacó de los Wansbarra —dijo Olive categóricamente—. No hay nada de eso en los Stirling, ¡nada!

—Eso espero, ciertamente eso espero —había respondido Cecil dudosamente—. Pero entonces... irse a servir, porque a eso se reduce prácticamente. ¡Tu prima!

La pobre Olive sintió la implicación. Los Price de Port Lawrence no estaban acostumbrados a aliarse con familias cuyos miembros «trabajaban fuera».

Valancy no pudo resistir la tentación. Se inclinó hacia adelante.

—Olive, ¿duele?

Olive mordió el anzuelo, rígidamente.

—¿Duele el qué?

—Poner esa cara.

Por un momento, Olive resolvió no prestarle más atención a Valancy. Luego el deber se impuso. No debía perder la oportunidad.

—Doss —imploró, inclinándose también hacia adelante—, ¿no quieres volver a casa, volver a casa esta noche?

Valancy bostezó.

—Suenas como una reunión de avivamiento —dijo—. De verdad que sí.

—Si vuelves...

—Todo será perdonado.

—Sí —dijo Olive ansiosamente. ¿No sería espléndido si ella pudiera inducir a la hija pródiga a regresar? —Nunca te lo echaremos en cara. Doss, hay noches en las que no puedo dormir pensando en ti.

—Y yo pasándolo en grande —dijo Valancy, riendo.

—Doss, no puedo creer que seas mala. Siempre he dicho que no podrías ser mala...

—No creo que pueda serlo —dijo Valancy—. Me temo que soy irremediablemente recatada. Llevo aquí sentada tres horas con Barney Snaith y ni siquiera ha intentado besarme. No me habría importado que lo hubiera hecho, Olive.

Valancy seguía inclinada hacia adelante. Su sombrerito con la rosa carmesí estaba inclinado sobre un ojo. Olive se quedó mirando. A la luz de la luna, los ojos de Valancy, la sonrisa de Valancy, ¿qué le había pasado a Valancy! Parecía... no guapa —Doss no podía ser guapa— pero provocativa, fascinante, sí, abominablemente. Olive se echó hacia atrás. Estaba por debajo de su dignidad decir más. Después de todo, Valancy debía de estar loca y ser mala.

—Gracias, es suficiente —dijo Barney detrás del coche—. Muy agradecido, señor Stirling. Dos galones, setenta centavos. Gracias.

El tío Wellington subió a su coche tonta y débilmente. Quería cantarle las cuarenta a Snaith, pero no se atrevió. ¿Quién sabía lo que la criatura podría hacer si se le provocaba? Sin duda llevaba armas de fuego.

El tío Wellington miró indeciso a Valancy. Pero Valancy le había dado la espalda y estaba observando a Barney verter la gasolina en las fauces de Lady Jane.

—Sigue conduciendo —dijo Olive con decisión—. No sirve de nada esperar aquí. Déjame contarte lo que me dijo.

—¡La muy descarada! ¡La muy descarada y sinvergüenza! —dijo el tío Wellington.

CAPÍTULO XXII

Lo siguiente que oyeron los Stirling fue que habían visto a Valancy con Barney Snaith en un cine de Port Lawrence y después cenando en un restaurante chino de allí. Esto era completamente cierto, y nadie se sorprendió más que la propia Valancy. Barney había aparecido en Lady Jane un crepúsculo oscuro y le había dicho a Valancy sin ceremonias que si quería dar un paseo, que subiera.

—Voy al Puerto. ¿Quieres venir conmigo?

Sus ojos eran burlones y había un poco de desafío en su voz. Valancy, que no se ocultaba a sí misma que habría ido a cualquier parte con él, «subió» sin más dilación. Atravesaron Deerwood a toda velocidad. La señora Frederick y la prima Stickles, tomando un poco de aire en el porche, los vieron pasar como un torbellino en una nube de polvo y buscaron consuelo en los ojos de la otra. Valancy, que en alguna oscura preexistencia había tenido miedo de un coche, iba sin sombrero y su pelo ondeaba salvajemente alrededor de su cara. Seguramente cogería una bronquitis y moriría en casa de Abel el Rugidor. Llevaba un vestido escotado y sus brazos estaban

desnudos. Esa criatura de Snaith iba en mangas de camisa, fumando una pipa. Iban a cuarenta millas por hora, sesenta, afirmó la prima Stickles. Lady Jane podía pisarle a fondo cuando quería. Valancy saludó alegremente con la mano a sus parientes. En cuanto a la señora Frederick, deseaba saber cómo entrar en histeria.

—¿Fue para esto —exigió en tonos huecos— que sufrí los dolores de la maternidad?

—No creeré —dijo la prima Stickles solemnemente— que nuestras oraciones no serán respondidas todavía.

—¿Quién... quién protegerá a esa desafortunada chica cuando yo me haya ido? —gimió la señora Frederick.

En cuanto a Valancy, se preguntaba si realmente podrían haber pasado solo unas pocas semanas desde que se sentó allí con ellas en ese porche. Odiando la planta de caucho. Acosada con preguntas burlonas como moscas negras. Siempre pensando en las apariencias. Acobardada por las cucharillas de té de la tía Wellington y el dinero del tío Benjamin. Pobre. Con miedo de todos. Envidiando a Olive. Esclava de tradiciones apolilladas. Sin nada que esperar ni desear.

Y ahora cada día era una alegre aventura.

Lady Jane voló sobre las quince millas entre Deerwood y el Puerto, y a través del Puerto. La forma en que Barney pasaba a los policías de tráfico no era santa. Las luces empezaban a parpadear como estrellas en el aire claro y de color limón del crepúsculo. Esta fue la única vez que a Valancy realmente le gustó la ciudad, y estaba loca de placer por la velocidad. ¿Era posible que alguna vez hubiera tenido miedo de un coche? Era perfectamente feliz, viajando al lado de Barney. No es que se engañara a sí misma pensando que tuviera algún significado. Sabía muy bien que Barney le había pedido que fuera por el impulso del momento, un impulso nacido de un sentimiento de piedad por ella y sus pequeños sueños frustrados. Parecía cansada después de una noche de insomnio con un ataque al corazón, seguida de un día ajetreado. Tenía tan poca diversión. Le daría una salida por una vez. Además, Abel estaba en la cocina, a punto de una borrachera en la que declaraba que no creía en Dios y empezaba a cantar canciones obscenas.

Era mejor que estuviera fuera por un tiempo. Barney conocía el repertorio de Abel el Rugidor.

Fueron al cine; Valancy nunca había estado en un cine. Y luego, sintiendo un agradable apetito, fueron y comieron pollo frito —increíblemente delicioso— en el restaurante chino. Después de lo cual, volvieron traqueteando a casa, dejando un rastro devastador de escándalo tras ellos. La señora Frederick dejó de ir a la iglesia por completo. No podía soportar las miradas y preguntas compasivas de sus amigos. Pero la prima Stickles iba todos los domingos. Decía que se les había dado una cruz que llevar.

CAPÍTULO XXIII

En una de las noches de insomnio de Cissy, le contó a Valancy su pobre y pequeña historia. Estaban sentadas junto a la ventana abierta. Cissy no podía respirar acostada esa noche. Una luna gibosa sin gloria colgaba sobre las colinas boscosas y a su luz espectral Cissy parecía frágil, encantadora e increíblemente joven. Una niña. No parecía posible que pudiera haber vivido toda la pasión, el dolor y la vergüenza de su historia.

—Él se alojaba en el hotel al otro lado del lago. Solía venir en su canoa por la noche, nos encontrábamos en los pinares junto a la orilla. Era un joven estudiante universitario, su padre era un hombre rico de Toronto. Oh, Valancy, no quise ser mala, no, de verdad. Pero lo amaba tanto, todavía lo amo, siempre lo amaré. Y yo... no sabía... algunas cosas. No... entendía. Entonces su padre vino y se lo llevó. Y... después de un poco... me enteré... oh, Valancy... estaba tan asustada. No sabía qué hacer. Le escribí, y vino. Él... él dijo que se casaría conmigo, Valancy.

—¿Y por qué... y por qué...?

—Oh, Valancy, ya no me amaba. Lo vi de un vistazo. Él... él solo se ofrecía a casarse conmigo porque pensaba que debía hacerlo, porque sentía pena por mí. No era malo, pero era tan joven, ¿y qué era yo para que siguiera amándose?

—No te molestes en buscarle excusas —dijo Valancy un poco secamente—. ¿Así que no te casaste con él?

—No pude, no cuando ya no me amaba. De alguna manera, no puedo explicarlo, parecía algo peor que... lo otro. Él... él discutió un poco, pero se fue. ¿Crees que hice bien, Valancy?

—Sí, lo creo. Tú hiciste bien. Pero él...

—No lo culpes, querida. Por favor, no lo hagas. No hablemos de él en absoluto. No es necesario. Quería contarte cómo fue, no quería que pensaras que era mala...

—Nunca lo pensé.

—Sí, lo sentí, cada vez que venías. ¡Oh, Valancy, lo que has sido para mí! Nunca podré decírtelo, pero Dios te bendecirá por ello. Sé que lo hará: «con la medida con que medís, os será medido».

Cissy sollozó durante unos minutos en los brazos de Valancy. Luego se secó los ojos.

—Bueno, eso es casi todo. Volví a casa. En realidad no era tan infeliz. Supongo que debería haberlo sido, pero no lo era. Padre no fue duro conmigo. Y mi bebé era tan dulce mientras vivió. Incluso era feliz, lo quería tanto, el pobrecito. Era tan dulce, Valancy, con unos ojos azules preciosos, y pequeños rizos de pelo dorado pálido como hebras de seda, y manitas diminutas con hoyuelos. Solía morderle su carita suave como el satén por todas partes, suavemente, para no hacerle daño, ya sabes...

—Lo sé —dijo Valancy, estremeciéndose—. Lo sé, una mujer siempre lo sabe, y sueña...

—Y era todo mío. Nadie más tenía ningún derecho sobre él. Cuando murió, oh, Valancy, pensé que yo también debía morir, no veía cómo alguien podía soportar tanta angustia y vivir. Ver sus queridos ojitos y saber

que nunca más los abriría, extrañar su cuerpecito cálido acurrucado contra el mío por la noche y pensar en él durmiendo solo y frío, su carita bajo la tierra dura y helada. Fue tan horrible el primer año; después fue un poco más fácil, una no seguía pensando «tal día como hoy hace un año», pero me alegré tanto cuando descubrí que me estaba muriendo.

— «¿Quién podría soportar la vida si no fuera por la esperanza de la muerte?», murmuró Valancy en voz baja; era, por supuesto, una cita de algún libro de John Foster.

— Me alegro de habértelo contado todo —suspiró Cissy—. Quería que lo supieras.

Cissy murió unas noches después. Abel el Rugidor no estaba. Cuando Valancy vio el cambio que se había producido en el rostro de Cissy, quiso telefonar al médico. Pero Cissy no se lo permitió.

— Valancy, ¿por qué ibas a hacerlo? No puede hacer nada por mí. He sabido durante varios días que... esto... estaba cerca. Déjame morir en paz, querida, solo sosteniendo tu mano. Oh, estoy tan contenta de que estés aquí. Dale a padre mi adiós. Siempre ha sido tan bueno conmigo como ha sabido, y Barney. De alguna manera, creo que Barney...

Pero un espasmo de tos la interrumpió y la agotó. Se durmió cuando pasó, todavía aferrada a la mano de Valancy. Valancy se quedó allí en silencio. No estaba asustada, ni siquiera triste. Al amanecer, Cissy murió. Abrió los ojos y miró más allá de Valancy a algo, algo que la hizo sonreír de repente y felizmente. Y, sonriendo, murió.

Valancy le cruzó las manos a Cissy sobre el pecho y fue a la ventana abierta. En el cielo del este, entre los fuegos del amanecer, colgaba una luna vieja, tan delgada y encantadora como una luna nueva. Valancy nunca había visto una luna muy, muy vieja antes. La observó palidecer y desvanecerse hasta que palideció y se desvaneció de la vista en la rosa viva del día. un pequeño estanque en los páramos brillaba al amanecer como un gran lirio dorado.

Pero el mundo de repente le pareció un lugar más frío a Valancy. De nuevo, nadie la necesitaba. No sentía en lo más mínimo que Cecilia estuviera muerta. Solo sentía pena por todo su sufrimiento en la vida. Pero nadie podría volver a hacerle daño. Valancy siempre había pensado que la muerte

era terrible. Pero Cissy había muerto tan tranquilamente, tan agradablemente. Y al final, algo la había compensado por todo. Estaba allí tumbada ahora, en su sueño blanco, pareciendo una niña. ¡Hermosa! Todas las líneas de vergüenza y dolor desaparecidas.

Abel el Rugidor entró conduciendo, haciendo honor a su nombre. Valancy bajó y se lo dijo. El shock lo dejó sobrio al instante. Se desplomó en el asiento de su calesín, con su gran cabeza colgando.

—Cissy muerta, Cissy muerta —dijo ausente—. No pensé que llegaría tan pronto. Muerta. Solía correr por el sendero a mi encuentro con una pequeña rosa blanca prendida en el pelo. Cissy solía ser una niña bonita. Y una niña buena.

—Siempre ha sido una niña buena —dijo Valancy.

CAPÍTULO XXIV

La propia Valancy preparó a Cissy para el entierro. Ningunas manos que no fueran las suyas tocarían ese pequeño cuerpo lastimoso y demacrado. La vieja casa estaba impecable el día del funeral. Barney Snaith no estaba allí. Había hecho todo lo posible por ayudar a Valancy antes —había envuelto a la pálida Cecilia en rosas blancas del jardín— y luego había regresado a su isla. Pero todos los demás estaban allí. Todo Deerwood y la «zona de atrás» acudieron. Perdonaron a Cissy espléndidamente al final. El señor Bradley pronunció un discurso fúnebre muy hermoso. Valancy había querido a su viejo pastor Metodista Libre, pero Abel el Rugidor fue inflexible. Él era presbiteriano y ningún otro que no fuera un pastor presbiteriano enterraría a su hija. El señor Bradley fue muy diplomático. Evitó todos los puntos du-

dosos y era evidente que esperaba lo mejor. Seis ciudadanos reputados de Deerwood llevaron a Cecilia Gay a su tumba en el decoroso cementerio de Deerwood. Entre ellos estaba el tío Wellington.

Todos los Stirling, hombres y mujeres, acudieron al funeral. Habían tenido un cónclave familiar al respecto. Seguramente ahora que Cissy Gay estaba muerta, Valancy volvería a casa. Simplemente no podía quedarse allí con Abel el Rugidor. Siendo así, el curso más sabio —decretó el tío James— era asistir al funeral, legitimar todo el asunto, por así decirlo, mostrar a Deerwood que Valancy realmente había realizado un acto muy loable al ir a cuidar de la pobre Cecilia Gay y que su familia la respaldaba en ello. La muerte, la hacedora de milagros, de repente hizo que la cosa fuera bastante respetable. Si Valancy regresaba al hogar y a la decencia mientras la opinión pública estaba bajo su influencia, todo podría salir bien todavía. La sociedad de repente olvidaba todas las malas acciones de Cecilia y recordaba qué cosita tan bonita y modesta había sido —«y sin madre, ya sabéis, ¡sin madre!»—. Era el momento psicológico, dijo el tío James.

Así que los Stirling fueron al funeral. Incluso la neuritis de la prima Gladys le permitió venir. La prima Stickles estaba allí, con su sombrero goteando por toda la cara, llorando tan lastimosamente como si Cissy hubiera sido su pariente más cercana y querida. Los funerales siempre le traían a la prima Stickles el recuerdo de su «propia y triste pérdida».

Y el tío Wellington fue uno de los que llevaron el féretro.

Valancy, pálida, de aspecto sometido, con sus ojos rasgados manchados de púrpura, con su vestido marrón tabaco, moviéndose tranquilamente, buscando asientos para la gente, consultando en voz baja con el pastor y el funerario, organizando a los «dolientes» en el salón, era tan decorosa, correcta y stirlingniana que su familia se animó. Esta no era —no podía ser— la chica que se había sentado toda la noche en el bosque con Barney Snaith, que había recorrido Deerwood y Port Lawrence a toda velocidad y sin sombrero. Esta era la Valancy que conocían. Realmente, sorprendentemente capaz y eficiente. Quizás siempre la habían reprimido un poco demasiado —Amelia era realmente bastante estricta—, no había tenido la oportunidad de mostrar lo que había en ella. Así pensaron los Stirling. Y Edward Beck, del camino del Puerto, un viudo con una gran familia que empezaba a fijarse, se fijó en Valancy y pensó que podría ser una segunda esposa magnífica. Sin

belleza, pero un viudo de cincuenta años, se dijo el señor Beck muy razonablemente, no podía esperar todo. En conjunto, parecía que las oportunidades matrimoniales de Valancy nunca fueron tan brillantes como en el funeral de Cecilia Gay.

Lo que los Stirling y Edward Beck habrían pensado si hubieran conocido la mente de Valancy debe dejarse a la imaginación. Valancy odiaba el funeral, odiaba a la gente que venía a mirar con curiosidad la cara de mármol blanco de Cecilia, odiaba la presunción, odiaba el canto arrastrado y melancólico, odiaba las cautelosas perogrulladas del señor Bradly. Si hubiera podido salirse con la suya, no habría habido funeral en absoluto. Habría cubierto a Cissy de flores, la habría apartado de las miradas indiscretas y la habría enterrado junto a su pequeño bebé sin nombre en el cementerio cubierto de hierba bajo los pinos de la iglesia de la «zona de atrás», con una pequeña oración amable del viejo pastor Metodista Libre. Recordaba a Cissy decir una vez: «Ojalá pudiera ser enterrada en lo más profundo del bosque, donde nadie viniera nunca a decir: “Aquí yace Cissy Gay”, y a contar mi miserable historia».

¡Pero esto! Sin embargo, pronto terminaría. Valancy sabía, aunque los Stirling y Edward Beck no, exactamente lo que pensaba hacer después. Había estado despierta toda la noche anterior pensando en ello y finalmente decidiéndolo.

Cuando la procesión fúnebre salió de la casa, la señora Frederick buscó a Valancy en la cocina.

—Hija mía —dijo temblorosa—, ¿volverás a casa ahora?

—A casa —dijo Valancy ausente. Se estaba poniendo un delantal y calculando cuánto té debía poner a infusionar para la cena. Habría varios invitados de la «zona de atrás», parientes lejanos de los Gay que no se habían acordado de ellos en años. Y estaba tan cansada que deseaba poder pedirle prestadas un par de piernas al gato.

—Sí, a casa —dijo la señora Frederick, con un toque de aspereza—. Supongo que no se te ocurrirá quedarte aquí ahora, sola con Abel el Rugidor.

—Oh, no, no voy a quedarme aquí —dijo Valancy—. Por supuesto, tendré que quedarme un día o dos, para poner la casa en orden en general. Pero

eso será todo. Discúlpame, madre, ¿quieres? Tengo un montón de cosas que hacer, toda esa gente de «allá atrás» vendrá a cenar.

La señora Frederick se retiró con considerable alivio, y los Stirling se fueron a casa con el corazón más ligero.

—La trataremos como si no hubiera pasado nada cuando vuelva —dcretó el tío Benjamin—. Ese será el mejor plan. Como si no hubiera pasado nada.

CAPÍTULO XXV

La tarde del día siguiente al funeral, Abel el Rugidor se fue de juerga. Llevaba cuatro días entero sobrio y no podía soportarlo más. Antes de irse, Valancy le dijo que se marcharía al día siguiente. Abel el Rugidor lo lamentó, y así lo dijo. Una prima lejana de la «zona de atrás» venía a llevarle la casa, dispuesta a hacerlo ahora que no había una chica enferma que atender, pero Abel no se hacía ilusiones sobre ella.

—No será como tú, mi chica. Bueno, te estoy agradecido. Me sacaste de un mal apuro y no lo olvidaré. Y no olvidaré lo que hiciste por Cissy. Soy tu amigo, y si alguna vez quieres que azoten a alguno de los Stirling y lo pongan en un rincón, mándame a buscar. Voy a refrescarme el gaznate. ¡Señor, qué seco estoy! No creo que vuelva antes de mañana por la noche, así que si te vas a casa mañana, adiós por ahora.

—Puede que me vaya a casa mañana —dijo Valancy—, pero no voy a volver a Deerwood.

—No vas a...

— Encontrará la llave en el clavo del leñero — interrumpió Valancy, cortés e inequívocamente —. El perro estará en el granero y la gata en el sótano. No se olvide de darle de comer hasta que venga su prima. La despensa está llena y hoy he hecho pan y pasteles. Adiós, señor Gay. Ha sido muy amable conmigo y se lo agradezco.

— Hemos pasado un tiempo j*****mente bueno juntos, y eso es un hecho — dijo Abel el Rugidor —. Eres la mejor campeona del mundo, y tu dedo meñique vale más que todo el clan Stirling junto. Adiós y buena suerte.

Valancy salió al jardín. Le temblaban un poco las piernas, pero por lo demás se sentía y parecía serena. Sostenía algo con fuerza en la mano. El jardín yacía en la magia del cálido y oloroso crepúsculo de julio. Había unas pocas estrellas y los petirrojos llamaban a través de los silencios aterciopelados de los páramos. Valancy se quedó junto a la verja expectante. ¿Vendría? Si no venía...

Estaba viniendo. Valancy oyó a Lady Jane Grey muy atrás en el bosque. Su respiración se aceleró un poco. Más cerca, y más cerca, ya podía ver a Lady Jane, bajando a trompicones por el sendero, más cerca, más cerca, ya estaba allí, había saltado del coche y se apoyaba en la verja, mirándola.

— ¿Se va a casa, señorita Stirling?

— No lo sé... todavía — dijo Valancy lentamente. Tenía la decisión tomada, sin sombra de duda, pero el momento era muy tremendo.

— Pensé en pasar a preguntar si había algo que pudiera hacer por usted — dijo Barney.

Valancy se lanzó de cabeza.

— Sí, hay algo que puedes hacer por mí — dijo, con voz uniforme y clara —. ¿Quieres casarte conmigo?

Por un momento Barney guardó silencio. No había ninguna expresión particular en su rostro. Luego soltó una risa extraña.

— ¡Anda ya! Sabía que la suerte me estaba esperando a la vuelta de la esquina. Todas las señales apuntaban en esa dirección hoy.

—Espera. —Valancy levantó la mano—. Hablo en serio, pero necesito recuperar el aliento después de esa pregunta. Por supuesto, con mi educación, me doy cuenta perfectamente de que esta es una de las cosas que «una dama no debe hacer».

—Pero, ¿por qué... por qué?

—Por dos razones. —Valancy todavía estaba un poco sin aliento, pero miró a Barney directamente a los ojos, mientras todos los Stirling muertos giraban rápidamente en sus tumbas y los vivos no hacían nada porque no sabían que Valancy en ese momento le estaba proponiendo matrimonio legal al notorio Barney Snaith—. La primera razón es que... yo... —Valancy intentó decir «Te amo» pero no pudo. Tuvo que refugiarse en una fingida frivolidad—. Estoy loca por ti. La segunda es... esto.

Le entregó la carta del Dr. Trent.

Barney la abrió con el aire de un hombre agradecido de encontrar algo seguro y sensato que hacer. Mientras la leía, su rostro cambió. Comprendió, más quizás de lo que Valancy quería que comprendiera.

—¿Estás segura de que no se puede hacer nada por ti?

Valancy no malinterpretó la pregunta.

—Sí. Conoces la reputación del Dr. Trent con respecto a las enfermedades del corazón. No me queda mucho tiempo de vida, quizás solo unos meses, unas semanas. Quiero vivirlos. No puedo volver a Deerwood, sabes cómo era mi vida allí. Y —esta vez lo logró—, te amo. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. Eso es todo.

Barney cruzó los brazos sobre la verja y miró con bastante seriedad a una estrella blanca y descarada que le guiñaba un ojo justo por encima de la chimenea de la cocina de Abel el Rugidor.

—No sabes nada de mí. Podría ser un... asesino.

—No, no lo sé. Podrías ser algo terrible. Todo lo que dicen de ti podría ser verdad. Pero no me importa.

—¿Tanto te importo, Valancy? —dijo Barney con incredulidad, apartando la mirada de la estrella y clavándola en sus ojos, sus ojos extraños y misteriosos.

—Me importas... tanto —dijo Valancy en voz baja. Estaba temblando. La había llamado por su nombre por primera vez. Era más dulce que la caricia de otro hombre, solo oírle decir su nombre así.

—Si vamos a casarnos —dijo Barney, hablando de repente con una voz casual y práctica—, algunas cosas deben quedar claras.

—Todo debe quedar claro —dijo Valancy.

—Tengo cosas que quiero ocultar —dijo Barney fríamente—. No debes preguntarme sobre ellas.

—No lo haré —dijo Valancy.

—Nunca debes pedir ver mi correspondencia.

—Nunca.

—Y nunca vamos a fingir nada el uno con el otro.

—No lo haremos —dijo Valancy—. Ni siquiera tendrás que fingir que te gusta. Si te casas conmigo, sé que solo lo haces por piedad.

—Y nunca nos diremos una mentira sobre nada, ni una gran mentira ni una pequeña mentira.

—Especialmente una pequeña mentira —convino Valancy.

—Y tendrás que vivir en mi isla. No viviré en ningún otro sitio.

—En parte por eso quiero casarme contigo —dijo Valancy.

Barney la escudriñó.

—Creo que lo dices en serio. Bueno, entonces casémonos.

—Gracias —dijo Valancy, con un repentino retorno a la formalidad. Se habría sentido mucho menos avergonzada si la hubiera rechazado.

—Supongo que no tengo ningún derecho a poner condiciones. Pero voy a poner una. Nunca te referirás a mi corazón ni a mi propensión a la muerte súbita. Nunca me instarás a tener cuidado. Vas a olvidar, absolutamente olvidar, que no estoy perfectamente sana. He escrito una carta a mi madre, aquí está, debes guardarla. Se lo he explicado todo en ella. Si caigo muerta de repente, como probablemente haré...

—Me exoneraré a los ojos de tus parientes de la sospecha de haberte envenenado —dijo Barney con una sonrisa.

—Exactamente. —Valancy rio alegremente—. Cielos, me alegro de que esto haya terminado. Ha sido... un poco una prueba. Verás, no tengo la costumbre de ir por ahí pidiendo a los hombres que se casen conmigo. ¡Es tan amable de tu parte no rechazarme, ni ofrecerte a ser como un hermano!

—Iré al Puerto mañana a por una licencia. Podemos casarnos mañana por la tarde. El Dr. Stalling, supongo.

—Cielos, no. —Valancy se estremeció—. Además, no lo haría. Me agitaría su dedo índice y te dejaría plantado en el altar. No, quiero que mi viejo señor Towers me case.

—¿Te casarás conmigo tal como estoy? —demandó Barney. Un coche que pasaba, lleno de turistas, tocó la bocina ruidosamente, parecía burlonamente. Valancy lo miró. Camisa de tela casera azul, sombrero indescriptible, mono de trabajo lleno de barro. ¡Sin afeitar!

—Sí —dijo ella.

Barney puso sus manos sobre la verja y tomó suavemente las de ella, pequeñas y frías.

—Valancy —dijo, intentando hablar con ligereza—, por supuesto que no estoy enamorado de ti, nunca he pensado en tal cosa como estar enamorado. Pero, ¿sabes?, siempre he pensado que eras un encanto.

CAPÍTULO XXVI

El día siguiente pasó para Valancy como un sueño. No podía hacer que ni ella misma ni nada de lo que hacía parecieran reales. No vio nada de Barney, aunque esperaba que pasara traqueteando de camino al Puerto a por la licencia.

Quizás había cambiado de opinión.

Pero al anochecer, las luces de Lady Jane aparecieron de repente sobre la cresta de la colina boscosa más allá del sendero. Valancy esperaba en la verja a su novio. Llevaba su vestido verde y su sombrero verde porque no tenía nada más que ponerse. No parecía ni se sentía en absoluto como una novia; realmente parecía un elfo salvaje salido del bosque verde. Pero eso no importaba. Nada importaba en absoluto excepto que Barney venía a por ella.

—¿Lista? —dijo Barney, deteniendo a Lady Jane con unos ruidos nuevos y horribles.

—Sí. —Valancy entró y se sentó. Barney llevaba su camisa azul y su mono de trabajo. Pero eran monos de trabajo limpios. Fumaba una pipa de aspecto villano e iba con la cabeza descubierta. Pero llevaba un par de botas extrañamente elegantes bajo su raído mono. Y estaba afeitado.

Entraron traqueteando en Deerwood y a través de Deerwood y tomaron la larga y boscosa carretera hacia el Puerto.

—¿No has cambiado de opinión? —dijo Barney.

—No. ¿Y tú?

—No.

Esa fue toda su conversación en las quince millas. Todo era más onírico que nunca. Valancy no sabía si se sentía feliz. O aterrorizada. O simplemente una tonta.

Luego las luces de Port Lawrence los rodearon. Valancy sintió como si estuviera rodeada por los ojos brillantes y hambrientos de cientos de grandes y sigilosas panteras. Barney preguntó brevemente dónde vivía el señor Towers, y Valancy le contestó con la misma brevedad. Se detuvieron ante la casita destartada en una calle poco elegante. Entraron en el pequeño y raído salón. Barney sacó su licencia. Así que la había conseguido. También un anillo. Esto era real. Ella, Valancy Stirling, estaba realmente a punto de casarse.

Estaban de pie juntos ante el señor Towers. Valancy oyó al señor Towers y a Barney decir cosas. Oyó a otra persona decir cosas. Ella misma pensaba en la forma en que una vez había planeado casarse, allá en su temprana adolescencia, cuando tal cosa no parecía imposible. Seda blanca, velo de tul y azahar; ninguna dama de honor. Pero una niña de las flores, con un vestido de encaje de sombra crema sobre rosa pálido, con una corona de flores en el pelo, llevando una cesta de rosas y lirios del valle. Y el novio, una criatura de aspecto noble, impecablemente vestido según la moda del día. Valancy levantó la vista y se vio a sí misma y a Barney en el pequeño espejo inclinado y deformante sobre la repisa de la chimenea. Ella con su extraño sombrero y vestido verde, nada nupcial; Barney en camisa y mono de trabajo. Pero era Barney. Eso era todo lo que importaba. Sin velo, sin flores, sin invitados, sin regalos, sin pastel de bodas, pero solo Barney. Durante el resto de su vida habría Barney.

—Señora Snaith, espero que sea muy feliz —decía el señor Towers.

No parecía sorprendido por su apariencia, ni siquiera por el mono de trabajo de Barney. Había visto muchas bodas raras «allá atrás». No sabía que Valancy era una de los Stirling de Deerwood, ni siquiera sabía que existían los Stirling de Deerwood. No sabía que Barney Snaith era un fugitivo de la justicia. Realmente, era un anciano increíblemente ignorante. Por lo tanto, los casó y les dio su bendición muy suave y solemnemente y rezó por ellos esa noche después de que se fueran. Su conciencia no le molestó en absoluto.

—¡Qué buena manera de casarse! —decía Barney mientras ponía en marcha a Lady Jane—. Sin jaleos ni parafernalias. Nunca supuse que fuera ni la mitad de fácil.

—Por el amor de Dios —dijo Valancy de repente—, olvidemos que estamos casados y hablemos como si no lo estuviéramos. No puedo soportar otro viaje como el que tuvimos al venir.

Barney aulló y puso a Lady Jane en marcha alta con un ruido infernal.

—Y yo que pensaba que te lo estaba poniendo fácil —dijo—. No parecías querer hablar.

—No quería. Pero quería que tú hablaras. No quiero que me hagas el amor, pero quiero que actúes como un ser humano normal. Háblame de esa

isla tuya. ¿Qué clase de lugar es?

—El lugar más alegre del mundo. Te va a encantar. La primera vez que la vi, me encantó. El viejo Tom MacMurray era el dueño entonces. Él construyó la pequeña cabaña en ella, vivía allí en invierno y la alquilaba a gente de Toronto en verano. Se la compré a él, me convertí con esa simple transacción en un propietario de tierras con una casa y una isla. Hay algo tan satisfactorio en poseer una isla entera. ¿Y no es una idea encantadora una isla deshabitada? Había querido poseer una desde que leí Robinson Crusoe. Parecía demasiado bueno para ser verdad. ¡Y la belleza! La mayor parte del paisaje pertenece al gobierno, pero no te cobran impuestos por mirarlo, y la luna pertenece a todos. No encontrarás mi cabaña muy ordenada. Supongo que querrás ordenarla.

—Sí —dijo Valancy honestamente—. Tengo que ser ordenada. Realmente no quiero serlo. Pero el desorden me hace daño. Sí, tendré que ordenar tu cabaña.

—Estaba preparado para eso —dijo Barney, con un gemido hueco.

—Pero —continuó Valancy, cediendo—, no insistiré en que te limpies los pies cuando entres.

—No, solo barrerás detrás de mí con aire de mártir —dijo Barney—. Bueno, de todos modos, no puedes ordenar el cobertizo. Ni siquiera puedes entrar en él. La puerta estará cerrada con llave y yo guardaré la llave.

—La cámara de Barba Azul —dijo Valancy—. Ni siquiera pensaré en ello. No me importa cuántas esposas tengas colgadas en ella. Siempre y cuando estén realmente muertas.

—Muertas como clavos. Puedes hacer lo que quieras en el resto de la casa. No hay mucho, solo una gran sala de estar y un pequeño dormitorio. Bien construida, eso sí. Al viejo Tom le encantaba su trabajo. Las vigas de nuestra casa son de cedro y las viguetas de abeto. Las ventanas de nuestra sala de estar dan al oeste y al este. Es maravilloso tener una habitación donde puedes ver tanto el amanecer como el atardecer. Tengo dos gatos allí. Banjo y Good Luck. Animales adorables. Banjo es un gato-demonio gris, grande y encantador. Atigrado, por supuesto. No me importa un bledo ningún gato que no tenga rayas. Nunca conocí a un gato que pudiera jurar tan gentil y eficazmente como Banjo. Su único defecto es que ronca horri-

blemente cuando duerme. Luck es un gatito delicado. Siempre mirándote con nostalgia, como si quisiera decirte algo. Quizás algún día lo consiga. Una vez cada mil años, ya sabes, a un gato se le permite hablar. Mis gatos son filósofos, ninguno de los dos llora nunca por la leche derramada.

—Dos cuervos viejos viven en un pino en la punta y son razonablemente buenos vecinos. Los llamo Nip y Tuck. Y tengo un pequeño búho domesticado y recatado. Nombre, Leander. Lo críe desde pequeño y vive en tierra firme y se ríe para sus adentros por las noches. Y murciélagos, es un gran lugar para los murciélagos por la noche. ¿Te asustan los murciélagos?

—No, me gustan.

—A mí también. Criaturas agradables, extrañas, insólitas, misteriosas. Viniendo de ninguna parte, yendo a ninguna parte. ¡Zas! A Banjo también le gustan. Se los come. Tengo una canoa y una lancha de hélice retráctil. Fui al Puerto en ella hoy a por mi licencia. Más silenciosa que Lady Jane.

—Pensé que no habías ido en absoluto, que habías cambiado de opinión —admitió Valancy.

Barney rio, la risa que a Valancy no le gustaba, la risa pequeña, amarga y cínica.

—Nunca cambio de opinión —dijo secamente.

Volvieron a pasar por Deerwood. Subieron por la carretera de Muskoka. Pasaron por la casa de Abel el Rugidor. Por el sendero rocoso y cubierto de margaritas. Los oscuros pinares los engulleron. A través de los pinares, donde el aire era dulce con el incienso de las invisibles y frágiles campanillas de las linneas que alfombraban los taludes del sendero. Salieron a la orilla de Mistawis. Lady Jane debía quedarse aquí. Se bajaron. Barney la guio por un pequeño sendero hasta el borde del lago.

—Ahí está nuestra isla —dijo con regocijo.

Valancy miró, y miró, y volvió a mirar. Había una niebla lila y diáfana sobre el lago, que envolvía la isla. A través de ella, los dos enormes pinos que se daban la mano sobre la cabaña de Barney se alzaban como oscuras torretas. Detrás de ellos había un cielo todavía rosado por la luz del crepúsculo, y una luna joven y pálida.

Valancy se estremeció como un árbol que el viento agita de repente. Algo pareció barrer su alma.

—¡Mi Castillo Azul! —dijo—. ¡Oh, mi Castillo Azul!

Subieron a la canoa y remaron hasta ella. Dejaron atrás el reino de lo cotidiano y las cosas conocidas y desembarcaron en un reino de misterio y encanto donde cualquier cosa podía suceder, cualquier cosa podía ser verdad. Barney sacó a Valancy de la canoa y la depositó en una roca cubierta de líquen bajo un joven pino. Sus brazos la rodearon y de repente sus labios estaban sobre los de ella. Valancy se encontró temblando con el éxtasis de su primer beso.

—Bienvenida a casa, querida —decía Barney.

CAPÍTULO XXVII

La prima Georgiana bajaba por el sendero que conducía a su casita. Vivía a media milla de Deerwood y quería ir a casa de Amelia a averiguar si Doss ya había vuelto. La prima Georgiana estaba ansiosa por ver a Doss. Tenía algo muy importante que decirle. Algo que, estaba segura, a Doss le encantaría oír. ¡Pobre Doss! Había tenido una vida bastante aburrida. La prima Georgiana se confesó a sí misma que a ella no le gustaría vivir bajo el pulgar de Amelia. Pero eso iba a cambiar ahora. La prima Georgiana se sentía tremendamente importante. Por el momento, se olvidó por completo de preguntarse cuál de ellos sería el próximo en irse.

Y aquí estaba la propia Doss, viniendo por el camino desde casa de Abel el Rugidor con un vestido y un sombrero verdes muy extraños. Hablando de suerte. La prima Georgiana tendría la oportunidad de impartir su maravil-

loso secreto de inmediato, sin nadie más que interrumpiera. Era, podría decirse, una Providencia.

Valancy, que llevaba cuatro días viviendo en su isla encantada, había decidido que bien podría ir a Deerwood a decirles a sus parientes que estaba casada. De lo contrario, al descubrir que había desaparecido de casa de Abel el Rugidor, podrían sacar una orden de búsqueda. Barney se había ofrecido a llevarla, pero ella había preferido ir sola. Sonrió muy radiante-mente a la prima Georgiana, quien, recordaba, como alguien conocido hacía mucho tiempo, en realidad no había sido una mala criatura. Valancy estaba tan feliz que podría haber sonreído a cualquiera, incluso al tío James. No le disgustaba la compañía de la prima Georgiana. Ya, desde que las casas a lo largo del camino se volvían numerosas, era consciente de que ojos curiosos la miraban desde cada ventana.

—Supongo que vas a casa, querida Doss —dijo la prima Georgiana mientras le estrechaba la mano, mirando furtivamente el vestido de Valancy y preguntándose si llevaría enaguas.

—Tarde o temprano —dijo Valancy crípticamente.

—Entonces iré contigo. He estado queriendo verte muy especialmente, querida Doss. Tengo algo maravilloso que contarte.

—¿Sí? —dijo Valancy ausente. ¿A qué venía que la prima Georgiana pareciera tan misteriosa e importante? Pero, ¿importaba? No. Nada importaba excepto Barney y el Castillo Azul allá atrás en Mistawis.

—¿A que no adivinas quién vino a verme el otro día? —preguntó la prima Georgiana con picardía.

Valancy no pudo adivinarlo.

—Edward Beck. —La prima Georgiana bajó la voz casi a un susurro—. Edward Beck.

¿Por qué las cursivas? ¿Y estaba la prima Georgiana sonrojándose?

—¿Quién demonios es Edward Beck? —preguntó Valancy con indiferencia.

La prima Georgiana se quedó mirando.

—Seguro que recuerdas a Edward Beck —dijo con reproche—. Vive en esa casa encantadora en la carretera de Port Lawrence y viene a nuestra iglesia, regularmente. Tienes que recordarlo.

—Oh, creo que ahora sí —dijo Valancy, con un esfuerzo de memoria—. Es ese anciano con un lobanillo en la frente y docenas de hijos, que siempre se sienta en el banco junto a la puerta, ¿no es así?

—No docenas de hijos, querida, oh, no, no docenas. Ni siquiera una docena. Solo nueve. Al menos solo nueve que cuentan. Los demás están muertos. No es viejo, solo tiene unos cuarenta y ocho años, la flor de la vida, Doss, ¿y qué importa un lobanillo?

—Nada, por supuesto —convino Valancy con total sinceridad. Ciertamente no le importaba si Edward Beck tenía un lobanillo o una docena de lobanillos o ningún lobanillo en absoluto. Pero Valancy empezaba a sospechar vagamente. Ciertamente había un aire de triunfo reprimido en la prima Georgiana. ¿Sería posible que la prima Georgiana estuviera pensando en casarse de nuevo? ¿Casarse con Edward Beck? Absurdo. La prima Georgiana tenía sesenta y cinco años si tenía un día y su carita ansiosa estaba tan cubierta de finas arrugas como si tuviera cien. Pero aun así...

—Querida —dijo la prima Georgiana—, Edward Beck quiere casarse contigo.

Valancy miró a la prima Georgiana por un momento. Luego quiso soltar una carcajada. Pero solo dijo:

—¿Connmigo?

—Sí, contigo. Se enamoró de ti en el funeral. Y vino a consultarme al respecto. Yo era muy amiga de su primera esposa, ya sabes. Habla muy en serio, Dossie. Y es una oportunidad maravillosa para ti. Es muy rico, y ya sabes, tú... tú...

—No soy tan joven como antes —convino Valancy—. «A quien tiene, se le dará». ¿De verdad crees que sería una buena madrastra, prima Georgiana?

—Estoy segura de que sí. Siempre te han gustado mucho los niños.

—Pero nueve es una familia muy grande para empezar —objetó Valancy gravemente.

— Los dos mayores ya son adultos y el tercero casi. Eso deja solo seis que realmente cuentan. Y la mayoría son chicos. Mucho más fáciles de criar que las chicas. Hay un libro excelente: Cuidado de la salud del niño en crecimiento, Gladys tiene un ejemplar, creo. Te sería de gran ayuda. Y hay libros sobre moral. Te las arreglarías muy bien. Por supuesto, le dije al señor Beck que pensaba que tú... que tú...

— Saltarías a por él — suplió Valancy.

— Oh, no, no, querida. No usaría una expresión tan indelicada. Le dije que pensaba que considerarías favorablemente su propuesta. Y lo harás, ¿verdad, querida?

— Solo hay un obstáculo — dijo Valancy soñadoramente —. Verás, ya estoy casada.

— ¡Casada! — La prima Georgiana se detuvo en seco y miró a Valancy —. ¡Casada!

— Sí. Me casé con Barney Snaith el martes pasado por la tarde en Port Lawrence.

Había un oportuno poste de verja cerca. La prima Georgiana se agarró firmemente a él.

— Doss, querida, soy una anciana, ¿intentas burlarte de mí?

— En absoluto. Solo te digo la verdad. Por el amor de Dios, prima Georgiana — Valancy se alarmó por ciertos síntomas —, ¡no te pongas a llorar aquí en plena calle!

La prima Georgiana contuvo las lágrimas y en su lugar emitió un pequeño gemido de desesperación.

— Oh, Doss, ¿qué has hecho? ¿Qué has hecho?

— Te lo acabo de decir. Me he casado — dijo Valancy, con calma y paciencia.

— Con ese... ese... ah... ese Barney Snaith. Vaya, dicen que ya ha tenido una docena de esposas.

— Soy la única que hay por aquí ahora mismo — dijo Valancy.

— ¿Qué dirá tu pobre madre? — gimió la prima Georgiana.

— Ven conmigo y lo oirás, si quieres saberlo —dijo Valancy—. Voy de camino a decírselo ahora.

La prima Georgiana soltó el poste con cautela y descubrió que podía mantenerse en pie sola. Trotó dócilmente al lado de Valancy, quien de repente le pareció una persona completamente diferente. La prima Georgiana tenía un tremendo respeto por una mujer casada. Pero era terrible pensar en lo que la pobre chica había hecho. Tan precipitado. Tan imprudente. Por supuesto, Valancy debía de estar completamente loca. Pero parecía tan feliz en su locura que la prima Georgiana tuvo la convicción momentánea de que sería una lástima que el clan intentara regañarla para devolverla a la cordura. Nunca antes había visto esa mirada en los ojos de Valancy. Pero, ¿qué diría Amelia? ¿Y Ben?

—Casarte con un hombre del que no sabes nada —pensó la prima Georgiana en voz alta.

— Sé más de él que de Edward Beck —dijo Valancy.

—Edward Beck va a la iglesia —dijo la prima Georgiana—. ¿Va... va tu marido?

—Ha prometido que irá conmigo los domingos que haga bueno —dijo Valancy.

Cuando entraron por la verja de los Stirling, Valancy soltó una exclamación de sorpresa.

—¡Mira mi rosal! ¡Vaya, está floreciendo!

Y así era. Cubierto de flores. Grandes flores carmesí y aterciopeladas. Fragantes. Radiantes. Maravillosas.

—Haberlo hecho pedazos debió de hacerle bien —dijo Valancy, riendo. Recogió un puñado de flores —quedarían bien en la mesa de la cena en el porche de Mistawis— y subió, todavía riendo, por el sendero, consciente de que Olive estaba de pie en los escalones, Olive, con una belleza de diosa, mirando hacia abajo con un ligero ceño fruncido. Olive, hermosa, insolente. Su figura plena, voluptuosa en sus envoltorios de seda rosa y encaje. Su pelo castaño dorado rizado ricamente bajo su gran sombrero blanco con volantes. Su color maduro y fundente.

«Hermosa», pensó Valancy fríamente, «pero» — como si de repente viera a su prima con nuevos ojos — «sin el más mínimo toque de distinción».

Así que Valancy había vuelto a casa, gracias a Dios, pensó Olive. Pero Valancy no parecía una pródiga arrepentida y devuelta. Esta era la causa del ceño de Olive. Parecía triunfante, ¡descarada! Ese vestido estrafalario, ese sombrero raro, esas manos llenas de rosas rojo sangre. Sin embargo, había algo tanto en el vestido como en el sombrero, como Olive sintió al instante, que faltaba por completo en su propio atuendo. Esto profundizó el ceño. Extendió una mano condescendiente.

—¿Así que has vuelto, Doss? Hace un día muy caluroso, ¿verdad? ¿Has venido andando?

—Sí. ¿Entras?

—Oh, no. Acabo de estar dentro. He venido a menudo a consolar a la pobre tita. Ha estado tan sola. Voy al té de la señora Bartlett. Tengo que ayudar a servir. Lo da por su prima de Toronto. Una chica encantadora. Te habría encantado conocerla, Doss. Creo que la señora Bartlett te envió una tarjeta. Quizás pases más tarde.

—No, no creo —dijo Valancy con indiferencia—. Tendré que estar en casa para preparar la cena de Barney. Esta noche vamos a dar un paseo en canoa a la luz de la luna por Mistawis.

—¿Barney? ¿Cena? —jadeó Olive—. ¿Qué quieres decir, Valancy Stirling?

—Valancy Snaith, por la gracia de Dios.

Valancy ostentó su anillo de bodas en la cara anonadada de Olive. Luego pasó ágilmente a su lado y entró en la casa. La prima Georgiana la siguió. No se perdería ni un momento de la gran escena, aunque Olive pareciera que iba a desmayarse.

Olive no se desmayó. Bajó estúpidamente por la calle hacia la casa de la señora Bartlett. ¿Qué quería decir Doss? No podía haber... ese anillo... oh, ¿qué nuevo escándalo traía ahora esa desdichada chica a su indefensa familia? Deberían haberla... encerrado... hace mucho tiempo.

Valancy abrió la puerta de la sala de estar y entró inesperadamente en medio de una sombría asamblea de Stirlings. No se habían reunido con

malicia premeditada. La tía Wellington, la prima Gladys, la tía Mildred y la prima Sarah acababan de pasar de camino a casa después de una reunión de la sociedad misionera. El tío James había pasado para darle a Amelia alguna información sobre una inversión dudosa. El tío Benjamin había llamado, aparentemente, para decirles que hacía un día caluroso y preguntarles cuál era la diferencia entre una abeja y un burro. La prima Stickles había tenido la falta de tacto de saber la respuesta — «una se lleva toda la miel, el otro todos los palos» — y el tío Benjamin estaba de mal humor. En la mente de todos, sin expresar, estaba la idea de averiguar si Valancy ya había vuelto a casa y, si no, qué medidas debían tomarse al respecto.

Bueno, aquí estaba Valancy por fin, una criatura serena y segura, no humilde y suplicante como debería haber estado. Y con un aspecto extraña e impropriamente juvenil. Se detuvo en la puerta y los miró, con la prima Georgiana temerosa y expectante detrás de ella. Valancy estaba tan feliz que ya no odiaba a su gente. Incluso podía ver en ellos una serie de buenas cualidades que nunca antes había visto. Y sentía pena por ellos. Su piedad la hizo bastante gentil.

— Bueno, madre — dijo agradablemente.

— ¡Así que has vuelto a casa por fin! — dijo la señora Frederick, sacando un pañuelo. No se atrevía a indignarse, pero no pensaba renunciar a sus lágrimas.

— Bueno, no exactamente — dijo Valancy. Lanzó su bomba — . Pensé que debía pasar a decirles que me he casado. El martes pasado por la noche. Con Barney Snaith.

El tío Benjamin se levantó de un salto y volvió a sentarse.

— ¡Dios bendiga mi alma! — dijo sordamente. El resto pareció convertirse en piedra. Excepto la prima Gladys, que se desmayó. La tía Mildred y el tío Wellington tuvieron que ayudarla a salir a la cocina.

— Tenía que mantener las tradiciones victorianas — dijo Valancy, con una sonrisa. Se sentó, sin ser invitada, en una silla. La prima Stickles había empezado a sollozar.

— ¿Hay un solo día en tu vida que no hayas llorado? — preguntó Valancy con curiosidad.

—Valancy —dijo el tío James, siendo el primero en recuperar la capacidad de hablar—, ¿ibas en serio con lo que acabas de decir?

—Sí.

—¿Quieres decir que realmente te has casado... casado... con ese notorio Barney Snaith, ese... ese... criminal, ese...?

—Sí.

—Entonces —dijo el tío James violentamente—, eres una criatura desvergonzada, perdida a todo sentido de la propiedad y la virtud, y me lavo las manos completamente de ti. No quiero volver a ver tu cara nunca más.

—¿Qué te quedará por decir cuando cometa un asesinato? —preguntó Valancy.

El tío Benjamin volvió a apelar a Dios para que bendijera su alma.

—Ese proscrito borracho, ese...

Una chispa peligrosa apareció en los ojos de Valancy. Podían decirle lo que quisieran a ella y de ella, pero no debían insultar a Barney.

—Di «maldita sea» y te sentirás mejor —sugirió.

—Puedo expresar mis sentimientos sin blasfemar. Y te digo que te has cubierto de eterna desgracia e infamia al casarte con ese borracho...

—Tú serías más soportable si te emborracharas de vez en cuando. Barney no es un borracho.

—Lo vieron borracho en Port Lawrence, hasta las trancas —dijo el tío Benjamin.

—Si eso es cierto —y no lo creo—, tenía una buena razón para ello. Ahora sugiero que todos dejéis de parecer trágicos y aceptéis la situación. Estoy casada, eso no podéis deshacerlo. Y soy perfectamente feliz.

—Supongo que deberíamos estar agradecidos de que realmente se haya casado con ella —dijo la prima Sarah, tratando de ver el lado bueno.

—Si es que realmente lo ha hecho —dijo el tío James, que acababa de lavarse las manos de Valancy—. ¿Quién os casó?

—El señor Towers, de Port Lawrence.

— ¡Por un Metodista Libre! — gimió la señora Frederick, como si haber sido casada por un metodista encarcelado hubiera sido un ápice menos vergonzoso. Fue lo primero que dijo. La señora Frederick no sabía qué decir. Todo era demasiado horrible, demasiado pesadillesco. Estaba segura de que pronto se despertaría. ¡Después de todas sus brillantes esperanzas en el funeral!

— Me hace pensar en esos cómo-se-llamen — dijo el tío Benjamin impotente—. Esos cuentos, ya sabes, de hadas que se llevan a los bebés de sus cunas.

— Valancy difícilmente podría ser una cambiada a los veintinueve años — dijo la tía Wellington sarcásticamente.

— De todos modos, era la bebé más extraña que he visto — afirmó el tío Benjamin—. Lo dije en su momento, ¿recuerdas, Amelia? Dije que nunca había visto unos ojos así en una cabeza humana.

— Me alegro de no haber tenido hijos — dijo la prima Sarah—. Si no te rompen el corazón de una manera, lo hacen de otra.

— ¿No es mejor que te rompan el corazón a que se marchite? — inquirió Valancy—. Antes de que pudiera romperse, debe haber sentido algo espléndido. Eso valdría la pena el dolor.

— Chiflada, completamente chiflada — murmuró el tío Benjamin, con una vaga e insatisfactoria sensación de que alguien había dicho algo parecido antes.

— Valancy — dijo la señora Frederick solemnemente—, ¿rezas alguna vez para que te perdonen por desobedecer a tu madre?

— Debería rezar para que me perdonen por haberte obedecido tanto tiempo — dijo Valancy obstinadamente—. Pero no rezo por eso en absoluto. Solo doy gracias a Dios cada día por mi felicidad.

— Preferiría — dijo la señora Frederick, empezando a llorar con bastante retraso— verte muerta ante mí que escuchar lo que me has dicho hoy.

Valancy miró a su madre y a sus tías, y se preguntó si alguna vez habrían conocido algo del verdadero significado del amor. Sintió más pena por ellas que nunca. Eran tan lastimosas. Y nunca lo sospechaban.

—Barney Snaith es un sinvergüenza por haberte engañado para que te casaras con él —dijo el tío James violentamente.

—Oh, la que engañó fui yo. Yo le pedí que se casara conmigo —dijo Valancy, con una sonrisa maliciosa.

—¿No tienes orgullo? —exigió la tía Wellington.

—Muchísimo. Estoy orgullosa de haber conseguido un marido por mis propios esfuerzos. La prima Georgiana aquí quería ayudarme a conseguir a Edward Beck.

—Edward Beck vale veinte mil dólares y tiene la mejor casa entre aquí y Port Lawrence —dijo el tío Benjamin.

—Eso suena muy bien —dijo Valancy con desdén—, pero no vale esto —chasqueó los dedos— comparado con sentir los brazos de Barney a mi alrededor y su mejilla contra la mía.

—¡Oh, Doss! —dijo la prima Stickles. La prima Sarah dijo: —¡Oh, Doss! La tía Wellington dijo: —Valancy, no tienes por qué ser indecente.

—Vaya, ¿seguramente no es indecente que te guste que tu marido te rodee con el brazo? Pensaría que sería indecente si no te gustara.

—¿Por qué esperar decencia de ella? —inquirió el tío James sarcásticamente—. Se ha apartado de la decencia para siempre. Ha hecho su cama. Que se acueste en ella.

—Gracias —dijo Valancy muy agradecida—. ¡Cómo te habría gustado ser Torquemada! Ahora, realmente debo volver. Madre, ¿puedo llevarme esos tres cojines de lana que bordé el invierno pasado?

—¡Llévatelos, llévate todo! —dijo la señora Frederick.

—Oh, no quiero todo, ni mucho. No quiero mi Castillo Azul desordenado. Solo los cojines. Pasaré a por ellos algún día cuando vengamos en coche.

Valancy se levantó y fue hacia la puerta. Allí se volvió. Sentía más pena que nunca por todos ellos. Ellos no tenían ningún Castillo Azul en las soledades púrpuras de Mistawis.

—El problema con vosotros es que no os reís lo suficiente —dijo.

—Doss, querida —dijo la prima Georgiana lúgubrementemente—, algún día descubrirás que la sangre es más espesa que el agua.

—Por supuesto que sí. Pero, ¿quién quiere que el agua sea espesa? —replicó Valancy—. Queremos que el agua sea ligera, chispeante, cristalina.

La prima Stickles gimió.

Valancy no les pediría a ninguno que viniera a verla; tenía miedo de que vinieran por curiosidad. Pero dijo:

—¿Te importa si paso a verte de vez en cuando, madre?

—Mi casa siempre estará abierta para ti —dijo la señora Frederick, con una dignidad lúgubre.

—No deberías volver a dirigirle la palabra —dijo el tío James con severidad, cuando la puerta se cerró detrás de Valancy.

—No puedo olvidar del todo que soy madre —dijo la señora Frederick—. ¡Mi pobre e infortunada hija!

—Me atrevería a decir que el matrimonio no es legal —dijo el tío James consoladoramente—. Probablemente se ha casado media docena de veces antes. Pero yo he terminado con ella. He hecho todo lo que he podido, Amelia. Creo que lo admitirás. De ahora en adelante —el tío James fue terriblemente solemne al respecto—, Valancy es para mí como una muerta.

—Señora de Barney Snaith —dijo la prima Georgiana, como si lo probara para ver cómo sonaba.

—Tiene una veintena de alias, sin duda —dijo el tío Benjamin—. Por mi parte, creo que el hombre es medio indio. No tengo ninguna duda de que viven en un wigwam.

—Si se ha casado con ella bajo el nombre de Snaith y no es su verdadero nombre, ¿no anularía eso el matrimonio? —preguntó la prima Stickles esperanzada.

El tío James negó con la cabeza.

—No, es el hombre quien se casa, no el nombre.

—Sabéis —dijo la prima Gladys, que se había recuperado y regresado pero todavía estaba temblorosa—, tuve una clara premonición de esto en la

cena de plata de Herbert. Lo comenté en su momento. Cuando estaba defendiendo a Snaith. Lo recordáis, por supuesto. Me vino como una revelación. Se lo comenté a David cuando volví a casa.

—¿Qué... qué —demandó la tía Wellington al universo— le ha pasado a Valancy? ¡Valancy!

El universo no respondió, pero el tío James sí.

—¿No se está hablando últimamente de personalidades secundarias que afloran? No estoy de acuerdo con muchas de esas nociones modernas, but puede que haya algo en esta. Explicaría su conducta incomprensible.

—A Valancy le gustan tanto las setas —suspiró la prima Georgiana—. Me temo que se envenenará comiendo hongos venenosos por error, viviendo allá atrás en los bosques.

—Hay cosas peores que la muerte —dijo el tío James, creyendo que era la primera vez en el mundo que se hacía tal afirmación.

—¡Nada podrá volver a ser como antes! —sollozó la prima Stickles.

Valancy, corriendo por el camino polvoriento, de vuelta al fresco Mistawis y a su isla púrpura, se había olvidado por completo de ellos, al igual que se había olvidado de que podría caer muerta en cualquier momento si se apresuraba.

CAPÍTULO XXVIII

El verano pasó. El clan Stirling —con la insignificante excepción de la prima Georgiana— había acordado tácitamente seguir el ejemplo del tío James y considerar a Valancy como una muerta. Cierto es que Valancy tenía

la costumbre inquieta y fantasmal de resucitar recurrentemente cuando ella y Barney traqueteaban por Deerwood y salían hacia el Puerto en ese coche indecible. Valancy, con la cabeza descubierta, con estrellas en los ojos. Barney, con la cabeza descubierta, fumando su pipa. Pero afeitado. Siempre afeitado ahora, si alguno de ellos lo hubiera notado. Incluso tuvieron la audacia de entrar en la tienda del tío Benjamin a comprar comestibles. Dos veces el tío Benjamin los ignoró. ¿No era Valancy una de los muertos? Mientras que Snaith nunca había existido. Pero la tercera vez le dijo a Barney que era un sinvergüenza que debería ser ahorcado por atraer a una desafortunada chica de mente débil lejos de su hogar y amigos.

La ceja recta de Barney se arqueó.

—La he hecho feliz —dijo fríamente—, y era miserable con sus amigos. Así que eso es todo.

El tío Benjamin se quedó mirando. Nunca se le había ocurrido que las mujeres tuvieran que ser, o debieran ser, «hechas felices».

—¡Tú... tú, cachorro! —dijo.

—¿Por qué ser tan poco original? —inquirió Barney amablemente—. Cualquiera podría llamarme cachorro. ¿Por qué no piensa en algo digno de los Stirling? Además, no soy un cachorro. En realidad soy un perro bastante de mediana edad. Treinta y cinco, si le interesa saberlo.

El tío Benjamin recordó justo a tiempo que Valancy estaba muerta. Le dio la espalda a Barney.

Valancy era feliz, gloriosa y enteramente. Parecía estar viviendo en una maravillosa casa de la vida y cada día abría una nueva y misteriosa habitación. Estaba en un mundo que no tenía nada en común con el que había dejado atrás, un mundo donde el tiempo no existía, que era joven con una juventud inmortal, donde no había pasado ni futuro sino solo el presente. Se entregó por completo al encanto de ello.

La absoluta libertad de todo aquello era increíble. Podían hacer exactamente lo que quisieran. Sin señoras Grundy. Sin tradiciones. Sin parientes. Ni políticos. «Paz, paz perfecta, con los seres queridos muy lejos», como citó Barney descaradamente.

Valancy había ido a casa una vez y recogido sus cojines. Y la prima Georgiana le había regalado una de sus famosas colchas de mecha de un diseño muy elaborado.

—Para la cama de invitados, querida —dijo.

—Pero no tengo habitación de invitados —dijo Valancy.

La prima Georgiana pareció horrorizada. Una casa sin habitación de invitados era monstruosa para ella.

—Pero es una colcha preciosa —dijo Valancy, con un beso—, y estoy muy contenta de tenerla. La pondré en mi propia cama. La vieja colcha de retazos de Barney se está volviendo andrajosa.

—No veo cómo puedes estar contenta de vivir allá atrás —suspiró la prima Georgiana—. Está tan apartado del mundo.

—¡Contenta! —Valancy rio. ¿De qué servía intentar explicárselo a la prima Georgiana? —Está —convino—, más gloriosa y enteramente apartado del mundo.

—¿Y eres realmente feliz, querida? —preguntó la prima Georgiana con nostalgia.

—Realmente lo soy —dijo Valancy gravemente, con los ojos danzando.

—El matrimonio es algo tan serio —suspiró la prima Georgiana.

—Cuando va a durar mucho —convino Valancy.

La prima Georgiana no entendió esto en absoluto. Pero la preocupó y se quedó despierta por las noches preguntándose qué quería decir Valancy con eso.

Valancy amaba su Castillo Azul y estaba completamente satisfecha con él. La gran sala de estar tenía tres ventanas, todas con vistas exquisitas del exquisito Mistawis. La del fondo de la habitación era una ventana mirador, que Tom MacMurray, explicó Barney, había sacado de alguna pequeña y vieja iglesia de «allá atrás» que había sido vendida. Daba al oeste y cuando los atardeceres la inundaban, todo el ser de Valancy se arrodillaba en oración como en alguna gran catedral. Las lunas nuevas siempre miraban a través de ella, las ramas más bajas de los pinos se mecían sobre su parte su-

perior, y durante todas las noches la plata suave y tenue del lago soñaba a través de ella.

Había una chimenea de piedra en el otro lado. Ninguna imitación de gas profanadora, sino una chimenea de verdad donde se podían quemar leños de verdad. Con una gran piel de oso grizzly en el suelo delante de ella, y a su lado un horrible sofá de felpa roja del régimen de Tom MacMurray. Pero su fealdad estaba oculta por pieles de lobo gris plateado, y los cojines de Valancy lo hacían alegre y cómodo. En un rincón, un bonito, alto y perezoso reloj viejo hacía tictac, el tipo de reloj adecuado. Uno que no apresuraba las horas, sino que las marcaba deliberadamente. Era el reloj de aspecto más alegre. Un reloj gordo y corpulento con una gran cara redonda de hombre pintada en él, las manecillas saliendo de su nariz y las horas rodeándolo como un halo.

Había una gran vitrina de búhos disecados y varias cabezas de ciervo, también de la época de Tom MacMurray. Algunas sillas viejas y cómodas que pedían ser usadas. Una silla baja y rechoncha con un cojín era prescriptivamente de Banjo. Si alguien más se atrevía a sentarse en ella, Banjo lo fulminaba con sus ojos de color topacio y anillos negros. Banjo tenía la adorable costumbre de colgarse del respaldo, intentando coger su propia cola. Perdiendo los estribos porque no podía cogerla. Dándole un mordisco feroz por despecho cuando sí la cogía. Maullando malignamente de dolor. Barney y Valancy se reían de él hasta que les dolía. Pero a quien amaban era a Good Luck. Ambos estaban de acuerdo en que Good Luck era tan adorable que prácticamente equivalía a una obsesión.

Un lado de la pared estaba forrado con estanterías de libros toscas y caseras, llenas de libros, y entre las dos ventanas laterales colgaba un viejo espejo en un marco dorado desvaído, con cupidos gordos retozando en el panel sobre el cristal. Un espejo, pensó Valancy, que debía de ser como el fabuloso espejo en el que Venus se había mirado una vez y que a partir de entonces reflejaba como hermosa a toda mujer que se mirara en él. Valancy pensó que era casi bonita en ese espejo. Pero eso podría haber sido porque se había cortado el pelo a lo chico.

Esto fue antes de la época de los bobs y se consideraba un proceder salvaje e inaudito, a menos que tuvieras tifus. Cuando la señora Frederick se enteró, casi decidió borrar el nombre de Valancy de la Biblia familiar. Bar-

ney le cortó el pelo, recto por la nuca de Valancy, dejándolo caer en un corto flequillo negro sobre su frente. Le dio un significado y un propósito a su carita triangular que nunca antes había poseído. Incluso su nariz dejó de irritarla. Sus ojos brillaban y su piel cetrina se había aclarado hasta el tono de marfil cremoso. El viejo chiste familiar se había hecho realidad: por fin estaba realmente gorda, o al menos, ya no era flacucha. Valancy quizás nunca sería hermosa, pero era del tipo que se ve mejor en el bosque: élfica, burlesca, seductora.

Su corazón la molestaba muy poco. Cuando un ataque amenazaba, generalmente podía evitarlo con la receta del Dr. Trent. El único malo que tuvo fue una noche en que se quedó temporalmente sin medicina. Y fue uno malo. Por el momento, Valancy se dio cuenta agudamente de que la muerte realmente esperaba para abalanzarse sobre ella en cualquier momento. Pero el resto del tiempo no quería —no lo hacía— permitirse recordarlo en absoluto.

CAPÍTULO XXIX

Valancy no se afanaba, ni hilaba. Realmente había muy poco trabajo que hacer. Cocinaba sus comidas en una estufa de queroseno, realizando todos sus pequeños ritos domésticos con cuidado y exultación, y comían en el porche que casi colgaba sobre el lago. Ante ellos se extendía Mistawis, como una escena de algún cuento de hadas de antaño. Y Barney sonriéndole con su sonrisa torcida y enigmática al otro lado de la mesa.

—¡Qué vista eligió el viejo Tom cuando construyó esta cabaña! —decía Barney exultante.

La cena era la comida que más le gustaba a Valancy. La tenue risa de los vientos siempre los rodeaba y los colores de Mistawis, imperiales y espirituales, bajo las nubes cambiantes, eran algo que no se puede expresar con meras palabras. Sombras, también. Agrupándose en los pinos hasta que un viento las sacudía y las perseguía sobre Mistawis. Yacían todo el día a lo largo de las orillas, enhebradas por helechos y flores silvestres. Se deslizaban alrededor de los cabos en el resplandor del atardecer, hasta que el crepúsculo las tejía todas en una gran red de penumbra.

Los gatos, con sus caritas sabias e inocentes, se sentaban en la barandilla del porche y comían los bocaditos que Barney les lanzaba. ¡Y qué bien sabía todo! Valancy, en medio de todo el romance de Mistawis, nunca olvidaba que los hombres tenían estómago. Barney no dejaba de hacerle cumplidos por su cocina.

—Después de todo —admitió—, hay algo que decir a favor de las comidas completas. Yo me he apañado mayormente hirviendo dos o tres docenas de huevos duros a la vez y comiendo unos pocos cuando tenía hambre, con una loncha de tocino de vez en cuando y un trago de té.

Valancy servía el té de la pequeña y abollada tetera de peltre de Barney, de una edad increíble. Ni siquiera tenía un juego de platos, solo los trozos desparejados y desportillados de Barney, y una vieja jarra panzuda y adorable de color azul huevo de petirrojo.

Después de la comida, se sentaban allí y hablaban durante horas, o se sentaban sin decir nada, en todos los idiomas del mundo, Barney fumando su pipa, Valancy soñando ociosa y deliciosamente, contemplando las lejanas colinas más allá de Mistawis donde las agujas de los abetos se recortaban contra el atardecer. La luz de la luna empezaría a platear el crepúsculo de Mistawis. Los murciélagos empezarían a descender oscuramente contra el pálido oro del oeste. La pequeña cascada que caía en la alta ribera no muy lejos comenzaría, por algún capricho de los dioses del bosque, a parecer una maravillosa mujer blanca que hacía señas a través de los fragantes y especiados árboles de hoja perenne. Y Leander comenzaría a reírse diabólicamente en la orilla continental. ¡Qué dulce era sentarse allí y no hacer nada en el hermoso silencio, con Barney al otro lado de la mesa, fumando!

Había muchas otras islas a la vista, aunque ninguna estaba lo suficientemente cerca como para ser vecinos molestos. Había un pequeño grupo de

islotes muy a lo lejos, al oeste, que llamaban las Islas Afortunadas. Al amanecer parecían un racimo de esmeraldas, al atardecer un racimo de amatistas. Eran demasiado pequeñas para tener casas; pero las luces de las islas más grandes florecían por todo el lago, y se encendían hogueras en sus orillas, que se alzaban hacia las sombras del bosque y arrojaban grandes cintas rojo sangre sobre las aguas. La música les llegaba seductoramente desde barcos aquí y allá, o desde los porches de la gran casa del millonario en la isla más grande.

—¿Te gustaría una casa así, Luz de Luna? —preguntó Barney una vez, señalándola con la mano. Había empezado a llamarla Luz de Luna, y a Valancy le encantaba.

—No —dijo Valancy, que una vez había soñado con un castillo en la montaña diez veces más grande que la «cabaña» del hombre rico y ahora compadecía a los pobres habitantes de los palacios—. No. Es demasiado elegante. Tendría que llevarla conmigo a todas partes. A mis espaldas como un caracol. Me poseería, cuerpo y alma. Me gusta una casa que pueda amar, mimar y mandar. Como la nuestra aquí. No envidio a Hamilton Gossard por «la mejor residencia de verano de Canadá». Es magnífica, pero no es mi Castillo Azul.

Allá abajo, al otro extremo del lago, veían cada noche el destello de un gran tren continental que pasaba a toda velocidad por un claro. A Valancy le gustaba ver pasar sus ventanas iluminadas y preguntarse quién iba en él y qué esperanzas y miedos llevaba. También se divertía imaginando a Barney y a ella misma yendo a los bailes y cenas en las casas de las islas, pero no quería ir en realidad. Una vez sí fueron a un baile de máscaras en el pabellón de uno de los hoteles del lago, y pasaron una noche gloriosa, pero se escabulleron en su canoa, antes de la hora de quitarse las máscaras, de vuelta al Castillo Azul.

—Fue encantador, pero no quiero volver a ir —dijo Valancy.

Muchas horas al día, Barney se encerraba en la Cámara de Barba Azul. Valancy nunca vio su interior. Por los olores que se filtraban a veces, concluyó que debía de estar realizando experimentos químicos, o falsificando dinero. Valancy supuso que debía de haber procesos olorosos en la fabricación de dinero falso. Pero no se preocupó por ello. No tenía ningún deseo de fisgonear en las cámaras cerradas de la casa de la vida de Barney. Su

pasado y su futuro no le concernían. Solo este presente extasiado. Nada más importaba.

Una vez se fue y estuvo fuera dos días y dos noches. Le había preguntado a Valancy si tendría miedo de quedarse sola y ella había dicho que no. Nunca le dijo dónde había estado. No tenía miedo de estar sola, pero se sentía terriblemente sola. El sonido más dulce que había oído nunca fue el traqueteo de Lady Jane a través del bosque cuando Barney regresó. Y luego su silbido de señal desde la orilla. Corrió hasta la roca del embarcadero para recibirlo, para acurrucarse en sus brazos ansiosos; sí parecían ansiosos.

—¿Me has echado de menos, Luz de Luna? —susurraba Barney.

—Parece que han pasado cien años desde que te fuiste —dijo Valancy.

—No te dejaré de nuevo.

—Debes hacerlo —protestó Valancy—, si quieres. Sería miserable si pensara que quieres irte y no lo haces, por mi culpa. Quiero que te sientas perfectamente libre.

Barney rio, un poco cínicamente.

—No existe la libertad en la tierra —dijo—. Solo diferentes tipos de esclavitud. Y esclavitudes comparativas. Crees que ahora eres libre porque has escapado de un tipo de esclavitud peculiarmente insoportable. Pero, ¿lo eres? Me amas, eso es una esclavitud.

—¿Quién dijo o escribió que «la prisión a la que nos condenamos a nosotros mismos no es prisión»? —preguntó Valancy soñadoramente, aferrándose a su brazo mientras subían los escalones de roca.

—Ah, ahora lo tienes —dijo Barney—. Esa es toda la libertad que podemos esperar, la libertad de elegir nuestra prisión. Pero, Luz de Luna —se detuvo en la puerta del Castillo Azul y miró a su alrededor, al lago glorioso, los grandes y sombríos bosques, las hogueras, las luces parpadeantes—, Luz de Luna, me alegro de estar en casa de nuevo. Cuando bajé por el bosque y vi las luces de mi hogar —mío—, brillando bajo los viejos pinos, algo que nunca había visto antes... oh, chica, ¡estaba contento, contento!

Pero a pesar de la doctrina de la esclavitud de Barney, Valancy pensaba que eran espléndidamente libres. Era asombroso poder quedarse despierta media noche mirando la luna si querías. Llegar tarde a las comidas si

querías; ella, que siempre había sido reprendida tan bruscamente por su madre y tan reprochadoramente por la prima Stickles si llegaba un minuto tarde. Entretenerte en las comidas todo lo que quisieras. Dejar los bordes del pan si querías. No volver a casa para las comidas si querías. Sentarte en una roca calentada por el sol y remojar los pies descalzos en la arena caliente si querías. Simplemente sentarte y no hacer nada en el hermoso silencio si querías. En resumen, hacer cualquier tontería que quisieras cuando se te antojara. Si eso no era libertad, ¿qué era?

CAPÍTULO XXX

No pasaban todos sus días en la isla. Pasaban más de la mitad de ellos deambulando a voluntad por el encantado país de Muskoka. Barney conocía los bosques como un libro y le enseñó a Valancy su sabiduría y su arte. Siempre podía encontrar el rastro y el refugio de la tímida gente del bosque. Valancy aprendió las diferentes apariencias de hadas de los musgos, el encanto y la exquisitez de las flores del bosque. Aprendió a conocer a cada pájaro a la vista e imitar su llamada, aunque nunca tan perfectamente como Barney. Se hizo amiga de todo tipo de árboles. Aprendió a remar en una canoa tan bien como el propio Barney. Le gustaba estar bajo la lluvia y nunca se resfriaba.

A veces llevaban un almuerzo y se iban a recoger bayas: fresas y arándanos. ¡Qué bonitos eran los arándanos! El delicado verde de las bayas inmaduras, los rosas y escarlatas brillantes de las medio maduras, el azul neblinoso de las completamente maduras. Y Valancy aprendió el verdadero sabor de la fresa en su máxima perfección. Había un cierto claro soleado a orillas de Mistawis a lo largo del cual crecían abedules blancos por un lado

y por el otro hileras quietas e inmutables de abetos jóvenes. Había hierbas largas en las raíces de los abedules, peinadas por los vientos y húmedas de rocío matutino hasta bien entrada la tarde. Allí encontraron bayas que podrían haber adornado los banquetes de Lúculo, grandes dulzuras ambrosíacas que colgaban como rubíes de largos tallos rosados. Las levantaban por el tallo y las comían de él, sin aplastar y vírgenes, saboreando cada baya por sí misma con toda su fragancia silvestre encerrada en ella. Cuando Valancy llevaba alguna de estas bayas a casa, esa esencia esquiva se escapaba y se convertían en nada más que las bayas comunes del mercado, muy buenas para la cocina, ciertamente, pero no como habrían sido, comidas en su claro de abedules hasta que sus dedos se manchaban tan rosados como los párpados de Aurora.

O iban a por nenúfares. Barney sabía dónde encontrarlos en los arroyos y bahías de Mistawis. Entonces el Castillo Azul se glorificaba con ellos, cada recipiente que Valancy podía idear lleno de las exquisitas cosas. Si no nenúfares, entonces flores cardinales, frescas y vívidas de los pantanos de Mistawis, donde ardían como cintas de fuego.

A veces iban a pescar truchas en pequeños ríos sin nombre o arroyos escondidos en cuyas orillas las Náyades podrían haber soleado sus miembros blancos y húmedos. Entonces todo lo que llevaban eran unas patatas crudas y sal. Asaban las patatas sobre un fuego y Barney le enseñó a Valancy cómo cocinar las truchas envolviéndolas en hojas, cubriéndolas de barro y horneándolas en un lecho de brasas calientes. Nunca hubo comidas tan deliciosas. Valancy tenía tal apetito que no es de extrañar que echara carnes.

O simplemente merodeaban y exploraban por bosques que siempre parecían estar esperando que sucediera algo maravilloso. Al menos, así se sentía Valancy acerca de ellos. Al otro lado del siguiente valle, sobre la siguiente colina, lo encontrarías.

—No sabemos adónde vamos, pero ¿no es divertido ir? —solía decir Barney.

Una o dos veces la noche los sorprendió, demasiado lejos de su Castillo Azul para volver. Pero Barney hizo una cama fragante de helechos y ramas de abeto y durmieron en ella sin sueños, bajo un techo de viejos abetos con musgo colgando de ellos, mientras más allá la luz de la luna y el murmullo

de los pinos se mezclaban de tal manera que apenas se podía distinguir cuál era luz y cuál era sonido.

Había días de lluvia, por supuesto, cuando Muskoka era una tierra verde y húmeda. Días en que los chubascos cruzaban Mistawis como pálidos fantasmas de lluvia y nunca pensaban en quedarse dentro por ello. Días en que llovía a cántaros y tenían que quedarse dentro. Entonces Barney se encerraba en la Cámara de Barba Azul y Valancy leía, o soñaba en las pieles de lobo con Good Luck ronroneando a su lado y Banjo observándolos sospechosamente desde su silla particular. Los domingos por la tarde remaban hasta una punta de tierra y desde allí caminaban por el bosque hasta la pequeña iglesia Metodista Libre. Uno se sentía realmente demasiado feliz para ser domingo. A Valancy nunca le habían gustado realmente los domingos antes.

Y siempre, domingos y días de semana, estaba con Barney. Nada más importante realmente. ¡Y qué compañero era! ¡Qué comprensivo! ¡Qué alegre! ¡Qué... qué tan Barney! Eso lo resumía todo.

Valancy había sacado parte de sus doscientos dólares del banco y los había gastado en ropa bonita. Tenía un pequeño vestido de gasa azul humo que siempre se ponía cuando pasaban la tarde en casa, azul humo con toques plateados. Fue después de que empezara a usarlo cuando Barney empezó a llamarla Luz de Luna.

—Luz de luna y crepúsculo azul, eso es lo que pareces con ese vestido. Me gusta. Te pertenece. No eres exactamente guapa, pero tienes algunos puntos de belleza adorables. Tus ojos. Y esa pequeña hendidura besable justo entre tus clavículas. Tienes la muñeca y el tobillo de una aristócrata. Esa cabecita tuya tiene una forma preciosa. Y cuando miras hacia atrás por encima del hombro, eres enloquecedora, especialmente en el crepúsculo o a la luz de la luna. Una doncella élfica. Un espíritu del bosque. Perteneces a los bosques, Luz de Luna, nunca deberías estar fuera de ellos. A pesar de tu ascendencia, hay algo salvaje, remoto e indomable en ti. Y tienes una voz tan agradable, dulce, gutural y veraniega. Una voz tan agradable para hacer el amor.

—Seguro que has besado la Piedra de Blarney —se burló Valancy. Pero saboreó estos cumplidos durante semanas.

Se compró un traje de baño verde pálido también, una prenda que habría matado del susto a su clan si alguna vez la hubieran visto con él. Barney le enseñó a nadar. A veces se ponía el traje de baño al levantarse y no se lo quitaba hasta que se iba a la cama, corriendo al agua para un chapuzón cada vez que le apetecía y tumbándose en las rocas calentadas por el sol para secarse.

Había olvidado todas las viejas cosas humillantes que solían surgir en la noche: las injusticias y las decepciones. Era como si todo le hubiera sucedido a otra persona, no a ella, Valancy Snaith, que siempre había sido feliz.

— Ahora entiendo lo que significa nacer de nuevo —le dijo a Barney.

Holmes habla del dolor «manchando hacia atrás» a través de las páginas de la vida; pero Valancy descubrió que su felicidad también había manchado hacia atrás e inundado de color de rosa toda su existencia anterior y monótona. Le resultaba difícil creer que alguna vez hubiera estado sola, infeliz y asustada.

«Cuando llegue la muerte, habré vivido», pensó Valancy. «Habré tenido mi hora».

¡Y su montón de polvo!

Un día, Valancy había amontonado la arena en la pequeña cala de la isla en un cono tremendo y le había clavado una alegre banderita británica en la cima.

—¿Qué estás celebrando? —quiso saber Barney.

—Solo estoy exorcizando a un viejo demonio —le dijo Valancy.

CAPÍTULO XXXI

Llegó el otoño. Finales de septiembre con noches frescas. Tuvieron que abandonar el porche; pero encendían un fuego en la gran chimenea y se sentaban ante él con bromas y risas. Dejaban las puertas abiertas, y Banjo y Good Luck entraban y salían a su antojo. A veces se sentaban gravemente en la alfombra de piel de oso entre Barney y Valancy; a veces se escabullían hacia el misterio de la fría noche exterior. Las estrellas ardían en las brumas del horizonte a través del viejo mirador. El persistente y evocador susurro de los pinos llenaba el aire. Las pequeñas olas comenzaban a hacer suaves y sollozantes salpicaduras en las rocas de abajo con los vientos crecientes. No necesitaban más luz que la del fuego, que a veces saltaba y los revelaba, a veces los envolvía en sombras. Cuando el viento de la noche se levantaba, Barney cerraba la puerta, encendía una lámpara y le leía: poesía, ensayos y crónicas magníficas y oscuras de guerras antiguas. Barney nunca leía novelas; juraba que le aburrían. Pero a veces ella las leía, acurrucada en las pieles de lobo, riendo a carcajadas en paz. Porque Barney no era una de esas personas irritantes que nunca pueden oírte sonreír audiblemente por algo que has leído sin preguntar plácidamente: «¿Cuál es el chiste?».

Octubre, con un magnífico desfile de color alrededor de Mistawis, en el que Valancy sumergió su alma. Nunca había imaginado algo tan espléndido. Una gran paz teñida de color. Cielos azules, aventados por el viento. La luz del sol durmiendo en los claros de ese país de hadas. Largos y soñadores días púrpuras remando ociosamente en su canoa a lo largo de las orillas y río arriba por ríos de carmesí y oro. Una luna de cazador, roja y somnolienta. Tempestades encantadas que despojaban de hojas los árboles y las amontonaban a lo largo de las orillas. Sombras voladoras de nubes. ¿Qué tenían para comparar todas las tierras prósperas y satisfechas de la civilización con esto?

Noviembre, con una brujería sobrecogedora en sus árboles transformados. Con atardeceres de un rojo oscuro llameando en carmesí ahumado detrás de las colinas del oeste. Con días entrañables en que los austeros bosques eran hermosos y gráciles en una digna serenidad de manos cruzadas y ojos cerrados; días llenos de una fina y pálida luz solar que se filtraba a través del oro tardío y sin hojas de los enebros y brillaba entre las hayas grises, iluminando riberas de musgo perenne y bañando las columnatas de los pinos. Días con un cielo alto de turquesa impecable. Días en que una melancolía exquisita parecía pender sobre el paisaje y soñar sobre

el lago. Pero también días de la negrura salvaje de grandes tormentas de otoño, seguidos de noches húmedas, chorreantes, en que había risas de brujas en los pinos y gemidos intermitentes entre los árboles del continente. ¿Qué les importaba? El viejo Tom había construido bien su tejado, y su chimenea tiraba.

—Fuego cálido, libros, comodidad, refugio de la tormenta, nuestros gatos en la alfombra. Luz de Luna —dijo Barney—, ¿serías más feliz ahora si tuvieras un millón de dólares?

—No, ni la mitad de feliz. Estaría aburrida por las convenciones y obligaciones entonces.

Diciembre. Primeras nieves y Orión. Los pálidos fuegos de la Vía Láctea. Realmente era invierno ahora; un invierno maravilloso, frío y estrellado. ¡Cuánto había odiado siempre Valancy el invierno! Días aburridos, breves, sin acontecimientos. Noches largas, frías, sin compañía. La prima Stickles con su espalda que había que frotar continuamente. La prima Stickles haciendo ruidos extraños al hacer gárgaras por las mañanas. La prima Stickles quejándose del precio del carbón. Su madre, sondeando, preguntando, ignorando. Resfriados y bronquitis interminables, o el temor a ellos. Linimento de Redfern y Píldoras Púrpuras.

Pero ahora amaba el invierno. El invierno era hermoso «allá atrás», casi intolerablemente hermoso. Días de una brillantez clara. Tardes que eran como copas de glamour, la más pura cosecha del vino del invierno. Noches con su fuego de estrellas. Amaneceres de invierno, fríos y exquisitos. Encantadores helechos de hielo por todas las ventanas del Castillo Azul. Luz de luna sobre los abedules en un deshielo plateado. Sombras irregulares en las tardes ventosas; sombras desgarradas, retorcidas, fantásticas. Grandes silencios, austeros y penetrantes. Colinas enjoyadas y bárbaras. El sol irrumpiendo de repente a través de nubes grises sobre el largo y blanco Mistawis. Crepúsculos de un gris helado, interrumpidos por ráfagas de nieve, cuando su acogedora sala de estar, con sus duendes de luz de fuego y sus gatos inescrutables, parecía más acogedora que nunca. Cada hora traía una nueva revelación y maravilla.

Barney metió a Lady Jane en el granero de Abel el Rugidor y enseñó a Valancy a caminar con raquetas de nieve; Valancy, que debería estar en cama con bronquitis. Pero Valancy no tenía ni un resfriado. Más tarde, en

invierno, Barney tuvo uno terrible y Valancy lo cuidó temiendo una neumonía en su corazón. Pero los resfriados de Valancy parecían haberse ido a donde van las lunas viejas. Lo cual fue una suerte, pues ni siquiera tenía Linimento de Redfern. Había comprado un frasco por precaución en el Puerto y Barney lo había arrojado al helado Mistawis con el ceño fruncido.

—No traigas más de esa cosa diabólica aquí —había ordenado brevemente. Fue la primera y última vez que le habló con dureza.

Hacían largas caminatas por la exquisita discreción de los bosques de invierno y las selvas plateadas de árboles escarchados, y encontraban la belleza en todas partes.

A veces parecían caminar por un mundo hechizado de cristal y perla, tan blancos y radiantes eran los claros, los lagos y el cielo. El aire era tan fresco y claro que resultaba medio embriagador.

Una vez se detuvieron en una vacilación de éxtasis a la entrada de un estrecho sendero entre hileras de abedules. Cada ramita y brote estaba perfilado en nieve. La maleza a sus lados era un pequeño bosque de hadas tallado en mármol. Las sombras proyectadas por la pálida luz del sol eran finas y espirituales.

—Vámonos —dijo Barney, dándose la vuelta—. No debemos cometer la profanación de caminar por ahí.

Una tarde se encontraron con un ventisquero muy al fondo de un viejo claro que tenía la forma exacta del perfil de una mujer hermosa. Visto demasiado de cerca, la semejanza se perdía, como en el cuento de hadas del Castillo de San Juan. Visto desde atrás, era una rareza sin forma. Pero a la distancia y el ángulo justos, el contorno era tan perfecto que cuando lo encontraron de repente, brillando contra el fondo oscuro de los abetos en el resplandor de aquel atardecer de invierno, ambos exclamaron asombrados. Había una frente baja y noble, una nariz recta y clásica, labios, barbilla y curva de la mejilla modelados como si alguna diosa de la antigüedad hubiera posado para el escultor, y un pecho de una pureza tan fría e hinchada como el mismo espíritu de los bosques de invierno podría exhibir.

—«Toda la belleza que la antigua Grecia y Roma cantaron, pintaron, enseñaron» —citó Barney.

—Y pensar que ningunos ojos humanos salvo los nuestros lo han visto o lo verán —respiró Valancy, que a veces sentía como si estuviera viviendo en un libro de John Foster. Mientras miraba a su alrededor, recordó algunos pasajes que había marcado en el nuevo libro de Foster que Barney le había traído del Puerto, con la advertencia de que no esperara que él lo leyera o escuchara.

—«Todos los matices de los bosques de invierno son extremadamente delicados y esquivos» —recordó Valancy—. «Cuando la breve tarde declina y el sol apenas toca las cimas de las colinas, parece haber por todo el bosque una abundancia, no de color, sino del espíritu del color. En realidad no hay más que blanco puro, pero se tiene la impresión de mezclas feéricas de rosa y violeta, ópalo y heliotropo en las laderas, en los valles y a lo largo de las curvas del terreno forestal. Sientes que el matiz está ahí, pero cuando lo miras directamente, ha desaparecido. Por el rabillo del ojo te das cuenta de que acecha allá en un lugar donde hace un momento no había más que pálida pureza. Solo justo cuando el sol se está poniendo hay un momento fugaz de color real. Entonces el rojo se derrama sobre la nieve e encarnadina las colinas y los ríos y golpea la cresta de los pinos con llamas. Solo unos minutos de transfiguración y revelación, y se ha ido».

—Me pregunto si John Foster pasó alguna vez un invierno en Mistawis —dijo Valancy.

—No es probable —se burló Barney—. La gente que escribe tonterías como esa generalmente las escribe en una casa cálida en alguna calle de ciudad satisfecha.

—Eres demasiado duro con John Foster —dijo Valancy severamente—. Nadie podría haber escrito ese pequeño párrafo que te leí anoche sin haberlo visto primero; sabes que no podría.

—No lo escuché —dijo Barney malhumorado—. Sabes que te dije que no lo haría.

—Entonces tienes que escucharlo ahora —persistió Valancy. Lo hizo detenerse en sus raquetas de nieve mientras lo repetía.

—«Es una artista singular, esta vieja Madre Naturaleza, que trabaja “por el placer de trabajar” y no con espíritu de vanidosa ostentación. Hoy los bosques de abetos son una sinfonía de verdes y grises, tan sutil que no se

puede decir dónde un tono comienza a ser el otro. Tronco gris, rama verde, musgo gris verdoso sobre el suelo blanco y sombreado de gris. Sin embargo, a la vieja gitana no le gustan los monótonos sin alivio. Debe tener un toque de color. Míralo. Una rama de abeto muerta y rota, de un hermoso marrón rojizo, que se balancea entre las barbas de musgo».

— ¡Santo Dios, te aprendes de memoria todos los libros de ese tipo? — fue la reacción disgustada de Barney mientras se alejaba.

— Los libros de John Foster fueron lo único que mantuvo mi alma viva los últimos cinco años — afirmó Valancy —. Oh, Barney, mira esa exquisita filigrana de nieve en los surcos de ese viejo tronco de olmo.

Cuando llegaron al lago, cambiaron las raquetas de nieve por los patines y patinaron hasta casa. Por una maravilla, Valancy había aprendido, cuando era una pequeña colegiala, a patinar en el estanque detrás de la escuela de Deerwood. Nunca tuvo patines propios, pero algunas de las otras chicas le prestaban los suyos y parecía tener un don natural para ello. El tío Benjamin le había prometido una vez un par de patines para Navidad, pero cuando llegó la Navidad le había regalado unas chancas en su lugar. Nunca había patinado desde que creció, pero el viejo truco volvió rápidamente, y gloriosas fueron las horas que ella y Barney pasaron deslizándose sobre los lagos blancos y pasando por las islas oscuras donde las cabañas de verano estaban cerradas y silenciosas. Esa noche volaron por Mistawis a favor del viento, en una euforia que enrojeció las mejillas de Valancy bajo su boina blanca. Y al final estaba su querida casita, en la isla de los pinos, con una capa de nieve en su tejado, brillando a la luz de la luna. Sus ventanas le guiñaban un ojo traviesamente con los destellos dispersos.

— Parece sacado de un libro de cuentos, ¿verdad? — dijo Barney.

Tuvieron una Navidad encantadora. Sin prisas. Sin agobios. Sin mezquinos intentos de llegar a fin de mes. Sin un esfuerzo loco por recordar si no le había dado el mismo tipo de regalo a la misma persona dos Navidades antes; sin multitudes de compradores de última hora; sin lúgubres «reuniones» familiares donde se sentaba muda e insignificante; sin ataques de «nervios». Decoraron el Castillo Azul con ramas de pino, y Valancy hizo encantadoras estrellitas de oropel y las colgó entre el verdor. Cocinó una cena a la que Barney hizo plena justicia, mientras Good Luck y Banjo roían los huesos.

—Una tierra que puede producir un ganso como ese es una tierra admirable —juró Barney—. ¡Canadá para siempre!

Y brindaron a la Union Jack con una botella de vino de diente de león que la prima Georgiana le había dado a Valancy junto con la colcha.

—Nunca se sabe —había dicho solemnemente la prima Georgiana—, cuándo se puede necesitar un pequeño estimulante.

Barney le había preguntado a Valancy qué quería de regalo de Navidad.

—Algo frívolo e innecesario —dijo Valancy, que había recibido un par de chanclos la Navidad pasada y dos camisetas interiores de lana de manga larga el año anterior. Y así sucesivamente.

Para su deleite, Barney le regaló un collar de perlas. Valancy había deseado un collar de perlas lechosas —como luz de luna congelada— toda su vida. Y estas eran tan bonitas. Lo único que le preocupaba era que eran realmente demasiado buenas. Debían de haber costado mucho, quince dólares, al menos. ¿Podía permitírselo Barney? No sabía nada de sus finanzas. Se había negado a que le comprara ropa; tenía suficiente para eso, le dijo, mientras necesitara ropa. En un tarro negro y redondo sobre la repisa de la chimenea, Barney ponía dinero para los gastos de la casa, siempre suficiente. El tarro nunca estaba vacío, aunque Valancy nunca lo pilló reponiéndolo. No podía tener mucho, por supuesto, y ese collar... pero Valancy desechó las preocupaciones. Lo usaría y lo disfrutaría. Era la primera cosa bonita que había tenido.

CAPÍTULO XXXII

Año Nuevo. El viejo, raído e inglorioso calendario gastado bajó. El nuevo subió. Enero fue un mes de tormentas. Nevó durante tres semanas seguidas. El termómetro bajó millas bajo cero y se quedó allí. Pero, como Barney y Valancy se señalaban mutuamente, no había mosquitos. Y el rugido y crepitar de su gran fuego ahogaba los aullidos del viento del norte. Good Luck y Banjo engordaron y desarrollaron resplandecientes abrigos de pelo grueso y sedoso. Nip y Tuck se habían ido.

—Pero volverán en primavera —prometió Barney.

No había monotonía. A veces tenían pequeñas y dramáticas disputas privadas que ni siquiera pensaban en convertirse en peleas. A veces aparecía Abel el Rugidor, para una tarde o un día entero, con su vieja gorra de tartán y su larga barba roja cubierta de nieve. Generalmente traía su violín y tocaba para ellos, para el deleite de todos excepto de Banjo, que se volvía temporalmente loco y se retiraba debajo de la cama de Valancy. A veces Abel y Barney hablaban mientras Valancy les hacía caramelos; a veces se sentaban y fumaban en silencio a la Tennyson y Carlyle, hasta que el Castillo Azul apestaba y Valancy huía al aire libre. A veces jugaban a las damas feroz y silenciosamente durante toda la noche. A veces todos comían las manzanas pardas que Abel había traído, mientras el alegre y viejo reloj marcaba los deliciosos minutos.

—Un plato de manzanas, un fuego abierto y «un buen y alegre libro en que solazarse» son un sustituto justo del cielo —juró Barney—. Cualquiera puede quedarse con las calles de oro. Démosle otra oportunidad a Carman.

Era más fácil ahora para los Stirling creer que Valancy estaba muerta. Ni siquiera llegaban rumores vagos de que hubiera estado en el Puerto, aunque ella y Barney solían patinar hasta allí ocasionalmente para ver una película y comer perritos calientes descaradamente en el puesto de la esquina después. Presumiblemente, ninguno de los Stirling pensaba en ella, excepto la prima Georgiana, que solía quedarse despierta preocupándose por la pobre Doss. ¿Tendría suficiente para comer? ¿Era bueno con ella esa criatura terrible? ¿Tendría suficiente calor por las noches?

Valancy tenía bastante calor por las noches. Solía despertarse y deleitarse silenciosamente en la comodidad de esas noches de invierno en esa pequeña isla en el lago helado. Las noches de otros inviernos habían sido tan frías y largas. Valancy odiaba despertarse en ellas y pensar en la desolación y el

vacío del día que había pasado y la desolación y el vacío del día que vendría. Ahora casi contaba como perdida la noche en que no se despertaba y se quedaba despierta durante media hora solo para ser feliz, mientras la respiración regular de Barney continuaba a su lado, y a través de la puerta abierta las brasas humeantes en la chimenea le guiñaban un ojo en la penumbra. Era muy agradable sentir a un pequeño gato afortunado saltar a tu cama en la oscuridad y acurrucarse a tus pies, ronroneando; pero Banjo estaría sentado hosco solo frente al fuego como un demonio meditabundo. En tales momentos, Banjo era cualquier cosa menos normal, pero a Valancy le encantaba su extrañeza.

El lado de la cama tenía que estar justo contra la ventana. No había otro lugar para ella en la diminuta habitación. Valancy, tumbada allí, podía mirar por la ventana, a través de las grandes ramas de pino que realmente la tocaban, hacia el lejano Mistawis, blanco y lustroso como un pavimento de perlas, u oscuro y terrible en la tormenta. A veces las ramas de pino golpeaban contra los cristales con señales amistosas. A veces oía el pequeño susurro siseante de la nieve contra ellos justo a su lado. Algunas noches, todo el mundo exterior parecía entregado al imperio del silencio; luego venían noches en que había un majestuoso barrido de viento en los pinos; noches de entrañable luz de estrellas cuando silbaba caprichosa y alegremente alrededor del Castillo Azul; noches melancólicas antes de la tormenta cuando se arrastraba por el suelo del lago con un grito bajo y lastimero de presagio y misterio. Valancy desperdiciaba muchas horas de sueño perfectamente buenas en estas deliciosas comuniones. Pero podía dormir todo lo que quisiera por la mañana. A nadie le importaba. Barney cocinaba su propio desayuno de tocino y huevos y luego se encerraba en la Cámara de Barba Azul hasta la hora de la cena. Entonces tenían una tarde de lectura y conversación. Hablaban de todo en este mundo y de muchas cosas en otros mundos. Se reían de sus propios chistes hasta que el Castillo Azul resonaba.

—Te ríes maravillosamente —le dijo Barney una vez—. Me dan ganas de reír solo de oírte reír. Hay un truco en tu risa, como si hubiera mucha más diversión detrás que no dejas salir. ¿Te reías así antes de venir a Mistawis, Luz de Luna?

—Nunca me reía en absoluto, de verdad. Solía reírme tontamente cuando sentía que se esperaba de mí. Pero ahora... la risa simplemente sale.

A Valancy le llamó la atención más de una vez que el propio Barney se reía mucho más a menudo que antes y que su risa había cambiado. Se había vuelto sana. Rara vez oía ahora la pequeña nota cínica en ella. ¿Podría un hombre reír así con crímenes en su conciencia? Sin embargo, Barney debía de haber hecho algo. Valancy se había decidido indiferentemente sobre lo que había hecho. Concluyó que era un cajero de banco desfalcador. Había encontrado en uno de los libros de Barney un viejo recorte de un periódico de Montreal en el que se describía a un cajero desaparecido y desfalcador. La descripción se aplicaba a Barney —así como a media docena de otros hombres que Valancy conocía— y por algunos comentarios casuales que había dejado caer de vez en cuando, concluyó que conocía Montreal bastante bien. Valancy lo tenía todo resuelto en el fondo de su mente. Barney había estado en un banco. Se vio tentado a coger algo de dinero para especular, con la intención, por supuesto, de devolverlo. Se había metido cada vez más hondo, hasta que descubrió que no había más remedio que huir. Le había pasado a decenas de hombres. Él, Valancy estaba absolutamente segura, nunca había tenido la intención de hacer el mal. Por supuesto, el nombre del hombre en el recorte era Bernard Craig. Pero Valancy siempre había pensado que Snaith era un alias. No es que importara.

Valancy solo tuvo una noche infeliz ese invierno. Fue a finales de marzo, cuando la mayor parte de la nieve se había ido y Nip y Tuck habían regresado. Barney se había ido por la tarde a una larga caminata por el bosque, diciendo que volvería al anochecer si todo iba bien. Poco después de que se fuera, había empezado a nevar. El viento se levantó y pronto Mistawis estuvo en las garras de una de las peores tormentas del invierno. Barrió el lago y golpeó la pequeña casa. Los oscuros y enfadados bosques del continente miraban con ceño a Valancy, con amenaza en el vaivén de sus ramas, con amenazas en su penumbra ventosa, con terror en el rugido de sus corazones. Los árboles de la isla se agazapaban de miedo. Valancy pasó la noche acurrucada en la alfombra frente al fuego, con la cara hundida en las manos, cuando no estaba mirando en vano desde el mirador en un esfuerzo inútil por ver a través del furioso humo de viento y nieve que una vez había sido el Mistawis de hoyuelos azules. ¿Dónde estaba Barney? ¿Perdido en los lagos despiadados? ¿Hundiéndose exhausto en los ventisqueros de los bosques sin senderos? Valancy murió cien muertes esa noche y pagó con creces toda la felicidad de su Castillo Azul. Cuando llegó la mañana, la tormenta amainó y se despejó; el sol brilló gloriosamente sobre Mistawis; y al

mediodía Barney llegó a casa. Valancy lo vio desde el mirador mientras rodeaba una punta boscosa, esbelto y negro contra el reluciente mundo blanco. No corrió a su encuentro. Algo le pasó a sus rodillas y se dejó caer en la silla de Banjo. Afortunadamente, Banjo salió de debajo a tiempo, con los bigotes erizados de indignación. Barney la encontró allí, con la cabeza hundida en las manos.

—Barney, pensé que estabas muerto —susurró.

Barney soltó una carcajada.

—Después de dos años en el Klondike, ¿pensabas que una tormentita como esta podría conmigo? Pasé la noche en esa vieja cabaña de leñadores junto a Muskoka. Un poco fría, pero bastante acogedora. ¡Gansita! Tus ojos parecen agujeros quemados en una manta. ¿Te quedaste aquí toda la noche preocupada por un viejo leñador como yo?

—Sí —dijo Valancy—. No... no pude evitarlo. La tormenta parecía tan salvaje. Cualquiera podría haberse perdido en ella. Cuando... te vi... venir por la punta... allí... me pasó algo. No sé qué. Fue como si hubiera muerto y hubiera vuelto a la vida. No puedo describirlo de otra manera.

CAPÍTULO XXXIII

Primavera. Mistawis negro y hosco durante una o dos semanas, luego llameando en zafiro y turquesa, lila y rosa de nuevo, riendo a través del mirador, acariciando sus islas de amatista, ondulando bajo vientos suaves como la seda. Ranas, pequeños magos verdes de pantanos y charcas, cantando por todas partes en los largos crepúsculos y hasta bien entrada la noche; islas de aspecto feérico en una bruma verde; la belleza evanescente

de los jóvenes árboles silvestres en sus primeras hojas; la belleza escarchada del nuevo follaje de los enebros; los bosques vistiéndose a la moda de las flores de primavera, cosas delicadas y espirituales afines al alma del desierto; niebla roja en los arces; sauces engalanados con brillantes gatitos plateados; todas las violetas olvidadas de Mistawis floreciendo de nuevo; el señuelo de las lunas de abril.

—Piensa en cuántos miles de primaveras ha habido aquí en Mistawis, y todas ellas hermosas —dijo Valancy—. Oh, Barney, ¡mira ese ciruelo silvestre! Voy a citar, tengo que citar, a John Foster. Hay un pasaje en uno de sus libros, lo he releído cien veces. Debió de escribirlo ante un árbol como ese:

—«Contemplad el joven ciruelo silvestre que se ha adornado a la manera inmemorial con un velo de novia de fino encaje. Los dedos de los duendes del bosque deben de haberlo tejido, pues nada parecido salió jamás de un telar terrenal. Juro que el árbol es consciente de su belleza. Está presumiendo ante nuestros propios ojos, como si su belleza no fuera la cosa más efímera de los bosques, como es la más rara y excelsa, pues hoy es y mañana no es. Cada viento del sur que susurra entre las ramas aventará una lluvia de pétalos esbeltos. Pero, ¿qué importa? Hoy es reina de los lugares salvajes y en los bosques siempre es hoy».

—Estoy seguro de que te sientes mucho mejor desde que te has desahogado —dijo Barney sin corazón.

—Aquí hay un trozo de dientes de león —dijo Valancy, sin dejarse amilanar—. Aunque los dientes de león no deberían crecer en los bosques. No tienen ningún sentido de la propiedad. Son demasiado alegres y satisfechos de sí mismos. No tienen nada del misterio y la reserva de las verdaderas flores del bosque.

—En resumen, no tienen secretos —dijo Barney—. Pero espera un poco. Los bosques se saldrán con la suya incluso con esos dientes de león tan obvios. Dentro de poco, toda esa amarillez y complacencia intrusivas habrán desaparecido y encontraremos aquí globos neblinosos y fantasmales flotando sobre esas hierbas altas en plena armonía con las tradiciones del bosque.

—Eso suena a lo John Foster —bromeó Valancy.

—¿Qué he hecho yo para merecer semejante palo? —se quejó Barney.

Una de las primeras señales de la primavera fue el renacimiento de Lady Jane. Barney la metió por caminos que ningún otro coche miraría, y atravesaron Deerwood con barro hasta los ejes. Pasaron a varios Stirling, que gimieron y reflexionaron que ahora que había llegado la primavera se encontrarían con esa pareja desvergonzada por todas partes. Valancy, merodeando por las tiendas de Deerwood, se encontró con el tío Benjamin en la calle; pero él no se dio cuenta hasta que había avanzado dos manzanas de que la chica del abrigo de manta con cuello escarlata, con las mejillas enrojecidas por el aire cortante de abril y el flequillo de pelo negro sobre ojos rasgados y risueños, era Valancy. Cuando se dio cuenta, el tío Benjamin se indignó. ¿Qué derecho tenía Valancy a parecer... a parecer... a parecer una chica joven? El camino del transgresor era duro. Tenía que serlo. Bíblico y apropiado. Sin embargo, el camino de Valancy no podía ser duro. No tendría ese aspecto si lo fuera. Algo andaba mal. Era casi suficiente para hacer que un hombre se volviera modernista.

Barney y Valancy siguieron traqueteando hasta el Puerto, de modo que ya era oscuro cuando volvieron a pasar por Deerwood. En su antigua casa, Valancy, presa de un impulso repentino, se bajó, abrió la pequeña verja y se acercó de puntillas a la ventana de la sala de estar. Allí estaban sentadas su madre y la prima Stickles, lúgubre y sombríamente tejiendo. Desconcertantes e inhumanas como siempre. Si hubieran parecido lo más mínimo solas, Valancy habría entrado. Pero no lo parecían. Valancy no las molestaría por nada del mundo.

CAPÍTULO XXXIV

Valancy tuvo dos momentos maravillosos esa primavera.

Un día, volviendo a casa por el bosque, con los brazos llenos de *epigaea repens* y abeto rastrero, se encontró con un hombre que supo que debía de ser Allan Tierney. Allan Tierney, el célebre pintor de mujeres hermosas. Vivía en Nueva York en invierno, pero poseía una cabaña en una isla en el extremo norte de Mistawis a la que siempre acudía en cuanto el hielo se iba del lago. Tenía fama de ser un hombre solitario y excéntrico. Nunca adulaba a sus modelos. No había necesidad, pues no pintaría a nadie que requiriera adulación. Ser pintada por Allan Tierney era todo el sello de belleza que una mujer podía desear. Valancy había oído tanto sobre él que no pudo evitar girar la cabeza por encima del hombro para lanzarle otra mirada tímida y curiosa. Un rayo de pálida luz solar de primavera cayó a través de un gran pino sobre su cabeza negra descubierta y sus ojos rasgados. Llevaba un suéter verde pálido y se había atado una cinta de enredadera de linnea alrededor del pelo. la fuente plumosa de abeto rastrero desbordaba sus brazos y caía a su alrededor. Los ojos de Allan Tierney se iluminaron.

—He tenido una visita —dijo Barney a la tarde siguiente, cuando Valancy regresó de otra búsqueda de flores.

—¿Quién? —Valancy se sorprendió, pero se mostró indiferente. Empezó a llenar una cesta con *epigaea*.

—Allan Tierney. Quiere pintarte, Luz de Luna.

—¡A mí! —A Valancy se le cayó la cesta y su *epigaea*—. Te estás riendo de mí, Barney.

—No lo estoy. Para eso vino Tierney. Para pedirme permiso para pintar a mi esposa, como el Espíritu de Muskoka, o algo así.

—Pero... pero —tartamudeó Valancy—, Allan Tierney nunca pinta más que a... más que a...

—Mujeres hermosas —terminó Barney—. Concedido. Q. E. D., la señora de Barney Snaith es una mujer hermosa.

—Tonterías —dijo Valancy, agachándose para recoger su *epigaea*—. Sabes que eso es una tontería, Barney. Sé que estoy mucho más guapa que hace un año, pero no soy hermosa.

—Allan Tierney nunca se equivoca —dijo Barney—. Olvidas, Luz de Luna, que hay diferentes tipos de belleza. Tu imaginación está obsesionada

con el tipo muy obvio de tu prima Olive. Oh, la he visto, es una despampanante, pero nunca verías a Allan Tierney queriendo pintarla. En la horrible pero expresiva jerga, expone toda su mercancía en el escaparate. Pero en tu subconsciente tienes la convicción de que nadie puede ser hermoso si no se parece a Olive. Además, recuerdas tu cara tal como era en los días en que a tu alma no se le permitía brillar a través de ella. Tierney dijo algo sobre la curva de tu mejilla cuando miraste hacia atrás por encima del hombro. Sabes que a menudo te he dicho que era enloquecedora. Y está completamente loco por tus ojos. Si no estuviera absolutamente seguro de que es únicamente profesional — realmente es un viejo solterón cascarrabias, ya sabes —, estaría celoso.

— Bueno, no quiero que me pinten — dijo Valancy —. Espero que se lo dijeras.

— No podía decirle eso. No sabía lo que tú querías. Pero le dije que yo no quería que pintaran a mi esposa, colgada en un salón para que la multitud la mirara. Perteneciendo a otro hombre. Porque, por supuesto, no podría comprar el cuadro. Así que, aunque hubieras querido que te pintaran, Luz de Luna, tu tiránico marido no lo habría permitido. Tierney se quedó un poco desconcertado. No está acostumbrado a que lo rechacen así. Sus peticiones son casi como las de la realeza.

— Pero nosotros somos proscritos — rio Valancy —. No nos inclinamos ante ningún decreto, no reconocemos ninguna soberanía.

En su corazón, pensó sin vergüenza:

«Ojalá Olive pudiera saber que Allan Tierney quería pintarme. ¡A mí! A la pequeña y solterona Valancy Stirling que fui».

Su segundo momento maravilloso llegó una tarde de mayo. Se dio cuenta de que a Barney realmente le gustaba. Siempre había esperado que así fuera, pero a veces tenía un pequeño, desagradable y persistente temor de que él solo fuera amable, simpático y sociable por piedad; sabiendo que no le quedaba mucho tiempo de vida y decidido a que se lo pasara bien mientras viviera; pero en el fondo de su mente, más bien esperando la libertad de nuevo, sin ninguna criatura femenina intrusa en su fortaleza isleña y sin ninguna cosa parlanchina a su lado en sus merodeos por el bosque. Sabía que nunca podría amarla. Ni siquiera quería que lo hiciera. Si la amaba,

sería infeliz cuando ella muriera — Valancy nunca vacilaba ante la palabra clara. Nada de «fallecer» para ella. Y no quería que él fuera lo más mínimo infeliz. Pero tampoco quería que estuviera contento, o aliviado. Quería que le gustara y la echara de menos como a una buena amiga. Pero nunca había estado segura hasta esa noche de que así fuera.

Habían caminado por las colinas al atardecer. Tuvieron el deleite de descubrir un manantial virgen en una hondonada cubierta de helechos y habían bebido juntos de él en una taza de corteza de abedul; habían llegado a una vieja valla de raíles en ruinas y se habían sentado en ella durante mucho tiempo. No hablaron mucho, pero Valancy tuvo una curiosa sensación de unidad. Sabía que no podría haber sentido eso si a él no le gustara.

—¡Qué encanto de criatura! —dijo Barney de repente—. ¡Oh, qué encanto de criatura! A veces siento que eres demasiado encantadora para ser real, que solo te estoy soñando.

«¡Por qué no puedo morir ahora, en este mismo instante, cuando soy tan feliz!», pensó Valancy.

Bueno, no podía faltar mucho. De alguna manera, Valancy siempre había sentido que viviría el año que el Dr. Trent le había asignado. No había tenido cuidado, nunca había intentado tenerlo. Pero, de alguna manera, siempre había contado con vivir su año. No se había permitido pensar en ello en absoluto. Pero ahora, sentada aquí junto a Barney, con su mano en la de él, una repentina comprensión la invadió. Hacía mucho tiempo que no tenía un ataque al corazón, dos meses al menos. El último que había tenido fue dos o tres noches antes de que Barney estuviera fuera en la tormenta. Desde entonces no había recordado que tenía un corazón. Bueno, sin duda, presagiaba la cercanía del fin. La naturaleza había abandonado la lucha. No habría más dolor.

«Me temo que el cielo será muy aburrido después de este último año», pensó Valancy. «Pero quizás una no recordará. ¿Sería eso... agradable? No, no. No quiero olvidar a Barney. Preferiría ser miserable en el cielo recordándolo que feliz olvidándolo. Y siempre recordaré a lo largo de toda la eternidad... que realmente, realmente le gustaba».

CAPÍTULO XXXV

Treinta segundos pueden ser muy largos a veces. Lo suficientemente largos como para obrar un milagro o una revolución. En treinta segundos, la vida cambió por completo para Barney y Valancy Snaith.

Habían rodeado el lago una tarde de junio en su lancha de hélice retráctil, pescado durante una hora en un pequeño arroyo, dejado su barca allí, y caminado por el bosque hasta Port Lawrence, a dos millas de distancia. Valancy merodeó un poco por las tiendas y se compró un nuevo par de zapatos sensatos. Su viejo par se había rendido súbita y completamente, y esa tarde se había visto obligada a ponerse el pequeño y elegante par de charol con tacones bastante altos y delgados, que había comprado en un arrebató de locura un día de invierno por su belleza y porque quería hacer una compra tonta y extravagante en su vida. A veces se los ponía por la tarde en el Castillo Azul, pero era la primera vez que los usaba fuera. No le había resultado nada fácil caminar por el bosque con ellos, y Barney se burló de ella sin piedad. Pero a pesar del inconveniente, a Valancy secretamente le gustaba bastante el aspecto de sus tobillos esbeltos y su empeine alto sobre esos zapatos bonitos y tontos y no se los cambió en la tienda como podría haber hecho.

El sol colgaba bajo sobre los pinos cuando salieron de Port Lawrence. Al norte de la ciudad, los bosques la rodeaban de repente. Valancy siempre tenía la sensación de pasar de un mundo a otro —de la realidad al país de las hadas— cuando salía de Port Lawrence y en un abrir y cerrar de ojos lo encontraba cerrado detrás de ella por los ejércitos de los pinos.

A una milla y media de Port Lawrence había una pequeña estación de ferrocarril con una pequeña caseta que a esa hora del día estaba desierta, ya que no se esperaba ningún tren local. No se veía un alma cuando Barney y Valancy salieron del bosque. A la izquierda, una curva repentina en la vía la ocultaba de la vista, pero sobre las copas de los árboles más allá, la larga

pluma de humo anunciaba la proximidad de un tren de largo recorrido. Los raíles vibraban con su trueno cuando Barney cruzó el desvío. Valancy iba unos pasos detrás de él, entreteniéndose en recoger campanillas de junio a lo largo del pequeño y sinuoso sendero. Pero había tiempo de sobra para cruzar antes de que llegara el tren. Pasó despreocupadamente sobre el primer raíl.

Nunca pudo contar cómo sucedió. Los siguientes treinta segundos siempre le parecieron en su recuerdo como una pesadilla caótica en la que soportó la agonía de mil vidas.

El tacón de su zapato bonito y tonto se enganchó en una grieta del desvío. No pudo soltarlo.

—¡Barney... Barney! —llamó alarmada.

Barney se dio la vuelta, vio su aprieto, vio su rostro ceniciento, y se lanzó hacia atrás. Intentó liberarla, intentó arrancar su pie de la prisión que lo sujetaba. En vano. En un momento el tren tomaría la curva, estaría sobre ellos.

—¡Vete... vete... rápido... te matarán, Barney! —chilló Valancy, intentando apartarlo.

Barney se arrodilló, blanco como un fantasma, rasgando frenéticamente el cordón de su zapato. El nudo desafiaba sus dedos temblorosos. Sacó un cuchillo de su bolsillo y lo cortó de un tajo. Valancy todavía se esforzaba ciegamente por apartarlo. Su mente estaba llena del horrible pensamiento de que Barney iba a morir. No pensaba en su propio peligro.

—Barney... vete... vete... ¡por el amor de Dios... vete!

—¡Nunca! —murmuró Barney entre dientes. Dio un tirón loco al cordón. Mientras el tren tronaba al tomar la curva, se levantó de un salto y agarró a Valancy, arrastrándola para liberarla, dejando el zapato atrás. El viento del tren al pasar convirtió en un frío glacial el sudor que le corría por la cara.

—¡Gracias a Dios! —respiró.

Por un momento se quedaron estúpidamente mirándose el uno al otro, dos criaturas pálidas, temblorosas y de ojos desorbitados. Luego tropezaron hasta el pequeño banco al final de la caseta de la estación y se dejaron caer en él. Barney hundió la cara en las manos y no dijo ni una palabra. Valancy se quedó sentada, mirando fijamente al frente con ojos que no veían los

grandes pinares, los tocones del claro, los largos y relucientes raíles. Solo había un pensamiento en su mente aturdida, un pensamiento que parecía quemarla como una esquirra de fuego podría quemar su cuerpo.

El Dr. Trent le había dicho hacía más de un año que tenía una forma grave de enfermedad cardíaca, que cualquier excitación podría ser fatal.

Si eso era así, ¿por qué no estaba muerta ahora? ¿En este mismo instante? Acababa de experimentar tanta y tan terrible excitación como la mayoría de la gente experimenta en toda una vida, apiñada en esos interminables treinta segundos. Sin embargo, no había muerto por ello. No estaba ni un ápice peor. Un poco temblorosa de rodillas, como cualquiera lo estaría; un latido del corazón más rápido, como cualquiera lo tendría; nada más.

¡Por qué!

¿Era posible que el Dr. Trent hubiera cometido un error?

Valancy se estremeció como si un viento frío la hubiera helado de repente hasta el alma. Miró a Barney, encogido a su lado. Su silencio era muy elocuente. ¿Se le había ocurrido a él el mismo pensamiento? ¿Se encontró de repente enfrentado a la espantosa sospecha de que estaba casado, no por unos meses o un año, sino para siempre con una mujer que no amaba y que se le había impuesto con algún truco o mentira? Valancy sintió náuseas ante el horror de ello. No podía ser. Sería demasiado cruel, demasiado diabólico. El Dr. Trent no podía haber cometido un error. Imposible. Era uno de los mejores especialistas del corazón de Ontario. Era una tonta, estaba nerviosa por el horror reciente. Recordó algunos de los espantosos espasmos de dolor que había tenido. Debía de haber algo grave en su corazón para explicarlos.

Pero no había tenido ninguno en casi tres meses.

¿Por qué?

Al poco rato, Barney se movió. Se puso de pie, sin mirar a Valancy, y dijo casualmente:

—Supongo que será mejor que volvamos. El sol está bajando. ¿Estás en condiciones de seguir el resto del camino?

—Creo que sí —dijo Valancy miserablemente.

Barney cruzó el claro y recogió el paquete que se le había caído, el paquete que contenía sus zapatos nuevos. Se lo trajo y la dejó sacar los zapatos y ponérselos sin ninguna ayuda, mientras él se quedaba de espaldas a ella y miraba hacia los pinos.

Caminaron en silencio por el sendero sombrío hasta el lago. En silencio, Barney dirigió su barca hacia el milagro del atardecer que era Mistawis. En silencio, rodearon cabos plumosos y cruzaron bahías de coral y ríos de plata donde las canoas se deslizaban arriba y abajo en el resplandor del crepúsculo. En silencio, pasaron junto a cabañas que resonaban con música y risas. En silencio, atracaron en el embarcadero debajo del Castillo Azul.

Valancy subió los escalones de roca y entró en la casa. Se dejó caer miserablemente en la primera silla que encontró y se quedó allí mirando a través del mirador, ajena a los ronroneos frenéticos de alegría de Good Luck y a las miradas salvajes de protesta de Banjo por ocupar su silla.

Barney entró unos minutos más tarde. No se acercó a ella, pero se quedó detrás y le preguntó suavemente si se sentía peor por su experiencia. Valancy habría dado su año de felicidad por haber podido responder honestamente «Sí».

—No —dijo rotundamente.

Barney entró en la Cámara de Barba Azul y cerró la puerta. Le oyó pasear de un lado a otro, de un lado a otro. Nunca antes había paseado así.

¡Y hace una hora, solo hace una hora, había sido tan feliz!

CAPÍTULO XXXVI

Finalmente, Valancy se fue a la cama. Antes de irse, releyó la carta del Dr. Trent. La consoló un poco. Tan categórica. Tan segura. La escritura tan negra y firme. No era la escritura de un hombre que no sabía de lo que escribía. Pero no pudo dormir. Fingió estar dormida cuando Barney entró. Barney fingió dormirse. Pero Valancy sabía perfectamente que él no dormía más que ella. Sabía que estaba allí tumbado, mirando a través de la oscuridad. ¿Pensando en qué? ¿Intentando enfrentarse a qué?

Valancy, que había pasado tantas horas felices de vigilia nocturna tumbada junto a esa ventana, ahora pagó el precio de todas ellas en esta única noche de miseria. Un hecho horrible y portentoso se cernía lentamente ante ella desde la nebulosa de la conjetura y el miedo. No podía cerrar los ojos a ello, apartarlo, ignorarlo.

No podía haber nada grave en su corazón, sin importar lo que el Dr. Trent hubiera dicho. Si lo hubiera habido, esos treinta segundos la habrían matado. De nada servía recordar la carta y la reputación del Dr. Trent. Los más grandes especialistas cometían errores a veces. El Dr. Trent había cometido uno.

Hacia la mañana, Valancy cayó en un sueño intermitente con sueños ridículos. Uno de ellos era de Barney burlándose de ella por haberlo engañado. En su sueño, ella perdía los estribos y lo golpeaba violentamente en la cabeza con su rodillo de amasar. Él resultaba ser de cristal y se hacía añicos por todo el suelo. Se despertó con un grito de horror, un suspiro de alivio, una breve risa por lo absurdo de su sueño, un miserable y nauseabundo recuerdo de lo que había sucedido.

Barney se había ido. Valancy supo, como la gente a veces sabe las cosas —ineludiblemente, sin que se lo digan— que no estaba en la casa ni en la Cámara de Barba Azul tampoco. Había un curioso silencio en la sala de estar. Un silencio con algo de misterioso. El viejo reloj se había parado. Barney debía de haberse olvidado de darle cuerda, algo que nunca había hecho antes. La habitación sin él estaba muerta, aunque el sol entraba a raudales por el mirador y los reflejos de luz de las olas danzantes de más allá temblaban sobre las paredes.

La canoa no estaba, pero Lady Jane estaba bajo los árboles del continente. Así que Barney se había ido a la naturaleza. No volvería hasta la noche, quizás ni siquiera entonces. Debía de estar enfadado con ella. Ese

furioso silencio suyo debía de significar ira, una ira fría, profunda y justificable. Bueno, Valancy sabía lo que tenía que hacer primero. No sufría muy agudamente ahora. Sin embargo, la curiosa insensibilidad que invadía su ser era, en cierto modo, peor que el dolor. Era como si algo en ella hubiera muerto. Se obligó a cocinar y comer un poco de desayuno. Mecánicamente, puso el Castillo Azul en perfecto orden. Luego se puso el sombrero y el abrigo, cerró la puerta con llave, escondió la llave en el hueco del viejo pino y cruzó al continente en la lancha motora. Iba a Deerwood a ver al Dr. Trent. Debía saberlo.

CAPÍTULO XXXVII

El Dr. Trent la miró sin comprender y rebuscó entre sus recuerdos.

—Er... señorita... señorita...

—Señora Snaith —dijo Valancy en voz baja—. Era la señorita Valancy Stirling cuando vine a verle el pasado mayo, hace más de un año. Quería consultarle sobre mi corazón.

El rostro del Dr. Trent se aclaró.

—Oh, por supuesto. Ahora recuerdo. Realmente no tengo la culpa de no reconocerla. Ha cambiado, espléndidamente. Y se ha casado. Bueno, bueno, le ha sentado bien. No parece una inválida ahora, ¿eh? Recuerdo ese día. Estaba muy afectado. Oír lo de mi pobre Ned me dejó sin habla. Pero Ned está como nuevo y usted también, evidentemente. Se lo dije, sabe, le dije que no había nada de qué preocuparse.

Valancy lo miró.

—Usted me dijo, en su carta —dijo lentamente, con la extraña sensación de que otra persona hablaba por sus labios—, que tenía angina de pecho, en las últimas etapas, complicada con un aneurisma. Que podría morir en cualquier momento, que no podría vivir más de un año.

El Dr. Trent la miró fijamente.

—¡Imposible! —dijo sin comprender—. ¡No pude haberle dicho eso!

Valancy sacó su carta del bolso y se la entregó.

—Señorita Valancy Stirling —leyó—. Sí... sí. Por supuesto que le escribí, en el tren, esa noche. Pero le dije que no había nada grave...

—Lea su carta —insistió Valancy.

El Dr. Trent la sacó, la desdobló, la ojeó. Una expresión de consternación apareció en su rostro. Se levantó de un salto y paseó agitadamente por la habitación.

—¡Santo cielo! Esta es la carta que le iba a mandar a la vieja señorita Jane Sterling. De Port Lawrence. Ella también estuvo aquí ese día. Le envié la carta equivocada. ¡Qué descuido imperdonable! Pero estaba fuera de mí esa noche. Dios mío, y usted creyó eso, creyó... pero no lo hizo, fue a otro médico...

Valancy se puso de pie, se dio la vuelta, miró tontamente a su alrededor y volvió a sentarse.

—Lo creí —dijo débilmente—. No fui a ningún otro médico. Yo... yo... llevaría demasiado tiempo explicarlo. Pero creí que iba a morir pronto.

El Dr. Trent se detuvo ante ella.

—Nunca podré perdonármelo. ¡Qué año debe de haber tenido! Pero no parece... ¡no puedo entenderlo!

—No importa —dijo Valancy sordamente—. ¿Así que no le pasa nada a mi corazón?

—Bueno, nada grave. Tenía lo que se llama pseudoangina. Nunca es fatal, desaparece por completo con el tratamiento adecuado. O a veces con un shock de alegría. ¿Le ha molestado mucho?

—En absoluto desde marzo —respondió Valancy. Recordó la maravillosa sensación de recreación que había tenido al ver a Barney volver a casa sano y salvo después de la tormenta. ¿La había curado ese «shock de alegría»?

—Entonces probablemente esté bien. Le dije qué hacer en la carta que debería haber recibido. Y, por supuesto, supuse que iría a otro médico. Niña, ¿por qué no lo hizo?

—No quería que nadie lo supiera.

—Idiota —dijo el Dr. Trent sin rodeos—. No puedo entender tal locura. Y la pobre vieja señorita Sterling. Debió de recibir su carta, diciéndole que no había nada grave. Bueno, bueno, no habría hecho ninguna diferencia. Su caso era desesperado. Nada de lo que pudiera haber hecho o dejado de hacer habría marcado alguna diferencia. Me sorprendió que viviera tanto tiempo como lo hizo, dos meses. Estuvo aquí ese día, no mucho antes que usted. Odiaba decirle la verdad. Piensa que soy un viejo patán brusco, y mis cartas son bastante bruscas. No puedo suavizar las cosas. Pero soy un cobarde llorón cuando se trata de decirle a una mujer cara a cara que va a morir pronto. Le dije que investigaría algunas características del caso de las que no estaba muy seguro y que se lo haría saber al día siguiente. Pero usted recibió su carta; mire aquí, «Estimada señorita S-t-e-r-l-i-n-g».

—Sí. Lo noté. Pero pensé que era un error. No sabía que había Sterlings en Port Lawrence.

—Era la única. Un alma solitaria. Vivía sola con solo una pequeña criada. Murió dos meses después de estar aquí, murió mientras dormía. Mi error no pudo haberle supuesto ninguna diferencia. ¡Pero usted! No puedo perdonarme por infligirle un año de miseria. Ya es hora de que me jubile, sí señor, cuando hago cosas como esa, aunque se supusiera que mi hijo estaba fatalmente herido. ¿Podrá perdonarme alguna vez?

¡Un año de miseria! Valancy sonrió con una sonrisa torturada al pensar en toda la felicidad que el error del Dr. Trent le había comprado. Pero ahora lo estaba pagando, oh, lo estaba pagando. Si sentir era vivir, estaba viviendo con creces.

Dejó que el Dr. Trent la examinara y respondió a todas sus preguntas. Cuando le dijo que estaba en plena forma y que probablemente viviría hasta los cien años, se levantó y se fue en silencio. Sabía que había muchas cosas

horribles afuera esperando a ser pensadas. El Dr. Trent pensó que era extraña. Cualquiera habría pensado, por sus ojos desesperanzados y su rostro desolado, que le había dado una sentencia de muerte en lugar de vida. ¿Snaith? ¿Snaith? ¿Con quién diablos se había casado? Nunca había oído hablar de Snaiths en Deerwood. Y había sido una solterona tan cetrina, marchita y pequeña. ¡Vaya, pero el matrimonio le había sentado de maravilla, en cualquier caso, fuera quien fuese Snaith! ¿Snaith? El Dr. Trent recordó. ¡Ese granuja de «allá atrás»! ¿Se había casado Valancy Stirling con él? ¡Y su clan lo había permitido! Bueno, probablemente eso resolvía el misterio. Se había casado a toda prisa y se había arrepentido con calma, y por eso no estaba encantada de saber que, después de todo, era una buena candidata para un seguro. ¡Casada! ¡Con Dios sabe quién! ¡O qué! ¿Pájaro de cuenta? ¿Desfalcador? ¿Fugitivo de la justicia? Debía de ser bastante malo si había mirado a la muerte como una liberación, pobre chica. Pero, ¿por qué las mujeres eran tan tontas? El Dr. Trent apartó a Valancy de su mente, aunque hasta el día de su muerte se avergonzó de haber metido esas cartas en los sobres equivocados.

CAPÍTULO XXXVIII

Valancy caminó rápidamente por las calles traseras y por el Paseo de los Amantes. No quería encontrarse con nadie que conociera. Ni siquiera quería encontrarse con gente que no conocía. Odiaba que la vieran. Su mente estaba tan confusa, tan desgarrada, tan desordenada. Sentía que su apariencia debía ser la misma. Soltó un suspiro de alivio entrecortado al dejar atrás el pueblo y encontrarse en el camino de «allá atrás». Había poco temor de encontrarse con alguien conocido aquí. Los coches que pasaban veloces junto a ella con chirridos estridentes estaban llenos de extraños. Uno de ellos es-

taba abarrotado de jóvenes que pasaron como un torbellino cantando a voz en cuello:

«Mi mujer tiene fiebre, oh sí,
Mi mujer tiene fiebre, oh sí,
Mi mujer tiene fiebre,
Oh, espero que no se le pase,
Porque quiero volver a ser soltero».

Valancy se estremeció como si uno de ellos se hubiera inclinado desde el coche y le hubiera cortado la cara con un látigo.

Había hecho un pacto con la muerte y la muerte la había engañado. Ahora la vida se burlaba de ella. Había atrapado a Barney. Lo había atrapado para que se casara con ella. Y el divorcio era tan difícil de conseguir en Ontario. Tan caro. Y Barney era pobre.

Con la vida, el miedo había vuelto a su corazón. Miedo nauseabundo. Miedo de lo que Barney pensaría. Diría. Miedo del futuro que debía vivirse sin él. Miedo de su clan insultado y repudiado.

Había bebido un trago de una copa divina y ahora se la habían arrebatado de los labios. Sin una muerte amable y amistosa que la rescatara. Debía seguir viviendo y anhelándola. Todo estaba estropeado, manchado, desfigurado. Incluso ese año en el Castillo Azul. Incluso su amor desvergonzado por Barney. Había sido hermoso porque la muerte esperaba. Ahora era solo sórdido porque la muerte se había ido. ¿Cómo podía alguien soportar algo insoportable?

Debía volver y decírselo. Hacerle creer que no había tenido la intención de engañarlo; debía hacerle creer eso. Debía despedirse de su Castillo Azul y regresar a la casa de ladrillos de la calle Elm. De vuelta a todo lo que había creído dejar atrás para siempre. La vieja esclavitud, los viejos miedos. Pero eso no importaba. Todo lo que importaba ahora era que Barney, de alguna manera, creyera que no lo había engañado conscientemente.

Cuando Valancy llegó a los pinos junto al lago, una visión sorprendente la sacó de su aturdimiento de dolor. Allí, aparcado al lado de la vieja, destartalada y andrajosa Lady Jane, había otro coche. Un coche maravil-

loso. Un coche púrpura. No un púrpura oscuro y regio, sino un púrpura chillón y estridente. Brillaba como un espejo y su interior indicaba claramente la casta automovilística de Vere de Vere. En el asiento del conductor se sentaba un chófer altivo con librea. Y en la parte trasera se sentaba un hombre que abrió la puerta y saltó ágilmente mientras Valancy bajaba por el sendero hacia el embarcadero. Se quedó de pie bajo los pinos esperándola y Valancy captó cada detalle de él.

Un hombre bajo, robusto y regordete, con una cara ancha, rubicunda y de buen humor, una cara bien afeitada, aunque un diablillo no paralizado en el fondo de la mente paralizada de Valancy sugirió el pensamiento: «Una cara así debería tener un flequillo de patillas blancas». Gafas anticuadas con montura de acero sobre ojos azules prominentes. Una boca fruncida; una nariz pequeña, redonda y nudosa. ¿Dónde... dónde... dónde, buscó Valancy, había visto esa cara antes? Le parecía tan familiar como la suya propia.

El extraño llevaba un sombrero verde y un abrigo de color cervatillo claro sobre un traje de un llamativo estampado a cuadros. Su corbata era de un verde brillante de tono más claro; en la mano regordeta que extendió para interceptar a Valancy, un enorme diamante le guiñó un ojo. Pero tenía una sonrisa agradable y paternal, y en su voz cordial y sin modular había un timbre de algo que la atraía.

—¿Puede decirme, señorita, si esa casa de allá pertenece a un señor Redfern? Y si es así, ¿cómo puedo llegar a ella?

¡Redfern! Una visión de frascos pareció danzar ante los ojos de Valancy: frascos largos de amargo, frascos redondos de tónico capilar, frascos cuadrados de linimento, frascos pequeños, corpulentos y cortos de píldoras púrpuras, y todos ellos llevando esa cara de luna muy próspera y radiante y gafas con montura de acero en la etiqueta.

¡El Dr. Redfern!

—No —dijo Valancy débilmente—. No, esa casa pertenece al señor Snaith.

El Dr. Redfern asintió.

—Sí, entiendo que Bernie se ha estado haciendo llamar Snaith. Bueno, es su segundo nombre, era el de su pobre madre. Bernard Snaith Redfern, ese es él. Y ahora, señorita, ¿puede decirme cómo llegar a esa isla? Nadie

parece estar en casa. He hecho algunas señas y gritos. Henry, allí, no quiso gritar. Es un hombre de un solo trabajo. Pero el viejo Doc Redfern todavía puede gritar con los mejores, y no se rebaja a hacerlo. No consiguió más que un par de cuervos. Supongo que Bernie está fuera por el día.

—Estaba fuera cuando me fui esta mañana —dijo Valancy—. Supongo que aún no ha vuelto a casa.

Habló de manera plana y sin tono. Este último shock la había privado temporalmente de cualquier pequeño poder de razonamiento que le hubiera quedado por la revelación del Dr. Trent. En el fondo de su mente, el diablillo antes mencionado repetía burlonamente un viejo y tonto proverbio: «A perro flaco, todo son pulgas». Pero no estaba intentando pensar. ¿De qué servía?

El Dr. Redfern la miraba perplejo.

—¿Cuando se fue esta mañana? ¿Vive usted... allí?

Hizo un gesto con su diamante hacia el Castillo Azul.

—Por supuesto —dijo Valancy estúpidamente—. Soy su esposa.

El Dr. Redfern sacó un pañuelo de seda amarillo, se quitó el sombrero y se secó la frente. Era muy calvo, y el diablillo de Valancy susurró: «¿Por qué ser calvo? ¿Por qué perder tu belleza viril? Prueba el Vigor Capilar de Redfern. Te mantiene joven».

—Disculpe —dijo el Dr. Redfern—. Esto es un poco un shock.

—Los shocks parecen estar en el aire esta mañana. —El diablillo dijo esto en voz alta antes de que Valancy pudiera evitarlo.

—No sabía que Bernie estaba... casado. No pensé que se hubiera casado sin decírselo a su viejo padre.

¿Estaban los ojos del Dr. Redfern empañados? En medio de su propio sordo dolor de miseria, miedo y pavor, Valancy sintió una punzada de piedad por él.

—No lo culpe —dijo apresuradamente—. No... no fue su culpa. Fue... todo cosa mía.

—No le pidió usted que se casara con usted, supongo —dijo el Dr. Redfern con un destello de humor—. Podría habérmelo hecho saber. Habría conocido a mi nuera antes si lo hubiera hecho. Pero me alegro de conocerla ahora, querida, muy contento. Parece una joven sensata. Solía temer que Barney eligiera a alguna cosita bonita solo porque era guapa. Todas iban detrás de él, por supuesto. ¿Querían su dinero? ¿Eh? No les gustaban las píldoras y los amargos, pero les gustaban los dólares. ¿Eh? Querían meter sus deditos bonitos en los millones del viejo Doc. ¿Eh?

—¡Millones! —dijo Valancy débilmente. Deseó poder sentarse en algún sitio, deseó tener la oportunidad de pensar, deseó que ella y el Castillo Azul pudieran hundirse en el fondo de Mistawis y desaparecer de la vista humana para siempre.

—Millones —dijo el Dr. Redfern complacientemente—. Y Bernie los abandona por... eso. —De nuevo agitó el diamante con desprecio hacia el Castillo Azul—. ¿No crees que debería tener más sentido común? Y todo por una chica pálida. Debe de habérsele pasado ese sentimiento, en cualquier caso, ya que está casado. Debes convencerlo de que vuelva a la civilización. Es una tontería desperdiciar su vida así. ¿No va a llevarme a su casa, querida? Supongo que tiene alguna forma de llegar allí.

—Por supuesto —dijo Valancy estúpidamente. Lo guio hasta la pequeña cala donde estaba acurrucada la lancha de hélice retráctil.

—¿Quiere venir también su... su hombre?

—¿Quién? Henry. Él no. Míralo sentado allí desaprobando. Desaprueba toda la expedición. El sendero desde la carretera casi le da un ataque. Bueno, era un camino diabólico para meter un coche. ¿De quién es ese cacharro viejo de ahí arriba?

—De Barney.

—¡Santo Dios! ¿Bernie Redfern viaja en una cosa así? Parece la tatarabuela de todos los Fords.

—No es un Ford. Es un Grey Slosson —dijo Valancy enérgicamente. Por alguna razón oculta, el ridículo de buen humor del Dr. Redfern hacia la querida y vieja Lady Jane la picó y la devolvió a la vida. Una vida que era todo dolor, pero aún así vida. Mejor que la horrible semi-muerte y semi-vida de los últimos minutos, o años. Indicó al Dr. Redfern con brusquedad

que subiera a la barca y lo llevó al Castillo Azul. La llave todavía estaba en el viejo pino; la casa, todavía silenciosa y desierta. Valancy llevó al doctor a través de la sala de estar hasta el porche del oeste. Al menos debía estar donde había aire. Todavía hacía sol, pero en el suroeste una gran nube de tormenta, con crestas blancas y gargantas de sombra púrpura, se elevaba lentamente sobre Mistawis. El doctor se dejó caer con un jadeo en una silla rústica y volvió a secarse la frente.

—Calor, ¿eh? ¡Señor, qué vista! Me pregunto si ablandaría a Henry si pudiera verla.

—¿Ha almorzado? —preguntó Valancy.

—Sí, querida, almorcé antes de salir de Port Lawrence. No sabía a qué clase de guarida de ermitaño salvaje veníamos, ya ves. No tenía ni idea de que iba a encontrar una nuera simpática aquí, lista para prepararme una comida. Gatos, ¿eh? ¡Misi, misi! Mira eso. A los gatos les encanto. ¡A Bernie siempre le han gustado los gatos! Es casi lo único que sacó de mí. Es el hijo de su pobre madre.

Valancy había estado pensando ociosamente que Barney debía de parecerse a su madre. Se había quedado de pie junto a los escalones, pero el Dr. Redfern le indicó el columpio.

—Siéntese, querida. Nunca se quede de pie cuando pueda sentarse. Quiero ver bien a la esposa de Barney. Bueno, bueno, me gusta su cara. No es una belleza, no le importa que lo diga, supongo que tiene suficiente sentido común para saberlo. Siéntese.

Valancy se sentó. Verse obligada a quedarse quieta cuando la agonía mental nos insta a pasear de un lado a otro es el refinamiento de la tortura. Cada nervio de su ser clamaba por estar sola, por esconderse. Pero tenía que sentarse y escuchar al Dr. Redfern, a quien no le importaba hablar en absoluto.

—¿Cuándo cree que volverá Bernie?

—No lo sé, probablemente no antes de la noche.

—¿Adónde fue?

—Tampoco lo sé. Probablemente al bosque, allá atrás.

—¿Así que tampoco le cuenta sus idas y venidas? Bernie siempre fue un diablillo reservado. Nunca lo entendí. Igual que su pobre madre. Pero lo quería mucho. Me dolió cuando desapareció como lo hizo. Hace once años. No he visto a mi chico en once años.

—Once años. —Valancy se sorprendió—. Solo han pasado seis desde que vino aquí.

—Oh, antes de eso estuvo en el Klondike, y por todo el mundo. Solía escribirme una nota de vez en cuando, nunca daba ninguna pista de dónde estaba, pero solo una nota para decir que estaba bien. Supongo que le ha contado todo sobre ello.

—No. No sé nada de su vida pasada —dijo Valancy con repentina avidez. Quería saber, debía saber ahora. Antes no importaba. Ahora debía saberlo todo. Y nunca podría oírlo de Barney. Quizás nunca volviera a verlo. Si lo hacía, no sería para hablar de su pasado.

—¿Qué pasó? ¿Por qué dejó su hogar? Cuéntemelo. Cuéntemelo.

—Bueno, no es una gran historia. Solo un joven tonto que se volvió loco por una pelea con su chica. Solo que Bernie era un tonto terco. Siempre terco. Nunca podías hacer que ese chico hiciera algo que no quisiera. Desde el día en que nació. Sin embargo, siempre fue un chico tranquilo y gentil también. Bueno como el oro. Su pobre madre murió cuando solo tenía dos años. Yo acababa de empezar a hacer dinero con mi Vigor Capilar. Había soñado la fórmula, ya ve. ¡Vaya sueño! El dinero entraba a raudales. Bernie tenía todo lo que quería. Lo envié a las mejores escuelas, escuelas privadas. Quería hacer de él un caballero. Yo nunca tuve ninguna oportunidad. Quería que él tuviera todas las oportunidades. Pasó por McGill. Sacó honores y todo eso. Quería que se dedicara al derecho. Él anhelaba el periodismo y cosas así. Quería que le comprara un periódico, o que lo respaldara en la publicación de lo que él llamaba una «revista canadiense real, valiosa y honesta». Supongo que lo habría hecho, siempre hacía lo que él quería. ¿No era todo lo que tenía para vivir? Quería que fuera feliz. Y nunca fue feliz. ¿Puede creerlo? No es que lo dijera. Pero siempre tuve la sensación de que no era feliz. Todo lo que quería, todo el dinero que podía gastar, su propia cuenta bancaria, viajar, ver el mundo, pero no era feliz. No hasta que se enamoró de Ethel Traverse. Entonces fue feliz por un corto tiempo.

La nube había alcanzado el sol y una gran sombra fría y púrpura se extendió rápidamente sobre Mistawis. Tocó el Castillo Azul, lo envolvió. Valancy se estremeció.

—Sí —dijo, con dolorosa avidez, aunque cada palabra le cortaba el corazón—. ¿Cómo... era... ella?

—La chica más guapa de Montreal —dijo el Dr. Redfern—. Oh, era una belleza, sí señor. ¿Eh? Pelo dorado, brillante como la seda, ojos grandes, suaves y negros, piel como leche y rosas. No es de extrañar que Bernie se enamorara de ella. Y cerebro también. No era una tontita. Licenciada en Letras por McGill. De pura raza, también. Una de las mejores familias. Pero un poco escasa de dinero. ¡Eh! Bernie estaba loco por ella. El joven tonto más feliz que hayas visto. Entonces... la ruptura.

—¿Qué pasó? —Valancy se había quitado el sombrero y clavaba y sacaba distraídamente un alfiler en él. Good Luck ronroneaba a su lado. Banjo miraba al Dr. Redfern con sospecha. Nip y Tuck graznaban perezosamente en los pinos. Mistawis llamaba. Todo era igual. Nada era igual. Hacía cien años desde ayer. Ayer, a esta hora, ella y Barney habían estado comiendo una cena tardía aquí con risas. ¿Risas? Valancy sintió que había terminado con la risa para siempre. Y con las lágrimas, por cierto. Ya no las necesitaba.

—Maldita sea si lo sé, querida. Alguna pelea tonta, supongo. Bernie simplemente se largó, desapareció. Me escribió desde el Yukón. Dijo que su compromiso estaba roto y que no volvería. Y que no intentara buscarlo porque nunca volvería. No lo hice. ¿De qué servía? Conocía a Bernie. Seguí acumulando dinero porque no había nada más que hacer. Pero me sentía muy solo. Todo por lo que vivía eran esas pequeñas notas de vez en cuando de Bernie: Klondike, Inglaterra, Sudáfrica, China, todas partes. Pensé que quizás volvería algún día con su viejo y solitario padre. Luego, hace seis años, incluso las cartas cesaron. No oí una palabra de él ni de él hasta la Navidad pasada.

—¿Escribió?

—No. Pero giró un cheque por quince mil dólares de su cuenta bancaria. El director del banco es amigo mío, uno de mis mayores accionistas. Siempre me había prometido que me avisaría si Bernie giraba algún cheque.

Bernie tenía cincuenta mil allí. Y nunca había tocado un céntimo hasta la Navidad pasada. El cheque estaba a nombre de Aynsley's, Toronto...

—¿Aynsley's? —Valancy se oyó decir ¡Aynsley's! Tenía una caja en su tocador con la marca de Aynsley.

—Sí. La gran joyería de allí. Después de pensarlo un rato, me puse en marcha. Quería localizar a Bernie. Tenía una razón especial para ello. Era hora de que dejara su tonta vida de vagabundo y entrara en razón. Girar esos quince me dijo que algo se cocía. El director se comunicó con los Aynsley —su esposa era una Aynsley— y descubrió que Bernard Redfern había comprado un collar de perlas allí. Su dirección era Apartado 444, Port Lawrence, Muskoka, Ontario. Primero pensé en escribir. Luego pensé en esperar a la temporada abierta para los coches y venir yo mismo. No soy bueno para escribir. He venido en coche desde Montreal. Llegué a Port Lawrence ayer. Pregunté en la oficina de correos. Me dijeron que no sabían nada de ningún Bernard Snaith Redfern, pero que había un Barney Snaith que tenía un apartado de correos allí. Vivía en una isla por aquí, dijeron. Así que aquí estoy. ¿Y dónde está Barney?

Valancy estaba manoseando su collar. Llevaba quince mil dólares alrededor del cuello. Y se había preocupado por si Barney había pagado quince dólares por él y no podía permitírselo. De repente, se rio en la cara del Dr. Redfern.

—Disculpe. Es tan... divertido —dijo la pobre Valancy.

—¿No es cierto? —dijo el Dr. Redfern, viendo un chiste, pero no exactamente el suyo—. Ahora, parece usted una joven sensata, y me atrevería a decir que tiene mucha influencia sobre Bernie. ¿No puede convencerlo de que vuelva a la civilización y viva como los demás? Tengo una casa allá arriba. Grande como un castillo. Amueblada como un palacio. Quiero compañía en ella: la esposa de Bernie, los hijos de Bernie.

—¿Se casó alguna vez Ethel Traverse? —inquirió Valancy irrelevante.

—¡Claro que sí! Dos años después de que Bernie se fugara. Pero ahora es viuda. Tan guapa como siempre. Para ser franco, esa era mi razón especial para querer encontrar a Bernie. Pensé que quizás se reconciliarían. Pero, por supuesto, eso ya no es posible. No importa. La elección de esposa de Bernie

es suficiente para mí. Es a mi chico a quien quiero. ¿Cree que volverá pronto?

—No lo sé. Pero no creo que venga antes de la noche. Bastante tarde, quizás. Y quizás no hasta mañana. Pero puedo alojarlo cómodamente. Seguramente volverá mañana.

El Dr. Redfern negó con la cabeza.

—Demasiado húmedo. No me arriesgaré con el reumatismo.

«¿Por qué sufrir esa angustia incesante? ¿Por qué no probar el Linimento de Redfern?», citó el diablillo en el fondo de la mente de Valancy.

—Debo volver a Port Lawrence antes de que empiece a llover. Henry se vuelve loco cuando se le mancha el coche de barro. Pero volveré mañana. Mientras tanto, convenza a Bernie para que entre en razón.

Le estrechó la mano y le dio una palmadita amable en el hombro. Parecía que la habría besado, con un poco de ánimo, pero Valancy no se lo dio. No es que le hubiera importado. Era bastante terrible y ruidoso, y... y... terrible. Pero había algo en él que le gustaba. Pensó sordamente que podría haberle gustado ser su nuera si no hubiera sido millonario. Veinte veces más. Y Barney era su hijo, y heredero.

Lo llevó en la lancha motora y vio el majestuoso coche púrpura alejarse por el bosque con Henry al volante, con una expresión que decía cosas que no es lícito pronunciar. Luego volvió al Castillo Azul. Lo que tenía que hacer debía hacerse rápidamente. Barney podría regresar en cualquier momento. Y ciertamente iba a llover. Agradeció ya no sentirse muy mal. Cuando te aporrean la cabeza repetidamente, natural y misericordiosamente te vuelves más o menos insensible y estúpido.

Se quedó brevemente como una flor marchita mordida por la escarcha, junto al hogar, mirando las cenizas blancas del último fuego que había ardiendo en el Castillo Azul.

«En cualquier caso —pensó cansadamente—, Barney no es pobre. Podrá permitirse un divorcio. Con toda comodidad».

CAPÍTULO XXXIX

Debía escribir una nota. El diablillo en el fondo de su mente se rio. En cada historia que había leído, cuando una esposa fugitiva se marchaba de casa dejaba una nota, generalmente en el alfiletero. No era una idea muy original. Pero había que dejar algo inteligible. ¿Qué otra cosa se podía hacer sino escribir una nota? Miró vagamente a su alrededor en busca de algo con qué escribir. ¿Tinta? No había. Valancy no había escrito nada desde que llegó al Castillo Azul, salvo memorandos de necesidades domésticas para Barney. Un lápiz bastaba para eso, pero ahora no encontraba el lápiz. Valancy, distraídamente, se dirigió a la puerta de la Cámara de Barba Azul y la probó. Esperaba vagamente encontrarla cerrada con llave, pero se abrió sin resistencia. Nunca la había probado antes, y no sabía si Barney la mantenía habitualmente cerrada con llave o no. Si lo hacía, debía de haber estado muy alterado para dejarla abierta. No se dio cuenta de que estaba haciendo algo que él le había dicho que no hiciera. Solo buscaba algo con qué escribir. Todas sus facultades estaban concentradas en decidir qué diría y cómo lo diría. No había la más mínima curiosidad en ella cuando entró en el cobertizo.

No había mujeres hermosas colgadas de los pelos en las paredes. Parecía un apartamento muy inofensivo, con una pequeña estufa de chapa de hierro en el medio, su tubo saliendo por el techo. En un extremo había una mesa o mostrador lleno de utensilios de aspecto extraño. Usados sin duda por Barney en sus operaciones malolientes. Experimentos químicos, probablemente, reflexionó sordamente. En el otro extremo había un gran escritorio y una silla giratoria. Las paredes laterales estaban forradas de libros.

Valancy se dirigió ciegamente al escritorio. Allí se quedó inmóvil unos minutos, mirando algo que yacía sobre él. Un fajo de pruebas de imprenta. La página de arriba llevaba el título Miel Silvestre, y bajo el título estaban las palabras «por John Foster».

La frase inicial: «Los pinos son los árboles del mito y la leyenda. Hunden sus raíces profundamente en las tradiciones de un mundo más antiguo, pero el viento y las estrellas aman sus altas copas. Qué música cuando el viejo Eolo pasa su arco por las ramas de los pinos...». Le había oído a Barney decir eso un día mientras caminaban bajo ellos.

¡Así que Barney era John Foster!

Valancy no se emocionó. Había absorbido todos los shocks y sensaciones que podía asimilar por un día. Esto no le afectó de una manera u otra. Solo pensó:

«Así que esto lo explica».

«Esto» era un asunto pequeño que, de alguna manera, se le había quedado grabado en la mente con más persistencia de lo que su importancia parecía justificar. Poco después de que Barney le trajera el último libro de John Foster, había estado en una librería de Port Lawrence y oyó a un cliente pedirle al propietario el nuevo libro de John Foster. El propietario había dicho secamente: «Aún no ha salido. No saldrá hasta la semana que viene».

Valancy había abierto los labios para decir: «Oh, sí, sí que ha salido», pero los volvió a cerrar. Después de todo, no era asunto suyo. Supuso que el propietario quería encubrir su negligencia al no haber recibido el libro a tiempo. Ahora lo sabía. El libro que Barney le había dado había sido uno de los ejemplares de cortesía del autor, enviado por adelantado.

¡Bueno! Valancy apartó las pruebas con indiferencia y se sentó en la silla giratoria. Cogió la pluma de Barney —y era una pluma pésima—, acercó una hoja de papel y empezó a escribir. No se le ocurría nada que decir excepto los hechos escuetos.

«Querido Barney:

Fui a ver al Dr. Trent esta mañana y descubrí que me había enviado la carta equivocada por error. Nunca hubo nada grave en mi corazón y ahora estoy completamente bien.

No quise engañarte. Por favor, créelo. No podría soportarlo si no lo creyeras. Siento mucho el error. Pero seguro que puedes conseguir el divorcio si te dejas. ¿Es el abandono de hogar una causa de divorcio en Canadá? Por

supuesto, si hay algo que pueda hacer para ayudar o acelerarlo, lo haré con gusto, si tu abogado me lo hace saber.

Te agradezco toda tu amabilidad conmigo. Nunca lo olvidaré. Piensa en mí con la mayor amabilidad posible, porque no quise atraparte. Adiós.

Agradecidamente tuya,

VALANCY.»

Era muy frío y rígido, lo sabía. Pero intentar decir cualquier otra cosa sería peligroso, como derribar una presa. No sabía qué torrente de incoherencias salvajes y angustia apasionada podría derramarse. En una posdata añadió:

«Tu padre estuvo aquí hoy. Vuelve mañana. Me lo contó todo. Creo que deberías volver con él. Te echa mucho de menos».

Puso la carta en un sobre, escribió «Barney» en él y la dejó en el escritorio. Sobre ella depositó el collar de perlas. Si hubieran sido las cuentas que creía que eran, las habría guardado en recuerdo de ese año maravilloso. Pero no podía quedarse con el regalo de quince mil dólares de un hombre que se había casado con ella por piedad y a quien ahora estaba dejando. Le dolía renunciar a su bonita baratija. Era algo extraño, reflexionó. El hecho de que estuviera dejando a Barney no le dolía, todavía. Yacía en su corazón como una cosa fría e insensible. Si cobrara vida... Valancy se estremeció y salió.

Se puso el sombrero y mecánicamente dio de comer a Good Luck y a Banjo. Cerró la puerta con llave y escondió cuidadosamente la llave en el viejo pino. Luego cruzó al continente en la lancha de hélice retráctil. Se detuvo un momento en la orilla, mirando su Castillo Azul. La lluvia aún no había llegado, pero el cielo estaba oscuro, y Mistawis gris y hosco. La casita bajo los pinos parecía muy patética: un cofre al que le han robado sus joyas, una lámpara con la llama apagada.

«Nunca más oiré el viento llorar sobre Mistawis por la noche», pensó Valancy. Esto también le dolía. Podría haberse reído de pensar que una insignificancia así pudiera dolerle en un momento como ese.

CAPÍTULO XL

Valancy se detuvo un momento en el porche de la casa de ladrillos de la calle Elm. Sintió que debería llamar como una extraña. Su rosal, notó distraídamente, estaba cargado de capullos. La planta de caucho estaba junto a la puerta remilgada. Un horror momentáneo la invadió, un horror de la existencia a la que regresaba. Luego abrió la puerta y entró.

«Me pregunto si el Hijo Pródigo se sintió alguna vez realmente en casa de nuevo», pensó.

La señora Frederick y la prima Stickles estaban en la sala de estar. El tío Benjamin también estaba allí. Miraron a Valancy sin comprender, dándose cuenta al instante de que algo andaba mal. Esta no era la criatura descarada e insolente que se había reído de ellos en esta misma habitación el verano pasado. Esta era una mujer de rostro gris con los ojos de una criatura que había sido golpeada por un golpe mortal.

Valancy miró indiferentemente alrededor de la habitación. Ella había cambiado tanto, y esta había cambiado tan poco. Los mismos cuadros colgaban de las paredes. La pequeña huérfana que se arrodillaba en su oración nunca terminada junto a la cama donde reposaba el gatito negro que nunca creció para convertirse en gato. El «grabado en acero» gris de Quatre Bras, donde el regimiento británico resistía para siempre. La ampliación al carboncillo del padre juvenil que nunca había conocido. Allí colgaban todos en los mismos lugares. La cascada verde de la «hierba de los judíos» todavía se derramaba de la vieja cacerola de granito en el soporte de la ventana. La misma jarra elaborada y nunca usada estaba en el mismo ángulo en el estante del aparador. Los jarrones azules y dorados que habían estado entre los regalos de boda de su madre todavía adornaban remilgadamente la repisa de la chimenea, flanqueando el reloj de porcelana con rosas y ramilletes que nunca funcionaba. Las sillas exactamente en los mismos lugares.

Su madre y la prima Stickles, igualmente sin cambios, la miraban con una hosca bienvenida.

Valancy tuvo que hablar primero.

—He vuelto a casa, madre —dijo cansadamente.

—Ya lo veo. —La voz de la señora Frederick era muy gélida. Se había resignado a la deserción de Valancy. Casi había logrado olvidar que existía una Valancy. Había reorganizado y organizado su vida sistemática sin ninguna referencia a una hija ingrata y rebelde. Había retomado su lugar en una sociedad que ignoraba el hecho de que alguna vez hubiera tenido una hija y la compadecía, si es que la compadecía, solo en susurros y apartes discretos. La pura verdad era que, a estas alturas, la señora Frederick no quería que Valancy volviera, no quería volver a verla ni a oír hablar de ella.

Y ahora, por supuesto, Valancy estaba aquí. Con la tragedia, la deshonra y el escándalo siguiéndola visiblemente.

—Ya lo veo —dijo la señora Frederick—. ¿Puedo preguntar por qué?

—Porque... no... voy a morir —dijo Valancy con voz ronca.

—¡Dios bendiga mi alma! —dijo el tío Benjamin—. ¿Quién dijo que ibas a morir?

—Supongo —dijo la prima Stickles con acritud; la prima Stickles tampoco quería que Valancy volviera—, supongo que has descubierto que tiene otra esposa, como hemos estado seguras todo el tiempo.

—No. Ojalá la tuviera —dijo Valancy. No sufría particularmente, pero estaba muy cansada. Si tan solo las explicaciones hubieran terminado y estuviera arriba en su vieja y fea habitación, sola. ¡Simplemente sola! El traqueteo de las cuentas en las mangas de su madre, mientras se balanceaban en los brazos de la silla de mimbre, casi la volvía loca. Nada más la preocupaba; pero de repente pareció que simplemente no podía soportar ese traqueteo fino e insistente.

—Mi casa, como te dije, siempre está abierta para ti —dijo la señora Frederick pétreamente—, pero nunca podré perdonarte.

Valancy soltó una risa sin alegría.

—Poco me importaría eso si pudiera perdonarme a mí misma —dijo.

—Vamos, vamos —dijo el tío Benjamin con irritación. Pero disfrutando bastante. Sentía que volvía a tener a Valancy bajo su control—. Ya hemos tenido suficiente misterio. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué has dejado a ese tipo? Sin duda hay razones de sobra, pero ¿cuál es la razón particular?

Valancy empezó a hablar mecánicamente. Contó su historia de forma brusca y escueta.

—Hace un año, el Dr. Trent me dijo que tenía angina de pecho y que no viviría mucho. Quería tener algo de... vida... antes de morir. Por eso me fui. Por eso me casé con Barney. Y ahora he descubierto que todo es un error. No le pasa nada a mi corazón. Tengo que vivir, y Barney solo se casó conmigo por piedad. Así que tengo que dejarlo, libre.

—¡Dios me bendiga! —dijo el tío Benjamin. La prima Stickles empezó a llorar.

—Valancy, si tan solo hubieras tenido confianza en tu propia madre...

—Sí, sí, ya lo sé —dijo Valancy con impaciencia—. ¿De qué sirve entrar en eso ahora? No puedo deshacer este año. Dios sabe que ojalá pudiera. He engañado a Barney para que se case conmigo, y en realidad es Bernard Redfern. El hijo del Dr. Redfern, de Montreal. Y su padre quiere que vuelva con él.

El tío Benjamin emitió un sonido extraño. La prima Stickles apartó su pañuelo con borde negro de los ojos y miró a Valancy. Un extraño brillo repentino apareció en los ojos gris piedra de la señora Frederick.

—¿El Dr. Redfern, no el hombre de las Píldoras Púrpuras? —dijo.

Valancy asintió.

—También es John Foster, el escritor de esos libros de naturaleza.

—Pero... pero —la señora Frederick estaba visiblemente agitada, aunque no por la idea de ser la suegra de John Foster—, ¡el Dr. Redfern es millonario!

El tío Benjamin cerró la boca de golpe.

—Diez veces más —dijo.

Valancy asintió.

—Sí. Barney se fue de casa hace años, por... por algún problema, alguna... decepción. Ahora probablemente volverá. Así que ya veis, tenía que volver a casa. No me ama. No puedo atarlo a un vínculo en el que fue engañado.

El tío Benjamin parecía increíblemente astuto.

—¿Dijo eso? ¿Quiere deshacerse de ti?

—No. No lo he visto desde que me enteré. Pero os digo que solo se casó conmigo por piedad, porque se lo pedí, porque pensó que solo sería por un corto tiempo.

La señora Frederick y la prima Stickles intentaron hablar, pero el tío Benjamin les hizo un gesto con la mano y frunció el ceño portentoso.

—Dejadme encargarme de esto —parecieron decir el gesto y el ceño. A Valancy:

—Bueno, bueno, querida, ya lo hablaremos todo más tarde. Verás, todavía no entendemos todo del todo. Como dice la prima Stickles, deberías haber confiado en nosotros antes. Más adelante, me atrevo a decir que encontraremos una salida a esto.

—¿Crees que Barney puede conseguir fácilmente el divorcio, no es así?
—dijo Valancy con avidez.

El tío Benjamin silenció con otro gesto la exclamación de horror que sabía que temblaba en los labios de la señora Frederick.

—Confía en mí, Valancy. Todo se arreglará. Dime esto, Dossie. ¿Has sido feliz allá atrás? ¿Fue bueno contigo Sn... el señor Redfern?

—He sido muy feliz y Barney fue muy bueno conmigo —dijo Valancy, como si recitara una lección. Recordó que cuando estudiaba gramática en la escuela no le gustaban los tiempos pasados y perfectos. Siempre le habían parecido tan patéticos. «He sido», todo había terminado.

—Entonces no te preocupes, pequeña. —¿Qué asombrosamente paternal era el tío Benjamin! —Tu familia te apoyará. Veremos qué se puede hacer.

—Gracias —dijo Valancy sordamente. Realmente, era bastante decente por parte del tío Benjamin—. ¿Puedo ir a acostarme un rato? Estoy... estoy... cansada.

—Por supuesto que estás cansada. —El tío Benjamin le dio una palmadita suave en la mano, muy suave—. Agotada y nerviosa. Ve a acostarte, por supuesto. Verás las cosas de una manera muy diferente después de haber dormido bien.

Le abrió la puerta. Mientras ella pasaba, le susurró:

—¿Cuál es la mejor manera de conservar el amor de un hombre?

Valancy sonrió débilmente. Pero había vuelto a la vida de antes, a las viejas cadenas.

—¿Cuál? —preguntó tan dócilmente como antaño.

—No corresponderle —dijo el tío Benjamin con una risita. Cerró la puerta y se frotó las manos. Asintió y sonrió misteriosamente por la habitación.

—¡Pobre Dossie! —dijo patéticamente.

—¿De verdad supones que ese... Snaith... puede ser realmente el hijo del Dr. Redfern? —jadeó la señora Frederick.

—No veo ninguna razón para dudarlo. Dice que el Dr. Redfern ha estado allí. Vaya, el hombre es rico como un pastel de bodas. Amelia, siempre he creído que había más en Doss de lo que la mayoría de la gente pensaba. La reprimiste demasiado, la coartaste. Nunca tuvo la oportunidad de mostrar lo que había en ella. Y ahora ha conseguido un millonario por marido.

—Pero —vaciló la señora Frederick—, él... él... contaron historias terribles sobre él.

—Todo chismes e invenciones, todo chismes e invenciones. Siempre ha sido un misterio para mí por qué la gente está tan dispuesta a inventar y circular calumnias sobre otras personas de las que no saben absolutamente nada. No puedo entender por qué prestaste tanta atención a los chismes y las conjeturas. Solo porque no eligió mezclarse con todo el mundo, la gente se resintió. Me sorprendió descubrir qué tipo tan decente parecía ser esa vez que entró en mi tienda con Valancy. Descarté todos los cuentos en ese mismo momento.

—Pero lo vieron completamente borracho en Port Lawrence una vez —dijo la prima Stickles. Dudosamente, pero como alguien muy dispuesto a ser convencido de lo contrario.

—¿Quién lo vio? —demandó el tío Benjamin beligerantemente—. ¿Quién lo vio? El viejo Jemmy Strang dijo que lo vio. No tomaría la palabra del viejo Jemmy Strang bajo juramento. Él mismo está demasiado borracho la mitad del tiempo como para ver derecho. Dijo que lo vio tirado borracho en un banco del parque. ¡Bah! Redfern se habría quedado dormido allí. No te preocupes por eso.

—Pero su ropa, y ese coche viejo y horrible... —dijo la señora Frederick con incertidumbre.

—Excentricidades de genio —declaró el tío Benjamin—. Oíste a Doss decir que era John Foster. Yo no entiendo de literatura, pero oí a un conferenciante de Toronto decir que los libros de John Foster habían puesto a Canadá en el mapa literario del mundo.

—Supongo... que debemos perdonarla —cedió la señora Frederick.

—¡Perdonarla! —El tío Benjamin resopló. Realmente, Amelia era una mujer increíblemente estúpida. No es de extrañar que la pobre Doss se hubiera cansado de vivir con ella—. ¡Bueno, sí, creo que será mejor que la perdones! La pregunta es: ¿perdonará Snaith a nosotros!

—¿Y si persiste en dejarlo? No tienes idea de lo terca que puede ser —dijo la señora Frederick.

—Déjamelos todo a mí, Amelia. Déjamelos todo a mí. Vosotras, las mujeres, ya lo habéis enredado bastante. Todo este asunto ha sido un desastre de principio a fin. Si te hubieras molestado un poco hace años, Amelia, no se habría desbocado como lo hizo. Déjala en paz, no la molestes con consejos o preguntas hasta que esté lista para hablar. Evidentemente ha huido presa del pánico porque teme que él se enfade con ella por haberlo engañado. ¡Qué cosa más extraordinaria que Trent le contara semejante cuento! Eso es lo que pasa por ir a médicos extraños. Bueno, bueno, no debemos culparla con demasiada dureza, pobrecilla. Redfern vendrá a por ella. Si no lo hace, lo buscaré y hablaré con él de hombre a hombre. Puede que sea un millonario, pero Valancy es una Stirling. No puede repudiarla solo porque se equivocó sobre su enfermedad cardíaca. No es probable que quiera hacerlo. Doss está un poco nerviosa. ¡Cielos, tengo que acostumbrarme a llamarla Valancy! Ya no es una niña. Ahora, recuerda, Amelia. Sé muy amable y comprensiva.

Era pedir mucho que la señora Frederick fuera amable y comprensiva. Pero hizo lo que pudo. Cuando la cena estuvo lista, subió y le preguntó a Valancy si no le gustaría una taza de té. Valancy, tumbada en su cama, se negó. Solo quería que la dejaran en paz un rato. La señora Frederick la dejó en paz. Ni siquiera le recordó a Valancy que su situación era el resultado de su propia falta de respeto y obediencia filial. No se podía —exactamente— decir cosas así a la nuera de un millonario.

CAPÍTULO XLI

Valancy miró sordamente su vieja habitación. También estaba tan exactamente igual que parecía casi imposible creer en los cambios que le habían sobrevenido desde la última vez que durmió en ella. Parecía, de alguna manera, indecente que estuviera tan igual. Allí estaba la reina Luisa descendiendo eternamente la escalera, y nadie había dejado entrar al cachorro desamparado de la lluvia. Allí estaba la persiana de papel púrpura y el espejo verdoso. Afuera, el viejo taller de carruajes con sus anuncios estridentes. Más allá, la estación con los mismos despojos y coquetas flappers.

Aquí la esperaba la vida de antes, como un ogro sombrío que esperaba su momento y se relamía los labios. Un horror monstruoso de ella se apoderó de repente. Cuando cayó la noche y se hubo desvestido y metido en la cama, la misericordiosa insensibilidad desapareció y yació en la angustia y pensó en su isla bajo las estrellas. Las hogueras, todas sus pequeñas bromas y frases y dichos domésticos, sus gatos peludos y hermosos, las luces brillando en las islas de hadas, las canoas deslizándose sobre Mistawis en la magia de la mañana, los abedules blancos brillando entre los oscuros abetos como hermosos cuerpos de mujer, las nieves de invierno y los fuegos del

atardecer rojo rosa, los lagos borrachos de luz de luna; todos los deleites de su paraíso perdido. No se permitía pensar en Barney. Solo en estas cosas menores. No podía soportar pensar en Barney.

Entonces pensó en él ineludiblemente. Lo anhelaba. Quería sus brazos a su alrededor, su cara contra la de ella, sus susurros en su oído. Recordó todas sus miradas amistosas, sus ocurrencias y sus bromas, sus pequeños cumplidos, sus caricias. Los contó todos como una mujer podría contar sus joyas; no se perdió ni uno desde el primer día que se encontraron. Estos recuerdos eran todo lo que podía tener ahora. Cerró los ojos y rezó.

«¡Déjame recordar cada uno, Dios! ¡Déjame no olvidar nunca ninguno!».

Sin embargo, sería mejor olvidar. Esta agonía de anhelo y soledad no sería tan terrible si se pudiera olvidar. Y Ethel Traverse. Esa mujer bruja y resplandeciente con su piel blanca, sus ojos negros y su pelo brillante. La mujer que Barney había amado. La mujer a la que todavía amaba. ¿No le había dicho que nunca cambiaba de opinión? Que lo esperaba en Montreal. Que era la esposa adecuada para un hombre rico y famoso. Barney se casaría con ella, por supuesto, cuando obtuviera el divorcio. ¡Cómo la odiaba Valancy! ¡Y la envidiaba! Barney le había dicho «Te amo» a ella. Valancy se había preguntado en qué tono diría Barney «Te amo», cómo se verían sus ojos azul oscuro cuando lo dijera. Ethel Traverse lo sabía. Valancy la odiaba por ese conocimiento, la odiaba y la envidiaba.

«Nunca podrá tener esas horas en el Castillo Azul. Son mías», pensó Valancy con saña. Ethel nunca haría mermelada de fresa ni bailarían al son del violín del viejo Abel ni freirían tocino para Barney sobre una hoguera. Nunca iría a la pequeña cabaña de Mistawis en absoluto.

¿Qué estaría haciendo Barney, pensando, sintiendo ahora? ¿Habría vuelto a casa y encontrado su carta? ¿Seguiría enfadado con ella? O un poco compasivo. ¿Estaría tumbado en su cama mirando el tormentoso Mistawis y escuchando la lluvia caer sobre el tejado? ¿O seguiría vagando por la naturaleza, furioso por el aprieto en que se encontraba? ¿Odiándola? El dolor la tomó y la retorció como un gran gigante despiadado. Se levantó y caminó por el suelo. ¿No llegaría nunca la mañana para terminar esta noche horrible? Y sin embargo, ¿qué podría traerle la mañana? La vida de antes sin el viejo estancamiento que al menos era soportable. La vida de antes con los nuevos recuerdos, los nuevos anhelos, la nueva angustia.

«Oh, ¿por qué no puedo morir?», gimió Valancy.

CAPÍTULO XLII

No fue hasta primera hora de la tarde del día siguiente cuando un viejo y terrible coche traqueteó por la calle Elm y se detuvo frente a la casa de ladrillos. Un hombre sin sombrero saltó de él y subió corriendo los escalones. El timbre sonó como nunca antes había sonado: vehemente, intensamente. Quien llamaba exigía la entrada, no la pedía. El tío Benjamin rio entre dientes mientras corría hacia la puerta. El tío Benjamin había «pasado» para preguntar cómo estaba la querida Doss-Valancy. La querida Doss-Valancy, le habían informado, estaba igual. Había bajado a desayunar —que no comió—, vuelto a su habitación, bajado a almorzar —que no comió—, vuelto a su habitación. Eso era todo. No había hablado. Y la habían dejado, amable y consideradamente, en paz.

«Muy bien. Redfern estará aquí hoy», dijo el tío Benjamin. Y ahora la reputación del tío Benjamin como profeta estaba hecha. Redfern estaba aquí, inequívocamente.

—¿Está mi esposa aquí? —le exigió a tío Benjamin sin preámbulos.

El tío Benjamin sonrió expresivamente.

—Señor Redfern, creo. Encantado de conocerle, señor. Sí, esa niña traviesa suya está aquí. Hemos estado...

—Debo verla —Barney interrumpió al tío Benjamin sin piedad.

—Por supuesto, señor Redfern. Pase por aquí. Valancy bajará en un minuto.

Lo condujo al salón y se dirigió a la sala de estar y a la señora Frederick.

—Sube y dile a Valancy que baje. Su marido está aquí.

Pero tan dudoso estaba el tío Benjamin de si Valancy podría realmente bajar en un minuto —o en absoluto— que siguió a la señora Frederick de puntillas por las escaleras y escuchó en el pasillo.

—Valancy, querida —dijo la señora Frederick con ternura—, tu marido está en el salón, preguntando por ti.

—Oh, madre. —Valancy se levantó de la ventana y se retorció las manos—. ¡No puedo verlo, no puedo! Dile que se vaya, pídele que se vaya. ¡No puedo verlo!

—Dile —siseó el tío Benjamin a través del ojo de la cerradura— que Redfern dice que no se irá hasta que la haya visto.

Redfern no había dicho nada por el estilo, pero el tío Benjamin pensó que era ese tipo de persona. Valancy sabía que lo era. Comprendió que era mejor bajar cuanto antes.

Ni siquiera miró al tío Benjamin al pasar junto a él en el rellano. Al tío Benjamin no le importó. Frotándose las manos y riendo entre dientes, se retiró a la cocina, donde le preguntó amablemente a la prima Stickles:

—¿Por qué los buenos maridos son como el pan?

La prima Stickles preguntó por qué.

—Porque las mujeres los necesitan —radió el tío Benjamin.

Valancy no parecía nada hermosa cuando entró en el salón. Su noche en blanco había causado estragos terribles en su rostro. Llevaba un feo y viejo vestido de guinga marrón y azul, habiendo dejado todos sus vestidos bonitos en el Castillo Azul. Pero Barney cruzó la habitación y la tomó en sus brazos.

—Valancy, cariño, ¡oh, qué tontita encantadora! ¿Qué se te metió en la cabeza para huir así? Cuando llegué a casa anoche y encontré tu carta, me volví loco. Eran las doce, sabía que era demasiado tarde para venir aquí entonces. Caminé por el suelo toda la noche. Luego esta mañana vino papá, no pude escaparme hasta ahora. Valancy, ¿qué te pasó? ¡Divorcio, por supuesto! ¿No sabes...?

— Sé que solo te casaste conmigo por piedad —dijo Valancy, apartándolo débilmente—. Sé que no me amas, sé...

— Has estado demasiado tiempo despierta a las tres de la mañana —dijo Barney, sacudiéndola—. Eso es todo lo que te pasa. ¡Que si te amo! ¡Oh, claro que te amo! ¡Niña mía, cuando vi ese tren abalanzarse sobre ti, supe si te amaba o no!

— Oh, temía que intentaras hacerme creer que te importaba —gritó Valancy apasionadamente—. ¡No, no lo hagas! Lo sé. Sé todo lo de Ethel Traverse, tu padre me lo contó todo. ¡Oh, Barney, no me tortures! ¡Nunca podré volver contigo!

Barney la soltó y la miró por un momento. Algo en su rostro pálido y resuelto hablaba más convincentemente que las palabras de su determinación.

— Valancy —dijo en voz baja—, papá no pudo habértelo contado todo porque no lo sabía. ¿Me dejarás contártelo yo, todo?

— Sí —dijo Valancy con cansancio. ¡Oh, qué querido era! ¡Cómo anhelaba arrojarle a sus brazos! Mientras la sentaba suavemente en una silla, podría haber besado las manos delgadas y morenas que tocaron sus brazos. No podía levantar la vista mientras él estaba de pie ante ella. No se atrevía a encontrar sus ojos. Por su bien, debía ser valiente. Lo conocía, amable, desinteresado. Por supuesto, fingiría que no quería su libertad; podría haber sabido que fingiría eso, una vez superado el primer shock de la comprensión. Sentía tanta pena por ella, entendía su terrible posición. ¿Cuándo había dejado de entender? Pero nunca aceptaría su sacrificio. ¡Nunca!

— Has visto a papá y sabes que soy Bernard Redfern. Y supongo que has adivinado que soy John Foster, ya que entraste en la Cámara de Barba Azul.

— Sí. Pero no entré por curiosidad. Olvidé que me habías dicho que no entrara, olvidé...

— No importa. No voy a matarte y colgarte en la pared, así que no hay necesidad de llamar a la hermana Ana. Solo voy a contarte mi historia desde el principio. Volví anoche con la intención de hacerlo. Sí, soy «el hijo del viejo Doc. Redfern», de la fama de las Píldoras Púrpuras y el Amargo. Oh, ¿no lo sé? ¿No me lo restregaron durante años?

Barney rio amargamente y paseó por la habitación unas cuantas veces. El tío Benjamin, de puntillas por el pasillo, oyó la risa y frunció el ceño. Seguramente Doss no iba a ser una tontita obstinada. Barney se arrojó en una silla frente a Valancy.

—Sí. Desde que tengo memoria, he sido el hijo de un millonario. Pero cuando nací, papá no era millonario. Ni siquiera era médico, todavía no lo es. Era veterinario y un fracaso en ello. Él y mamá vivían en un pequeño pueblo de Quebec y eran abominablemente pobres. No recuerdo a mamá. Ni siquiera tengo una foto de ella. Murió cuando yo tenía dos años. Era quince años más joven que papá, una pequeña maestra de escuela. Cuando murió, papá se mudó a Montreal y formó una compañía para vender su tónico capilar. Parece que soñó la receta una noche. Bueno, tuvo éxito. El dinero empezó a entrar a raudales. Papá inventó —o soñó— las otras cosas también: Píldoras, Amargos, Linimentos y demás. Era millonario para cuando yo tenía diez años, con una casa tan grande que un niño pequeño como yo siempre se sentía perdido en ella. Tenía todos los juguetes que un niño podía desear, y era el diablillo más solitario del mundo. Recuerdo solo un día feliz en mi infancia, Valancy. Solo uno. Incluso tú estabas mejor que eso. Papá había salido a ver a un viejo amigo en el campo y me llevó con él. Me soltaron en el corral y pasé todo el día clavando clavos en un trozo de madera. Tuve un día glorioso. Cuando tuve que volver a mi habitación llena de juguetes en la gran casa de Montreal, lloré. Pero no le dije a papá por qué. Nunca le dije nada. Siempre me ha costado mucho contar las cosas, Valancy, cualquier cosa que me llegara hondo. Y la mayoría de las cosas me llegaban hondo. Era un niño sensible y fui aún más sensible de muchacho. Nadie supo nunca lo que sufrí. Papá nunca lo soñó.

—Cuando me envió a una escuela privada —solo tenía once años— los chicos me hundieron en la piscina hasta que me puse de pie en una mesa y leí en voz alta todos los anuncios de las abominaciones patentadas de mi padre. Lo hice, entonces —Barney apretó los puños—, estaba asustado y medio ahogado y todo mi mundo estaba en mi contra. Pero cuando fui a la universidad y los de segundo año intentaron la misma jugada, no lo hice. —Barney sonrió sombríamente—. No pudieron obligarme a hacerlo. Pero pudieron, y lo hicieron, hacerme la vida miserable. Nunca dejé de oír hablar de las Píldoras, los Amargos y el Tónico Capilar. Mi apodo era «El resultado», ya ves que siempre he tenido una buena mata de pelo. Mis cuatro años

de universidad fueron una pesadilla. Sabes, o no sabes, qué bestias despiadadas pueden ser los chicos cuando consiguen una víctima como yo. Tenía pocos amigos, siempre había alguna barrera entre mí y el tipo de gente que me importaba. Y el otro tipo, que habría estado muy dispuesto a intimar con el hijo del rico viejo Doc. Redfern, no me importaba. Pero tenía un amigo, o creía que lo tenía. Un tipo listo, aficionado a los libros, un poco escritor. Eso era un vínculo entre nosotros, yo tenía algunas aspiraciones secretas en esa línea. Era mayor que yo, lo admiraba y lo adoraba. Durante un año fui más feliz de lo que nunca había sido. Entonces... salió una parodia en la revista de la universidad, una cosa mordaz, ridiculizando los remedios de papá. Los nombres estaban cambiados, por supuesto, pero todos sabían a qué y a quién se referían. Oh, era inteligente, endiabladamente, e ingeniosa. McGill se partió de risa con ella. Descubrí que él la había escrito.

—Oh, ¿estabas seguro? —Los ojos apagados de Valancy llamearon de indignación.

—Sí. Lo admitió cuando se lo pregunté. Dijo que una buena idea valía más para él que un amigo, en cualquier momento. Y añadió una pulla gratuita. «Sabes, Redfern, hay algunas cosas que el dinero no puede comprar. Por ejemplo, no puede comprarte un abuelo». Bueno, fue un golpe bajo. Era lo suficientemente joven como para sentirme afectado. Y destruyó muchos de mis ideales e ilusiones, que fue lo peor de todo. Después de eso me convertí en un joven misántropo. No quería ser amigo de nadie. Y entonces, el año después de dejar la universidad, conocí a Ethel Traverse.

Valancy se estremeció. Barney, con las manos en los bolsillos, miraba el suelo con aire melancólico y no lo notó.

—Papá te habló de ella, supongo. Era muy hermosa. Y la amaba. Oh, sí, la amaba. No lo negaré ni lo menospreciaré ahora. Fue el primer amor apasionado de un chico solitario y romántico, y fue muy real. Y pensé que ella me amaba. Fui lo suficientemente tonto como para pensar eso. Fui locamente feliz cuando prometió casarse conmigo. Durante unos meses. Entonces... descubrí que no lo hacía. Fui un oyente involuntario en una cierta ocasión por un momento. Ese momento fue suficiente. El destino proverbial del que escucha tras las puertas me alcanzó. Una amiga suya le preguntaba cómo podía soportar al hijo del Doc. Redfern y el trasfondo de la medicina patentada.

— «Su dinero dorará las Píldoras y endulzará el Amargo», dijo Ethel, con una risa. «Mamá me dijo que lo atrapara si podía. Estamos en la ruina. Pero ¡puaj! Huelo a trementina cada vez que se me acerca».

— ¡Oh, Barney! — gritó Valancy, retorcida de piedad por él. Se había olvidado por completo de sí misma y estaba llena de compasión por Barney y de rabia contra Ethel Traverse. ¿Cómo se atrevía?

— Bueno — Barney se levantó y empezó a pasear por la habitación —, eso me remató. Completamente. Dejé la civilización y esas malditas pócimas atrás y me fui al Yukón. Durante cinco años anduve por el mundo, en todo tipo de lugares extraños. Gané lo suficiente para vivir, no tocaría ni un céntimo del dinero de papá. Entonces un día me desperté y me di cuenta de que ya no me importaba un bledo Ethel, de una forma u otra. Era alguien que había conocido en otro mundo, eso era todo. Pero no tenía ningún anhelo de volver a la vida de antes. Nada de eso para mí. Era libre y pensaba seguir siéndolo. Vine a Mistawis, vi la isla de Tom MacMurray. Mi primer libro se había publicado el año anterior, y fue un éxito; tenía un poco de dinero de mis derechos de autor. Compré mi isla. Pero me mantuve alejado de la gente. No tenía fe en nadie. No creía que existiera tal cosa como la amistad real o el amor verdadero en el mundo, no para mí, en cualquier caso, el hijo de las Píldoras Púrpuras. Solía deleitarme con todas las historias descabeladas que contaban de mí. De hecho, me temo que sugerí algunas de ellas yo mismo. Con comentarios misteriosos que la gente interpretaba a la luz de sus propias ideas preconcebidas.

— Entonces... viniste tú. Tuve que creer que me amabas, que realmente me amabas a mí, no a los millones de mi padre. No había otra razón por la que quisieras casarte con un diablo sin blanca con mi supuesto historial. Y sentí pena por ti. Oh, sí, no niego que me casé contigo porque sentía pena por ti. Y entonces... descubrí que eras la mejor, más alegre y más querida pequeña compañera y amiga que un tipo podría tener. Ingeniosa, leal, dulce. Me hiciste creer de nuevo en la realidad de la amistad y el amor. El mundo volvió a parecer bueno solo porque tú estabas en él, cariño. Habría estado dispuesto a seguir para siempre tal como estábamos. Lo supe, la noche en que volví a casa y vi la luz de mi hogar brillando desde la isla por primera vez. Y supe que tú estabas allí esperándome. Después de no tener hogar toda mi vida, fue hermoso tener un hogar. Volver a casa con hambre por la noche y saber que había una buena cena y un fuego alegre, y tú.

—Pero no me di cuenta de lo que realmente significabas para mí hasta ese momento en el desvío. Entonces vino como un relámpago. Supe que no podría vivir sin ti, que si no podía liberarte a tiempo, tendría que morir contigo. Admito que me dejó sin habla, me dejó tonto. No pude orientarme por un tiempo. Por eso actué como una mula. Pero el pensamiento que me llevó a los bosques fue el terrible de que ibas a morir. Siempre había odiado la idea, pero supuse que no había ninguna posibilidad para ti, así que la aparté de mi mente. Ahora tenía que enfrentarlo: estabas bajo sentencia de muerte y yo no podía vivir sin ti. Cuando volví a casa anoche, había decidido que te llevaría a todos los especialistas del mundo, que seguramente se podría hacer algo por ti. Me sentía seguro de que no podías estar tan mal como pensaba el Dr. Trent, cuando esos momentos en la vía ni siquiera te habían hecho daño. Y encontré tu nota, y me volví loco de felicidad, y un poco de terror por miedo a que no te importara mucho, después de todo, y te hubieras ido para deshacerte de mí. Pero ahora, todo está bien, ¿no es así, cariño?

¿La estaban llamando a ella, Valancy, «cariño»?

—No puedo creer que te importe —dijo impotente—. Sé que no puedes. ¿De qué sirve, Barney? Por supuesto, sientes pena por mí, por supuesto, quieres hacer lo mejor que puedas para arreglar el desastre. Pero no se puede arreglar de esa manera. No podrías amarme, a mí. —Se puso de pie y señaló trágicamente el espejo sobre la repisa de la chimenea. Ciertamente, ni siquiera Allan Tierney podría haber visto belleza en el rostro desolado y demacrado que se reflejaba allí.

Barney no miró el espejo. Miró a Valancy como si quisiera agarrarla, o golpearla.

—¡Que si te amo! ¡Niña, estás en el mismo centro de mi corazón! Te guardo allí como una joya. ¿No te prometí que nunca te mentiría? ¡Que si te amo! Te amo con todo lo que hay en mí para amar. Corazón, alma, cerebro. Cada fibra de mi cuerpo y espíritu vibrando con tu dulzura. No hay nadie en el mundo para mí más que tú, Valancy.

—Eres... un buen actor, Barney —dijo Valancy, con una débil sonrisita.

Barney la miró.

—¿Así que no me crees... todavía?

—No... puedo.

—¡Oh... maldita sea! —dijo Barney violentamente.

Valancy levantó la vista sobresaltada. Nunca había visto a este Barney. ¡Con el ceño fruncido! Los ojos negros de ira. Los labios burlones. El rostro pálido como la muerte.

—No quieres creerlo —dijo Barney con la voz suave como la seda de la rabia suprema—. Estás cansada de mí. Quieres salir de esto, liberarte de mí. Te avergüenzas de las Píldoras y el Linimento, igual que ella. Tu orgullo Stirling no puede soportarlos. Estaba bien mientras pensabas que no te quedaba mucho tiempo de vida. Una buena juerga, podías soportarme. Pero toda una vida con el hijo del viejo Doc Redfern es otra cosa. Oh, entiendo, perfectamente. He sido muy denso, pero entiendo, por fin.

Valancy se puso de pie. Lo miró a la cara furiosa. Entonces... de repente se rio.

—¡Encanto! —dijo—. ¡Lo dices de verdad! ¡Realmente me amas! No estarías tan furioso si no fuera así.

Barney la miró por un momento. Luego la tomó en sus brazos con la risita baja del amante triunfante.

El tío Benjamin, que se había quedado helado de horror en el ojo de la cerradura, de repente se descongeló y volvió de puntillas con la señora Frederick y la prima Stickles.

—Todo está bien —anunció jubilosamente.

¡Querida Dossie! Enviaría a buscar a su abogado de inmediato y cambiaría su testamento de nuevo. Doss sería su única heredera. A quien tenía, ciertamente se le daría.

La señora Frederick, volviendo a su cómoda creencia en una Providencia soberana, sacó la Biblia familiar e hizo una anotación bajo «Matrimonios».

CAPÍTULO XLIII

—Pero, Barney —protestó Valancy después de unos minutos—, tu padre, de alguna manera, me dio a entender que todavía la amabas.

—Lo haría. Papá tiene el campeonato de cometer errores. Si hay algo que es mejor no decir, puedes confiar en que él lo dirá. Pero no es un mal tipo, Valancy. Te caerá bien.

—Ahora sí.

—Y su dinero no es dinero sucio. Lo ganó honestamente. Sus medicinas son bastante inofensivas. Incluso sus Píldoras Púrpuras le hacen un montón de bien a la gente cuando creen en ellas.

—Pero... no soy apta para tu vida —suspiró Valancy—. No soy... lista... ni bien educada... ni...

—Mi vida está en Mistawis, y en todos los lugares salvajes del mundo. No voy a pedirte que vivas la vida de una mujer de sociedad. Por supuesto, debemos pasar un poco de tiempo con papá, está solo y viejo...

—Pero no en esa casa grande suya —suplicó Valancy—. No puedo vivir en un palacio.

—No puedes rebajarte a eso después de tu Castillo Azul —sonrió Barney—. No te preocupes, dulce. Yo mismo no podría vivir en esa casa. Tiene una escalera de mármol blanco con barandillas doradas y parece una tienda de muebles sin las etiquetas. Además, es el orgullo del corazón de papá. Conseguiremos una casita en algún lugar fuera de Montreal, en el campo de verdad, lo suficientemente cerca para ver a papá a menudo. Creo que construiremos una para nosotros. Una casa que construyes para ti mismo es mucho más agradable que una heredada. Pero pasaremos nuestros veranos en Mistawis. Y nuestros otoños viajando. Quiero que veas la Alhambra, es lo más parecido al Castillo Azul de tus sueños que se me ocurre. Y hay un jardín antiguo en Italia donde quiero mostrarte la luna saliendo sobre Roma a través de los oscuros cipreses.

—¿Será eso más hermoso que la luna saliendo sobre Mistawis?

—No más hermoso. Sino un tipo diferente de belleza. Hay tantos tipos de belleza. Valancy, antes de este año has pasado toda tu vida en la fealdad. No sabes nada de la belleza del mundo. Escalaremos montañas, buscaremos tesoros en los bazares de Samarcanda, exploraremos la magia de oriente y

occidente, correremos de la mano hasta el borde del mundo. Quiero mostrártelo todo, verlo de nuevo a través de tus ojos. Niña, hay un millón de cosas que quiero mostrarte, hacer contigo, decirte. Llevará toda una vida. Y después de todo, tenemos que ver lo de ese cuadro de Tierney.

—¿Me prometes una cosa? —preguntó Valancy solemnemente.

—Cualquier cosa —dijo Barney temerariamente.

—Solo una cosa. Nunca, bajo ninguna circunstancia ni provocación, me echarás en cara que te pedí que te casaras conmigo.

CAPÍTULO XLIV

Extracto de una carta escrita por la señorita Olive Stirling al señor Cecil Bruce:

«Es realmente asqueroso que las locas aventuras de Doss hayan terminado así. Hace que una sienta que no sirve de nada comportarse como es debido.

Estoy segura de que su mente estaba desequilibrada cuando se fue de casa. Lo que dijo sobre un montón de polvo lo demostró. Por supuesto, no creo que nunca le haya pasado nada a su corazón. O quizás Snaith o Redfern o como sea que se llame realmente le dio Píldoras Púrpuras, allá en esa cabaña de Mistawis y la curó. Sería un buen testimonio para los anuncios de la familia, ¿no crees?

Es una criatura tan insignificante. Se lo mencioné a Doss, pero todo lo que dijo fue: “No me gustan los hombres de anuncios de cuellos”.

Bueno, ciertamente no es un hombre de anuncios de cuellos. Aunque debo decir que hay algo bastante distinguido en él, ahora que se ha cortado el pelo y se ha puesto ropa decente. Realmente creo, Cecil, que deberías hacer más ejercicio. No conviene engordar demasiado.

También afirma, creo, ser John Foster. Podemos creerlo o no, como queramos, supongo.

El viejo Doc Redfern les ha dado dos millones como regalo de bodas. Evidentemente, las Píldoras Púrpuras son un buen negocio. Van a pasar el otoño en Italia y el invierno en Egipto y a recorrer Normandía en coche en la época de la floración de los manzanos. No en ese viejo y terrible cacharro, sin embargo. Redfern se ha comprado un coche nuevo maravilloso.

Bueno, creo que yo también me escaparé y me deshonoraré. Parece que vale la pena.

El tío Ben es para morirse de risa. También el tío James. El alboroto que todos arman ahora por Doss es absolutamente repugnante. Oír a la tía Amelia hablar de “mi yerno, Bernard Redfern” y “mi hija, la señora de Bernard Redfern”. Mamá y papá están tan mal como el resto. Y no pueden ver que Valancy se está riendo de todos ellos para sus adentros.»

CAPÍTULO XLV

Valancy y Barney se detuvieron bajo los pinos del continente en el fresco crepúsculo de la noche de septiembre para una última mirada de despedida al Castillo Azul.

Mistawis estaba ahogado en una luz lila de atardecer, increíblemente delicada y esquiva. Nip y Tuck graznaban perezosamente en los viejos pinos. Good Luck y Banjo estaban encerrados y maullando en cestas separadas en el nuevo coche verde oscuro de Barney en ruta hacia la casa de la prima Georgiana. La prima Georgiana iba a cuidarlos hasta que Barney y Valancy volvieran. La tía Wellington, la prima Sarah y la tía Alberta también habían suplicado el privilegio de cuidarlos, pero fue a la prima Georgiana a quien se le concedió. Valancy estaba llorando.

—No llores, Luz de Luna. Volveremos el próximo verano. Y ahora nos vamos a una verdadera luna de miel.

Valancy sonrió a través de sus lágrimas. Era tan feliz que su felicidad la aterraba. Pero, a pesar de los deleites que la esperaban —«la gloria que fue Grecia y la grandeza que fue Roma», el señuelo del Nilo eterno, el glamour de la Riviera, mezquitas, palacios y minaretes—, sabía perfectamente que ningún lugar o hogar en el mundo podría poseer jamás la hechicería de su Castillo Azul.

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB